

# **MONT – ORIOL**

**Guy de Maupassant**

## PRIMERA PARTE

– I –

Los primeros bañistas, los madrugadores, ya fuera del agua, se paseaban lentamente, en pareja o solitarios, bajo los grandes árboles, a lo largo del arroyo que descendía de las gargantas del Enval.

Otros llegaban del pueblo y entraban en el balneario con aire presuroso. Era un gran edificio cuya planta baja estaba dedicada a los tratamientos termales, mientras el primer piso servía de casino, café y sala de billar.

Desde que el doctor Bonnefille había descubierto en el fondo del Enval la gran fuente, bautizada por él como fuente Bonnefille, algunos propietarios de la región y de los alrededores, tímidos especuladores, se habían decidido a construir en medio de ese soberbio valle de Auvernia, salvaje y sin embargo alegre, plantado de nogales y castaños gigantes, una amplia residencia multiusos, que sirviese igualmente para la recuperación de la salud y el placer, donde en la planta baja se vendía agua mineral, duchas y baños y un poco más arriba, cervezas, licores y música.

Se había vallado una parte del barranco, a lo largo del arroyo, para construir el parque necesario a todo balneario que se precie; se habían trazado tres avenidas, una casi recta y dos en zigzag; se había hecho brotar al extremo de la primera una fuente artificial derivada de la fuente principal y que vertía su caudal en una gran cubeta de cemento, cubierta por un techo de paja, bajo la vigilancia de una mujer impasible a quién todo el mundo llamaba familiarmente María. Esta tranquila aldeana, tocada con un pequeño gorrito inmaculadamente blanco, y casi completamente cubierta por un largo delantal siempre limpio que ocultaba su uniforme de servicio, se levantaba con lentitud cuando observaba en el camino a un bañista acercándose hacia ella. Habiéndolo reconocido, tomaba su vaso en un pequeño armario portátil y acristalado, luego lo llenaba suavemente mediante una escudilla de zinc montada al extremo de un mango.

El bañista sonreía tristemente, bebía, tomaba el vaso diciendo: “¡Gracias, María!” luego daba la vuelta y se iba. Y María se volvía a sentar en su silla de mimbre para esperar al siguiente.

No eran numerosos. Hacía solamente seis años que la estación de Enval había abierto a los enfermos, y no contaba con muchos más clientes tras esos seis años de funcionamiento que en el momento de su inauguración. Habría allí unos cincuenta, atraídos sobre todo por la belleza de la región, por el encanto de ese pequeño pueblo ahogado bajo enormes árboles cuyos troncos torcidos parecían tan gruesos como las casas, y por la reputación de las gargantas, de ese extremo de valle extraño, abierto a la gran planicie de Auvernia, y acabando bruscamente al pie de la alta montaña, de la montaña erizada de antiguos cráteres, acabando en una grieta salvaje y soberbia, llena de rocas desprendidas o amenazantes, donde discurría un arroyo que caía sobre las piedras gigantes formando un pequeño lago ante cada una.

Esta estación termal había comenzado como comienzan todas, mediante un folleto publicado por el doctor Bonnefille sobre su fuente. Comenzaba éste vanagloriando las seducciones alpinas de la región en estilo majestuoso y sentimental. No había usado más que adjetivos selectos, de lujo, aquellos que producen el efecto sin decir nada. Todos los alrededores eran pintorescos, repletos de lugares grandiosos o paisajes de graciosa intimidad. Los paseos más próximos poseían un destacable toque de originalidad propio a enaltecer el espíritu de artistas y turistas. Luego, bruscamente, sin transición, se volcaba en las cualidades terapéuticas de la fuente Bonnefille, bicarbonatada, sódica, mixta, acidulada, rica en litio, ferruginosa, etc., y capaz de curar

todas las enfermedades. Las había además enumerado bajo el siguiente título: afecciones crónicas o agudas especialmente tributarias de Enval; y la lista de esas afecciones tributarias de Enval era larga, variada, destinada a dar consuelo a todo tipo de enfermos. El folleto finalizaba con útiles informaciones prácticas, precios de los alojamientos, de las comidas, de los hoteles. Pues habían surgido tres hoteles al mismo tiempo que el establecimiento casino-medico. Eran estos, el Hotel Espléndido, completamente nuevo, construido sobre la vertiente del valle dominando los baños, el hotel de las Termas, antiguo albergue restaurado, y el hotel Vidaillet, surgido sencillamente mediante la compra de tres casas vecinas que se habían unido para formar un solo edificio.

Luego, simultáneamente, una mañana, dos nuevos médicos se habían instalado en la región sin que se supiese bien como habían llegado, pues los médicos, en las villas termales, parecen salir de las fuentes, al modo de burbujas de gas. Eran el doctor Honorat, un auvernés, y el doctor Latonne, de París. Un odio feroz se había declarado entre el doctor Latonne y el doctor Bonnefille, mientras que el doctor Honorat, un hombre grueso, limpio y bien afeitado, sonriente y ligero, había tendido su mano derecha al primero, su mano izquierda al segundo, y mantenía buenas relaciones con ambos. Pero el doctor Bonnefille dominaba la situación por su título de Inspector de las aguas y del balneario de Enval-les-Bains.

Ese título constituía su fuerza, y el balneario su propiedad. Allí pasaba sus días, se decía que incluso sus noches. Cien veces durante la mañana iba desde su casa, muy próxima en el pueblo, a su consulta instalada a la derecha de la entrada del pasillo. Allí se emboscaba como una araña en su tela y controlaba las idas y venidas de los enfermos, supervisando a los suyos con severa mirada y a los demás con mirada furiosa. Interpelaba a todo el mudo casi como un capitán en el mar, y aterrorizaba a los recién llegados o al menos no los hacía sonreír.

Como ese día llegaba a paso rápido que dejaba revolotear, al modo de dos alas, las amplias faldones de su viejo levita, fue detenido de súbito por una voz que gritaba: – ¡Doctor!

Se volvió. Su figura flaca, atravesada por grandes arrugas cuyo fondo parecía negro, sucio por una barba grisácea extrañamente recortada, hizo un esfuerzo para sonreír. Levantó el sombrero de seda, raído, manchado, grasiento con el que cubría su larga cabellera entrecana, “salpimentada”, decía su rival el doctor Latonne. Luego dio un paso, se inclinó y murmuró:

–Buenos días, señor marqués, ¿cómo está usted esta mañana?

Un hombrecillo muy acicalado, el marqués de Ravenel, tendió la mano al médico y respondió:

–Muy bien, doctor, muy bien, o por lo menos no mal. Siempre me molestan los riñones; pero estoy mejor, mucho mejor; y todavía no estoy más que en mi décimo baño. El año pasado no obtuve ningún efecto hasta el dieciséis; ¿lo recuerda?

–Sí, perfectamente.

– Pero no es esto de lo que quiero hablaros. Mi hija ha llegado esta mañana, y deseo que os dediquéis a ella por completo, porque mi yerno, el Sr. Andermatt, William Andermatt, el banquero...

–Sí, sí, lo sé.

– Mi yerno tiene una carta de recomendación para el doctor Latonne. Pero yo solo confío en usted, y le ruego que tenga la bondad de subir hasta el hotel, antes... usted entiende... He preferido deciros las cosas con franqueza... ¿Está usted libre en este momento?

El doctor Bonnefille se había cubierto, muy emocionado, muy inquieto. Respondió de inmediato:

–Sí, estoy totalmente libre. ¿Deseáis que os acompañe?

–Desde luego.

Y dando la espalda al balneario, subieron ambos a paso rápido por una avenida que conducía a la puerta del Hotel Espléndido construido sobre la pendiente de la montaña para ofrecer una hermosa panorámica a los viajeros.

En el primer piso, se introdujeron en el salón esperando en las habitaciones de las familias de Ravenel y Andermatt; y el marqués dejó solo al médico para ir a buscar a su hija.

Regresó con ella casi de inmediato. Era una joven rubia, menuda, pálida, muy bonita, cuyos rasgos parecían los de una niña, mientras que sus ojos azules, audazmente fijos, arrobaban a las personas con una mirada resoluta que concedía un atractivo encanto de firmeza y singular carácter a esta delicada y fina persona. No tenía gran cosa, vagas molestias, tristeza, crisis de llanto sin motivo, instantes de cólera sin razón, algo de anemia. Deseaba sobre todo un hijo, esperado en vano desde los dos años que estaba casada.

El doctor Bonnefille aseguró que las aguas de Enval serían su remedio y escribió al mismo tiempo sus prescripciones, que siempre tenían el aspecto temible de una requisitoria.

En una gran hoja de papel blanco, sus ordenes se plasmaban en numerosos párrafos de dos o tres líneas cada unos, con una escritura rabiosa, erizada de letras semejantes a pinchos.

Y las pociones, las píldoras, los polvos que se debían tomar en ayunas, por la mañana, al mediodía, o a la tarde, se sucedían con feroces comentarios.

Daba la impresión de que escribía: “Toda vez que el Sr. X... está afectado de una enfermedad crónica, incurable y mortal, deberá tomar:

1º Sulfato de quinina que lo volverá sordo, y le hará perder la memoria; 2º Bromuro de potasio que le destruirá el estomago, debilitará todas sus facultades, lo cubrirá de granos y hará fétido su aliento; 2º También ioduro de potasio, que, desecando todas las glándulas secretoras de su persona, tanto las del cerebro como las demás, lo dejará, en breve espacio de tiempo, tan impotente como imbécil; 4º Silicato de sodio, cuyos efectos curativos todavía no han sido probado, pero que parecen conducir a una muerte fulgurante y pronta a los enfermos tratados con ese remedio; y al mismo tiempo tomará Clorar que vuelve loco, belladona que ataca a los ojos, todas las soluciones vegetales, todas las composiciones minerales que corrompen la sangre, destruyendo los órganos, devorando los huesos, y hacen perecer mediante el medicamento a aquellos los que la enfermedad respeta.”

Escribió durante mucho tiempo, en el anverso y en el reverso, luego firmó como habría hecho un magistrado para una condena capital.

La joven, sentada frente a él, lo miraba con unas ganas de reír que no podía impedir que se mostrasen en las comisuras de sus labios.

Desde el mismo instante en que salió, con un gran saludo, ella tomó el papel escrito e hizo una bola, luego lo arrojó en la chimenea, y riendo a mandíbula batiente exclamó:

–¡Oh!, padre, ¿dónde has descubierto a ese fósil? Pero si parece un buhonero... ¡Oh!... ¡muy propio de tí, eso de desenterrar a un médico de antes de la Revolución!... ¡Oh! que divertido... y sucio... ah, sí... sucio... cierto, creo que ha tocado mi portaplumas...

Se abrió la puerta, oyéndose la voz del Sr. Andermatt que decía:

—¡Entre, doctor!

Y apareció el doctor Latonne. Altivo, delgado, correcto, sin edad definida, vestido elegantemente y, llevando la mano hacia el alto sombrero de seda que distingue al médico en la mayoría de las estaciones termales de Auvernia, al médico parisino, sin barba ni bigote, semejaba ser un actor de veraneo.

El marqués, desconcertado, no sabía que decir ni que hacer, mientras que su hija hacía ademán de toser en su pañuelo para no estallar en carcajadas en la nariz del recién llegado. Éste saludó con seguridad, y se sentó a una señal de la mujer. El Sr. Andermatt, que lo seguía, le contó, con todo tipo de detalles, la situación de su esposa, sus indisposiciones, sus síntomas, la opinión de los médicos consultados en París, seguida de su propia opinión apoyada en razones especiales expresadas en términos técnicos.

Era un hombre todavía muy joven, un judío dedicado a los negocios. Los hacía de todo tipo y entendía de todo con una ligereza de espíritu, una rapidez de penetración y una seguridad de juicios completamente maravillosos. Un poco grueso en demasía ya para lo bajo de su talla, mofletudo, calvo, de aspecto gordinflón, las manos gruesas, los muslos cortos, tenía aire demasiado fresco y malsano, y hablaba con una facilidad asombrosa.

Se había casado, por interés, con la hija del marqués de Ravenel para ampliar sus especulaciones en un mundo que no era el suyo. El marqués, por otra parte, poseía aproximadamente treinta mil francos de renta, y dos hijos solamente; pero el Sr. Andermatt, casándose, a la edad de treinta años apenas, ya tenía cinco o seis millones, y había invertido para obtener diez o doce. El Sr. de Ravenel, hombre indeciso, irresoluto, voluble y débil, rechazó primero con cólera los caminos que se le abrían mediante esta unión, indignándose con la idea de ver a su hija atada a un israelita, luego, tras seis meses de resistencia cedió, bajo la presión del oro acumulado, a condición de que los hijos serían educados en la religión católica.

Pero esperó y ningún hijo se vislumbraba en el camino aún. Fue entonces como el marqués, encantado tras dos años de someterse a las aguas de Enval, recordó que el folleto del doctor Bonnefille prometía también la curación de la esterilidad.

Entonces hizo venir a su hija e invitó a su yerno que la acompañase para instalarla y confiarla, por indicación de su médico de París, a los cuidados del doctor Latonne. Así pues, Andermatt lo había ido a buscar a su llegada; y éste continuaba enumerando los síntomas comprobados en su esposa. Terminó diciendo cuanto sufría con sus decepcionantes esperanzas de ser padre.

El doctor Latonne le permitió acabar, luego, dirigiéndose a la joven esposa, preguntó:

—¿Tenéis algo que añadir, Señora?

Ella respondió con gravedad:

—No, nada en absoluto, caballero.

Él respondió:

—Entonces os rogaría que os cambiaseis y os pongáis un sencillo camisón blanco, completamente blanco.

Ante la sorpresa de la mujer, él explicó con viveza su sistema:

—Dios mío, señora, es muy sencillo. Antiguamente se creía que todas las enfermedades provenían de un vicio de sangre o de un vicio orgánico, hoy simplemente suponemos que, en muchos casos, y especialmente en vuestro caso, las molestias indeterminadas que sufrís, e incluso los trastornos graves, muy graves, mortales, pueden provenir únicamente de que cualquier órgano, habiendo tomado bajo influencias fáciles de determinar un desarrollo anormal en detrimento de sus vecinos, destruye toda la armonía, todo el equilibrio del cuerpo humano, modifica o detiene sus funciones,

obstruye el funcionamiento de los demás órganos. Basta una hinchazón del estómago para hacer creer a una enferma del corazón que, molesto en sus movimientos, se vuelve violento, irregular, incluso intermitente a veces. Las dilataciones del hígado o de algunas glándulas pueden causar daños que los médicos poco observadores atribuyen a mil causas extrañas. También la primera cosa que debemos hacer es comprobar si todos los órganos de un enfermo tienen su volumen normal y se encuentran correctamente situados; pues basta bien poca cosa para alterar la salud de un hombre. Así pues, yo voy señora, si me lo permitís, a examinaros cuidadosamente, y trazar sobre vuestro camisón los límites, las dimensiones y las posiciones de vuestros órganos.

Había puesto su sombrero sobre una silla y hablaba con confianza. Su amplia boca, abriéndose y cerrándose, producía en sus mejillas afeitadas dos arrugas profundas que le daban también un cierto aspecto eclesiástico.

Andermatt, radiante, exclamó:

–Vaya, vaya, está muy bien eso, muy ingenioso, muy novedoso, muy moderno.

“Muy moderno”, en sus labios, era el colmo de la admiración.

La joven, muy divertida, se levantó y pasó a su habitación, luego regresó al cabo de algunos minutos, cubierta con un camisón blanco.

El médico la hizo extenderse sobre un butacón, luego, extrayendo de su bolsillo tres lápices de colores, uno negro, uno rojo y uno azul, comenzó a auscultar y a palpar a su nueva clienta cubriendo el camisón de pequeños trazos de color, anotando cada observación.

Después de un cuarto de hora, procediendo de este modo, ella parecía un mapa indicando los continentes, los mares, los cabos, los ríos, los reinos y ciudades, y consignados los nombres de todas esas divisiones terrestres, pues el doctor escribía sobre cada línea de demarcación, dos o tres palabras latinas, comprensibles solamente para él.

Ahora bien, cuando hubo escuchado todos los ruidos interiores de la señora Andermatt, y comprobado todas las partes silenciosas o sonoras de su persona, extrajo de su bolsillo un cuadernillo de cuero rojo con tafiletos de oro. Consultó el índice, lo abrió y escribió: “Observación 6347.- Sra. A..., 21 años.”

Luego, regresando a sus notas coloreadas de la cabeza a los pies sobre el camisón, leyéndolas como un egiptólogo descifra los jeroglíficos, los trasladó a su agenda.

Cuando hubo acabado, declaró:

–Nada inquietante, nada anormal, salvo una leve, muy leve desviación que una treintena de baños acidulados curarán. Además tomaréis tres medios vasos de agua cada mañana antes del mediodía. Nada más. Volveré a veros dentro de cuatro o cinco días.

Luego se levantó, saludó y salió con tanta prisa que todos el mundo se quedó estupefacto. Era su modo, su estilo, formaba parte de él, esta brusquedad en la partida. La consideraba de muy buen tono y de gran impresión ante el enfermo.

La señora Andermatt corrió a mirarse al espejo, y completamente sacudida por una risa estentórea de niña divertida, exclamó:

– ¡Oh! Si que son divertidos, qué graciosos son! Dime, ¿hay alguno más? Quiero verlo en seguida! ¡Will, ve a buscármelo! Debe haber un tercero, quiero verlo.

Su marido sorprendido preguntó:

–¿Cómo un tercero, un tercer qué?

El marqués debió explicarse, excusándose, pues temía un poco a su yerno. Así pues, contó que el doctor Bonnefille habiendo venido a verlo a él, lo había introducido en la habitación de Christiane, a fin de conocer su opinión, pues tenía mucha confianza en la experiencia del viejo médico, hijo de la región y que había descubierto la fuente.

Andermatt levantó los hombros y declaró que solamente el doctor Latonne trataría a su esposa, de modo que el marqués, muy preocupado, se puso a reflexionar sobre el modo de proceder para arreglar las cosas sin ofender a su irascible médico.

Christiane preguntó:

–¿Está aquí Gontrán? – Se trataba de su hermano.

–Sí – respondió su padre – desde hace cuatro días, con uno de sus amigos, del que nos ha hablado con frecuencia, el Sr. Paul Brétigny. Están haciendo juntos una excursión por Auvernia. Han llegado del monte Dore y de La Bourboule y volverán a partir para el Cantal a finales de la próxima semana.

Luego preguntó a la joven si deseaba descansar hasta la hora del almuerzo, después de la noche pasada viajando en ferrocarril; pero ella había dormido perfectamente en el coche cama, y solamente solicitaba una hora para asearse, después de lo cual deseaba visitar el pueblo y el balneario.

Su padre y su marido regresaron a sus habitaciones, esperando que estuviese lista.

Ella los llamó en seguida y bajaron juntos.

De entrada se entusiasmó a la vista de ese pueblo construido en ese bosque y en ese profundo valle que parecía cerrado por todas partes por medio de altos castaños como montes. Se los veía por todas partes, plantados al azar, ante las puertas, en los patios, en las calles, y luego también multitud de fuentes ornamentales, hechas con una gran piedra negra de pie inclinada hacia un pequeño agujero por donde vertía un hilo de agua clara que se arremolinaba en círculo para caer en un abrevadero. Un olor fresco a hierba y establo flotaba bajo esos grandes espacios verdes, y podían verse, yendo con paso grave por las calles, o de pie ante sus domicilios, a unas paisanas hilando con un vivo movimiento de dedos una banda de lana negra pasada por su cintura. Sus faldas cortas mostraban sus delgados tobillos cubiertos por las enaguas, y su corpiño, atado sobre los hombros por una especie de tirantes, dejaban al descubierto las mangas de tela de las camisas, de donde salían los brazos duros y secos y las manos huesudas.

Pero de pronto, una música alegre y divertida sonó ante los paseantes. Parecía un organillo aflautado, un organillo antiguo, ahogado, enfermizo.

Christiane preguntó:

–¿Qué es eso?

Su padre se echó a reír:

–Es la orquesta del Casino. Son cuatro haciendo ese ruido.

Y la condujo ante un cartel rojo pegado en la esquina de una casa de labranza, donde podía leerse en letras negras:

## **CASINO DE ENVAL DIRECCIÓN DEL SR. PETRUS MARTEL, DEL ODEÓN**

Sábado, 6 de julio. Gran concierto organizado por el maestro Saint Landri, segundo gran premio del Conservatorio. El piano será interpretado por el Sr. Javel, gran laureado del Conservatorio.

Flauta, el Sr. Noirot, laureado por el Conservatorio.

Contrabajo, Sr. Nicordi, laureado por la Academia real de Bruselas.

Tras el concierto, gran representación de Perdidos en el bosque, comedia en un acto del Sr. Pointillet.

Personajes:

Pierre de Lapointe . . . Sr. Petrus Martel, del Odeón.

Oscar Léveillé . . . . . Sr.. Petitniveille, del Vaudeville.

Jean . . . . . Sr. Lapalme, del Gran-Teatro de Burdeos.

Philippine . . . . . Srta. Odelin, del Od on.

Durante la representación, la orquesta será igualmente dirigida por el maestro Saint-Landri.

Christiane le a en voz alta, reía, se asombraba.

Su padre prosiguió:

–  Oh, te divertir s. Vamos a verlos.

Se volvieron hacia la derecha y entraron en el parque. Los bañistas se paseaban gravemente, despacio, por las tres avenidas, bebían su vaso de agua y regresaban.

Algunos, sentados en bancos, trazaban líneas en la arena con la punta de su bastón o su sombrilla. No hablaban, parecían no pensar en nada, apenas no vivir, aletargados, paralizados por el tedio de las estaciones termales.  nicamente, el extraño ruido de la orquesta, que brincaba en el aire suave y calmo, venido de no se sabe donde, producido no se sabe cómo, pasando bajo el follaje, parecía hacer mover a esos taciturnos caminantes.

Una voz exclamó:

– Christiane!. Ella se dio la vuelta, era su hermano.  l hombre corrió hacia ella, la abrazó y, cuando hubo estrechado la mano de Andermatt, tomó a su hermana del brazo y la llevó consigo, dejando detrás a su padre y a su cuñado.

Los dos hermanos charlaron.  l era un muchacho de buen porte, elegante, risueño como ella, nervioso como el marqués, indiferente a los acontecimientos, pero siempre en la procura de mil francos.

–Creía que dormías – dijo él– sino habría ido antes a saludarte. Y además Paul me ha llevado esta mañana al castillo de Tourn el.

– Qui n es Paul?...  Ah, s , tu amigo!

– Paul Brétigny. Es cierto, t  no lo sabes. Está tomando un baño en este momento.

– Est  enfermo?

–No. Pero se est  curando igualmente. Acaba de estar enamorado.

– Y toma baños acidulados para recuperarse?

–Sí. Hace todo lo que yo le digo que haga.  Oh!, ha quedado muy afectado. Es un muchacho violento, terrible. Ha estado a punto de morir. Quiso matarla a ella también. Era una actriz, una actriz conocida. La am  con locura. Y luego, ella no le era fiel, por supuesto. Eso provocó un drama espantoso. Entonces me lo he traído. Ahora se encuentra mejor, pero todavía piensa en ella.

Ella sonriente hasta ese momento, se puso seria y respondió:

– Me gustará conocerlo.

Sin embargo para ella “El Amor” no significaba gran cosa. Pensaba en eso algunas veces, como se piensa en un collar de perlas o en una diadema de brillantes cuando se es pobre, con un deseo despertado por algo posible y lejano. Se lo imaginaba tras la lectura de algunas novelas, sin darle por otra parte gran importancia. Nunca había tenido demasiados ensueños, al haber nacido con un alma feliz, tranquila y satisfecha; y, aunque casada desde hacía dos años y medio, todavía no se había despertado en ella ese sueño donde viven las jovencitas inocentes, de ese sueño del corazón, del pensamiento y de los sentidos que continúa para algunas mujeres hasta la muerte. La vida le parecía sencilla y buena, sin complicaciones; nunca había tratado de preguntarse por el sentido de la vida ni el por qué. Vivía, dormía, se vestía con elegancia, reía, estaba contenta  Qu  más podía pedir?



Cuando se le presentó a Andermatt como un posible novio, lo rechazó inicialmente, con una indignación infantil ante la idea de convertirse en la esposa de un judío. Su padre y su hermano compartían su misma repugnancia, y respondieron con ella y como ella mediante una negativa formal. Andermatt desapareció, se hizo el muerto, pero al cabo de tres meses, había prestado más de veinte mil francos a Gontrán, y el marqués, por otras razones, comenzaba a cambiar de parecer. En principio iba cediendo cuando se insistía, por amor egoísta a su tranquilidad. Su hija decía de él: “¡Oh!, papá tiene las ideas confusas”; y era cierto. Sin opiniones, sin creencias, no tenía más que entusiasmos que variaban a cada momento. Unas veces se adhería, con una exaltación pasajera y poética, a las viejas tradiciones de su raza y deseaba un rey, pero un rey inteligente, liberal, iluminado, caminando con la modernidad del siglo, mientras que en otras ocasiones, y tras la lectura de un libro de Michelet o de cualquier pensador demócrata, se apasionaba con la igualdad de los hombres, por las ideas modernas, por las reivindicaciones de los pobres, por los fracasados, por los que sufrían. Creía en todo, según el momento, y cuando su vieja amiga, la Sra. Icardon, que estaba muy bien relacionada con muchos judíos y era proclive al matrimonio de Christiane y Andermatt, comenzó a insistirle, ésta supo en seguida que razonamientos le bastarían para convencerlo.

Le mostró la raza judía dispuesta para la hora de las venganzas, raza oprimida como lo estaba el pueblo francés antes de la Revolución, y que, ahora tocaba a ella oprimir a los demás mediante el poder del oro. El marqués, sin fe religiosa, pero convencido de que la idea de Dios no era más que una idea legisladora, más bien para mantener a raya a los idiotas a los ignorantes y a los timoratos, parecida a la simple idea de Justicia, consideraba los dogmas con una indiferencia respetuosa, y confundía en igual y sincera estima a Confucio, Mahoma y Jesucristo. Así pues, el hecho de haber crucificado a éste último no le parecía en absoluto una tara original, sino una gran torpeza política. En consecuencia, bastaron algunas semanas para hacerle admirar el trabajo oculto, incesante, todopoderoso de los judíos perseguidos en todas épocas. Y considerando de repente con otros ojos su triunfo clamoroso, lo creyó una justa reparación a su larga humillación. Vio a los judíos como los amos de los reyes, que a su vez son amos de los pueblos, manteniendo los tronos o haciéndolos caer, pudiendo hacer quebrar una nación como se arruina a un vendedor de vinos, orgullosos ante los príncipes convertidos en humildes siervos y arrojando su oro impuro en el cofrecillo entreabierto de los soberanos más católicos, que se lo agradecían mediante títulos de nobleza y concesiones de líneas ferroviarias.

Y por fin consintió en la boda de William Andermatt con Christiana de Ravenel.

En cuanto a ella, bajo la presión insensible de la Sra. Icardon, antigua compañera de su madre, convertida en íntima consejera después de la muerte de la marquesa, presión combinada con la de su padre, y ante la interesada indiferencia de su hermano, ella consintió en casarse con ese grueso muchacho tan rico, que no era feo, pero que no le agradaba demasiado, como habría consentido en pasar un verano en una región desagradable.

Ahora ella lo encontraba buen muchacho, complaciente, no tonto, amable en la intimidad, pero se burlaba a menudo de él con Gontran que tenía un pérfido agradecimiento.

Él le decía:

–Tu marido está más colorado y calvo que nunca. Parece una flor enferma o un cerdo lechal que no se ha afeitado. ¿Dónde toma esos colores?

–Te aseguro –respondió ella– que no tengo arte ni parte. Hay días en que me dan ganas de pegarlo en una bombonera.

Pero estaban llegando al balneario.

Dos hombres estaban sentados en sendas sillas de mimbre, de espaldas a la pared, y fumando sus pidas, a ambos lados de la puerta.

Gontran dijo:

– Mira, dos tipos curiosos. Fíjate en el de la derecha, ¡el jorobado con el gorrito griego! Es el tío Printemps, antiguo carcelero en Riom y convertido en guardián, casi director del balneario de Enval. Para él no ha cambiado nada, y gobierna a los enfermos como a sus antiguos prisioneros. Los bañistas son los reos, las casetas de baño las celdas, la sala de duchas un calabozo, y el lugar donde el doctor Bonnefille practica las lavativas de estómago por medio de la sonda Baradu, una sala de torturas misteriosa. No saluda a ningún hombre basándose en el principio de que todos los condenados son seres despreciables. Sin embargo trata a las mujeres con mucha más amabilidad, con una consideración mezclada con asombro, pues nunca tuvo bajo su custodia en la prisión de Riom a ninguna. No habiendo estado destinado más que al cuidado de los hombres, todavía no se ha acostumbrado a hablar con las personas del otro sexo. El otro es el tesorero. Te desafío a hacerle escribir tu nombre, vas a ver.

Y Gontran, dirigiéndose al hombre sentado a la izquierda, articuló lentamente:

– Señor Séminois, le presento a mi hermana, la Sra. Andermatt, que desea un vale para doce baños.

El tesorero, muy alto, muy delgado, de aspecto muy pobre, se levantó, entró en su despacho que estaba enfrente a la consulta del médico inspector, abrió su libro y preguntó:

–¿Cuál es el nombre?

–Andermatt.

–¿Cómo dice?

–Andermatt.

–¿Cómo se deletrea?

–A-n-d-e-r-m-a-t-t.

–Muy bien.

Y escribió lentamente. Cuando hubo acabado, Gontran preguntó:

– ¿Quiere leerme el nombre de mi hermana?

–Sí, Señor. La Sra. Anterpat.

Christiane, riendo hasta llorar, pagó sus vales, luego preguntó:

–¿Qué es ese ruido allá arriba?

Gontran la tomó del brazo.

– Vamos a ver.

Unas voces enfurecidas llegaban de lo alto de la escalera. Ellos subieron, abrieron una puerta y observaron una gran sala de café con una mesa de billar en medio. De ambos lados de ese billar, dos hombres en magnas de camisa, con un taco de madera en la mano, se interpelaban con furor.

–Dieciocho.

–Diecisiete.

–Le digo que tengo dieciocho.

–Eso no es cierto, usted no tiene más que diecisiete.

Eran el director del Casino, el Sr. Petrus Martel, del Odeón, que jugaba su partida cotidiana con el actor de su compañía, el Sr. Lapalme, del Gran Teatro de Burdeos.

Petrus Martel, cuyo vientre considerable y fofo bailoteaba bajo su camisa por encima del pantalón, abrochado no se sabe como, después de haber sido cómico en diversos lugares había tomado la dirección del Casino de Enval y pasaba sus días bebiendo las consumiciones destinadas a los bañistas. Lucía un inmenso bigote de

oficial, empapado de la mañana a la noche en la espuma de las cervezas y el pegajoso almíbar de los licores; y había adquirido, junto al viejo cómico reclutado por él, una pasión inmoderada por el billar.

Nada más levantarse, se iban a jugar su partida, se injuriaban, se amenazaban, hacían trampas con las puntuaciones, volvían a comenzar, apenas dedicaban tiempo al almuerzo y no toleraban que dos clientes viniesen a expulsarlos de su verde tapiz.

Habían hecho huir a todo el mundo, y no encontraban la vida desagradable, aunque la quiebra acechase a Petrus Martel al acabar la temporada.

La cajera, agobiada, miraba de la mañana a la noche esa interminable partida, escuchaba de la mañana a la noche esa discusión sin fin, y de la mañana a la noche servía copas o chupitos a los dos infatigables jugadores.

Pero Gontran se llevó a su hermana.

–Ven al parque. Allí se está más fresco.

A un extremo del balneario, vieron de pronto la orquesta bajo un kiosco chino.

Un joven rubio, tocando el violón con frenesí, gobernaba con la cabeza, con el cabello movido a compás, con todo el torso, que doblaba, enderezaba, inclinaba a la izquierda y a la derecha como una batuta de director de orquesta, a tres singulares músicos sentados frente a él. Era el maestro Saint-Landri.

Él y sus compañeros, un pianista cuyo instrumento, montado sobre ruedas, era desplazado cada mañana desde el vestíbulo del balneario al kiosco, un flautista enorme, que parecía chupar una cerilla mientras le hacía cosquillas con sus gruesos e hinchados dedos, y un contrabajista de aspecto tísico, producían con mucha fatiga esa perfecta imitación de un mal organillo, que había sorprendido a Christiane en las calles del pueblo.

Como ella se había detenido a contemplarlos, un caballero saludó a su hermano.

–Buenos días, mi querido conde.

–Buenos días, doctor.

Y Gontran hizo las presentaciones:

– Mi hermana. El doctor Honorat.

Ella apenas pudo reprimir su entusiasmo, frente a este tercer médico.

Éste saludó e hizo los cumplidos de rigor:

–Espero que la señora no esté enferma

–Sí. Un poco.

Él no insistió y cambió de conversación.

¿Sabe usted, mi querido conde, que pronto habrá un espectáculo de lo más interesante a la entrada del pueblo?

–¿De que se trata, doctor?

– El tío Oriol va a hacer saltar volar su peñasco. ¡Ah! para ustedes eso no significa nada, calor, pero para nosotros es un acontecimiento de primer orden.

Y se explicó.

El tío Oriol, el campesino más rico de toda la región, se le calculaban más de cincuenta mil francos de renta, era el dueño de todos los viñedos que había en la zona donde desembocaba el Enval en la llanura. Ahora bien, justo en la salida del pueblo, donde el valle se abría, se elevaba un montecillo, o más bien un montículo grande, y sobre este montículo se encontraban los mejores viñedos del tío Oriol. En medio de uno de ellos, pegado a la carretera, a dos pasos del arroyo, se elevaba una gigantesca piedra, una roca que impedía el cultivo y dejaba a la sombra una gran parte del campo que ésta dominaba.

Desde hacía diez años, el tío Oriol anunciaba cada semana que iba a hacer volar ese peñasco, pero nunca se decidía.

Cada vez que un muchacho de la región partía para el servicio militar, el viejo le decía: “Cuando vengas de permiso, tráeme pólvora para mi roca”

Y todos los soldaditos traían en su petate la pólvora robada para la roca del tío Oriol. Había llenado un baúl con esa pólvora, y la roca todavía seguía en pie.

Por fin, desde hacía una semana, se le veía horadar la piedra con su hijo, el gran Jacques, alias Coloso, que en auvernés se pronunciaba “Coloche”. Esa misma mañana, ambos habían llenado de pólvora el vientre vacío de la enorme roca, luego se había taponado la abertura dejando únicamente pasar la mecha, una mecha de fumador comprada en la tabacalera. Se prendería a las dos. Saltaría todo a las dos y cinco o a las dos y diez a lo sumo, pues el extremo de la mecha era muy largo.

Christiane se interesaba por esa historia, divertida ya con la idea de la explosión, encontrando en ello un juego de infancia que agradaba a su sencillo corazón.

Llegaban al extremo del parque.

–¿Hacia donde continúa esto? – preguntó ella.

– Al Fin del Mundo, señora; es decir a una garganta sin salida y famosa en Auvernia. Es una de las más hermosas curiosidades naturales de la región.

Pero una campana sonó tras ellos. Gontran exclamó:

–¡Vaya, la hora del almuerzo!

Los tres regresaron.

Un joven alto venía a su encuentro.

Gontran dijo:

– Mi pequeña Christiane, te presento al Sr. Paul Brétigny.

Luego, dirigiéndose a su amigo:

– Esta es mi hermana, querido.

Ella lo encontró feo. Tenía los cabellos negros, lisos y tiesos, dos ojos demasiado redondos, con una expresión casi dura, la cabeza también era redonda, muy fuerte, una de esas cabezas que hacen pensar en balas de cañón, hombros hercúleos, de aspecto un poco salvaje, poco fino y brutal. Pero de su chaqueta, de su ropa, tal vez de su piel, exhalaba un perfume muy sutil, muy delicado, que la joven no conocía; y ella se preguntó: “¿Qué es ese olor?”

Él le dijo:

–¿Ha llegado usted esta mañana, señora?

Su voz era un poco sorda.

Ella respondió:

– Sí, señor.

Pero Gontran observó al marqués y a Andermatt que le hacían señales a los jóvenes para ir a almorzar aprisa.

Y el doctor Honorat se despidió de ellos, preguntándoles si tenían intención real de ir a ver volar la roca.

Christiane afirmó que iría; e inclinándose en el brazo de su hermano, murmuró dirigiéndose hacia el hotel:

– Tengo un hambre canina. Me avergonzará mucho comer tanto delante de tu amigo.

## – II –

El almuerzo fue largo, como suele ser costumbre en las comidas en los hoteles. Christiane, que no conocía todos esos rostros, charlaba con su padre y su hermano. Luego subió a descansar hasta el momento en el que debía volarse la roca.

Estuvo lista antes de la hora y obligó a todo el mundo a partir para no faltar a la explosión.

A la salida del pueblo, en la desembocadura del valle, se elevaba en efecto un alto montículo, casi un monte, que todos escalaron bajo un ardiente sol siguiendo un pequeño sendero entre los viñedos. Cundo alcanzaron la cima, la joven emitió un grito de sorpresa ante el inmenso horizonte desplegado de pronto ante sus ojos. Frente a ella se extendía una llanura infinita que daba de inmediato al alma la sensación de un océano. Esa llanura se veía velada por un vapor leve, un vapor azul y suave que llegaba hasta los montes más lejanos, apenas percibidos, tal vez a cincuenta o sesenta kilómetros. Y bajo la bruma transparente, tan fina, que flotaba sobre esa amplia extensión de la región, se distinguían ciudades, pueblos, bosques, los enormes rectángulos amarillos de los dorados trigales, los grandes cuadrados verdes de los pastizales, unas fábricas de grandes chimeneas rojas y campanarios negros y puntiagudos construidos con la lava de antiguos volcanes.

–Vuélvete – dijo su hermano.

Ella se giró. Y, tras ella, vio la montaña, la enorme montaña horadada de cráteres. En primer plano se veía la parte más honda de Enval, una amplia ola de vegetación donde apenas se distinguían la oculta brecha de las gargantas. La oleada de árboles escalaba la pendiente rápida hasta la primera cresta que impedía ver las siguientes. Pero como se encontraba justamente sobre la línea de separación de las llanuras y la montaña, ésta se extendía a izquierda, hacia Clermont-Ferrand, y se alejaba, dejando ver sobre el cielo azul extrañas cumbres truncadas, semejantes a monstruosas pústulas: los volcanes apagados, los volcanes extintos. Y allá abajo, muy abajo, entre dos cimas, podía observarse otra, más alta, más lejana aún, redonda y majestuosa, que tenía en lo más alto algo extraño que parecían unas ruinas.

Era el Puy de Dôme, el rey de los montes de Auvernia, robusto y compacto, manteniendo en lo alto, como una corona colocada por el más grande de los pueblos, los restos de un templo romano.

Christiane exclamó:

–¡Oh! qué feliz sería aquí.

Y ya se sentía feliz, penetrada por ese bienestar que invade la carne y el corazón, que hace que respiremos a pleno pulmón, que nos mantiene alerta y ligeros cuando se entra de repente en una región que nos acaricia los ojos, que nos encanta y alegra, que parece esperarnos, para el que sentimos que hemos nacido.

La llamaban:

– ¡Señora, señora!

Ella vio a lo lejos al doctor Honorat, distinguible por su gran sombrero. Acudió el doctor y condujo a la familia hacia la otra vertiente de la cota por una pendiente de césped, al lado de un bosque de arbolitos, donde una treintena de personas esperaba ya, forasteros y lugareños mezclados.

Bajo sus pies, la ladera rápida descendía hasta la carretera de Riom, sombreada por los sauces que cubrían su poco caudaloso río; y en medio de un viñado a orillas de ese arroyo, se elevaba una roca puntiaguda en la que dos hombres arrodillados en su base parecían rezar. Era el peñasco.

Los Oriol, padre e hijo, preparaban la mecha. Por la carretera una muchedumbre de curiosos miraba, precedida por una hilera más baja y bulliciosa de pilluelos.

El doctor Honorat había elegido un lugar cómodo para Christiane, que se sentó, con el corazón latiendo como si fuese a ver saltar con la roca a toda esa gente. El marqués, Andermatt y Paul Brétigny se tumbaron en la hierba al lado de la joven, mientras tanto Gontran permanecía de pie. Éste dijo con tono burlón:

–Mi querido doctor, ¿está usted bastante menos ocupado que sus colegas que por lo visto no tienen ni una hora que perder para venir a esta pequeña fiesta?

Honorat respondió con franqueza:

–No estoy menos ocupado; lo que ocurre es que mi enfermos me ocupan menos... Además me gusta más distraer a mis pacientes que atiborrarlos de fármacos.

Tenía un cierto aire socarrón que agradaba mucho a Gontran

Llegaban más personas, vecinos de mesa del hotel, las damas Paille, dos viudas, madre e hija, los Monécu padre e hija, y un hombre muy gordo y bajito que resoplaba como una caldera destartada, el Sr. Aubry Pasteur, ingeniero de minas jubilado que había hecho fortuna en Rusia.

El marqués y el ingeniero estaban conversando. Este último se sentó a duras penas con movimientos muy preparados, circunspectos y prudentes, que hicieron mucha gracia a Christiane. Gontran se había alejado para ver los rostros de los curiosos llegados, como ellos, a la colina.

Paul Brétigny indicaba a Christiane Andermatt la región observada a lo lejos. En primer lugar se encontraba Riom que formaba una mancha roja, una mancha de tejas en la llanura; luego Ennezat, Maringues, Lezoux, una multitud de pueblos apenas diferentes, que conformaban con un pequeño hueco y oscuro la alfombra ininterrumpida de vegetación, y más allá, al pie de las montañas del Forez, intentaba hacerle distinguir Thiers.

Él decía animado:

–Mire, mire, delante de mi dedo, justo en dirección a mi dedo. Lo veo muy bien.

Ella no veía nada, pero no se extrañó de que el pudiese ver, pues miraba como las aves de presa, con sus ojos redondos y fijos, que sentía poderosos como catalejos marinos.

El continuó:

– El Allier discurre ante nosotros, en medio de esta llanura, pero es imposible verlo. Está demasiado lejos, a treinta kilómetros de aquí.

Ella no se esforzaba demasiado en descubrir lo que él le indicaba, pues dedicaba al peñasco todas sus miradas y pensamientos. Se decía que, pronto, esa enorme piedra dejaría de existir, que se transformaría en polvo, y se sentía tomada por una vaga piedad hacia la piedra, una piedad de niña por un juguete roto. Hacía tanto tiempo que esa piedra estaba allí; y además era tan bonita y bien formada. Los dos hombres ya levantados, ajustaban pequeño guijarros en su base, con rápidos y presurosos movimientos.

La multitud de la carretera aumentaba sin cesar, se habían acercado para ver. Los críos tocaban a los dos trabajadores, corrían en torno a ellos como cachorros juguetones; y desde el lugar donde se encontraba Christiane, esas personas se veían muy pequeñas, un enjambre de insectos, un hormiguero en plena faena. El murmullo de las voces subía, a veces ligero, apenas perceptible, a veces más intenso, un rumor confuso de gritos y movimientos humanos, pero transportado por el aire, una especie de polvareda de ruido. Sobre la loma también aumentaba la gente, llegando sin cesar desde el pueblo, y cubría la pendiente dominando de ese modo la visión del roquedal condenado.

Se llamaban unos a otros, se reunían por hoteles, por clases sociales, por castas. El más ruidoso de los grupos era el de los actores y músicos, presidido, dirigido por su director, Petrus Martel del Odeón, que en tal circunstancia había abandonado su partida de billar cotidiana.

Con la cabeza cubierta con un panamá, una chaqueta de alpaca negra, que dejaba asomar la blanca prominencia del voluminoso vientre, el bigotudo actor adquiría aires de comandante, indicaba, explicaba y comentaba todos los movimientos de los Oriol. Sus subordinados, el cómico Lapalme, el joven debutante Petitnivele y los músicos, el maestro Saint-Landri, el pianista Javel, el enorme flautista Noiro, la contrabajo Nicordi, lo rodeaban y lo escuchaban. Ante ellos estaban sentadas tres mujeres, amparadas por tres sombrillas, una blanca, una roja y otra azul, que formaban bajo el sol del mediodía una extraña y brillante bandera francesa. Eran la Srta. Odelin, la joven actriz, su madre, una madre de alquiler según Gontran, y la cajera del café, sociedad habitual de esas damas. La disposición de esas sombrillas con los colores nacionales era una invención de Petrus Martel que, habiendo observado, a principios de la temporada, la azul y la blanca en manos de las Odelin, había regalado la roja a su cajera.

Muy cerca de ellos, otro grupo atraía igualmente la atención y la mirada, el de los chefs y cocineros de los hoteles, en número de ocho, pues una lucha se había entablado entre los restauradores que habían uniformado incluso a sus lavaplatos para impresionar a los presentes. Todos de pie, recibían sobre sus gorros planos la luz cruda del día, y parecían constituir al mismo tiempo un bizarro estado mayor de lanceros blancos y una delegación de cocineros.

El marqués preguntó al doctor Honorat:

—¿De dónde vine toda esta gente? ¡Nunca habría imaginado Enval tan poblado!

— ¡Oh! Han venido de todas partes, de Châtel-Guyon, de Tournœl, de La Roche-Pradière, de Saint Hippolyte. Pues hace mucho tiempo que se habla de este asunto en la región; y además el tío Oriol es una celebridad, un personaje considerable por su influencia y fortuna, un verdadero auvernés, del lugar, haciéndose a sí mismo, ahorrador, amontonando oro sobre oro, inteligente, lleno de ideas y proyectos para sus hijos.

Gontran llegaba agitado, con la mirada brillante. Dijo a media voz:

—Paul, Paul, ven conmigo, voy a presentarte a dos jovencitas; ¡oh! pero gentiles, ya sabes!

El otro levantó la cabeza y respondió:

—Querido estoy bien aquí. No me moveré.

—Cometes un error. Son encantadoras.

Luego, elevando la voz:

— Pero el doctor va a decirme quienes son. Dos muchachas de dieciocho años a diecinueve años, prototipos de damas de las región, vestidas curiosamente, con vestidos de seda negra con manchas adheridas, una especie de uniformes, vestidos de convento, dos morenas...

El doctor Honorat lo interrumpió:

—Basta. Son las hijas del tío Oriol, dos hermosas criaturas en efecto, educadas con las Madres negras de Clermot... y que son dos buenos partidos... Son dos tipos de nuestra raza, de la buena raza auvernesa; pues yo soy auvernés, señor Marqués, y os presentaré a esas dos muchachas...

Gontrán le cortó la palabra y, socarrón:

—¿Es usted el médico de la familia Oriol, doctor?

El otro comprendió la malicia, y respondió un simple “¡Caramba!” lleno de alegría.

El joven preguntó:

—¿Cómo ha logrado usted ganarse la confianza de ese rico cliente?

—Ordenándole beber mucho vino del bueno.

Y contó detalles sobre los Oriol. Además él era pariente lejano, y los conocía desde hacía mucho tiempo. El viejo, el padre, un original, estaba muy orgulloso de su vino; y tenía sobre todo una viña cuyo producto debía ser consumido por la familia, nada más que por la familia y los invitados. Algunos años llegaban a vaciar los barriles que producía ese viñedo de élite, pero otros apenas se conseguían consumir.

Hacia el mes de mayo o junio, cuando el padre veía que sería difícil beber todo lo que quedaba aún, se dedicaba a alentar a su hijo, Coloso, y le decía: “Vamos, hijo, a ello”. Entonces ambos comenzaban a beber a grandes sorbos litros de vino tinto de la mañana a la noche. En veinte ocasiones, durante cada comida, el bonachón del padre decía con tono serio, inclinando la jarra sobre el vaso de su hijo: “Vamos allá”. Y como todo ese líquido cargado de alcohol le calentaba la sangre y le impedía dormir, él se levantaba durante la noche, se ponía el pantalón, encendía una linterna, despertaba a Coloso; y ambos se iban a la bodega, tras haber tomado en la alacena un trozo de pan que mojaban en su vaso lleno directamente del barril. Una vez que habían bebido sintiendo el vino chapotear en sus vientres, el padre golpeaba la sonora madera del barril para detectar si el nivel del líquido había bajado.

El marqués preguntó:

—¿Son esos dos que trabajan alrededor de la roca?

—Sí, sí, precisamente.

En ese mismo momento, los dos hombres se alejaron a grandes pasos de la roca cargada de pólvora; y toda la multitud de allá abajo que los rodeaba, se puso a correr como un ejército en retirada. Huían hacia Riom y hacia Enval, dejando completamente solo el grueso roquedal sobre una pequeña loma de césped raso y pedregoso, pues cortaba en dos el viñedo; y sus alrededores inmediatos aún no habían sido desbrozados.

El gentío situado en lo alto, tan numeroso como el otro ahora, se estremecía de gusto y de impaciencia; y la poderosa voz de Petrus Martel anunció:

—¡Cuidado! La mecha está encendida.

Christiane experimentó un gran escalofrío de espera. Pero el doctor murmuró a su espalda:

—¡Oh! si han dejado toda la mecha que les he visto comprar, tendremos por los menos para diez minutos.

Todas las miradas se dirigían hacia la gran piedra; y de pronto un perro, un perrito negro, una especie de caniche, se acercó a ella. Dio la vuelta, olfateó y descubrió sin duda un olor sospechoso, pues comenzó a excavar con toda sus fuerzas, las patas tíasas y el pelo del lomo erizado, el rabo extendido y las orejas enhiestas.

Una risa general corrió entre el público, una risa cruel; se esperaba que no se iría de allí. Luego unas voces lo llamaron para alejarlo; unos hombres silbaron; se trató de lanzarle piedras que no llegaron ni a mitad de su objetivo. Pero el caniche se movía y ladraba con ira hacia la roca.

Christiane se puso a temblar. Un miedo atroz la había invadido imaginando a ese animal destripado; todo su bienestar anterior se había disipado; quería irse de allí y repetía nerviosamente, balbuciendo, vibrando de angustia:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡va a morir! ¡No quiero verlo! ¡no quiero! ¡no quiero! Vámonos...

A su lado, Paul Brétigny, se había levantado, y, sin decir una palabra descendió hacia la roca a la máxima velocidad que sus largas piernas le permitían.



Unos gritos de espanto salieron de las bocas; un murmullo de terror agitó a la multitud; y el caniche, viendo llegar hacia él a ese hombre tan grande, se escondió detrás de la roca. Paul lo persiguió; el perro pasó de un lado al otro y, durante un minuto o dos, ambos corrieron en torno a la piedra, yendo y viniendo tanto a derecha como a izquierda, como si estuviesen jugando una partida al corre que te pillo.

Viendo finalmente que no alcanzaría al animal, el hombre volvió a subir por la pendiente, y el perro, presa de nuevo de furor, recomenzó sus ladridos.

Improperios de cólera acogieron el regreso del imprudente, pues la gente no perdona a aquellos que los hacen temblar. Christiane estaba sofocada de emoción, con las dos manos apoyadas sobre su corazón palpitante. Estaba fuera de sí cuando preguntó:

–¿No está usted herido al menos, verdad?

Mientras tanto Gontran, furioso, gritaba:

– Está loco; no hace más que tonterías semejantes; no conozco idiota parecido...

Pero el suelo osciló, elevándose. Una detonación formidable sacudió a toda la región, y, durante casi un largo minuto, atronó en la montaña, repetida por todos los ecos como otros tantos disparos de cañón.

Christiane no vio más que una lluvia de piedras cayendo y una alta columna de tierra menuda que se desplomaba sobre sí misma.

Y de pronto, la multitud que estaba en lo alto se precipitó como una ola prorrumpiendo en agudos clamores. El batallón de críos brincaba dejándose caer ladera abajo y dejaba tras el al regimiento de los actores que bajaba a toda prisa con Petrus Martel a la cabeza.

Las tres sombrillas tricolores a punto estuvieron de ser arrollados en esa loca carrera.

Y todos corrían, hombres, mujeres, aldeanos y burgueses. Se les veía caer, volver a levantarse, continuar corriendo, mientras que en la carretera las dos oleadas de público, que habían retrocedido antes por el temor, corrían ahora una hacia la otra para chocar y mezclarse en el lugar de la explosión.

–Esperemos un poco – dijo el marqués– a que toda esta curiosidad se haya apaciguado, para ir a verlo nosotros.

El ingeniero, Sr. Aubry-Pasteur, que acababa de levantarse con una pena infinita, respondió:

– Yo regreso al pueblo por los senderos. No tengo nada más que hacer aquí.

Estrechó las manos de los allí presentes, saludó y marchó.

El doctor Honorat había desaparecido. Se hablaba de él. El marqués decía a su hijo:

–Tú lo conoces desde hace tres día y estás equivocado respecto de él, acabarás por ofenderlo.

Pero Gontrán se encogió de hombros:

– ¡Oh! es un sabio, un buen escéptico, ese! Te digo que no se enfadará. Cuando estemos los dos solos se burla de todo el mundo y de todo, comenzando por sus enfermos y sus aguas. Te pago un baño especial si lo ves alguna vez enfadarse con mis bromas.

Sin embargo la agitación era extrema allá abajo, sobre el emplazamiento de la roca desaparecida. La muchedumbre, enorme, vociferante, se empujaba, se removía, gritaba, presa de una emoción y un asombro inesperado.

Andermatt, siempre activo y curioso, repetía:

–¿Que les ocurre? ¿Qué les ocurre?

Gontran dijo que iba a ver; y allá fue, mientras tanto Christiane, indiferente ahora, pensaba que habría sido suficiente una mecha un poco más corta para que el loco de su vecino se matase, se hiciese destripar por la metralla de piedra tan solo porque ella había temido por la vida de un perro. Pensaba que, en efecto, tenía que ser bastante impulsivo y apasionado para exponerse de ese modo y sin razón, desde el momento en que una mujer desconocida expresase un deseo.

En la carretera se veía gente correr hacia el pueblo. El marqués, a su vez, se preguntaba:

– ¿Qué es lo que les ocurre?

Y Andermatt, no pudiendo esperar más, se pudo a descender la ladera.

Gontran, desde abajo, le hizo señas para que se acercase.

Paul Brétigny preguntó:

– ¿Quiere usted mi brazo, Señora?

Ella tomó el brazo, sintiéndolo resistente, como de hierro y, como su pie resbalase sobre la hierba cálida, ella se apoyaba en él como lo hubiese hecho bajando una rampa, con una confianza absoluta.

Gontran fue a su encuentro gritando:

– ¡Es una fuente. La explosión ha hecho brotar una fuente!

Y se mezclaron con la multitud. Entonces los dos jóvenes, Paul y Gontran, pasando delante, apartaron a los curiosos empujándolos, y sin preocuparse de las quejas, abrieron un camino a Christiane y a su padre.

Caminaban en un caos de agudas piedras, rotas, ennegrecidas por la pólvora; y llegaron ante un agujero lleno de agua lodosa que burbujeaba y discurría hacia el río, a través de los pies de los curiosos. Andermatt ya estaba allí, habiendo atravesado entre el público mediante procedimientos de insinuación que le eran particulares, decía Gontran, y miraba con profunda atención como brotaba del suelo y se escapaba esa agua.

El doctor Honorat, de pie, frente a él, al otro lado del agujero, la miraba también con aire sorprendidamente irritado. Andermatt le dijo:

– Habría que probarla, pude tratarse de agua mineral.

El médico respondió:

– Desde luego es mineral. Aquí todos son minerales. Pronto habrá más fuentes que enfermos.

El otro repuso:

– Pero hay que probarla.

Al médico no le preocupaba demasiado:

– Habrá que esperar al menos que se aclare.

Y cada uno quería ver. Los de la segunda fila empujaban a los primeros hata en el lodo. Un niño calló, lo que produjo un estallido de risas.

Los Oriol, padre e hijo, estaban allí, contemplando con seriedad este inesperado acontecimiento, y no sabiendo todavía lo que debían pensar. El padre era seco, alto y delgado con una cabeza huesuda, una cabeza seria de aldeano sin barba; el hijo, más alto aún, un gigante, también delgado, luciendo bigote, se parecía al mismo tiempo a un soldado y a un viñador.

Los borbotones de agua parecían ir en aumento, crecer su volumen, y comenzaba a aclararse.

Se produjo un movimiento entre el público, y el doctor Latonne apareció con un vaso en la mano. Sudaba, resoplaba y permaneció aterrado viendo a su colega, el doctor Honorat con un pie apoyado en el borde de la nueva fuente como un general entrando primero en una plaza conquistada.

Vacilando, preguntó:

–¿La ha probado?

–No. Espero a que se aclare.

Entonces el doctor Latonne hundió en ella el vaso, y bebió con ese aire profundo que adoptan los expertos para catar los vinos. Luego declaró: «¡Excelente!» lo que no lo comprometía, y, entregando el vaso a su rival: «¿Gusta usted?»

Pero al doctor Honorat no le gustaban las aguas minerales y respondió sonriendo:

–¡Gracias! Basta con que usted lo haya apreciado. Ya conozco el sabor.

Conocía su sabor, en todos los aspectos, y también lo apreciaba, pero de un modo diferente. Luego volviéndose hacia el padre Oriol:

–Ni punto de comparación con ese vino suyo tan bueno.

El viejo se sintió halagado.

Christiane ya había visto bastante y quería irse. Su hermano y Paul le abrieron de nuevo un camino a través del gentío. Ella les seguía, apoyada en el brazo de su padre. De repente resbaló y a punto estuvo de caer, y mirando a sus pies advirtió que había pisado un trozo de carne sanguinolenta, cubierta de pelo negro y pegajosa por el fango; era un fragmento del caniche destripado por la explosión y pisoteado por la gente.

Tuvo un sofoco tal que no pudo retener sus lágrimas. Y murmuraba enjuagando los ojos con su pañuelo:

–¡Pobre animalito, pobre animalito!

No quería oír nada más, tan solo deseaba regresar y encerrarse. Ese día que tan bien había comenzado, acababa mal para ella. ¿Se trataba quizás de un presagio? Su corazón crispado latía furiosamente.

Ahora se encontraban solos en la carretera y advirtieron, ante ellos, un algo sombrero y dos picos de una levita agitándose como dos alas negras. Se trataba del doctor Bonnefille, avisado el último, que acudía con un vaso en la mano, como el doctor Latonne.

Se detuvo cuando vio al marqués.

–¿Qué sucede, Marqués? ... ¿Es cierto lo que dicen?... ¿Una fuente?... ¿Una fuente de agua mineral?...

–Si, mi querido Doctor.

–¿Abundante?

–Desde luego.

–¿Acaso...acaso... está allá?

–Gontrán respondió con seriedad:

– En efecto, el propio doctor Latonne ya ha hecho el análisis.

Entonces el doctor Bonnefille echó a correr, mientras Christiane, un poco más animada por su aspecto, decía:

– No deseo regresar al hotel, vayamos a sentarnos al parque.

Andermatt se había quedado en la fuente mirando el agua fluir.

## III

La cena estuvo muy animada esa noche en el Hotel Espléndido. El asunto de la roca y de la fuente era el principal tema de conversación. Los comensales no eran numerosos, sin embargo, unas veinte personas, por lo común taciturnas, apacibles, enfermos que, tras haber experimentado en vano todo tipo de aguas conocida, lo intentaban ahora en los nuevos balnearios.

En el extremo ocupado por los Ravenel y los Andermatt, se encontraban, en primer lugar, los Monécu, un hombrecillo muy blanco, con su hija, una alta muchacha completamente pálida que se levantaba a veces en medio de una comida y se iba, dejando su plato medio lleno, el obeso Sr. Aubry-Pasteur, el antiguo ingeniero, los Chaufour, una pareja sombría que podía encontrarse todo el día en los paseos del parque tras un pequeño cochecito que paseaba a su hijo deforme, y las señoras Paille, madre e hija, ambas viudas, altas, corpulentas, por delante y por detrás: – Como pueden ustedes comprobar –decía Gontran – ellas se han comido a sus maridos, los que les ha producido una indigestión.

En efecto, era una enfermedad del estómago, de la que ellas venían a curarse.

Más lejos, un hombre muy colorado, casi del color del ladrillo, el Sr. Riquier, que también digería mal, y luego otras personas insulsas, ese tipo de viajeros mudos que entran a paso sordo, la esposa delante, el hombre detrás, en el comedor de los hoteles, saludan desde la puerta y se sientan en sus sillas con tímido y modesto aire.

El otro extremo de la mesa estaba vacío, aunque los platos y los cubiertos se hubiesen puesto para posteriores comensales.

Andermatt hablaba con animación. Había pasado el mediodía charlando con el doctor Latonne, poniendo de manifiesto en sus palabras, grandes proyectos acerca de Enval.

El doctor le había enumerado, con ardiente convicción, las sorprendentes virtudes de su agua, muy superior a la de Châtel-Guyon, que sin embargo se había puesto de moda definitivamente desde hacía dos años.

Así pues tenía a la derecha ese pozo de Royat en plena fortuna, en rotundo triunfo, y a izquierda, el pozo de Châtel-Guyon completamente lanzado desde hacía poco! ¡Qué no se podría hacer con Enval con un poco de habilidad!

Decía, dirigiéndose al ingeniero:

–Sí señor, todo consiste en saber y tomarlo. Es un negocio de rectitud, de tacto, de oportunismo y de audacia. Para crear un balneario hay que saber darlo a conocer, nada más, y para lanzarlo, es necesario involucrar en el negocio al gran cuerpo médico de París. Yo, señor, yo consigo siempre lo que me propongo porque siempre busco el medio más práctico, aquél que debe determinar el éxito en cada uno de los casos en los que me ocupo; y mientras no lo he encontrado, no hago nada, tan solo espero. No basta disponer de agua, hay que hacer que la prueben; y para que esto ocurra no es suficiente con publicarlo en los periódicos diciendo que no tiene rival. ¡Hay que hacérselo decir discretamente a los únicos hombres que tienen influencia sobre el público consumidor, sobre el público enfermo del que tenemos necesidad, sobre el público particularmente crédulo que paga los medicamentos, en definitiva, a los médicos. Al tribunal no se dirigen más que los abogados; éste no entiende a nadie más que a ellos, no comprende a otros que no sean ellos; del mismo modo el enfermo debe ser informado por los médicos, éste no escucha a otro.

El marques, que admiraba considerablemente el pragmatismo y seguridad de su yerno, exclamó:

–¡Ah! Ciertamente. Usted, además, querido, es único para tocar la tecla precisa.

Andermatt, excitado, continuó:

—Aquí podría hacerse una fortuna. La región es admirable, el clima excelente; tan solo me preocupa una cosa: ¿tendríamos suficiente agua para un gran balneario? pues las cosas hechas a medias siempre acaban por salir mal. Necesitaríamos un gran establecimiento y, en consecuencia, mucha agua, la suficiente para llenar doscientas bañeras simultáneamente, con un flujo rápido y continuo; y la nueva fuente, unida a la antigua, no alimentaría más que a cincuenta, según afirma el doctor Latonne...

El Sr. Aubry Pasteur lo interrumpió:

—¡Oh! En cuanto al agua, yo le proporcionaría tanta como usted quiera.

Andermatt se sorprendió:

—¿Usted?

—Sí, yo. ¿Le extraña? Me explico. El pasado año, por esta misma época, yo me encontraba aquí al igual que este año, pues me sientan muy bien los baños de Enval. Ahora bien, una mañana descansaba en mi habitación cuando vi llegar a un caballero grueso. Se trataba del presidente del consejo de administración del balneario. Estaba muy contrariado porque la fuente Bonnefille había disminuido su caudal de tal forma que temía verla agotarse. Sabiendo que yo era ingeniero de minas, venía a preguntarme si no podría obtener un medio de salvar su negocio. Acto seguido me puse a estudiar el sistema geológico del terreno. Usted sabe que en cada rincón del país, los primitivos temblores han producido perturbaciones diferentes y estados diversos del suelo. Así pues, se trataba de descubrir de donde venía el agua mineral, por qué fisuras, cual era la dirección de esas brechas, su origen y su naturaleza.

»En primer lugar visité con gran minuciosidad el balneario, y, percibiendo en un rincón una vieja tubería de bañera fuera de servicio, pude observar que estaba casi obstruida por restos de caliza. Así pues, el agua, depositando las sales que contenía sobre las paredes de los conductos, los obstruía en poco tiempo. Esto debía producirse infaliblemente también en los conductos naturales del suelo, siendo además este suelo de naturaleza granítica. De este modo llegué a la conclusión que la fuente Bonnefille estaba obstruida. Eso era todo.

»Habría que buscarla más lejos. Todo el mundo habría buscado bajo su punto de salida primitivo. Yo, tras un mes de estudios, de observaciones y de razonamientos, la busqué y la encontré cincuenta metros más abajo. Y he aquí la razón: Ya le he dicho antes que en primer lugar había que determinar el origen, la naturaleza y la dirección de las fisuras del granito que conducen el agua. Me fue fácil constatar que esas fisuras iban de la llanura hacia la montaña y no al revés, inclinados como una techumbre, como consecuencia seguramente de un desprendimiento de esta llanura que había arrastrado con ella en su caída los primeros contrafuertes de los montes. Así pues, el agua, en lugar de bajar, subía entre cada intersticio de los roquedales graníticos. Y de ese modo fue como descubría la causa de tan imprevisto fenómeno.

»Tiempo atrás, la Limagne, esta vasta extensión de terrenos arenosos y arcillosos de los que apenas son visible sus límites, se encontraba al nivel de la base de los montes; pero, debido a la constitución geológica de sus niveles más bajos, cedió, arrastrando hacia ella el borde de la montaña, tal y como expliqué antes. Ahora bien, semejante movimiento produjo justamente en el punto de separación de las tierras y el granito, una imensa barrera arcillosa de una inmensa profundidad e impermeable a los líquidos.

»Y aquí llega el asunto:

»El agua mineral proviene de los hornos de antiguos volcanes. La que llega desde muy lejos se enfría en el camino y brota helada como las fuentes ordinarias; la que viene de los hornos más próximos mana todavía caliente, a temperaturas diferentes, según la

distancia al horno. No obstante he aquí el camino que sigue: Desciende a grandes profundidades, hasta el momento en el que se encuentra la barrera de arcilla de la Limagne. Al no poder atravesarla, y empujada por grandes presiones, busca una salida. Entonces encuentra las pendientes inclinadas del granito y por allí se dispersa remontándolas hasta el momento en el que llegan al nivel del suelo. Entonces, retomando su primera dirección, se pone a fluir hacia la llanura en el lecho ordinario de los arroyos. Debo añadir que no vemos ni la centésima parte de las aguas minerales de estos valles. Descubrimos solamente aquellas cuyo punto de salida se encuentra en el exterior. En cuanto a las demás, discurriendo por las fisuras graníticas bajo una espesa capa de tierra vegetal y cultivada, se pierden en estas tierras que las absorben.

»De donde concluyo: 1º Que, para tener agua, basta buscar siguiendo la inclinación y dirección de las bandas superpuestas de granito.

2º Que, para conservarla, es suficiente con impedir a las fisuras ser obstruidas por los restos calizos, es decir, mantener con esmero los pequeños pozos artificiales a horadar.

3º Que, para sustraerle la fuente al vecino, es necesario tomarla en medio de un sondaje practicado hasta la misma fisura del granito por debajo de él, y no por encima, a condición, claro está, de localizarse en el mismo punto donde se encuentra la barrera de arcilla que obliga a las aguas a subir.

»Desde este punto de vista, la fuente descubierta hoy está admirablemente situada a algunos metros solamente de esta barrera. Si se quisiera fundar un nuevo balneario, sería allí donde instalarlo.

Un silencio se produjo cuando dejó de hablar.

Andermatt, radiante, tan solo dijo:

–¡Qué cosas! Cuando se saben los entresijos, todo el misterio se desvanece. Es usted un hombre valiosísimo, señor Aubry-Pasteur.

Además de él, el marqués y Paul Brétigny habían comprendido. El único que no había escuchado era Gontran. Los demás, con sus sentidos puestos en lo que decía el ingeniero, permanecían estupefactos. Las Paille sobre todo, muy devotas ambas, se preguntaban si esta explicación de un fenómeno ordenado por Dios y producido según sus misteriosos medios no tenía algo de irreverente. La madre consideró oportuno decir: «La Providencia es realmente sorprendente». Unas damas que se encontraban en la mesa aprobaron con un movimiento de cabeza, inquietas también al haber oído esa cháchara técnica incomprensible.

El Sr. Riquier, el hombre de tez rojiza, manifestó:

–Vengan de los volcanes o de la luna, llevo ya diez días tomándolas y todavía no he notado ningún efecto de las aguas de Enval.

El Sr. y la Sra. Chaugour protestaron en nombre de su hijo, que ya comenzaba a mover la pierna derecha, lo que no le había sucedido en los seis años que llevaba de tratamiento.

Riquier replicó:

–Eso demuestra que no tenemos la misma enfermedad, caramba; eso no prueba que el agua de Enval cure las dolencias estomacales.

Parecía furioso, exasperado con ese nuevo intento inútil.

Pero el Sr. Monécu tomó la palabra inmediatamente en nombre de su hija y afirmó que, desde hacía ocho días, ésta comenzaba a tolerar los alimentos sin verse obligada a abandonar la mesa a media comida.

La muchacha se ruborizó metiendo la nariz en el plato.

Las señoras Paille se encontraban igualmente mejor-

Entonces Riquier se enfadó, y volviéndose bruscamente hacia las dos mujeres, exclamó:

–¿Acaso ustedes padecen del estómago, señoras.

Ellas respondieron al unísono:

–Claro que sí, caballero. Somos incapaces de digerir nada.

El señor Riquier estuvo a punto de levantarse violentamente de la silla tartamudeando:

–Ustedes... ustedes... ¡Pero si no hay más que verlas! ¿Que padecen ustedes del estómago, señoras? Lo que ocurre es que comen demasiado.

La Señora Paille, madre, replicó furiosa:

– Sin embargo en su caso, caballero, no hay duda. Se comporta como usted como las personas cuyo estómago no tiene remedio. Con razón se dice que quien tiene buen estómago tiene buen carácter.

Una anciana muy delgada, cuyo nombre todos ignoraban, dijo con autoridad:

– Yo creo que todos nos encontraríamos mejor con las aguas de Enval si el chef del hotel recordase de vez en cuando que debe cocinar para los enfermos. Realmente nos sirve cosas imposibles de digerir.

Y, de pronto, toda la mesa se pudo de acuerdo. Se produjo un clamor de indignación contra el cocinero que servía langostas, charcuterías, anguila tártara, coles, sí, coles y salchichas, todos los alimentos más indigestos del mundo para esas personas a quienes los tres doctores Bonnefille, Latonne y Honorat prescribían únicamente carnes blancas, magras y tiernas, legumbres fresca y productos lácteos.

Riquier se estremecía de ira:

–¿Acaso los médicos no deberían supervisar las mesa de los balnearios sin dejar la importante elección de los alimentos al criterio de un bruto? De este modo se nos sirven a diario huevos duros, anchoas y jamón como entrante.

El Sr. Monécu lo interrumpió:

–¡Oh!, disculpe, mi hija lo único que digiere bien es el jamón. Y además, se lo han recetado Mas-Roussel y Rémusot.

Riquier dijo a voces:

–¡El jamón! ¡el jamón!, pero si eso es un veneno, caballero.

Y de pronto la mesa se vio dividida en dos bandos, los que toleraban el jamón y los que no.

Comenzó una discusión interminable, retomada cada día, acerca de la clasificación de los alimentos.

Incluso la leche fue puesta en tela de juicio con vehemencia, al no poder beber Riquier siquiera un vasito sin empacharse.

Aubrey Pasteur le respondió, irritado a su vez por cuestionar todo aquello que a él le gustaba:

– Por el amor de Dios, caballero, si usted está afectado de dispepsia y yo de gastralgia, debemos tomar alimentos tan diferentes como los cristales de las gafas lo son a los miopes y a los présbitas que, sin embargo, ambos tienen problemas en los ojos.

Y añadió:

– Yo me ahogo cuando bebo un vaso de vino tinto, y creo que no hay nada peor para el hombre que el vino. Todos los bebedores de agua viven cien años, mientras que nosotros...

Gontrán tomó la palabra riendo:

– Cielos, sin el vino y sin... el matrimonio, a mí la vida me parecería bastante aburrida.

Las señoras Paille bajaron la mirada, pues bebían vino de Burdeos de muy buena calidad en abundancia, sin agua; y su doble viudedad parecía indicar que habían aplicado el mismo método para sus maridos, ya que la hija tenía veintidós años y la madre apenas cuarenta.

Pero Andermatt, tan osado por lo común, permanecía taciturno y pensativo. De repente preguntó a Gontran:

–¿Sabe usted donde viven los Oriol?

– Sí, me han mostrado su casa antes.

–¿Podría acompañarme allí después de cenar?

–Desde luego. Será un placer acompañarlo. No me importaría volver a ver a esas dos chiquillas.

Cuando la cena finalizó se fueron allá, mientras que Christiane, agotada, el marqués y Paul Brétigny subían al salón para acabar la velada.

El día todavía era espléndido, pues en los balnearios se cena muy temprano.

Andermatt tomó el brazo de su cuñado.

–Querido Gontran, si ese viejo es razonable y si el análisis confirma lo que el doctor Latonne espera, probablemente emprenda aquí un gran negocio: Una Ciudad Termal. ¡Quiero fundar una Ciudad Termal!

Se detuvo en medio de la calle tomando a su compañero por las solapas:

– ¡Ah! Usted y los que son como usted no comprenden lo divertidos que son los negocios. No los negocios de los tenderos o de los comerciantes, sino los grandes negocios, los nuestros. Sí, Querido Gontran, cuando se los sabe entender, en ellos se condensa todo lo que a los hombres les ha gustado siempre, son al mismo tiempo la política, la guerra, la diplomacia, ¡todo, todo! Hay que estar continuamente investigando, habiendo hallazgos, inventando, entendiéndolo todo, previéndolo todo, combinándolo todo, atreviéndose a todo. El gran combate de hoy en día se libra con el dinero. A mí las monedas de cinco francos me parecen soldaditos con pantalones rojos; las de veinte, tenientes muy repulidos; los billetes de cien francos, capitanes, y los de mil, generales. Y yo lucho, caramba, lucho desde por la mañana hasta por la noche contra todo el mundo, con todo el mundo. Y eso es vivir. Eso es vivir a lo grande, como vivían los poderosos de antaño. ¡Somos los poderosos de hoy en día, eso eso, los verdaderos, los únicos poderosos! Mire, fíjese en este pueblo, en este pueblucho. Yo lo convertiré en una ciudad, en una ciudad blanca, llena de grandes hoteles que estarán llenos de gente, con ascensores, criados, coches, una muchedumbre de ricos servida por una muchedumbre de pobres. ¡Y todo porque una noche se me antojó pelearme con Royat, que está a la derecha, con Châtel-Guyon, que está a la izquierda, con el Mont-Dore, La Bourboule, Châteauneuf, Saint-Nectaire, que están detrás, con Vichy, que está enfrente! Y triunfaré, porque poseo el medio, el único medio. Lo he visto de repente con la misma claridad con que un gran general ve el punto flaco del enemigo. En nuestro oficio, hay que saber también conducir a los hombres, y entusiasmarlos, y domarlos. ¡Cristo! ¡Qué divertido es vivir cuando se pueden hacer cosas de éstas! Tengo por delante, con mi ciudad, diversión para tres años. Y además, fíjese, ¡vaya suerte haber coincidido con este ingeniero que nos ha contado cosas admirables durante la cena, cosas admirables, querido cuñado. Su sistema está claro como la luz del día. Gracias a él, arruinaré a la sociedad antigua, sin tener ni que comprarla.

Volvieron a caminar de nuevo y subieron tranquilamente por la carretera de la izquierda hacia Châtel-Guyon.

Gontran afirmaba a veces: «Cuando paso cerca de mi cuñado, le oigo perfectamente en la cabeza el mismo ruido que en las salas de Montecarlo, ese ruido de oro en movimiento, mezclado, arrastrado, barrido, perdido, ganado»



Andermatt, en efecto, despertaba la idea de una rara máquina humana construida únicamente para calcular, actuar, manipular mentalmente dinero. Además él ponía un especial empeño en ello y se vanagloriaba de poder evaluar en un primer vistazo el valor exacto de cualquier cosa. También se le veía en todo momento y en cualquier lugar donde se encontrase, tomando un objeto, examinarlo, devolverlo y declarar: «Esto vale tanto». Su esposa y su cuñado, divertidos por esa manía, intentaban equivocarlo, presentarle muebles raros pidiéndole que los tasara; y cuando el permanecía perplejo frente a sus inverosímiles objetos, los dos reían como locos. En ocasiones también, en la calle, en París, Gontran lo detenía ante una tienda, lo obligaba a apreciar el valor de un escaparate entero o bien de un caballo que tiraba de un coche, o incluso el de un coche de mudanzas con todos los muebles que contenía.

Una noche, durante una gran cena en casa de su hermana, conminó a William a que le dijese aproximadamente lo que podía valer el obelisco; luego, cuando el otro hubo dado una cifra cualquiera, él planteó la misma cuestión para el puente Solferino y el arco del triunfo de La Estrella. Y concluyó con seriedad: «Usted haría un trabajo muy interesante sobre la valoración de los principales monumentos del globo. »

Andermatt jamás se enfadaba y se prestaba a todas esas bromas, como un hombre superior, seguro de sí mismo.

Un día Gontrán le preguntó: «¿Y yo? ¿Cuánto valgo yo?». William se negó a responder, luego, a instancias de su cuñado que insistía: «Veamos, si me hacen prisionero, ¿cuánto daría usted por mi rescate?», él respondió finalmente: «Pues bien...les daría un pagaré, querido cuñado» Y su sonrisa era tan elocuente que el otro, un poco ofendido, no volvió a insistir.

Por otra parte, a Andermatt le gustaban mucho los *bibelots*, pues era muy sensible al arte, los conocía a la perfección y los coleccionaba hábilmente con ese fino olfato que tenía para todas las transacciones comerciales.

Habían llegado ante una casa de aspecto burgués. Gontrán lo detuvo y le dijo:

—Es aquí.

Una aldaba de hierro colgaba en una pesada puerta de castaño; golpearon y una criada flaca les abrió.

El banquero preguntó:

—¿El señor Oriol?

La mujer dijo:

—Entren.

Los introdujo en una cocina, una amplia cocina de granja en la que todavía ardía un pequeño fuego bajo una marmita; luego los hizo pasar a otra habitación donde la familia Oriol se encontraba reunida. El padre dormía apoyado sobre la espalda sentado en una silla y los pies sobre otra. El hijo, acodado sobre la mesa, leía *Le Petit Journal* con una exacerbada atención propia de las mentes débiles e incapaces de concentración, y las dos hijas, en el hueco de la ventana, tricotaban la misma pieza que habían empezado por los dos extremos.

Fueron ellas las primeras en levantarse, de un movimiento al unísono, estupefactas de esa visita inesperada; luego el gran Jacques levantó la cabeza, una cabeza congestionada por el esfuerzo del cerebro; por último el padre Oriol se despertó y recogió sobre sí mismo, la una tras la otra, sus largas piernas que se hallaban extendidas sobre la segunda silla.

La habitación estaba encalada y enlosada, amueblada con sillas de paja, una cómoda de caoba, cuatro estampas de Epinal enmarcadas y unas grandes cortinas blancas.

Todos se miraban, y la criada, con la falda levantada hasta las rodillas, esperaba en la puerta, inmobilizada por la curiosidad.

Andermatt se presentó diciendo su nombre, presentó a su cuñado el conde de Ravenel, se inclinó profundamente ante las muchachas, con un saludo que denotaba la más exquisita elegancia y luego se sentó tranquilamente añadiendo:

–Señor Oriol, vengo a hablar de negocios con usted. No me andaré con rodeos. Esta es la cuestión. Usted ha descubierto una fuente en sus viñedos. El análisis de esta agua se hará en pocos días. Si no vale nada me retiraré, claro está; si por el contrario, los resultados son los que espero, le propongo la compra del terreno y de todos los que lo rodean.

»Piénselo. Nadie excepto yo podrá ofrecerle lo que yo le ofrezco. La antigua Sociedad está a punto de quebrar por lo que no tendrá la idea de construir un nuevo balneario, y el fracaso de la empresa no la animará a nuevas tentativas.

»No me responda hoy, consúltelo tranquilamente con su familia. Cuando se conozcan los resultados del análisis, usted me fijará el precio. Si estoy de acuerdo, le diré que sí, si no es así, le diré que no y me iré. Yo nunca regateo

El aldeano, hombre de negocios a su manera, y fino como ninguno, respondió con la cortesía de la que era posible, que él era honrado, que lo pensaría, y le ofreció un vaso de vino.

Andermatt aceptó, y como el día declinaba, Oriol dijo a sus hijas que habían vuelto a sus tareas, con la mirada puesta sobre la labor:

–Traed luz, muchachas.

Ambas se levantaron, pasaron a una habitación contigua y regresaron llevando una dos velas encendidas y la otra cuatro vasos sin pie, vasos de pobre. Las velas eran nuevas, adornadas con arandelas de papel rosa; debían de estar de adorno en la chimenea del cuarto de las jovencitas.

Entonces Coloso se levantó, pues solo los varones bajaban a la bodega.

Andermatt tuvo un idea:

– Me encantaría ver su bodega. Siendo usted el primer cosechero de la región, debe ser excelente.

Oriol, tocado en su ego, se apresuró a guiarlos, y tomando una de las velas pasó el primero. Atravesaron la cocina, luego descendieron hacia un patio donde un resto de claridad dejaba adivinar la presencia de toneles vacíos de pie, muelas de granito gigantes arrinconadas, agujereadas en medio, semejantes a las ruedas de algún colosal carro antiguo, una prensa desmontada con sus tornillos de madera, sus miembros pardos relucientes por el uso y brillando de repente en la sombra bajo el reflejo de la luz, instrumentos de trabajo en los que el acero pulido por la tierra producía reflejos de armas de guerra. Todas esas cosas se iluminaban poco a poco a medida que el viejo pasaba ante ellas, llevando en una mano su vela y haciendo reflector con la otra.

Ya olía a vino, a uvas pisadas y secas. Llegaron ante una puerta cerrada con dos cerrojos. Oriol la abrió, y levantando de repente la vela por encima de su cabeza, mostró vagamente una larga hilera de barricas alineadas y llevando sobre su ventrudo flanco una segunda hilera de barriles menos gruesos. Explicó al principio que esa cueva se hundía en la montaña, luego enumeró los contenidos de las distintas piezas, las añadas, las recolectas, los méritos, luego, cuando llegaron ante la cosecha reservada a la familia, acarició la pipa con la mano, como se hace en la grukpa de un caballo querido, y con voz de orgullo dijo:

–Va usted a degustar esto. No hay vino embotellado que lo iguale, ni uno solo, ni en Burdeos ni en ningún otro sitio.

Pues amaba el vino conservado en la cuba con la violencia de los campesinos.

Coloso, que seguía llevando un jarro, se inclinó, abrió el grifo de la espita, mientras el padre lo alumbraba con precaución, como si hubiese de acometer un trabajo difícil y minucioso.

La vela iluminaba de lleno sus rostros, la cabeza de viejo magistrado del padre y el rostro de soldado recién llegado del campo del hijo.

Andermatt murmuró al oído de Gontran:

– ¡Qué hermoso cuadro de Ténier!

El joven respondió en voz baja:

– Prefiero a las hijas.

Regresaron.

Hubo que beber ese vino, beber mucho, para agradar a los Oriol.

Las muchachas se abían aproximado a la mesa y seguían su trabajo como si nadie estuviese allí. Gontran las miraba sin cesar, preguntándose si eran mellizas, de tanto que se parecían. Sin embargo una era más gorda y más baja, la otra más distinguida. Sus cabellos, castaños, no negros, pegados en crenchas a las sienes, brillaban con los leves movimientos de sus cabezas. Tenían el rostro y la frente un poco duros de la raza auvernesa, los pómulos un poco marcados, pero una boca encantadora, mirada radiante, cejas de una extraña claridad, y un frescor de tez delicioso. Al verlas uno se daba cuenta que no habían sido educado en esa casa, sino en una elegante pensión, en el convento a donde van las señoritas ricas y nobles de Auvernia, y que allí habían adquirido las maneras discretas de las muchachas de buena familia.

No obstante, Gontran, un poco asqueado ante ese vaso de tinto colocado ante él, daba golpecitos con el pie a Andermatt para instarlo a marcharse. Finalmente éste se levantó y ambos estrecharon enérgicamente las manos de los dos campesinos, luego saludaron de nuevo con ceremonia a las jóvenes que respondieron sin levantarse esta vez, mediante un ligero movimiento de cabeza.

Tan pronto estuvieron en la calle, Andermatt comenzó a hablar:

– ¡Qué curiosa familia, cuñado! ¡Cómo puede apreciarse aquí la transición entre el pueblo y la alta sociedad! Necesitaban un hijo para cultivar los viñedos al objeto de ahorrar el salario de un jornalero – el chocolate del loro – el caso es que se quedó y pertenece a la clase popular. En cuanto a las mozas, pertenecen casi por completo a la buena sociedad. A poco que se casen bien serán tan buenas como cualquiera de nuestras esposas, e incluso mucho mejores que la mayoría. ¡Me alegra ver a esas personas tanto como a un geólogo encontrar a un animal del periodo terciario!

Gontran preguntó:

–¿Cuál de ellas prefiere usted?

–¿Cuál? ¿Cómo cual? ¿Cuál qué?...

– De las chiquillas.

–¡Ah, no lo sé! No las he mirado hasta el extremo de compararlas. Pero ¿a usted que más le da? ¿Acaso piensa raptar a una?

Gontran se echó a reír:

–¡Oh, no, pero me alegra encontrar por una vez mujeres lozanas, auténticamente frescas, lozanas como jamás se ven en nuestro mundo. Me gusta mirarlas como usted ama mirar un Ténier. Nada me gusta más que una hermosa muchacha, no importa donde ni de que clase. Ellas son mis *bibelots*. Yo no las colecciono pero las admiro, las admiro apasionadamente, con corazón de artista, amigo mío, artista convencido y desinteresado! ¡Qué quiere usted! ¡Eso es lo que me va! Por cierto, ¿no podría prestarme cinco mil francos?

El otro se detuvo y murmuró un «¡Otra vez!» enérgico.

Gontran respondió con sencillez: «¡Siempre!» Luego iniciaron la marcha.

Andermatt preguntó:

–¿Qué diablos hace usted con el dinero?

–Lo gasto.

–Sí, pero lo gasta con exceso.

–Querido amigo, me gusta tanto gastar dinero como a usted ganarlo. ¿Comprende?

–Claro, pero usted no lo gana.

–Es cierto. No sé ganarlo. No se puede tener todo. Usted sabe ganarlo, y en absoluto gastarlo. El dinero sólo le parece algo que produce intereses. Sin embargo yo, que no sé ganarlo, se gastarlo con precisión. Me procura mil cosas que usted solo conoce de nombre. Nosotros estábamos hechos para ser cuñados. Nos complementamos admirablemente.

Andermatt murmuró:

–¡Qué jeta! No, no le daré cinco mil francos, pero le prestaré mil quinientos... porque... porque...quizás lo necesite a usted durante unos días.

Gontran replicó, muy tranquilo:

–Entonces los acepto como anticipo.

El otro le dio un golpecito en el hombro sin responder.

Llegaron junto a un parque iluminado por unos farolillos colgados de las ramas de los árboles. La orquesta del Casino ejecutaba un tema clásico y lento, que parecía cojear, lleno de huecos y silencios, interpretado por los cuatro mismos artistas de antes, extenuados de tocar siempre, mañana y noche, en esa soledad, para las hojas y el arroyo, de producir el efecto de veinte instrumentos, y también cansados de no cobrar a fin de mes, pues Petrus Martel solía completarles el sueldo con cestas de vino o botellas de licores que nunca consumirían los bañistas.

En medio del ruido del concierto también podía distinguirse el del billar, el choque de las bolas y las voces que contaban: “Veinte, veintiuno, veintidós.”

Andermatt y Gontran subieron. Solos, el Sr. Aubry-Pasteur y el doctor Honorat bebían su café al lado de los músicos. Petrus Martel y Lapalme jugaban su encarnizada partida; y la cajera se despertó para preguntar:

–¿Qué van a tomar los señores?

## IV

Los dos Oriol habían conversado durante mucho tiempo después de que las muchachas se habían acostado. Emocionados y excitados por la proposición de Andermatt, buscaban los medios de sacar mayor tajada sin comprometer sus intereses. Como aldeanos precisos, prácticos, sopesaban con astucia los pros y contras, teniendo en cuenta que en una región en la que las fuentes de agua mineral brotan a lo largo de todos los arroyos, no había que rechazar, con una petición exagerada, a este aficionado inesperado e imposible de volver a darse esta oportunidad. Y no obstante, analizando el caso de Châtel-Guyon, no era plan de dejar enteramente en manos ajenas esta fuente que, tal vez un día, proporcionase oleadas de dinero líquido.

Trataban de ver por qué tipo de procedimientos podrían inflamar hasta el frenesí el ardor del banquero, imaginando combinaciones de sociedades ficticias, torpes argucias, y sentían que eran defectuosas, pero no conseguían idear otras más hábiles. Durmieron mal. A la mañana siguiente, el padre fue el primero en despertar, preguntándose si la fuente no habría desaparecido durante la noche. Después de todo era posible que hubiese desaparecido en la tierra del mismo modo que había brotado. Se levantó preocupado, afectado de un miedo de avaro, sacudió a su hijo, le expuso sus temores; y el gran Coloso, sacando sus piernas de sus sábanas grises, se vistió para ir a comprobarlo con su padre.

En cualquier caso se encargarían de la limpieza del campo y de la fuente, retirarían las piedras, la embellecerían y limpiarían como un animal que se quiere vender.

Tomaron pues sus picos y palas y se pusieron en camino, codo con codo, con sus poderosas zancadas cadenciosas.

Iban sin mirar nada, preocupados de sus asuntos, respondiendo con una sola palabra al saludo de los vecinos y amigos que se iban encontrando. Cuando estuvieron en la ruta de Riom, comenzaron a emocionarse, mirando a lo lejos si percibían el agua brotando y brillando bajo el sol de la mañana. La carretera estaba vacía, blanca y polvorienta, lamida por el río que corría al abrigo de los sauces. Bajo uno de ellos, de repente, Oriol observó dos pies, luego, tres pasos delante de él, reconoció al tío Clovis sentado al borde del camino, con sus muletas a su lado sobre la hierba.

Era un viejo paralítico, famoso en toda la región, en la que él deambulaba desde hacía diez años de un modo penoso y lento, sobre sus piernas ortopédicas de roble, como él decía, semejante a un pobre de Callot. Antiguo cazador furtivo de bosques y riachuelos, a menudo capturado y condenado, había contraído unos dolores debido a sus largas esperas tendido en la hierba húmeda y a sus pescas nocturnas en los ríos por los que entraba con el agua hasta medio cuerpo. Ahora se quejaba y andaba igual que un cangrejo que hubiese perdido sus patas. Iba arrastrando por tierra la pierna derecha como un guiñapo, y la izquierda levantada, plegada en dos. Pero los chicos de la región, que corrían, a dos luces, tras las liebres o tras las mozas, afirmaban que el tío Clovis era rápido como un ciervo y ligero como una culebra, bajo los matorrales y en los calveros, y que sus reumatismos no eran más que un «engañandarme». Coloso sobre todo se empeñaba en decir que él lo había visto, no una vez, sino cincuenta, colocando lazos, con las muletas bajo el brazo.

El viejo Oriol se detuvo en frente al anciano vagabundo, con el alma golpeada por una idea todavía confusa, pues los conceptos se fraguaban lentamente en su cuadrada cabeza de auvernés.

Lo saludó; el otro respondió al saludo. Luego hablaron del tiempo, de los viñedos en flor, de dos o tres cosas más; pero como Coloso iba adelantado, su padre lo alcanzó a ritmo rápido.

Su fuente todavía manaba, clara ahora, y todo el fondo del agujero era rojo, de un bonito rojo oscuro, procedente de un abundante depósito de hierro.

Los dos hombres se miraron sonrientes, luego se pusieron a limpiar los alrededores, a retirar las piedras, con las que hicieron un montón. Y habiendo encontrado los últimos restos del perro muerto, los enterraron bromeando. Pero de repente el viejo Oriol dejó caer su azada. Un maligno rictus de alegría y triunfo arrugó las comisuras de su labio y el rabllo de sus solapados ojos; y le dijo a su hijo: «Ven y verás.» Éste obedeció; regresaron a la carretera y volvieron sobre sus pasos. El tío Clovis calentaba al sol sus miembros y sus muletas.

Oriol, deteniéndose frente a él, preguntó:

—¿Quieres ganar cien francos?

El otro, prudente, no respondió nada.

El aldeano insistió:

—¡Eh! ¿cien francos?

Entonces el vagabundo se decidió y murmuró:

— ¡*Po sí*, y quién no!

—Pues bien compadre, esto es lo que hay que hacer

Y le explicó con detalle, con malicias, con subentendidos y repeticiones sin par, que si se avenía a tomar un baño de una hora diaria, de diez a once, en un hoyo que Coloso y él iban a hacer al lado de su fuente, y a estar curado al cabo de un mes, le darían cien francos en escudos de plata.

El paralítico escuchaba con aire estúpido, luego dijo:

—*Po sí*, nada de la botica ha *podío* curarme, ¿cómo va a curarme vuestra *auga*?

Coloso se enfadó de pronto.

—Vamos, viejo bromista, que ya sé yo lo malo que estás tú. A mi no me la pegas. ¿Qué estabas haciendo el lunes pasado en el bosque de Comberombe a las once de la noche?

El viejo respondió muy deprisa:

—¡No es *verdá*!

Pero Coloso continuaba:

—¿Qué no es *verdá*, rediós, que saltaste por *enriba* del foso de Jean Mannezat y que te fuiste por el barranco Poulin?

El otro respondió con energía:

—¡No es *verdá*!

—¿Que no es *verdá* que te grité: «¡Eh!, Clovis, los gendarmes», y que te metiste por la senda del Moulinet?

—¡No es *verdá*!

El gran Jacques, furioso, casi amenazador, gritaba:

— ¡Ah! ¿Qué no es *verdá*? Pues mira, tío Tres Patas, como te vuelva a ver en el bosque de noche, te agarro, me oyes, porque tengo las piernas más largas que tú, y te ato a un árbol hasta por la mañana, y todos los del pueblo vendremos juntos a buscarte...

El tío Oriol hizo callar a su hijo y luego dijo con mucha suavidad:

—Mira, Colvis, ¿por qué no lo intentas? Coloso y yo te hacemos un baño y tú te metes todos los días durante un mes. Si haces eso no te doy cien, te doy doscientos francos. Y si te curas a finales de mes pues te doy otros quinientos, ¿me oyes? Quinientos en escudos de plata, más doscientos hacen setecientos.

»Así que doscientos por el baño todo el mes, más quinientos si te curas. Y además, oye, los dolores, ¿quién los quita de volver? Si te vuelven en otoño, qué le vamos a hacer, el agua te habrá hecho efecto de todas maneras.

El viejo respondió tranquilamente:

–Sí, bueno. Si no sale bien, ya veremos.

Y los tres hombres se estrecharon la mano para sellar el pacto. Luego los dos Oriol regresaron a su fuente para cavar el baño del tío Clovis.

Trabajaron durante un cuarto de hora, cuando oyeron unas voces en la carretera.

Era Andermatt y el doctor Latonne. Los dos aldeanos guiñaron el ojo y cesaron de cavar la tierra.

El banquero se acercó a ellos, les estrechó las manos; luego los cuatro se pusieron a mirar el agua sin decir palabra.

El agua fluía como si se tratase de un gran fuego, arrojaba sus chorros y su gas, luego se dirigía hacia el arroyuelo por un estrecho surco que ya había dibujado. Oriol, con una sonrisa de orgullo en los labios, dijo de pronto:

– ¡Anda, que no hay hierro ni nada, eh!

En efecto, todo el fondo estaba rojo e incluso los pequeños guijarros que el reguero mojaba parecían cubiertos de una especie de moho púrpura.

El doctor Latonne respondió:

–Sí, pero eso no quiere decir nada, son otras características las que hay que conocer.

El aldeano repuso:

–De entrada, Coloso y yo, nos hemos bebido cada uno un vaso ayer por la noche, y ya nos ha dejado el cuerpo fresco. ¿Verdad, hijo?

El gran muchacho respondió con convicción:

–Puedes estar seguro de que ya tenemos el cuerpo fresco.

Andermatt permanecía inmóvil, con los pies al borde del agujero. Se volvió hacia el médico.

–Necesitaríamos más o menos seis veces ese volumen de agua para lo que yo quiero hacer, ¿no es así?

–Sí, más o menos.

–¿Cree usted que podremos encontrarla?

–¡Oh! yo no sé nada.

–¡Bueno, sólo podría comprar los terrenos de forma definitiva tras haber realizado los sondeos. Haría falta primero una promesa de venta ante notario, en cuanto se conozcan los análisis, pero esta promesa no sería efectiva más que si los sondeos consecutivos dieran los resultados esperados.

El tío Oriol comenzó a preocuparse. No comprendía. Entonces Andermatt le explicó la insuficiencia de una única fuente y le demostró que no podría efectuar la compra salvo que se encontrasen otras. Pero él no podría buscar esas otras fuentes si no se firmase antes un compromiso de venta.

Los dos aldeanos parecieron convencidos enseguida de que sus campos contenían tantas fuentes como cepas de vid. Bastaba cavar, ya lo vería.

Andermatt dijo simplemente:

–Sí, ya veremos.

Pero el tío Oriol hundió su mano en el agua y declaró:

–Carajo, se podrían cocer huevos. Está mucho más caliente que la de Bonnefille.

Latonne, a su vez, mojó un dedo y reconoció que en efecto era posible.

El aldeano continuó:

–Y además tiene más sabor, y sabe mejor; no huele a falso como la otra. De qué ésta es buena respondo yo. Ya me conozco las aguas de la región, que llevo cincuenta años mirándolas correr. ¡Nunca he visto otra más hermosa, nunca, nunca!

Se calló unos segundos y continuó:

– Y no es que lo diga yo por hacer propaganda, ya lo creo que no. Me gustaría hacer la prueba delante de ustedes, la prueba de verdad, no la prueba de botica de ustedes, sino la prueba en un enfermo. Me apuesto lo que sea a que ésta cura a un paralítico, de caliente que está y de bien que sabe, me apuesto lo que sea.

Hizo como si le diera vueltas a algo en la cabeza, luego como si mirara a la cumbre de los montes vecinos a ver si descubría al paralítico deseado. Al no vislumbrar ninguno, bajó la vista hacia la carretera.

A doscientos metros de allí, se distinguía, al borde del camino, las dos piernas inertes del vagabundo cuyo cuerpo estaba oculto por el tronco de un olmo.

Oriol se hizo pantalla con la mano en su frente y preguntó a su hijo:

–Oye, ¿no es el tío Clovis aquél que está allí?

Coloso respondió riendo:

–Sí, sí. Es él, que no corre tanto como las liebres.

Entonces Oriol dio un paso hacia Andermatt, y con seria y profunda convicción dijo:

–Escúcheme, caballero. Ahí abajo hay un paralítico al que conoce bien el doctor, uno de verdad que lleva diez años sin dar un paso. ¿A que sí, doctor?

Latonne afirmó:

–¡Oh! ese...si lo cura usted, le pago el agua a un franco el vaso.

Luego volviéndose hacia Andermatt:

–Es un viejo con gota reumática, afectado de una especie de contractura espasmódica de la pierna izquierda y de una parálisis completa de la derecha; en fin, creo que es incurable.

Oriol lo había dejado decir; luego repitió lentamente:

–Y bien, doctor, ¿quiere usted hacer la prueba con él durante un mes? Yo no digo que funcione, no digo nada, solamente pido que haga la prueba. Mire, Coloso y yo íbamos a cavar un pozo para las piedras, pero en su lugar haremos un pozo para Clovis; pasará en él una hora diaria; y al cabo de un mes veremos....¡veremos!

El médico murmuró:

–Haga lo que quiera. Yo le garantizo que no se curará.

Pero Andermatt, seducido por la esperanza de una curación casi milagrosa, acogió la idea del aldeano con entusiasmo; y los cuatro se dirigieron juntos hacia el vagabundo que permanecía siempre inmóvil al sol.

Le antiguo cazador furtivo, comprendiendo la estrategia, fingió rechazar la propuesta, se hizo mucho de rogar, por último se dejó convencer a condición de que Andermatt le diera dos francos diarios por la hora que debería pasar en el agua.

Y el trato quedó cerrado. Incluso acordaron que tan pronto el pozo estuviese acabado, el tío Clovis tomaría su baño ese mismo día. Andermatt le proporcionaría ropa para vestirse enseguida, y los dos Oriol le llevarían un viejo chozo de pastor que tenían guardado en el corral, donde el enfermo se encerraría para poder cambiarse en él.

Luego, el banquero y el médico regresaron al pueblo. A la entrada se separaron. El doctor volvió a su casa para atender sus consultas y el otro fue a esperar a su esposa que debía ir al balneario hacia las nueve y media.

Apareció casi enseguida. Vestida de rosa de pies a cabeza, sombrero rosa, sombrilla rosa y rostro rosa, parecía una autora, y descendía por la cuesta del hotel para evitar el rodeo del camino, con un andar de pajarillo que va de piedra en piedra sin abrir las alas. En el momento que se percató de la presencia de su marido gritó:

–¡Oh! ¡Qué bonita región, estoy absolutamente contenta!

Algunos bañistas erraban tristemente por el pequeño y silencioso parque se volvieron a su paso, y Petrus Martel, que fumaba su pipa, en mangas de camisa en la



ventana del salón del billar, llamó a su compadre Lapalme, que estaba sentado en un rincón ante un vaso de vino blanco, diciendo con un chasquido de lengua:

—¡Caray, qué preciosidad!

Christiane entró en el balneario, saludó con una sonrisa al cajero sentado a la izquierda de la entrada, y deseó los buenos días al antiguo carcelero sentado a la derecha; luego, entregando un vale a una empleada vestida como la de la fuente, la guió a un corredor que daban a las puertas de los cuartos de baño.

Entró en uno de ellos, bastante amplio, con las paredes desnudas, amueblado con una silla, un espejo y un calzador, mientras que un gran agujero ovalado, cubierto de cemento amarillo como el suelo, hacía las veces de bañera.

La mujer giró la llave semejante a las de las bocas de riego de las calles, y el agua brotó por una pequeña abertura redonda y con rejilla, que estaba en el fondo de la cubeta, que pronto se llenó hasta el borde, y que desagaba su exceso por una tubería que desaparecía en la pared.

Christiane, que había dejado a su doncella en el hotel, rechazó los servicios de la auvernesa para desnudarse y quedó sola, diciendo que llamaría si necesitaba algo y para que le trajeran la ropa.

Se desnudó lentamente, mirando el casi imperceptible movimiento de las ondas en esa bañera clara. Cuando estuvo desnuda, introdujo su pie dentro y una cálida sensación subió hasta su garganta; luego hundió en el agua tibia una pierna primero, la otra a continuación, y se sentó en ese calor, en esa dulzura, en ese baño transparente, en esa fuente que se derramaba sobre ella, cubriendo su cuerpo de pequeñas burbujas de gas, a lo largo de sus piernas, de sus brazos, y también sobre los senos. Miraba con sorpresa esas innumerable y finísimas partículas de aire que la cubrían de pies a cabeza con una coraza de menudas perlas. Y esas perlas, tan pequeñas, se desprendían sin cesar de su carne blanca, yendo a evaporarse en la superficie del baño, cazadas por otras que nadaban sobre ella. Surgían sobre su piel como frutos ligeros, inalcanzables y encantadores, frutos de ese cuerpo sonrosado y lozano, que hacía nacer perlas en el agua.

Y Christiane se sentía tan bien allí dentro, tan dulcemente y deliciosamente acariciada, ceñida por el agua en movimiento de la fuente que brotaba en el fondo de la bañera, bajo sus piernas, y se colaba por el pequeño agujero en el borde de su bañera, que hubiera querido permanecer allí para siempre, sin moverse, casi sin pensar. La sensación de tranquila felicidad, de reposo y bienestar, de pensamientos en orden, de salud, de discreto goce y alegría silenciosa, entraba en ella con el exquisito calor del baño. Y su espíritu soñaba, vagamente mecido por el sonido del agua que se iba por el desagüe, soñaba en lo que haría a corto plazo, en lo que haría mañana, en los paseos, en su padre, en su marido, en su hermano, y en ese mozo que la irritaba un poco desde la aventura del perro. No le gustaban las personas violentas.

Ningún deseo excitaba su alma, tranquila como su corazón en el agua tibia, ningún deseo, salvo esa confusa esperanza infantil, ningún deseo de otra vida, de emoción o de pasión. Se sentía bien, feliz y contenta.

Se asustó porque alguien abrió la puerta. Se trataba de la auvernesa con la ropa en la mano. Habían transcurrido los veinte minutos; había que vestirse. Fue un fastidio, casi una desgracia ese despertar; tuvo la idea de rogarle a la mujer que la dejase algunos minutos más, luego pensó que todos los días gozaría de esa sensación y salió del agua con pena para dirigirse a un secador caliente que la quemaba un poco.

Como ya se iba, el doctor Bonnefille abrió la puerta de su consulta y le pidió que entrara, saludándola ceremoniosamente. Se preocupó por su salud, le tomó el pulso,

miró su lengua, se interesó por su apetito y su digestión, le preguntó si dormía bien, luego la acompañó hasta la puerta diciendo:

—Esto va bien, muy bien. Salude, por favor, a su padre, uno de los hombres más distinguidos que haya encontrado en mi carrera.

Finalmente ella salió, un poco molesta con esa obsesión, y ante la puerta observó al marqués que charlaba con Andermatt, Gontran y Paul Brétigny.

Su marido, en cuya mente toda idea nueva bullía sin descanso, como un mosca en una botella, contaba la historia del paralítico, y quería regresar a ver si el vagabundo había tomado su baño.

Allá fueron para complacerlo.

Pero Christinae, muy dulcemente, retuvo a su hermano retrasándose un poco, y, cuando los demás estuvieron un poco lejos, le dijo:

—Oye, quería hablarte de tu amigo; no me gusta mucho. Explícame exactamente quien es.

Y Gontran, que conocía a Paul desde hacía varios años, le habló de ese carácter apasionado, brutal, sincero y bueno, por impulsos.

Era, decía, un muchacho inteligente, cuya brusca alma se arrojaba a las ideas con impetuosidad. Cediendo a todos sus impulsos, no sabía contenerse, ni dirigirse ni combatir una sensación con un razonamiento, ni gobernar su vida con un método hecho de meditadas convicciones; solamente obedecía a aquello que lo arrastraba, fuese excelente o detestable, desde el instante en que un deseo, un pensamiento, una emoción cualquiera turbase su exaltada naturaleza.

Ya se había batido en duelo unas siete veces, tan proclive a insultar a las personas como a continuación hacerse su amigo; había tenido amores apasionados con todo tipo de mujeres, adoradas con igual arrobó, desde la obrera recogida en el umbral de su fábrica, hasta la actriz raptada, sí raptada, la noche de un estreno, en el momento en que se estaba subiendo a su cupé para regresar a su casa, y secuestrada por él, tomándola en sus brazos, en medio de los estupefactos transeúntes, e introducida en un coche que desaparecía al galope sin que se pudiese seguirle o alcanzarle.

Y Gontran concluyó:

—Es un buen muchacho, pero un loco; muy rico además, y capaz de todo, de todo, de todo, cuando pierde la cabeza.

Christiane preguntó:

—Tiene un perfume muy singular que resulta muy agradable. ¿Cuál es?

Gontran respondió:

—No lo sé, no quiere decirlo; creo que procede de Rusia. Fue la actriz, su actriz, de la que está tratando de olvidarse en este momento, la que se lo ha dado. Sí, es muy agradable en efecto.

Sobre la carretera se observaba un ir y venir de bañistas y aldeanos, pues cada mañana se tenía por costumbre dar una vuelta por ese camino antes del almuerzo.

Christiane y Gontran se unieron al marqués, Andermatt y Paul, y vieron enseguida, en el lugar donde el día antes todavía se levantaba la gran roca, una cabeza humana, rara, cubierta por una boina de fieltro gris, y con una gran barba blanca, que salía de tierra, una especie de cabeza de decapitado que parecía haberse plantado allí, como una planta. Alrededor de ella, dos estupefactos jornaleros miraban, impasibles, pues los auverneses no son burlones, mientras que tres caballeros gordos, clientes de los hoteles de segundo orden, reían y bromeaban.

Oriol y su hijo, de pie, contemplaban al vagabundo que se hundía en su agujero, sentado en una piedra, con el agua hasta el mentón. Parecía una tortura de los viejos

tiempos a los que se sometía a un condenado por algún insólito crimen de brujería; y no había soltado las muletas, que se bañaban a su lado.

Andermatt, radiante, repetía:

—¡Bravo, bravo! He aquí un ejemplo que deberían seguir todas las personas del país que sufren algún tipo de dolor.

E inclinándose sobre el hombre, le gritó como si éste fuese sordo:

—¿Qué tal se encuentra?

El otro, que parecía completamente atontado por aquella agua abrasadora, respondió:

—Me *paece* que me derrito. Rediós que está caliente el agua.

Pero el tío Oriol declaró:

—Cuánto más caliente mejor te irá.

Tras el marqués, una voz dijo:

—¿Pero qué es lo que pasa?

Y el Sr. Aubry-Pasteur, siempre resoplando, se detuvo, a la vuelta de su paseo cotidiano.

Entonces Andermatt le explicó su proyecto de curación.

Pero el anciano repetía:

—¡Carajo, que caliente está!

Y quería salir, pidiendo ayuda para que lo sacasen de allí.

El banquero acabó por tranquilizarlo prometiéndole veinte céntimo más por baño.

Se iba formando un círculo alrededor del pozo donde flotaban los grisáceos andrajos que cubrían ese viejo cuerpo.

Alguien dijo:

—¡Menudo caldo! No sería yo quién mojara sopas en él.

Otro repitió:

—Tampoco la carne parece muy apetitosa.

Pero el marqués hizo observar que las burbujas de ácido carbónico parecían más numerosas, más grandes y más vivas, en esta nueva fuente que en la de los baños del balneario.

Los harapos del vagabundo estaban cubiertos, y esas burbujas subían a la superficie en tal abundancia que el agua parecía atravesada por cadenillas innumerables, por rosarios infinitos de pequeños diamantes redondos al dar el sol en ellos y haciéndolos refulgir como brillantes.

Entonces Aubry-Pasteur se echó a reír:

— Caramba, es que miren lo que hacen en el balneario. Ya saben que a un manantial se lo atrapa, como a un pájaro, en una especie de trampa, o, mejor dicho, una campana. Eso es lo que se llama captarlo. Y el año pasado sucedió lo siguiente en el manantial que nutre los baños: el ácido carbónico, al ser menos denso que el agua, se almacenaba en la parte superior de la campana y, cuando se acumulaba en exceso, se metía por las cañerías, subía demasiada cantidad de él hasta las bañeras, llenaba las cabinas y asfixiaba a los pacientes. En dos meses hubo tres accidentes. Entonces volvieron a consultarme, e inventé un aparato muy sencillo, formado por dos tubos que traían por separado el líquido y el gas de la campana, para volver a mezclarlos acto seguido bajo la bañera y devolverle de este modo al agua su estado normal, evitando el exceso peligroso de ácido carbónico. ¡Pero mi aparato habría costado unos mil francos! Así que ¿saben ustedes lo que hizo el carcelero? Les apuesto lo que quieran a que no lo adivinan. Un agujero en la campana para librarse del gas, que, como es natural, salió volando. De forma tal que les están vendiendo a ustedes baños agrios sin ácido o, al menos, con tan poco ácido que ya no vale para gran cosa. Mientras que ¡fíjense aquí!

¡Todo el mundo estaba indignado! Ya no se reían, y se contemplaba con envidia al paralítico. Cada bañista habría tomado con gusto un pico para hacerse un agujero al lado del de este vagabundo.

Pero Andermatt tomó por el brazo al ingeniero y ambos se alejaron charlando. De vez en cuando Aubry-Pasteur se detenía, parecía trazar una línea con su bastón, indicaba unos puntos; y el banquero escribía notas en una agenda.

Christiane y Paul Brétigny se habían puesto a hablar. Él le contaba su viaje a Auvernia, lo que había visto y sentido. Le gustaba el campo con sus instintos ardientes donde todo transpiraba siempre animalidad. Le gustaba con una sensualidad exacerbada, le había vibrar los nervios y las entrañas.

Decía:

–A mí, señora, me da la impresión de que estoy abierto y todo penetra en mí, todo me atraviesa, me hace llorar o castañear los dientes. Fíjese, cuando miro esa pendiente que tenemos frente a nosotros, ese gran pliegue verde, esa masa de árboles que escala la montaña, tengo todo el bosque ante los ojos; me penetra, me invade, circula por mi sangre y me parece también que yo lo devoro, que me llena el vientre; ¡yo mismo me convierto en un bosque!

Reía contando eso, abría sus grandes ojos redondos que miraban bien al bosque, bien a Christiane; y ella, sorprendida, asombrada, pero fácilmente impresionable, se sentía también devorada, como el bosque, por esa mirada ávida y amplia.

Paul continuó:

– Si supiera usted cuanto goces debo a mi nariz. Yo aspiro este aire, me embriago con él, lo vivo, y siento todo lo que hay en su interior, todo, absolutamente todo. Fíjese lo que le voy a decir. En primer lugar habrá usted advertido, desde que está aquí, una deliciosa fragancia a la que ninguna otra es comparable, tan fina, tan ligera, que casi parece... como diría yo... ¿un olor inmaterial? Se la encuentra por todas partes y no se la localiza en ninguna, no es posible descubrir de donde procede. Nunca mi corazón se había turbado con algo tan maravilloso... Pues bien, se trata del olor de las viñas en flor. ¡Oh! He tardado cuatro días en descubrirlo. ¿No le parece encantador, señora, pensar que la viña, que nos proporciona el vino, el vino que solamente pueden comprender y saborear los espíritus más elevados, nos brinda también el más delicado y turbador de los perfumes que sólo pueden descubrir los más refinados de los sensuales? Y además, ¿reconoce usted también, el poderoso olor de los castaños, el sabor azucarado de las acacias, los aromas de la montaña y la hierba, la hierba que tan bien huele, tan bien, tan bien, sin que nadie lo sospeche?

Ella permanecía estupefacta escuchando esas cosas, no porque fuesen sorprendentes, sino porque le parecían de una naturaleza tan diferente de las que normalmente escuchaba cada día, que su pensamiento estaba atrapado y se sentía emocionada, turbada.

Él continuaba hablando, con una voz un poco sorda, pero cálida.

–Y además, mire, ¿reconoce usted también en el aire, sobre los caminos, cuando hace calor, un ligero toque de vainilla? Sí, ¿verdad? Pues bien, es... es... no me atrevo a decirselo.

Ahora se reía abiertamente; y de repente, extendiendo la mano ante él, exclamó:

–¡Mire!

Una hilera de carros cargados de heno se acercaban tirados por unas vacas enganchadas de dos en dos. Los animales, lentos, con el testuz bajo y la cabeza inclinada por el yugo con los cuernos atados a la barra de madera, caminaban penosamente; bajo su piel se veían moverse los huesos de sus patas. Delante de cada yunta iba un hombre en mangas de camisa, con chaleco y sombrero negros, con una

vara en la mano, dirigiendo la marcha de los animales. De vez en cuando se volvía, y, sin golpearlos nunca, tocaba el lomo o la testuz de una vaca que guiñaba sus grandes ojos vacuos y obedecía a su gesto.

Christiane y Paul se hicieron a un lado para dejarlos pasar.

Él le dijo:

–¿Lo huele?

Ella se sorprendió:

–¿Lo qué? Huele a establo.

–Sí, huele a establo, y todas esas vacas que van por los caminos, pues no hay caballos en esta región, dejan sobre los caminos ese olor a establo que, mezclado con la fina polvareda, da al viento una fragancia de vainilla.

Christiane con un poco de asco, susurró:

–¡Oh!

Él continuó:

– Permítame que, ahora, haga un análisis como si fuera un farmacéutico. En cualquier caso, señora, estamos en la región más seductora, más dulce y más relajante que yo haya visto jamás. Una región de la edad de oro. Y la Limagne, ¡oh, la Limagne! Pero mejor no hablo y se la muestro. ¡Ya verá usted!

El marqués y Gontran se les unieron. El marqués pasó su brazo bajo el de su hija, y haciéndole dar la vuelta y volver sobre sus pasos para ir a almorzar, dijo:

– Mirad, hijos, esto les afecta a los tres. William, que se vuelve loco cuando le ronda una idea en la cabeza, no sueña más que en construir su ciudad y quiere convencer a la familia Oriol. Desea pues que Christiane trate de hacer amistad con sus hijas, a ver si éstas son asequibles. Pero el padre no debe darse cuenta de nuestra estrategia. He tenido la idea de organizar un festival de caridad. Tu, hija mía, vas a ir a ver al cura; buscaréis juntos a dos de sus feligresas para que puedan postular contigo. Ya te habrás dado cuenta de quienes son las que tienes que hacerle escoger, pero él las invitará bajo su responsabilidad. En cuanto a vosotros, muchachos, vais a preparar una tómbola en el Casino, con la ayuda de Petrus Martel, de su compañía teatral y su orquesta. Y si las Oriol, como dicen, son de clase al haber sido bien educadas en su convento, no habrá problemas para que Christiane se las gane.

## V

Durante ocho días, Christiane no se dedicó a otra cosa que a la preparación del evento. El cura no había encontrado entre sus feligresas a otras más indicadas que a las jóvenes Oriol para postular con la hija del marqués de Ravenel; encantado de estar en cabeza de esta iniciativa había hecho todas las gestiones, organizado todo, salvado toda dificultad e invitando a las muchachas como si la idea fuese suya.

La parroquia estaba agitada; y los melancólicos bañistas, al tener un nuevo tema de conversación, proponían en las mesas redondas de los hoteles predicciones varias sobre las posibles recaudaciones de los dos festejos, el religioso y el profano.

El día comenzó bien. El tiempo era el de un admirable día de verano, caluroso y claro, brillando en la llanura y delicioso bajo las arboledas del pueblo.

La misa era a las nueve, una misa cantada breve. Christiane, que llegó antes del oficio para supervisar los adornos de la iglesia hechos con guirnaldas de flores traídas de Royat y de Clermont-Ferrandt, oyó pasos tras ella; el cura, el padre Litre, la seguía acompañado de las hermanas Oriol, e hizo las presentaciones. Christiane de inmediato invitó a las muchachas a almorzar. Ellas aceptaron poniéndose coloradas y saludando con reverencias..

Comenzaron a llegar fieles.

Las tres mujeres se sentaron en tres sillas preferentes que se habían colocado al lado del coro, frente a otras tres ocupadas por unos jóvenes endomingados, hijos del alcalde, del adjunto y de un concejal, elegidos para acompañar a las postulantes y por consideración a la autoridad local.

Todo transcurrió con normalidad.

El oficio fue corto. La cuestación proporcionó ciento diez francos que, añadidos a los quinientos de Andermatt, a los cincuenta del marqués y a los cien francos de Paul Brétigny, ascendían a un total de setecientos sesenta, lo que nunca había obtenido la parroquia de Enval.

Luego, tras la ceremonia, llevaron al hotel a las Oriol. Ambas parecían un poco intimidadas, pero no incómodas. No hablaban demasiado, más por modestia que por timidez. Almorzaron en la mesa principal del hotel y agradaron a los hombres, a todos los hombres.

La mayor, más seria, la pequeña, más vivaracha, la mayor más formal, en el sentido vulgar de la palabra, la pequeña, más graciosa, pero sin embargo se parecían tanto que no había duda que eran hermanas.

Acabada la comida se dirigieron al Casino para asistir a la rifa de la tómbola que tendría lugar a las dos.

El parque ya se encontraba invadido por los bañistas y los paisanos mezclados, y daba la impresión de celebrarse una fiesta foránea.

Bajo el kiosco chino, los músicos ejecutaban una sinfonía campestre, compuesta por el propio Saint-Landri. Paul, que acompañaba a Christiane, se detuvo:

–Escuche –dijo– que bonito es esto. Tiene talento ese muchacho. Con una buena orquesta el efecto sería magnífico.

Luego preguntó:

–¿Le gusta a usted la música, señora?

–Mucho.

A mi me destroza. Cuando escucho una obra que me gusta, me parece en primer lugar que los primeros sonidos despegan mi piel de mi carne, la funden, la disuelven, la hacen desaparecer, y me dejan como un despellejado vivo, a merced los ataques de los

instrumentos. Y es con mis nervios con lo que toca la orquesta, con mis nervios al desnudo, estremecidos, que se sobresaltan a cada nota. Yo la música no lo oigo únicamente con mis oídos, sino con toda la sensibilidad de mi cuerpo, vibrando de pies a cabeza. Nada me proporciona semejante placer, o mejor dicho, una felicidad parecida.

Ella sonreía y dijo:

–¡Menuda sensibilidad que tiene usted!

–¡Pardiez! ¿De qué serviría vivir si no se siente con intensidad? Desde luego no envidio a las personas que tienen un caparazón de tortuga en el corazón o un pellejo de hipopótamo. Solo son felices los que sufren con sus sensaciones, que las reciben como impactos y las saborean como manjares. Pues es necesario razonar todas nuestras emociones, felices o desgraciadas, tenemos que hartarnos de ellas, embriagarnos de ellas hasta alcanzar la felicidad más aguda o la desesperación más dolorosa.

Ella elevó los ojos hacia él, un poco sorprendida como lo llevaba estando tras ocho días por todas las cosas que él decía.

Hacía ocho días, en efecto, este nuevo amigo, pues él se hacía convertido en su amigo enseguida, a pesar de la aversión del principio, sacudía a cada instante la quietud de su alma, y la agitaba como se agita un estanque arrojando en él piedras. Y él lanzaba piedras, grandes piedras, en ese pensamiento todavía adormecido.

El padre de Christiane, como todos los padres, siempre la había tratado como a una niña pequeña a quien no se debe decir nada de importancia; su hermano le producía hilaridad pero no reflexionar; su marido no se imaginaba otra cosa de la que hablar con su mujer que no fuesen relativa a los intereses de su vida en común; y ella había vivido hasta el presente en un sopor espiritual satisfecho y dulce.

Este recién llegado abría su inteligencia a golpes de ideas, que parecían machetazos. Era además uno de esos hombres que agradan a las mujeres, a todas las mujeres, por su carácter, por la vibrante agudiza de sus emociones. Él sabía hablarles, decirles todo lo que pensaba, y les hacía comprender todo. Incapaz de un esfuerzo continuo, pero inteligente hasta el extremo, siempre amando o detestando con pasión, hablando de todo con una vehemencia de hombre frenéticamente convencido, tan variable como entusiasta, y poseía en exceso ese temperamento típicamente femenino, su credulidad, su encanto, su movilidad, su inquietud, con inteligencia superior, activa, abierta y penetrante de un hombre.

Gontran se les unió repentinamente:

–Volveos –dijo– y mirad al matrimonio Honorat

–Se giraron y vieron al doctor Honorat acompañado de una gruesa y vieja dama con un vestido azul, cuya cabeza parecía el jardín de un horticultor, pues todas las variedades de plantas y flores se encontraban reunidas en su sombrero.

Christiane, estupefacta, preguntó:

–¿Es su esposa? ¡Pero si tiene quince años más que él!

–Sí, sesenta y cinco años. Era una comadrona y se enamoró de ella entre dos partos. Por lo demás parece uno de esos matrimonios en los que se está siempre a la greña.

Volvieron al Casino, atraídos por los clamores del público. Sobre una gran mesa, situada delante del edificio, estaban instalados los lotes de la tómbola en la que Petrus Martel, acompañado por la señorita Odelin, del Odeón, una morena bajita, anunciaba los números que salían de la urna, con aspavientos de charlatán de feria que divertían mucho a la muchedumbre. Apareció el marqués, acompañado de las hermanas Oriol y de Andermatt, y preguntó:

–¿Nos vamos a quedar aquí? Todo esto es muy ruidoso.

Se decidió entonces dar un paseo por la carretera costera que va desde Enval a La Roche-Pradière.

Para llegar hasta ella, subieron en primer lugar, uno tras otro, por un estrecho sendero a través de los viñedos. Christiane caminaba en cabeza, con paso ligero y rápido. Desde su llegada a esta región, ella se sentía diferente, de un modo nuevo, con una actividad vital y placentera que desconocía hasta ese momento. Tal vez los baños se lo hacían más llevadero, despojándola de los leves trastornos orgánicos que irritan y entristecen sin causa aparente, y la disponían a una mejor recepción, a un mejor disfrute de todas las cosas. Tal vez se sentía simplemente animada, fustigada por la presencia y ardor de espíritu de ese muchacho desconocido que le enseñaba a comprender.

Respiraba a grandes bocanadas, pensando en todo lo que él había dicho sobre los perfumes errantes en el viento. «Es cierto, pensaba ella, que me ha enseñado a oler el aire.» Y encontraba todos los olores, el de la viña sobre todo, tan ligero, tan fino, tan huidizo.

Alcanzó la carretera y se formaron unos grupos. Andermatt y Louise Oriol, la mayor, partieron adelantados conversando del rendimiento de las tierras en Auvernia. Ella sabía, como buena auvernesa, auténtica hija de su padre, dotada de un instinto hereditario, todos los detalles precisos y prácticos del cultivo; y los enumeraba con voz sabia, con tono amable, con el acento discreto que le habían enseñado en el convento.

Escuchándola, él la observaba de reojo, encontrándola encantadora a esa muchachita seria y ya prácticamente instruida. A veces él repetía, un poco sorprendido:

—¿Cómo! ¿La hectárea de tierra en La Limagne llega a valer treinta mil francos?

—Sí, señor, cuando está plantada de manzanos que producen manzanas de mesa. Es nuestra tierra la que produce todas las frutas que se comen en París.

Entonces él se volvió para considerar con estima a La Limagne, pues desde la carretera que seguían se podía percibir hasta donde alcanzaba la vista, la enorme llanura siempre cubierta de una pequeña bruma de vapor azulado.

Christiane y Paul también se habían detenido ante la inmensa región velada, tan dulce a la vista que hubiesen permanecido indefinidamente contemplándola de ese modo.

Ahora la carretera estaba cubierta por enormes nogales cuya opaca sombra provocaba un frescor en la piel. Ya no ascendía, y serpenteaba a media altura sobre la vertiente de la costa tapizada de viñas al principio, luego de hierba corta y verde hasta la cresta, poco elevada en ese lugar.

Paul murmuró:

—¿Es bonito, verdad? ¿Y por qué este paisaje me entenece? Sí ¿por qué? Se desprende de él un encanto tan profundo, tan amplio, sobre todo tan amplio, que me llega hondo al corazón. Mirando esta llanura parece que mi pensamiento abre las alas, ¿sabe? Y comienza a volar, planea, pasa, va más allá, más lejos, hacia todos los países soñados que jamás veremos. Sí, fíjese, es admirable porque se parece a algo soñado más que a algo visto.

Ella lo escuchaba sin decir nada, esperando, absorbiendo cada una de sus palabras; y se sentía emocionada, sin saber muy bien por qué. Entreveía en efecto otros países, países azules, rosas, inverosímiles y maravillosos, imposibles de hallar pero siempre anhelados que nos hacen parecer mediocres todos los demás.

El continuó:

—Sí, es hermoso, porque es hermoso. Otros horizontes son más llamativos y menos armoniosos. ¡Ah!, señora, la belleza, la belleza armoniosa! No hay nada mejor que eso en el mundo. ¡No existe nada mejor que la belleza! ¡Pero que pocos la comprenden! La silueta de un cuerpo, de una estatua o de una montaña, el color de un cuadro o el de esta



llanura, el no sé qué de la Gioconda, una frase que nos llega al alma, ese toque insignificante que hace a un artista tan creador como Dios, ¿qué hombres se dan cuenta de ello?

»Mire, voy a recitarle dos estrofas de Baudelaire  
Y declamó:

*¿Qué importa que vengas del cielo o del infierno.  
Oh, Belleza, monstruo enorme, ingenuo y espantoso,  
Si tu mirada, tu sonrisa, tu paso me abre la puerta  
De un infinito que amo y que nunca he conocido!*

*Da igual de Satán o de Dios, ángel o sirena,  
Que importa si por tus ojos de terciopelos –maga.  
ritmo, fulgor, perfume, oh tú, mi única reina–  
es menos ruin el mundo y las horas menos largas.*

Christiane lo observaba, asombrada de su lirismo, interrogándolo con la mirada, no comprendiendo bien que extraordinaria cosa podía contener esa poesía.

Él adivinó su pensamiento y se irritó por no poder haberle comunicado su exaltación, pues había recitado esos versos perfectamente, y comentó con un matiz de desdén:

–Estoy loco tratando de obligarla a disfrutar de un poeta con una inspiración tan sutil. Llegará un día, espero, en el que usted sentirá como yo esas cosas. Las mujeres, más dotadas de intuición que de comprensión, no son capaces de captar las intenciones secretas y veladas del arte más que si antes se recurre a su pensamiento mediante una llamada simpática.

Y, saludándola, añadió:

–Me esforzaré, señora, de realizar esa llamada simpática.

Ella no lo encontró impertinente, sino más bien raro; y además no trataba tampoco de comprender, siendo llamada su atención por algo que hasta aquel momento no se había dado cuenta. Él era muy elegante, pero demasiado alto y fuerte, con un aspecto demasiado viril para que se advirtiese en primera instancia el refinado gusto de su indumentaria.

Además en su rostro había algo de brutal, de imperfecto que daba a toda su persona un aspecto un poco tosco a primera vista. Pero cuando se estaba acostumbrado a sus rasgos, podía encontrarse encanto, un encanto poderoso y rudo que por momentos se volvía muy dulce, según las tiernas inflexiones de su voz siempre susurrante.

Christiane se decía, observando por primera vez el modo en el que él se cuidaba de pies a cabeza: «Decididamente, es un hombre en el que hay que descubrir sus cualidades una a una.»

Gontran se les acercaba corriendo. Gritaba:

–¡Hermana, eh, Christiane, espera!

Y, cuando los alcanzó, les dijo riendo:

–Venid a escuchar a la pequeña Oriol, es divertida a más no poder, tiene un talento sorprendente. Papa ha conseguido que coja confianza y nos cuenta las anécdotas más cómicas de la región. Ya veréis.

Y alcanzaron al marqués, que venía con Charlotte Oriol, la menor de las hermanas.

Ésta contaba con infantil y sarcástica elocuencia, historias del pueblo, anécdotas y chascarrillos de campesinos. Las escenificaba gesticulando, sus actitudes torpes, sus

palabras serias, sus “carape”, sus continuos “rediós” que ella pronunciaba “rediez”, imitando todos los visajes de aquellos campesinos de tal forma que su lindo y despierto rostro adquiriría gran encanto. Le brillaban los vivaces ojos; al abrir la boca, bastante grande, se le veían los hermosos dientes blancos; la nariz, algo respingona, le daba un aspecto ingenioso; y se la veía tan lozana, con una lozanía de flor, que hacía estremecer los labios de deseo.

El marqués, habiendo pasado casi toda su existencia en sus tierras, Christiane y Gontran, educados en el castillo familiar, en medio de los orgullosos y gruesos granjeros normandos que alguna vez eran invitados a su mesa, siguiendo la costumbre, y cuyos hijos, compañeros de primera comunión, eran tratados por ellos familiarmente, sabían hablar a esta pequeña campesina, casi mundana en sus tres cuartas partes, con una amistosa franqueza, un tacto cordial y seguro que en ella se despertaba enseguida una seguridad alegre y confiada.

Andermatt y Louise volvían hacia ellos, pues habían llegado hasta el pueblo y no querían entrar en él.

Se sentaron todos al pie de un árbol, sobre la hierba de la cuneta.

Permanecerían allí bastante tiempo, charlando tranquilamente, de todo y de nada, en un lánguido sopor de bienestar. En ocasiones pasaba una carreta, siempre arrastrada por dos vacas cuyo yugo inclinaba y torcía la cabeza, y siempre conducida por un aldeano de vientre prominente, tocado con un gran sombrero negro, conduciendo los animales con el extremo de su delgada vara, con movimientos de director de orquesta.

El hombre se descubría, saludando a las pequeñas Oriol, y las muchachas respondían con un “Hola” familiar, emitido con sus jóvenes voces.

Luego, como se hacía tarde, regresaron.

Ya cerca del parque, Charlotte Oriol exclamó:

—¡Oh! ¡*La bourrée!* ¡*La bourrée!*

Bailaban, en efecto, *la bourrée*, al son de una antigua música de Auvernia.

Campesinos y campesinas caminaban y saltaban con ademanes graciosos, giraban y se saludaban; ellas pellizcando y levantando sus faldas con dos dedos de cada mano; ellos con los brazos en alto o en jarra como dos asas.

La melodía, monótona y agradable, también bailaba en el fresco aire de la tarde; se repetía siempre la misma frase, en tono agudísimo, y los demás instrumentos marcaban el ritmo, la hacían más saltarina. Y precisamente era esa música sencilla y folclórica, agil y sin arte, la más adecuada para ese minueto rústico y machacón.

Los bañistas también trataban de bailar. Petrus Martel brincaba frente a la pequeña Odelin, amanerada como una bailarina de ballet; el cómico Lapalme emprendía un extravagante paso en torno a la cajera del Casino, que parecía agitada por recuerdos de Bullier.

De pronto Gontran advirtió al doctor Honorat que bailaba con toda el alma y todo el cuerpo, y ejecutaba la *bourrée* clásica como un auténtico auvernés de pura cepa.

La orquesta finalizó. Todos se detuvieron. El doctor fue a saludar al marqués.

Se enjuagaba la frente y resoplaba.

—Que bueno es ser joven de vez en cuando.

Gontrán le pasó la mano por los hombros, y, sonriendo con aire malicioso, le dijo:

—Usted no me dijo que estaba casado.

El médico cesó de enjuagarse y respondió con seriedad:

—Sí, lo estoy, y mal.

—¿Cómo dice?

—Infelizmente casado, sí. No cometa nunca esa locura, muchacho.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Fíjese bien, hace veinte años que estoy casado, pues bien, no me he acostumbrado a ello. Todas las tardes, de regreso a casa, me digo: «Vaya, todavía anda por aquí esta señora mayor. ¿Es que nunca se irá?»

Todo el mundo se echó a reír, tal era su aspecto serio y convencido.

Pero las campanas del hotel sonaban indicando la hora de la cena. La fiesta había terminado. Se acompañó a Louise y Charlotte Oriol a la casa paterna, y cuando las hubieron dejado, comenzaron a hablar de ellas.

Todos las encontraban encantadoras. Solamente Andermatt prefería a la mayor. El marqués dijo:

—¿Qué manipulable es la naturaleza femenina! Solo gracias al oro paterno, que ni siquiera saben para que vale, estas campesinas se han convertido en unas señoras.

Christiane preguntó a Paul Brétigny:

—¿Y usted, a cuál prefiere de las dos?

Él murmuró:

—¡Oh!, ni siquiera las he mirado. No es a ninguna de ellas a quien prefiero.

Había hablado muy bajo; y ella no respondió.

## VI

Los días siguientes fueron encantadores para Christiane Andermatt. Tenía el corazón ligero y el alma alegre. El baño matinal constituía su primer placer, un delicioso placer a flor de piel, una media hora exquisita en el agua caliente y turbulenta que la disponía para una jornada feliz hasta la noche. En efecto era feliz en todos sus pensamientos y en todos sus deseos. El afecto del que se sentía rodeada y penetrada, la embriaguez de la juventud, corriendo por sus venas, y luego también ese marco nuevo, esa soberbia región, hecha para soñar y descansar, amplia y perfumada, que la envolvía como una gran caricia de la naturaleza, despertaban en ella nuevas emociones. Todo lo que se le acercaba, todo lo que la tocaba, daba continuidad a esa sensación de la mañana, esa sensación de un baño tibio, de un gran baño de alegría en el que ella sumergía cuerpo y alma.

Andermatt, que debía pasar en Enval una quincena de cada dos, había vuelto a partir para París, recomendando a su esposa que vigilase que el paralítico continuase puntualmente con su tratamiento.

De ese modo, cada día, antes de almorzar, Christiane, su padre, su hermano y Paul iban a ver lo que Gontran llamaba el "caldo del pobre". Otros bañistas se acercaban allí también y hacían corro en torno al agujero charlando con el vagabundo.

Éste no caminaba mejor, según afirmaba, pero sentía las piernas que le hormigueaban, y comentaba como esas hormigas iban y venían subiendo hasta los glúteos, volvían a descender hasta la punta de los dedos de los pies. Incluso sentía por las noches a esos bichos que le picaban y le quitaban el sueño.

Todos los foráneos y los paisanos, divididos en dos facciones, la de los confiados y la de los incrédulos, se interesaban en esa terapia.

Tras el almuerzo, Christiane iba con frecuencia a buscar a las hermanas Oriol, al objeto de dar un paseo juntas. Eran las únicas mujeres del balneario a quien ella podía dar un poco de confianza amistosa y pedir un poco de afecto femenino. Enseguida había apreciado el buen sentido serio y sonriente de la mayor y más aun el espíritu burlón y divertido de la pequeña, y trataba de buscar ahora la amistad de las dos muchachas, menos por complacer a su marido que por su propia conveniencia.

Hacían excursiones tanto en landau, en un viejo landau de seis plazas, alquilado en Riom, tanto a pie.

Sobre todo les gustaba un pequeño valle agreste cerca de Châtel-Guyon, que conducía a la ermita de Sans-Souci.

Por el estrecho sendero, caminaban a paso lento, bajo los pinos, a orillas del riachuelo yendo de dos en dos y charlando. A cada paso del arroyo que el camino atravesaba en numerosas ocasiones, Paul y Gontran, de pie sobre dos piedras en la corriente, tomaban a las mujeres, cada una por un brazo y las levantaban con una sacudida para depositarlas al otro lado. Y cada uno de aquellos vados cambiaba el orden de los paseantes.

Christiane iba de unos a otros, pero encontraba siempre el medio de quedar sola algún tiempo con Paul Brétigny, bien en vanguardia, bien atrás.

El ya no tenía para con ella los mismos modales que en los primeros días, era menos risueño, menos brusco, menos amistoso, pero se comportaba más respetuosamente y más dispuesto.

Sin embargo sus conversaciones tomaban un cariz íntimo y los asuntos del corazón eran un motivo de charla frecuente. Él hablaba de sentimientos y del amor como un hombre conocedor de esos temas, que ha experimentado el cariño de las mujeres y que les debe tantas alegrías como sufrimientos.

Ella, radiante, un poco emocionada, lo inducía a las confidencias con una curiosidad ardiente y astuta.

Todo lo que sabía de él despertaba en ella un agudo deseo de conocer más, de penetrar, mediante el pensamiento, en una de esas existencias de hombres entrevistas en los libros, en una de esas plenas existencias tormentosas y en los misterios del amor.

Él, llevado por aquel impulso, cada día le contaba un poco más de su vida, de sus aventuras y de sus inquietudes, con unas palabras tan elocuentes que las quemaduras del recuerdo las hacían a veces apasionadas, y que también volvía astutas el deseo de gustar.

Él abría ante sus ojos un mundo desconocido y encontraba palabras apropiadas para expresar las sutilidades del deseo y de la espera, el estrago de las esperanzas crecientes, la religión de las flores y de los retazos de cinta, de todos los pequeños objetos conservados, la inquietud de las dudas repentinas, la angustia de las suposiciones alarmantes, las torturas de los celos, y la inexpresable locura del primer beso.

Y sabía contar todo eso de un modo muy conveniente, de forma velada, poética y susurrante. Como todos los hombres que desean continuamente a la mujer, hablaba discretamente de las que había amado con una fiebre todavía palpitante. Recordaba mil detalles amables, hechos para conmover el corazón, mil delicadas circunstancias dichas para humedecer los ojos, y todas esas insignificantes futilidades de la galantería que se producen en las relaciones amorosas, entre personas de alma refinada y de espíritu cultivado, lo que hay en ellas de más elegante y más hermoso.

Toda esa conversación turbadora y familiar, renovada cada día, cada día más prolongada, caía en el corazón de Christiane como simiente arrojada en tierra. Y el encanto de la región, el aire sabroso, la Limagne azul y tan amplia que parecía dilatar el alma, esos cráteres apagados en la cima de la montaña, viejas chimeneas del mundo que no servían más que para calentar agua para enfermos, el frescor de las sombras, el leve ruido de los arroyos en las piedras, todo eso también penetraba en el corazón y la carne de la joven, los penetraba y los envolvía como una lluvia suave y cálida en un suelo todavía virgen, una lluvia que hará germinar las flores cuya semilla ha recibido.

Ella era perfectamente consciente de que ese muchacho le hacía poco la corte, que la encontraba bonita, más que bonita incluso, y el deseo de agradarle motivaba en ella mil inventos astutos y sencillos al mismo tiempo, para seducirlo y conquistarlo.

Cuando él adoptaba un aire emocionado, ella lo abandonaba bruscamente, cuando presentía en su boca una alusión tierna, ella le dirigía, antes de que la frase fuese terminada, una de esas miradas breves y profundas que entran como fuego en el corazón de los hombres.

Ella hacía gala de finas palabras, suaves movimientos de cabeza, gestos distraídos con la mano, y tomaba aspectos melancólicos detenidos enseguida mediante una sonrisa para demostrarle, sin decir nada, que sus esfuerzos no eran vanos,...

¿Qué quería ella? Nada. ¿Qué esperaba de todo eso? Nada. Sencillamente le divertía ese juego únicamente porque era mujer, porque no sentía ningún peligro, porque, sin sentir nada, deseaba ver lo que él haría.

Y además se había desatado en ella de súbito toda esa coquetería innata que fluye por las venas de todas las mujeres. La niña dormida e ingenua de ayer, se había despertado bruscamente, ligera y perspicaz ante este hombre que le hablaba de amor sin cesar. Adivinaba la creciente turbación de su pensamiento cuando estaba cerca de ella, veía la emoción naciente de su mirada, y comprendía las diferentes entonaciones de su voz con esa particular intuición de aquellas que se sienten solicitadas para ser amadas.

Otros hombres ya le habían hecho la corte en los salones sin obtener de ella otra cosa que burlas de chiquilla divertida. La banalidad de sus cumplidos la divertía, sus rostros de anhelantes tristes la llenaban de gozo, y respondía con bromas a todas las manifestaciones de esas emociones.

Pero ahora, se había sentido de pronto ante un adversario seductor y peligroso; y se había convertido en aquel ser hábil, clarividente por instinto, armado de audacia y sangre fría, que acecha, percibe y arrastra a los hombres en la invisible red del sentimiento, en tanto que su corazón permanece libre.

Él, al principio, la había encontrado ingenua. Acostumbrado a las mujeres aventureras, experimentadas en el amor como un soldado veterano a las maniobras, expertas en todas las estrategias de la galantería y la ternura, juzgaba banal ese corazón sencillo, y la trataba con un ligero desdén.

Pero poco a poco ese mismo candor lo había divertido, y por último seducido, y, cediendo a su voluble carácter, había comenzado a rodear de esmeradas atenciones a la joven.

Bien sabía que el mejor medio de turbar un alma pura era hablarle sin descanso de amor, dando la impresión de estar pensando en otras; y, prestándose astutamente a la ávida curiosidad que en ella había despertado, se había puesto, pretextando unas confidencias, a someterla, bajo la sombra de los bosques, a un auténtico acoso pasional.

Se divertía, al igual que ella, con ese juego, demostrándole mediante todas las sencillas atenciones que los hombres saben encontrar, el creciente agrado que sentía por ella, y se hacía el enamorado sin sospechar realmente lo que acabaría por suceder.

Ambos hacían eso, siempre en el transcurso de lentos paseos, con la misma naturalidad con que se toma un baño, si se está, un día caluroso, a la orilla de un río.

Pero a partir del momento en el que la verdadera coquetería se declaró en Christiane, a partir del instante en el que ella descubrió todos los recursos innatos de la mujer para seducir a los hombres, en que se le metió en la cabeza poner a sus pies a aquel apasionado, igual que se habría propuesto ganar una partida de croquet, él cándido veterano cayó en las redes de la inocente y empezó a amarla.

Entonces se volvió torpe, inquieto, nervioso, y ella se portaba como el gato con el ratón.

Con otra no hubiera tenido escrúpulos, se hubiera defendido, la habría conquistado con su arrolladora fogosidad; con ella no se atrevía, de tan diferente como le parecía de cuantas había conocido.

Las otras, en definitiva, eran mujeres ya curtidas por la vida, a quiénes se podía decir de todo, con quién uno podía atreverse a los más atrevidos comentarios, susurrándoles cerca de los labios esas palabras estremecedoras que inflaman la sangre. Él se sabía y se sentía irresistible cuando podía comunicar libremente al alma, al corazón, a los sentidos de aquella a la que amaba todo el deseo del que estaba poseído.

Christiane le parecía tan novicia que a su lado se sentía como al lado de una muchacha; y se le paralizaban todos sus recursos. Además la quería de un modo nuevo, como a una niña, y como a una novia. La deseaba y le daba miedo tocarla, mancharla, ajarla. No tenía ganas de estrecharla en sus brazos como a las demás, sino de arrodillarse ante ella para besar su vestido y besar suavemente, con infinita lentitud casta y tierna, los pequeños cabellos de sus sienes, las comisuras de su boca, y sus ojos, sus ojos cerrados de los que sentía la mirada azul, la encantadora mirada despierta bajo los párpados cerrados. Hubiese querido protegerla contra todo el mundo y contra todo, no dejarla frecuentar la compañía de personas ordinarias, mirar gente desagradable, pasar al lado de personas de gente sucia. Hubiese querido quitar el barro de las calles por las que ella pasaba, los guijarros de los caminos, los espinos y las ramas de los

bosques, hacer todo fácil y delicioso en torno a ella, y llevarla siempre en brazos para que ella no tuviese que caminar nunca. Y se irritaba cuando ella charlaba con sus vecinos del hotel, comer los mediocres menús del restaurante de la cocina, en suma someterse a pequeñas cosas desagradable e inevitables de la existencia.

Tanto pensaba por y para ella que no sabía que decirle, y su impotencia en expresar el estado de su corazón, para hacer cuanto hubiera deseado hacer, para darle testimonio de la imperiosa necesidad de entrega que le abrasaba las venas, le confería aspecto de un animal feroz encadenado y, al mismo tiempo, unas extrañas ganas de sollozar.

Ella veía todo eso sin comprenderlo completamente, y se divertía con la maliciosa alegría de las coquetas.

Cuando habían quedado retrasados y ella sentía que él iba a decirle algo inquietante, se dedicaba a correr para alcanzar a su padre, y, habiéndose reunido con él exclamaba: «¿Jugamos a las cuatro esquinas?»

Las cuatro esquinas servían en general de remate de la excursión. Se buscaba un claro, un tramo en la carretera más ancho y allí jugaban como críos de paseo.

A las pequeñas Oriol y a Gontran les encantaba este pasatiempo que satisfacía las incesantes ganas de correr que anidan en todos los jóvenes. Sólo Paul Brétigny refunfuñaba, absorto por otras ideas, luego, animándose poco a poco, se disponía a jugar con más ímpetu que los demás a fin de tomar a Christiane, tocarla, poner la mano bruscamente sobre sus hombros o sobre su cintura.

El marqués, de carácter indiferente e indolente, se prestaba a todo para que nada turbase su quietud, se sentaba al pie de un árbol y miraba divertirse a sus colegiales, como él decía. Encontraba muy agradable esta apacible vida, y el mundo entero le parecía perfecto.

Sin embargo, las actitudes de Paul no tardaron en alarmar a Christine. Un día ella comenzó a tener miedo de él.

Se habían ido, una mañana, con Gontran hasta lo hondo de la curiosa anfractuosidad donde nace el arroyo de Enval, ese paraje llamado el Fin del Mundo.

La garganta, cada vez más estrecha y tortuosa, se hunde en la montaña. Hay que franquear enormes piedras. Se pasa sobre dos grandes rocas el pequeño río, y después de haber rodeado un roquedal de más de cincuenta metros de alto que tapa toda la brecha, se está encerrado en una especie de foso estrecho, entre dos murallas gigantescas, peladas hasta la cima, donde se cubren de árboles y vegetación.

El arroyo forma un gran lago, como una piscina, formándose un auténtico agujero agreste, extraño, inesperado, como uno de esos que se encuentra más frecuentemente en los relatos que en la naturaleza.

Ese día, Paul, contemplando el elevado escalón de piedra que les cerraba el paso allí donde se detenían los paseantes, notó que había en él huellas de escalada. Dijo:

—Pero, si se puede seguir.

Trepó, pues, no sin trabajo, por aquella muralla empinadísima, y exclamó:

—¡Que maravilla! ¡Un bosquecillo en el agua! ¡Vengan, vengan!

Y, agachándose, tomó las manos de Christiane tirando de ella, mientras Gontran dirigía y ponía sus pies sobre todos los débiles salientes de la roca.

La tierra caída desde la cima había formado sobre ese gradén un jardincillo silvestre y frondoso, entre cuyas raíces corría el arroyo.

Un poco más adelante, la marcha se veía detenida de nuevo por ese pasillo de granito, y, franqueándola aún, luego una tercera vez, se encontraron al pie de una pared imposible de franquear de donde caía, recta y clara, una cascada de veinte metros, en un profundo estanque que ella había formado bajo lianas y ramas.

La hendidura de la montaña se había hecho tan estrecha, que los dos hombres, agarrándose por la mano podían tocar las paredes laterales. No se veía más que una línea de cielo, no se oía más que el ruido del agua, parecía uno de esos ignotos retiros donde los poetas latinos localizaban a sus antiguas ninfas. A Christiane le parecía que acababa de violar los aposentos de un hada.

Paul Brétigny permanecía en silencio. Gontrán exclamó:

—¡Oh! Qué hermoso sería ver aquí a una mujer rubia y sonrosada bañándose en esta agua.

Dieron la vuelta. Los dos primeros gradenes fueron bastante fáciles de bajar, pero el tercero asustó a Christiane, pues era alto y vertical, sin escalones visibles.

Brétigny se dejó deslizar por la roca, luego, tendiendo los dos brazos hacia ella, le dijo:

—¡Salte!

Ella no se atrevía. No es que temiese caer, sino que lo temía a él, sobre todo le daban miedo sus ojos.

El la miraba con una avidez de fiera hambrienta, con una pasión feroz; y sus dos manos abiertas hacia ella la atraían tan imperiosamente que de pronto se vio invadida por unas enormes ganas de chillar, de escaparse, de escalar por la montaña a pico para escapar a esa irresistible llamada.

Su hermano, tras ella, gritó.

—Vamos, ¿a qué esperas?

Y la empujó. Sintiendo caer, cerró los ojos, y, tomada por un abrazo dulce y viril, pudo rozar sin verlo todo el enorme cuerpo del joven, cuyo aliento jadeante y cálido aliento le dio en el rostro.

Luego se encontró apoyada, sonriente, pues su terror ya había cesado, mientras Gontran descendía.

Esa sensación la había vuelto prudente y, durante algunos días, tuvo la precaución de no encontrarse sola con Brétigny que ahora parecía merodear a su alrededor como el lobo de las fábulas en torno a una oveja.

Pero se decidió realizar una gran excursión. Había que llevar provisiones en el landau de seis plazas e ir a cenar con las hermanas Oriol, a orillas del pequeño lago de Tazenat, que, en la región, se llamaba el *gour* de Tazentat, para regresar de noche, al claro de luna.

Partieron después del mediodía de un día tórrido, bajo un sol devorador que calentaba, como las piedras de un horno, el granito de la montaña.

El coche subía la cuesta tirado por tres caballos que resoplaban y estaban cubiertos de sudor; el cochero dormitaba en su pescante, con la cabeza bajada; y legiones de verdes lagartos corrían por las piedras al borde de la carretera. El aire tórrido parecía estar lleno de una invisible y un pesado polvillo de fuego. A veces hubiérase dicho cuajado, resistente, como si costase atravesarlo; a ratos se movía un poco y lanzaba al rostro ardientes ráfagas de incendio en las que flotaba un olor a resina caliente en medio de los amplios bosques de pinos.

Nadie hablaba en el coche. Las tres mujeres, al fondo, cerraban sus ojos deslumbrados, bajo la sombra rosada de las sombrillas; el marqués y Gontran, con un pañuelo en la frente, dormían; Paul miraba a Christiane que también lo acechaba por entre los párpados entornados.

Y el landau, dejando a su paso una columna de blanca humareda, continuaba su interminable ascensión.

Cuando alcanzó la llanura, el cochero se enderezó, los caballos se pusieron a trotar y recorrieron una amplia comarca ondulada y boscosa, cultivada, llena de pueblecillos y



casas aisladas. A lo lejos, a izquierda, se percibían las grandes cimas truncadas de los volcanes. El lago de Tazenat, que iban a visitar, se había formado en el último cráter de la cadena de Auvernia.

Tras tres horas de viaje, Paul dijo de pronto:

—¡Fíjense en la lava!

Unas rocas oscuras, curiosamente retorcidas, agrietaban el suelo en la cuneta. A la derecha se veía una chata montaña cuya amplia cima tenía un aspecto plano y ahuecado. Tomaron un camino que parecía entrar en su interior por una hendidura triangular, y Christiane, que se había levantado, descubrió de pronto en un vasto y profundo cráter un hermoso lago fresco y redondo como una moneda de plata. Las rápidas pendientes del monte, boscosas a derecha y desnudas a izquierda, caían en el agua que rodeaban desde una altura elevada y regular. Y esta agua en calma, plana y reluciente como un metal, reflejaba los árboles por un lado, y la zona árida por el otro con una nitidez tan perfecta que ni siquiera se distinguían las orillas y sólo se veía, en aquel inmenso embudo en cuyo centro se reflejaba el cielo azul, un agujero claro y sin fondo que parecía horadar la tierra de parte a parte hasta el firmamento del otro lado.

El coche no podía ir más allá. Descendieron de él y tomaron por la ladera boscosa, un camino que zigzagueaba en torno al lago, bajo los árboles, a media altura de la pendiente. Este camino, por el que no pasaban más que leñadores, era verde como una pradera, y, a través de las ramas, se podía ver la ladera de enfrente y la brillante agua al fondo de esa cubeta en la montaña.

Llegaron, atravesando un calvero, a orillas del lago para sentarse sobre una alfombra de césped cubierta por una sombra de robles. Y todos se tumbaron en la hierba con un goce animal y delicioso.

Los hombres se revolcaban en ella, hundían en ella las manos. Y las mujeres, suavemente acostadas de lado, posaban en ella sus mejillas tratando de buscar una caricia fresca.

Después del calor del viaje, era una de esas sensaciones dulces, tan profundas y tan buenas que casi constituyen la felicidad.

Entonces el marqués se quedó dormido de nuevo; Gontran pronto hizo otro tanto; Paul se dedicó a charlar con Christiane y las muchachas. ¿De qué? ¡No de gran cosa! De vez en cuando, uno de ellos decía una frase; otro respondía tras un minuto de silencio; y las lentas palabras parecían entumecidas en sus bocas como los pensamientos en sus espíritus.

Pero, al traer el cochero la cesta de las provisiones, las hermanas Oriol, habituadas en su casa a las tareas del hogar, conservando todavía las activas costumbres del trabajo doméstico, se pusieron de inmediato a desempaquetar y preparar la pitanza sobre el césped, un poco más alejadas.

Paul permanecía acostado al lado de Christiane que soñaba. Y susurró tan bajo que ella apenas lo oyó, tan bajo que esas palabras rozaron su oído, como esos rumores confusos que pasan en el viento:

—Estos son los mejores momentos de mi vida.

¿Por qué esas vagas palabras la turbaron de ese modo hasta el fondo de su corazón? ¿Por qué se sintió tan bruscamente enternecida como nunca lo había estado?

Ella miraba, en los árboles, un poco más lejos, una pequeñísima casa, una cabaña de cazadores o pescadores, tan estrecha que no debía contener más que una sola habitación.

Paul siguió su mirada y dijo:

—¿Ha soñado usted alguna vez, señora, lo que podría ser pasar dos días en una cabaña como aquella por dos seres que se amasen perdidamente? ¡Estarían solos en el

mundo, verdaderamente solos, cara a cara! Y si semejante cosa fuese posible, ¿acaso no se dejaría todo por realizarla, dado que la felicidad es tan rara, inalcanzable y corte? ¿Que vive uno en los días comunes de su vida? ¿Qué hay más triste que levantarse sin esperanza ardiente, cumpliendo siempre con las mismas tareas, beber con moderación, comer con reservas y dormir tranquilamente como un animal irracional?

Ella continuaba mirando la caseta, y su corazón se inflamaba como si estuviese a punto de llorar, pues, de pronto, adivinaba situaciones embriagadoras que jamás había sospechado.

Desde luego, pensaba que se estaría bien en ese pequeño habitáculo oculto bajo los árboles, enfrente a ese juguete de lago, esa joya de lago, auténtico espejo de amor. Se estaría bien, sin nadie a su alrededor, sin un vecino, sin una alma, sin un ruido de vida, sola con un hombre amado que pasaría sus horas a las rodillas de la adorada, mirándola mientras ella observaba la superficie ondulada azul y que le susurraría palabras cariñosas besándole la punta de los dedos.

Vivirían allí, en aquel silencio, bajo los árboles, en el fondo de ese cráter que albergaría toda su pasión, como el agua clara y profunda, en su recinto regular y cerrado, sin otro horizonte para sus ojos que la línea redonda de la orilla, sin otro horizonte para su pensamiento que la dicha de amarse, sin otro horizonte para sus anhelos que los besos lentos e interminables.

¿Habría personas en la tierra que pudiesen gozar de días semejantes? ¡Sí, sin duda! ¿Y por qué no? ¿Cómo era posible que no hubiese comprendido antes la existencia de tales goces?

Las hermanas anunciaron que la cena estaba lista. Ya eran las seis. El marqués y Gontran despertaron para ir a sentarse a la turca un poco más lejos, al lado de los platos que se deslizaban en la hierba. Las dos hermanas continuaron sirviendo, y los hombres, indolentes, las dejaban hacer. Comían lentamente, arrojando los restos y los huesos del pollo en el agua. Habían traído champagne; el repentino ruido del primer corcho que saltó sorprendió a todos, de lo insólito que parecía en ese lugar.

El día comenzaba a caer; el aire se impregnaba de frescor; una extraña melancolía se abatió con el declive de la jornada sobre el agua durmiente en el fondo del cráter.

Cuando el sol estaba a punto de desaparecer y el cielo se había puesto a llamear, el lago tuvo de pronto la apariencia de una cubeta de fuego; luego, tras la ocultación del sol, tornándose el horizonte rojo como un brasero que va a apagarse, el lago parecía una cubeta de sangre. Y de pronto, sobre la cresta de la colina, se levanto la luna casi llena, completamente pálida en el firmamento todavía claro. Luego, a medida que las tinieblas invadían la tierra, ésta se alzó reluciente y redonda, por encima del cráter, tan redondo como ella. Parecía como si se fuese a arrojar a él. Y, cuando estuvo en lo alto del cielo, el lago tuvo el aspecto de una cubeta de plata. Entonces, sobre su superficie, todo el día inmóvil, vieron cruzar estelas, rápidas y lentas. Se hubiesen dicho espíritus revoloteando a ras del agua, arrastrando por ella invisibles velos.

Eran los grandes peces del fondo, las carpas seculares y los voraces lucios, que acudían a retozar al claro de luna.

Las hermanas Oriol habían vuelto a introducir toda la vajilla y las botellas en la cesta que el cochero vino a recoger. Partieron.

Pasando por el camino, bajo los árboles, donde caían manchas de claridad como una lluvia en la hierba a través de las hojas, Christiane, que iba antepenúltima, seguida de Paul, oyó de pronto una voz ansiosa que le decía, casi al oído:

—¡La amo! ¡La amo! ¡La amo!

Su corazón se puso a latir tan desbocadamente que a punto estuvo de caer, no pudiendo responderle las piernas. Sin embargo caminaba. Caminaba, loca, dispuesta a

darse la vuelta con los brazos abiertos y ofreciendo los labios. Había agarrado ahora el borde del pequeño chal con el que se cubría los hombros y que él le bajaba con frenesí. Ella continuaba su marcha, tan desfalleciente que ni siquiera sentía el suelo bajo sus pies.

De pronto salió de la bóveda de los árboles, y, encontrándose a plena luz, dominó bruscamente la turbación que la invadía; pero antes de subir al landau y de perder de vista el lago, se volvió a medias para lanzar hacia el agua con sus dos manos un gran beso que el hombre que la seguía comprendió al punto.

Durante el regreso, ella permaneció inerte de alma y cuerpo, aturdida, aletargada como después de una caída; y apenas llegó al hotel, subió enseguida a encerrarse en su habitación. Cuando hubo pasado el cerrojo, dio una vuelta de llave, hasta tal punto se sentía seguida y deseada. Luego se quedó temblando en medio del apartamento, casi oscuro y vacío. La vela depositada en la mesa arrojaba sobre las paredes las sombras estremecidas de los muebles y las cortinas. Christiane se dejó caer en un sillón. Todas sus ideas corrían, saltaban, huían sin que ella pudiese aprehenderlas, retenerlas, encadenarlas. Ahora tenía ganas de llorar sin saber por qué, desconsolada, desamparada, miserable, abandonada en ese cuarto vacío, perdido en la existencia al igual que en un bosque.

¿Adónde iba? ¿Qué iba a hacer?

Teniendo grandes dificultades para respirar, se levantó, abrió la ventana y los postigos y se acodó sobre la barandilla. El aire era fresco. En el cielo inmenso y vacío también, la luna, lejana, solitaria y triste, subida ahora en las alturas azuladas de la noche, arrojaba una luz dura y fría sobre la arboleda y la montaña.

Toda la región dormía. Únicamente el ligero sonar del violón de Saint-Landri, que cada noche estudiaba hasta muy tarde, pasaba y lloraba por momentos en el profundo silencio del valle. Christiane apenas lo oía. Cesaba luego volvía a sonar, el grito débil y doloroso de las cuerdas tensas.

Y esa luna perdida en el cielo desierto, y ese leve sonido perdido en la noche muda, le produjeron en el corazón una sensación tal de soledad que prorrumpió en sollozos. Se estremecía y se sobresaltaba hasta la médula, sacudida por la angustia y los escalofríos de las personas afectadas por un mal temible; y bruscamente se percató de que ella también estaba completamente sola en la existencia.

No lo había comprendido hasta ese día; y ahora lo sentía tan intensamente en el desamparo de su alma, que creyó volverse loca.

¡Tenía un padre! ¡un hermano! ¡un marido! ¡Los amaba y la amaban! ¡Y ahora se alejaba de ellos, se les volvía una extraña como si apenas los conociese! El tranquilo afecto de su padre, la amistosa camaradería de su hermano, el frío cariño de su marido, ese hombre sonrosado y charlatán que le decía con indiferencia: “¿Está bien usted esta mañana, querida amiga?” Pertenece a ese hombre, en cuerpo y alma, por el poder de un contrato. ¿Era posible? ¡Oh! ¡qué sola y perdida se sentía! Había cerrado los ojos para mirar en su interior, en el fondo de su pensamiento.

Y veía, a medida que los evocaba, los rostros de todos aquellos que vivían junto a ella: su padre indolente y tranquilo, feliz, tratando siempre de que no se turbase su reposo; su hermano burlón y escéptico; su marido inquieto, lleno de cifras, y que le anunciaba: “Pronto daré un gran golpe”, pudiendo haber dicho: “¡Te quiero!”

Otro le había susurrado antes esas palabras, que todavía vibraban en su oído y en su corazón. Y también vio a ese otro devorándola con su mirada fija; y si él hubiese estado cerca en ese momento, ¡ella se hubiese arrojado en sus brazos!

## VII

Christiane, que se había acostado muy tarde, se despertó cuando el sol arrojó en su habitación una oleada de claridad rojiza por su ventana que había quedado abierta de par en par.

Miró la hora –las cinco– y se apoyó sobre la espalda, deliciosamente, en el calor de la cama. Sentía tan alerta y alegre su alma que una felicidad, una gran dicha, una inmensa dicha le había sobrevenido durante la noche. ¿Lo qué? Ella buscaba, buscaba que feliz novedad la había penetrado de ese modo tan alegre.

Toda su tristeza de la víspera había desaparecida, difuminada durante el sueño.

¡Así que Paul Brétigny la amaba! ¡Qué diferente le parecía con respecto al primer día! A pesar de todos los esfuerzos de su memoria, ella no podía volver a verlo y juzgarlo como al principio, ni siquiera conseguía volver a ver al hombre que le había presentado su hermano. Este de ahora nada tenía que ver con el otro, nada, ni el rostro, ni el porte, nada, pues su primera imagen había pasado, poco a poco, día a día, por las lentas modificaciones por las que pasa en la mente un ser al que primero se entrevé y que luego se convierte en un ser conocido, después en un ser familiar, en un ser amada. Se toma posesión de él hora a hora, sin dudarle; se toma posesión de sus rasgos, de sus movimientos de sus actitudes, de su persona física y de su persona moral. Penetra un uno, en la mirada y en el corazón, mediante su voz, por sus gestos, por lo que dice y piensa. Se lo absorbe, se le comprende, se le adivinan todas las intenciones en su sonrisa y en su palabra; en definitiva parece que nos pertenece completamente, de tal modo se ama inconscientemente a todo lo que es suyo, a todo lo que de él procede.

De este modo resulta imposible recordar lo que significaba este ser ante nuestra indiferente mirada la primera vez que lo vemos.

¡Así que Paul Brétigny la amaba! Christiane no experimentaba por ello ni miedo ni angustia, sino un profundo enternecimiento, una inmensa alegría, nueva, exquisita, al ser amada y saberlo.

Sin embargo estaba un poco preocupada por la actitud que veía en él cuando estaban cara a cara. Pero como incluso le resultaba delicado pensar en tales cosas, dejó de pensar en ello, confiando en su finura y habilidad para dirigir los acontecimientos. Bajó a la hora de siempre, y encontró a Paul que fumaba un cigarro ante la puerta del hotel. La saludó con respeto.

–Buenos días, señora. ¿Cómo está usted esta mañana?

Ella respondió sonriendo:

– Muy bien, caballero. He dormido admirablemente.

Le tendió la mano, con el temor de que él la apretase demasiado. Pero él no la estrechó apenas; y ambos se pusieron a charlar tranquilamente como si ambos hubiesen olvidado.

Y la jornada pasó sin que él hiciese nada por recordar su ardiente confesión de la víspera. Durante los días siguientes, él mantuvo una actitud discreta y tranquila; y ella fue adquiriendo más confianza en él. Él había adivinado, según ella, que la ofendería volviéndose más atrevido; y esperó, creyendo firmemente que estaban detenidos en esa encantadora etapa de la ternura en la que se puede amar mirándose al fondo de los ojos, sin remordimientos ni mancilla.

Sin embargo ella tenía cuidado de no alejarse nunca sola con él.

Ahora bien, una tarde, el sábado de la misma semana en la que había estado en el lago de Tazenat, subiendo al hotel, hacia las diez, el marqués, Christiane y Paul, pues habían dejado a Gontran jugando a las cartas con Aubrey-Pasteur, Riquier y el doctor

Honorat en la sala principal del Casino, Brétigny exclamó, observando la luna que aparecía a través de las ramas:

—¡Qué grandioso sería ir a ver las ruinas de Tournœl en una noche como esta!

Christiane se emocionó con la idea, al tener la luna y las ruinas la misma influencia sobre ella como sobre casi todas las almas de mujer.

Tomó la mano del marqués:

—¡Oh! papí, si quisieras...

Él vacilaba, ya que tenía muchas ganas de acostarse.

Ella insistió:

—¡Piensa en ello, es tan bonito aún de día Tournœl! Tu mismo decías que no habías visto nunca unas ruinas tan pintorescas, con esa gran torre encima del castillo! ¿Cómo será por la noche?

Al fin él consintió:

— De acuerdo, vamos; pero echaremos un vistazo cinco minutos y regresaremos enseguida. Quiero acostarme a las once.

—Sí, regresaremos enseguida. No son necesarios más de veinte minutos para ir allí.

Partieron los tres. Christiane apoyada en el brazo de su padre y Paul caminando a su lado.

Él hablaba de los viajes que había hecho, Suiza, Italia, Sicilia. Contaba sus impresiones ante ciertas cosas, su entusiasmo respecto al monte Rose, cuando el sol, surgiendo en el horizonte de ese pueblo de cimas heladas, de ese mundo cubierto de niebas eternas, arroja sobre cada una de las cumbres gigantes una claridad resplandeciente y blanca, las ilumina como a los pálidos faros que deben alumbrar los reinos de los muertos. Luego contó su emoción al borde del monstruoso cráter del Etna, cuando se había sentido un insignificante ser a tres mil metros entre las nubes, no teniendo a su alrededor más que el cielo y el mar, el mar azul debajo, el cielo azul encima, e inclinado sobre esa boca espantosa de la tierra, cuyo aliento le sofocaba.

Se recreaba en las descripciones para impresionar a la joven; y ella palpitaba escuchándolo, percibiendo en un impulso de su pensamiento, esas grandes cosas que él había visto.

De pronto, en un giro del camino, descubrieron Tournœl. El antiguo castillo, erguido sobre su pico, dominado por su alta y delgada torre, inclinada hoy y desmantelada por el tiempo y las antiguas guerras, dibujaba, sobre un cielo de apariciones, su enorme silueta de mansión fantástica.

Sorprendidos los tres, se detuvieron. Por fin el marqués dijo:

—En efecto, es muy bonito; parece un sueño de Gustave Doré hecho realidad. Sentémonos cinco minutos.

Y se sentó sobre la hierba de la cuneta.

Pero Christiane, radiante de entusiasmo, exclamó:

—¡Oh, papá, vamos más allá! ¡Es tan hermoso! ¡tan hermoso! ¡Vamos hasta la base, te lo ruego!

Esta vez el marqués se opuso:

—No, querida, he caminado suficiente; no puedo más. Si quieres verlo más de cerca, ve tú con el Señor Brétigny. Yo os espero aquí.

Paul preguntó:

—¿Quiere usted, señora?

Ella dudaba, invadida por dos temores: el de encontrarse a solas con él, y el de herir a un hombre honesto pareciendo recelosa de él.

El marqués insistió:

—¡Id, id! yo os espero.

Entonces ella pensó que su padre quedaría al alcance de sus voces y dijo con resolución:

–Vamos, caballero.

Partieron codo con codo.

Pero apenas hubieron caminado durante algunos minutos, ellas se sintió invadida por una poderosa emoción, por un vago temor, misterioso, miedo de la ruina, miedo de la noche, miedo de ese hombre. Sus piernas se ablandaron de pronto, como la otra noche en el lago de Tazenat, rehusando llevarla más lejos, se le doblaban, le parecían hundirse en el camino, donde sus pies permanecían apoyados cuando ella quería elevarlos.

Un gran árbol, un castaño, plantado contra el camino, cubría el borde de una pradera. Christiane, agitada como si hubiese corrido, se dejó caer contra el tronco. Y balbuceó:

–Me quedo aquí... Se ve muy bien.

Paul se sentó a su lado. Ella oía latir su corazón a un ritmo desbocado. Él, tras un corto silencio, dijo:

– ¿No le parece a usted que ya hemos vivido esto?

Ella murmuró, sin haber comprendido del todo lo que él preguntaba, tal era su emoción:

– No lo sé. ¡Nunca he pensado en ello!

Él continuó:

–Yo lo creo... por momentos... o mejor dicho lo siento... Al estar el ser compuesto de espíritu y cuerpo, que parecen distintos pero sin duda no son más que un todo de la misma naturaleza, debe reaparecer cuando los elementos que lo han conformado una primera vez se encuentran combinados juntos una segunda vez. Seguramente no es el mismo individuo, pero es el mismo hombre el que vuelve cuando en un cuerpo semejante a una forma anterior se aloja un alma igual a la que antaño lo animaba. Pues yo, esta noche, estoy seguro, señora, que he vivido en este castillo, que lo he poseído, que en él me he batido, que lo he defendido. ¡Lo reconozco, fue mío, estoy seguro! Y tengo la certeza también que en él he amado a una mujer que se parecía a usted, que se llamaba como usted ¡Christiane!. Estoy tan seguro que me parece verla todavía llamándome desde lo alto de esa torre. ¡Busque, recuerde! Hay un bosque detrás que desciende a un profundo valle. A menudo nos hemos paseado por allí. Usted tenía unos vestidos ligeros en las tardes de verano, y yo llevaba pesadas armas que sonaban bajo el follaje. ¿No lo recuerda usted? ¡Busque en su memoria, Christiane! Pero su nombre me es familiar como los que se oyen desde la infancia! Si se mirasen con esmero todas las piedras de esta fortaleza, se encontraría su nombre grabado por mi mano, antaño! ¡Le aseguro que reconozco mi hogar, mi país, como la he reconocido a usted, la primera vez que la he visto!

Hablaba con una convicción exaltada, barnizada poéticamente por el contacto de esa mujer, y por la noche, y por la luna, y por la ruina.

Bruscamente se arrodilló ante Christiane, y con voz temblorosa exclamó:

–Déjeme adorarla una vez más, puesto que la he vuelto a encontrar. ¡Hace tanto tiempo que la busco!

Ella quería levantarse, partir, reunirse con su padre; pero no tenía fuerzas, no tenía valor, retenida, paralizada por unas ardientes ganas de seguir escuchándolo, de oír entrar en su corazón esas palabras que la hechizaban. Se sentía transportada en un sueño, en el sueño siempre esperado, tan dulce, tan poético, lleno de rayos de luna y de canciones.

Él le había agarrado las manos y le besaba el extremo de las uñas balbuciendo:

–¡Christiane... Christiane... tómeme... máteme... la amo... Christiane...!

Ella lo sentía temblar, estremecido a sus pies. Él le besaba las rodillas ahora, con profundos sollozos arrancados al pecho. Tuvo miedo de que enloqueciese y se levantó para salvarse. Pero él se había erguido más aprisa que ella y la había tomado en sus brazos arrojándose sobre su boca.

Entonces, sin un grito, sin oposición, sin resistencia, ella se dejó caer sobre la hierba, como si esa caricia le hubiese roto los riñones anulando su voluntad. Y él la tomó con tanta facilidad como se coge un fruto maduro.

Pero apenas hubo aflojado su abrazo, ella se levantó y escapó, aturdida, estremecida y helada como alguien que acaba de caer al agua. Él la alcanzó en algunas zancadas y la agarró por el brazo murmurando:

–¡Christiane, Christiane!... tenga cuidado con su padre.

Ella se puso a caminar, sin responder, sin volverse, caminando en línea recta, con paso torpe y vacilante. Él la seguía ahora sin atreverse a hablarle.

Cuando el marqués los vio venir, se levantó:

–Vamos, aprisa – dijo– Comenzaba a tener frío. Es muy bonito todo esto pero malo para el tratamiento.

Christiane se estrechaba contra su padre, como para pedirle protección y refugiarse en su cariño.

Tan pronto entró en su habitación, se desvistió en algunos segundos y se hundió en la cama, ocultando su cabeza bajo las sábanas, luego comenzó a llorar. Lloró con el rostro en la almohada, mucho tiempo, mucho tiempo, inerte, inanimada. No pensaba ya, no sufría, no lamentaba nada. Lloraba sin pensar, sin reflexionar, sin saber por qué. Lloraba por instinto, como se canta cuando se está alegre. Al fin, cuando la agotó el llanto, agobiada, dolorida por los prolongados sollozos, se durmió de fatiga y lasitud.

Fue despertada por unos ligeros golpes en la puerta de su habitación que daba al salón. Hacía un gran día; eran las nueve. Exclamó:

–¡Adelante!

Y apareció su marido, alegre, animado, tocado con un gorro de excursionista, y llevando al costado un bolsito para el dinero del que nunca se desprendía en sus viajes.

Él dijo:

– ¡Cómo, todavía dormías! ¿He sido yo quien te ha despertado? ¡Claro, llego sin avisar! Espero que estés bien. Hace un tiempo soberbio en París.

Y quitándose el sombrero, avanzó para besarla.

Ella se alejaba hacia la pared, invadida por un miedo loco, un miedo nervioso por ese hombrecillo rosado y contento que aproximaba sus labios hacia ella.

Luego, bruscamente, le ofreció su frente cerrando los ojos. El depositó allí un casto beso, y preguntó:

–¿Me permites que me aseé un poco en tu cuarto de baño? Como no se me esperaba hoy, no han preparado mi habitación.

Ella balbuceaba:

–Claro, por supuesto.

Y él desapareció por una puerta, al pie de la cama.

Ella lo oía moverse, chapotear, silbar; luego él exclamó:

–¿Que hay de nuevo aquí? Yo traigo excelentes noticias. El análisis del agua ha dado unos resultados inesperados. Podremos curar al menos tres enfermedades más que en Royat. ¡Es extraordinario!

Ella estaba sentada en su cama, sofocada, con la cabeza aturdida por ese retorno imprevisto que la golpeaba como un dolor y la constreñía como un remordimiento. Él reapareció, contento, emanando un fuerte olor de verbena. Entonces se sentó familiarmente al pie de la cama y preguntó:

–¡Y el paralítico! ¿Cómo va? ¿Ha comenzado a caminar? ¡No es posible que no se cure con lo que hemos encontrado en el agua!

Ella lo había olvidado desde hacía varios días, y balbuceaba:

– Creo... creo que comienza a estar mejor... no lo he visto esta semana... yo...estoy un poco indispuesta...

Él la miró con interés y dijo:

–Es cierto, estás un poco pálida... Por cierto que te sienta muy bien... Estás encantadora así... completamente encantadora...

Se aproximó, inclinándose hacia ella, quiso pasar un brazo en la cama bajo su cintura.

Pero ella hizo tal movimiento de terror hacia atrás que él se quedó estupefacto con las manos extendidas y la boca hacia delante. Luego preguntó:

– ¿Qué te pasa? ¡No te puedo tocar! Te aseguro que no quiero hacerte daño...

Y él se aproximaba, insistente, con la mirada iluminada por un súbito deseo.

Entonces ella balbuceó:

– No... déjame... déjame... Es que... es que... creo... ¡creo que estoy embarazada!...

Había dicho eso, enloquecida de angustia, sin pensar en ello, para evitar su contacto, como pudiera haber dicho: “Tengo la lepra o la peste.”

Él palideció, conmovido por una profunda alegría; y únicamente murmuró: “¡Ya!” Tenía ganas de besarla ahora, durante mucho tiempo, dulcemente, tiernamente, como padre feliz y agradecido. Luego le sobrevino una inquietud:

–¿Es posible?... ¿Cómo?... ¿Tú crees?... ¿Tan pronto?...

Ella respondió:

–¡Sí... es posible!

Entonces se puso en pie de un brinco y exclamó frotándose las manos:

–¡A fe mía, qué gran día!

La puerta sonó de nuevo. Andermatt la abrió, y una camarera le dijo:

–Al doctor Latonne le gustaría hablar enseguida con usted, señor.

–De acuerdo. Hágalo entrar en nuestro salón, ya voy.

Él regresó a la pieza contigua. Apareció el doctor. Tenía un rostro solemne, un porte comedido y frío. Saludó, tocó la mano que le tendía el banquero un poco sorprendido, se sentó y se explicó con el tono de un testigo en un asunto de honor.

–Me he enterado, querido señor, de una aventura muy desagradable, de la que tengo que informarle para explicarle mi conducta. Cuando usted me ha concedido el honor de llamarme junto a su esposa, yo he acudido presto; ahora bien, parece que, algunos minutos antes que yo, mi colega, el médico-inspector, que sin duda inspira más confianza a la señora Andermatt, había sido enviado a instancias del marqués de Ravenel. De tal manera que, al haber llegado yo el segundo, ha dado la impresión de haber arrebatado con malas artes al doctor Bonnefille una paciente que ya le pertenecía, he dado la impresión de haber cometido un acto poco delicado, indecoroso, incalificable entre colegas. Ahora bien, necesitamos, señor, en el ejercicio de nuestra profesión, tener precauciones y un tacto exquisito para evitar todos los roces que pudiesen acarrear graves consecuencias. El doctor Bonnefille, sabedor de mi visita aquí, creyéndome culpable de esta indelicadeza, declarándome culpable todas las apariencias, ha hablado de mi en tales términos que si no fuese por su edad, me habría visto obligado a exigirle cuentas. No me queda más que una cosa por hacer para demostrarle mi inocencia a él y a todo el cuerpo médico de la comarca, y es dejar, aún a pesar mío, de atender a su esposa, y divulgar toda la verdad sobre este asunto, rogándole que admita mis excusas.

Andermatt respondió con embarazo:



–Comprendo perfectamente, doctor, la difícil situación en la que se encuentra. La culpa no es mía ni de mi esposa, sino de mi suegro que llamó al doctor Bonnefille sin advertirnos. Tal vez yo pudiera entrevistarme con su colega y decirle...

El doctor Latonne lo interrumpió:

–Es inútil, querido señor, se trata de una cuestión de dignidad y honorabilidad profesional que ante todo debo respetar, y, muy a a mi pesar....

Andermatt, a su vez, le cortó la palabra. El hombre rico, el hombre que paga, que compra una receta de cinco, diez, veinte o cuarenta francos como una caja de cerillas de tres céntimos, a quien todo debe pertenecer por el poder de su bolsa, y que no aprecia a los seres y a los objetos más que en virtud de una asimilación de su valor con el del dinero, de una relación rápida y directa establecida entre los metales nobles y todas las demás cosas del mundo, se irritaba de la impertinencia de ese mercader de remedios sobre el papel. Manifestó con tono severo:

–De acuerdo, doctor. Quedemos así. Pero deseo por usted que esta gestión no tenga una perniciosa influencia en su carrera. Veamos, en efecto, cual de nosotros saldrá más perjudicado con su resolución.

El médico, ofendido, se puso en pie, y, saludando con gran ceremonia, dijo:

– Seré yo, señor, no lo dude. Desde ahora mismo, lo que acabo de hacer me es muy penoso desde todos los puntos de vista. Pero jamás vacilo entre mi interés y mi conciencia.

Y salió. Al franquear la puerta, tropezó con el marqués que entraba con una carta en la mano. Y el Sr. de Ravenel exclamó cuando estuvo solo con su yerno:

–Tenga, querido, aquí tengo algo muy comprometido que me acaba de llegar por su culpa. El doctor Bonnefille, ofendido porque usted ha hecho venir a su colega a ver a Christiane, me envía una nota con unas palabras muy agrias para advertirme de que no cuente más con su experiencia.

Entonces Andermatt se enfadó por completo. Caminaba, se animaba hablando, gesticulaba, lleno de una cólera inofensiva y ficticia, de esas cóleras que nunca se toman en serio. Gritaba sus argumentos. ¿De quién era la culpa después de todo? ¡Obviamente del marqués que había llamado a aquel borrico rematado de Bonnefille sin advertir a Andermatt, a quien su médico de Paris había puesto al tanto de los relativos méritos de los tres charlatanes de Enval!

Y además, ¿quien era el marqués para inmiscuirse consultando con ellos a espaldas del marido, del marido, único juez, único responsable de la salud de su esposa? En fin, siempre lo mismo. No se hacían más que tonterías a su alrededor, solo tonterías! Lo repetía sin cesar; pero clamaba en el desierto, nadie lo comprendía, nadie creía en su experiencia hasta que ya era demasiado tarde.

Y decía: “Mi médico”, “mi experiencia”, con una autoridad de hombre que posee cosas únicas. Los pronombres posesivos adquirirían en su boca sonoridades metálicas. Y cuando pronunciaba: “Mi esposa”, podía interpretarse de un modo evidente que el marqués no tenía ningún derecho sobre su hija, puesto que Andermatt la había esposado, siendo para él, en su fuero interno, el mismo hecho esposarla que comprarla.

Gontran entró cuando la discusión estaba en su punto más algido y se sentó en un sillón, con una sonrisa alegre en los labios. No decía nada, tan solo escuchaba, divirtiéndose enormemente.

Cuando el banquero se calló, sin aliento, su cuñado levantó la mano dicienco:

–Pido la palabra. Los dos están sin médico, ¿no es así? Pues bien, propongo mi candidato, el doctor Honorat, el único que quizás tenga sobre el agua de Enval una opinión clara e inalterable. La manda beber, pero él no la bebería por nada del mundo. ¿Quieren que vaya a buscarlo? Yo me encargo de las negociaciones.

Era la única solución que quedaba y rogaron a Gontran que lo hiciese venir de inmediato. El marqués, inquieto al considerar la idea de un cambio de régimen y terapia, quería saber enseguida la opinión de ese nuevo médico; y Andermatt deseaba no menos intensamente que consultase a Christiane.

Tras la puerta, ello los oía sin escuchar ni comprender de lo que hablaban. Desde que su marido la había dejado, ella se había escapado de su cama como de un lugar temible y se vistió a toda prisa, sin su doncella, con la cabeza alterada por todos esos acontecimientos.

Le parecía que el mundo había cambiado a su alrededor, la vida era distinta a la del día anterior, incluso las personas eran completamente diferentes.

La voz de Andermatt se elevó de nuevo:

–¡Hombre!, mi querido Brétigny, ¿cómo está usted?

Ya no le trataba de señor.

Otra voz respondió:

–Muy bien, mi querido Andermatt, ¿ha llegado usted esta mañana?

Christiane, que se estaba recogiendo el pelo hacia arriba, se paró, sofocada, con los brazos en alto. A través del tabique creyó verlos estrecharse las manos. Se sentó no pudiendo mantenerse de pie; y sus cabellos desenrollados cayeron sobre sus hombros.

Ahora era Paul el que hablaba, y cada palabra que salía de sus labios la hacía estremecerse de pies a cabeza. Cada palabra, cuyo sentido no comprendía, caía y sonaba en su corazón como un martillo que golpea una campana.

De repente, pronunció casi en alto: “¡Lo amo... lo amo!” como si hubiese constatado algo nuevo y sorprendente que la salvaba, que la consolaba, que la justificaba ante su conciencia. Fue tomada por una energía súbita; en su segundo tomó una decisión. Y se puso a asearse murmurando: “Tengo un amante, eso es todo. Tengo un amante”. Entonces, para reafirmarse más, para desprenderse de cualquier angustia, resolvió, con ardiente convicción, amarlo frenéticamente, darle su vida, su felicidad, sacrificar todo por él, según la moral exaltada de los corazones vencidos pero escrupulosos que se consideran purificados por la abnegación y la sinceridad.

Y, tras la pared que los separaba, ella le lanzó unos besos. Se había acabado, se abandonaba a él, sin reservas, como una ofrenda a un dios. La niña coqueta y astuta, pero todavía tímida, todavía temblorosa, acababa de morir bruscamente en ella; y había nacido la mujer, preparada para la pasión, la mujer resuelta, tenaz, solamente advertida hasta ahora por la oculta energía en sus ojos azules, que daban una impresión de valor y casi de desafío a su delicado rostro de rubia.

Oyó abrir la puerta, y no se volvió, adivinando a su marido sin verlo, como si un sentido nuevo, casi un instinto, acabase de despertarse en ella.

Él preguntó:

–¿Estarás lista pronto? Iremos dentro de un rato al baño del paralítico, para ver si está mejor.

Ella respondió con tranquilidad:

–Sí, querido Will, en cinco minutos.

Pero Gontran, entrando en el salón, interpelaba a Andermatt.

– Imagínese –decía– que he encontrado en el parque a ese imbecil de Honorat que rechaza también atenderlo a usted por miedo a los demás. Habla de procesos, de consideraciones, de costumbres.... Pare como si... da la impresión de... En resumen, es un idiota como sus dos colegas. La verdad es que lo había creído menos simio que los otros.

El marqués se había quedado aterrado. La idea de tomar las aguas sin médico, de bañarse cinco minutos de más, de beber un vaso de menos le torturaba de miedo, pues

creía por completo en las dosis, las horas y las fases del tratamiento exactamente regladas por una ley natural, que había pensado en los enfermos haciendo brotar las aguas minerales, y de las que los doctores conocían todos los secretos misteriosos, como sacerdotes inspirados y sabios.

Exclamó:

—¡Uno puede morirse aquí... Puede reventar como un perro sin que ninguno de esos caballeros se moleste!

Y lo invadió una cólera, una cólera egoísta y furiosa de hombre amenazado en su salud.

— ¿Acaso tienen derecho a hacer eso? Pues los sinvergüenzas esos pagan una patente, igual que los tenderos. Debe de ser posible obligarlos a atender a las personas, como se obliga a los trenes a admitir a todos los pasajeros. Voy a escribir a los periódicos para denunciar el hecho.

Caminaba con gran agitación y continuó, dirigiéndose hacia su hijo:

— ¡Escucha, hay que hacer llamar a uno desde Royat o desde Clermont. No podemos estar así!...

Gontran respondió sonriendo:

—Pero los de Clermont y los de Royat no conocen bien el líquido de Enval, que no tiene los mismos efectos especiales que sus aguas sobre el aparato digestivo y circulatorio. Y además, puedes estar seguro de que ellos tampoco vendrán, para que no parezca que les socavan el terreno a los colegas.

El marqués, horrorizado, balbuceó:

—¿Pero entonces qué será de nosotros?

Andermatt cogió su sombrero:

—Dejémele a mí, le garantizo que tendremos esta noche a los tres, entiéndalo bien, a los tres, postrados a nuestras rodillas. Ahora vayamos a ver al paralítico.

Luego gritó:

—¿Estás lista, Christiane?

Ella apareció en la puerta, muy pálida, con aspecto determinado. Habiendo besado a su padre y a su hermano, se volvió hacia Paul y le tendió la mano. Él la tomó, con la mirada baja, temblando de angustia. Como el marqués, Andermatt y Gontran se iban conversando y sin ocuparse de ella, ésta dijo con voz firme fijando una mirada decidida y tierna en el joven:

—Le pertenezco en cuerpo y alma. A partir de ahora haga de mi lo que quiera.

Luego salió sin dejarle responder.

Acercándose a la fuente de los Oriol, observaron, semejante a un enorme champiñón, el sombrero del tío Clovis, que dormitaba bajo el sol, en el agua cálida, en el fondo de su poza. Ahora pasaba allí las mañanas enteras, acostumbrado a ese baño caliente que lo volvía, según decía, más mozo que un recién casado.

Andermatt lo despertó:

—Y bien, compañero, ¿va eso mejor?

Cuando hubo reconocido a su burgués, el viejo hizo una mueca de satisfacción:

—Ya lo creo, voy a pedir de boca.

— ¿Anda ya usted un poco?

—Como un conejo, caballero, como un conejo. El primer domingo del mes estoy por bailar la *bourrée* con la novia.

Andermatt sentía latir su corazón; insistió:

—¿De verdad, camina usted?

El tío Clovis dejó de bromear:

—¡Oh! no demasiado, no demasiado. Pero no importa, esto marcha.

Entonces el banquero quiso ver de inmediato como caminaba el vagabundo. Daba vueltas alrededor de la poza, nervioso, daba órdenes como para reflotar un navío varado.

—Gontran, tómele el brazo derecho. Usted, Brétigny, el brazo izquierdo. Yo voy a sostenerlo por los riñones. Vamos, juntos... uno, dos, tres. Mi querido suegro, tire de la pierna, no, de la otra, la que está en el agua. Rápido, se lo ruego, no puedo más. Vamos allá... uno, dos, ya está, ¡uf!

Habían sentado en tierra al hombre que los dejaba hacer con aspecto lerdo, sin ayudar en nada a sus esfuerzos.

Luego se le incorporó de nuevo y se le dejó sobre sus piernas dándole sus muletas, de las que se sirvió al modo de bastones; y se puso a caminar, curvado en dos, arrastrando sus pies, quejándose, resoplándose. Avanzaba como una babosa y dejaba tras él un largo rastro de agua sobre el polvo blanco de la carretera.

Andermatt, entusiasmado, aplaudió, gritando como se hace en el teatro para vitorear a los actores: ¡Bravo, bravo, admirable, bravo! Luego, como el viejo parecía extenuado, se apresuró a sostenerlo, lo sostuvo en sus brazos, aunque le chorreaban sus harapos, y repetía:

—Es suficiente, no se canse. Vamos a volverlo a meter en el baño.

Y el tío Clovis fue introducido de nuevo en su poza por los cuatro hombres que lo habían tomado por sus extremidades y lo llevaban con precaución, como un frágil y precioso objeto.

Entonces el paralítico, con voz convencida, manifestó:

—Esta claro que esta agua es buena, buena como no hay otra. ¡Vale un tesoro un agua como esta!

De pronto, Andermatt se volvió hacia su suegro:

—No me esperen para almorzar. Voy a casa de los Oriol y no sé cuando acabaré. ¡No se pueden dejar estas cosas para luego!

Y partió, apresuradamente, casi corriendo, y haciendo con su junquillo molinetes de hombre encantado de la vida.

Los demás se sentaron bajo los sauces, al borde de la carretera, enfrente de la poza del tío Clovis.

Christiane, al lado de Paul, miraba ante ella la alta caída de donde había visto saltar la roca! Ella estaba allí, ese día, hacía apenas un mes! Estaba sentada en esa hierba rosada! ¡Un mes! ¡Nada más que un mes! Recordaba los más leves detalles, las sombrillas tricolores, los pinches de cocina, cada una de sus palabras. Y el perro, el pobre perro reventado por la explosión. ¡ese gran muchacho desconocido que se había arrojado a una palabra de ella para salvar al animal! ¡Hoy él era su amante! ¡su amante! ¡Pues tenía un amante! ¡Ella era su amante, su amante! Repetía esta palabra en el secreto de su conciencia: ¡su amante! ¡Qué extraña palabra! Ese hombre, sentado a su lado, al que veía una mano arrancando una a una briznas de hierba junto a su vestido que trataba de tocar, ese hombre estaba ahora atado a su carne y a su corazón, por esa cadena misteriosa, inconfesable, vergonzosa, que ha tendido la naturaleza entre la mujer y el hombre.

Con esa voz en el pensamiento, esa voz muda que parece hablar tan alto en el silencio de las almas turbadas, ella se repetía sin cesar: “Soy su amante, su amante, su amante! ¡Qué extraño e imprevisto era todo eso!

“¿Lo amo? Le echó una ojeada rápida. Sus ojos se encontraron y ella se sintió de tal modo acariciada por la mirada apasionada con la que él la cubría, que se estremeció de la cabeza a los pies. Ahora tenía ganas, unas ganas locas, irresistibles, de tomar esa mano que jugaba en la hierba, y de estrecharla bien fuerte, para expresarle todo lo que se puede decir en un abrazo. Deslizó la suya a lo largo de su vestido hasta el césped,

luego la dejó allí, inmóvil, con los dedos abiertos. Entonces vio a la otra acercarse, suavemente, como un animal enamorado que busca su compañera. Se acercó, cada vez más cerca, más cerca, y sus pequeños dedos se tocaron. Se rozaron por las yemas, apenas suavemente, se perdieron y se volvieron a encontrar, así como los labios que se besan. Pero esa imperceptible caricia, ese ligero roce, calaba en ella con tal violencia que se sentía desfallecer como si él la hubiera estrechado de nuevo con fuerza entre sus brazos.

Y de pronto comprendió como se pertenece a alguien, lo que es anonadarse bajo el amor que se apodera de nosotros, como un ser nos toma, en cuerpo y alma, carne, pensamiento, voluntad, sangre, nervios, todo, todo, todo lo que en nosotros hay, del mismo modo que una gran ave de presa de amplias alas abatiéndose sobre un reyezuelo.

El marqués y Gontran hablaban del futuro balneario, convencidos ya por el entusiasmo de Will. Y comentaban los méritos del banquero, la claridad de su espíritu, la seguridad de su juicio, la certeza de su método especulativo, la audacia de sus procedimientos y la regularidad de su carácter. Suegro y cuñado, ante el probable éxito, del que se sentían seguros, estaban de acuerdo y se felicitaban de esa alianza.

Christiane y Paul no parecían oír, totalmente ocupados el uno del otro.

El marqués dijo a su hija:

–¡Eh, chiquilla, podrías convertirte un día en una de las mujeres más ricas de Francia, y se te nombraría como se nombra a los Rothschild. Will es ciertamente un hombre notable, muy notable, una gran inteligencia.

Pero unos celos bruscos y extraños penetraron de súbito en el corazón de Paul.

–No se crea –dijo – yo conozco muy bien la inteligencia de todos esos grandes hombres de negocios. No piensan más que en una cosa: ¡el dinero! Todos los pensamientos que damos a las cosas hermosas, todos los actos que no atendemos por capricho, todas las horas que dedicamos a nuestras distracciones, toda la fuerza que derrochamos en nuestros placeres, todo el ardor y todo el poder que el amor nos proporciona, el amor divino, ellos los emplean en buscar oro, en pensar en el oro, en amasar oro! El hombre, el hombre inteligente, vive para todas las grandes ternuras desinteresadas, las artes, el amor, la ciencia, los viajes, los libros, y si busca dinero es porque eso facilita los goces reales del espíritu e incluso la felicidad del corazón! Pero ellos no tienen nada en el espíritu y en el corazón que no sea ese gusto innoble del tráfico! Esos piratas de la vida se parecen tanto a los hombres que valen algo como el comerciante de cuadros al pintor, como el editor al escritor, como el director dramático al poeta.

De pronto se calló, comprendiendo que estaba yendo demasiado lejos, y dijo con voz más tranquila:

–Desde luego no digo eso por Andermatt, al que considero un hombre encantador. Me gusta mucho porque es cien veces superior a los demás...

Christiane había retirado su mano. Paul dejó de hablar.

Gontran se echó a reír, y de su voz perversa con la que no se recataba de decir nada cuando hablaba con gustosa sinceridad:

–En cualquier caso, querido, esos hombres tienen un raro mérito: el de casarse con nuestras hermanas y tener hijas ricas que se convierten en nuestras esposas.

El marqués, ofendido, se levantó:

–¡Oh, Gontran! A veces eres indignante.

Paul, entonces, murmuró vuelto hacia Christiane:

–¿Sabrían morir por una mujer o, al menos, darle su fortuna –toda su fortuna– sin quedarse con nada?

Con esas palabras decía de forma evidente: “Todo lo que poseo es suyo, incluso mi vida”, que ella se emocionó. Y se le ocurrió una argucia para tomarle las manos.

–Levántese y tire de mi. Me he quedado entumecida de no moverme.

El se irguió, la tomó por las muñecas y atrayéndola hacia sí, la puso de pie, al borde de la carretera, completamente pegada a él. Ella vio su boca balbucear: “La amo” y se giró rápido para no responder también a esas dos palabras que sin querer subían a sus labios en un impulso que la arrojaba hacia él.

Regresaron al hotel.

La sesión de baño ya había pasado. Todos esperaban la hora del almuerzo. Llegó, pero Andermatt no había acudido todavía. Tras una nueva vuelta por el parque se decidió sentarse a la mesa. La comida, si bien larga, se terminó sin que el banquero hubiese comparecido. Bajaron para sentarse bajo los árboles. Y, una tras otra, las horas iban transcurriendo, el sol se deslizaba sobre el follaje, inclinándose hacia los montes, haciendo que el día transcurriese. Will no daba señales de vida.

De pronto lo vieron a lo lejos. Caminaba aprisa, con el sombrero en la mano, secándose la frente, la corbata inclinada, el chaleco entreabierto, como después de un viaje, después de una lucha, después de un esfuerzo terrible y prolongado.

Cuando vio a su suegro, gritó:

–¡Victoria! ¡Esto está hecho! ¡Que gran día, amigos míos! ¡Ah! ¡Menudo trabajo me ha dado el viejo zorro!

Y a continuación explicó sus gestiones y tribulaciones.

Al principio el tío Oriol se había mostrado con tal terquedad que Andermatt, rompiendo las negociaciones, se había ido. Luego lo habían llamado. El aldeano pretendía no vender sus tierras, sino cederlas a la Sociedad, con el derecho a recuperarlas en caso de que el proyecto fracasase. En caso de éxito, exigía la mitad de los beneficios.

El banquera había tenido que demostrarle con cifras sobre el papel y croquis simulando los terrenos, que el conjunto de campos no valía más que ochenta mil francos en la actualidad, mientras que los gastos que la Sociedad tendría que aportar se elevarían de golpe a un millón.

Pero el auvernés había replicado que pensaba aprovecharse de la gigantesca plusvalía que la propia construcción del balneario y los hoteles concedía a sus posesiones y cobrar intereses basándose en el valor que adquirirían y no el antiguo valor.

Andermatt tuvo que explicarle entonces que los riesgos deben ser proporcionales a las posibles ganancias, y atormentarlo con el temor a las pérdidas.

Por fin llegaron a un acuerdo. El tío Oriol aportaba a la Sociedad todos los terrenos hasta las orillas del arroyo, es decir aquellos en los que parecía posible encontrar el agua mineral, más la parte alta del montículo para construir allí un casino y un hotel, y algunos viñedos en pendiente que debían ser divididos en parcelas y ofrecidas a los principales médicos de París.

El aldeano, para cerrar el trato, evaluado en doscientos cincuenta mil francos, es decir en cuatro veces su valor aproximado, participaría en los beneficios de la Sociedad en un cuarto. Como en los límites del futuro balneario todavía le quedaban diez veces más terrenos de los que daba, estaba seguro, en caso de éxito, de ganar una fortuna vendiendo con buen criterio esas tierras, que constituirían, decía, la dote de sus hijas.

Tan pronto quedaron cerradas las condiciones, Will tuvo que arrastrar al padre y al hijo al despacho del notario para redactar una promesa de venta que quedaría invalidada en caso de no encontrar el agua necesaria.

Y la redacción de los artículos, la discusión de cada punto, la indefinida repetición de los mismos argumentos, el eterno recomenzar de los mismos razonamientos, habían durado toda la tarde.

Pero se había acabado. El banquero tenía su balneario. Pero repetía, irritado por una contrariedad:

–Tendré que limitarme al agua, sin poder meterme en los negocios inmobiliarios. ¡Qué listo ha sido el viejo zorro!

Luego añadió:

–Bueno, compraré la antigua Sociedad, y podré especular con ella... No importa, debo partir para París esta misma noche.

El marqués, estupefacto, exclamó:

–¡Cómo! ¿Esta noche?

–Sí, querido suegro, para preparar el acta definitiva, mientras que el Sr. Aubry-Pasteur hará las prospecciones. También es necesario que me disponga a comenzar los trabajos dentro de quince días. No puede perder ni una hora. A propósito, le advierto que usted forma parte de mi consejo de administración donde me hace falta una mayoría fuerte. Le regalo diez acciones. A usted también, Gontran, le regalo diez acciones.

Gontran se echó a reír:

–Muchas gracias, querido. Las revendo. De ese modo me debe usted cinco mil francos.

Pero Andermatte no bromeaba con negocios tan importantes. Respondió firmemente:

–Si no se lo toma en serio, me dirigiré a otra persona.

Gontran dejó de reír:

–No, hombre, no, usted sabe que estoy a su entera disposición.

El banquero se volvió hacia Paul:

–Mi querido caballero, ¿quiere usted prestarme un favor de amigo aceptando también una decena de acciones con el título de administrador?

Paul, inclinándose, respondió:

–Permítame caballero no aceptar esta oferta tan amable, pero si poner cien mil francos en el negocio que considero enorme. Soy yo quién le pido un favor.

William, radiante, le estrechó las manos. Esa confianza lo había conquistado. Además siempre experimentaba unas ganas irresistibles de abrazar a las personas que le aportaban dinero para sus empresas.

Pero Christiane enrojecía hasta las sienes, emocionada, estremecida. Le daba la impresión que acababan de venderla y comprarla. Si no la amase, ¿Paul habría ofrecido esos cien mil francos a su marido? ¡No, sin duda! No habría debido, al menos, tratar ese negocio delante de ella.

La cena estaba lista. Subieron al hotel. En el instante en que se sentó a la mesa, la Sra. Paille, la madre, preguntó a Andermatt:

–¿Así que va usted a fundar otro balneario?

La noticia había corrido por toda la región, era conocida por todo el mundo; excitaba a todos los bañistas.

William respondió:

–Dios mío, sí, el que hay ahora es del todo insuficiente.

Y, volviéndose hacia el Sr. Aubry-Pasteur, dijo:

–Excúseme usted caballero de que le hable en la mesa de una gestión que quería hacer con usted, pero debo salir esta misma noche para París; y el tiempo me apremia enormemente. ¿Consentiría usted en dirigir los trabajos de prospección para encontrar un volumen de agua superior?

El ingeniero, halagado, aceptó; y, en medio del silencio general, arreglaron todos los puntos esenciales de la búsqueda que debería comenzar de inmediato. Todo fue discutido y determinado en algunos minutos con la claridad y precisión con la que Andermatt siempre hacía gala en los negocios. Luego se habló del parálisis. Se le había visto atravesar el parque, por la tarde, con una sola muleta, mientras que, durante esa misma mañana, aún empleaba las dos. El banquero repetía:

–¡Es un milagro! ¡Un auténtico milagro!. Su curación marcha a pasos agigantados. Paul, para agradar al marido, repuso:

–En realidad es el propio tío Clovis el que camina a paso de gigante.

Una risa aprobatoria se levantó alrededor de la mesa. Todas las miradas se dirigían hacia Will, todas las bocas le hacían cumplidos. Los camareros del restaurante se habían puesto a servirlo en primer lugar con una respetuosa deferencia que desaparecía de sus rostros y de sus ademanes en el momento que pasaban a servir a los vecinos.

Uno de ellos le presentó una carta sobre un plato.

La tomó y leyó a media voz: “El doctor Latonne, de París, estaría encantado si el Sr. Andermatt quisiera concederle algunos segundos para hablarle antes de su partida.”

–Dígale que no tengo tiempo, pero que regresaré dentro de ocho o diez días.

Al mismo tiempo entregaban a Christiane un ramo de flores de parte del doctor Honorat.

Gontran reía:

–El tío Bonnefille ha quedado tercero y muy mal situado –dijo.

La cena finalizaba. Se advirtió a Andermatt que su landau lo esperaba. Subió para buscar su pequeña cartera; y cuando descendió, vio a la mitad del pueblo reunido ante la puerta. Petrus Martel se acercó a estrecharle la mano con una familiaridad de histrión y le murmuró al oído:

–Tengo que hacerle una proposición, algo estupendo para su negocio.

De pronto apareció el doctor Bonnefille, apresuradamente según su costumbre. Pasó muy cerca de Will, y, saludándole muy bajo como hacía con el marqués, dijo:

–Buen viaje, señor Barón.

–¡Tocado!– murmuró Gontran.

Andermatt, triunfante, henchido de gozo y orgullo, estrechaba manos, agradecía, repetía: “Hasta luego” Pero se olvidó de besar a su esposa, de tal modo estaba absorbido por otras cosas. Esta indiferencia fue para ella una revelación, y cuando vio el landau alejarse por la carretera en penumbras, al gran trote de dos caballos, le pareció que nada tenía que temer de nadie para el resto de su vida.

Pasó toda la velada sentada delante del hotel, entre su padre y Paul Brétigny, ya que Gontran había ido al Casino, como hacía cada día.

No quería pasear, ni hablar, y permanecía inmóvil, con las manos cruzadas sobre su regazo, con la mirada perdida en la oscuridad, lánguida y débil, un poco inquieta y sin embargo feliz, apenas sin pensar, incluso sin soñar, luchando por momentos contra vagos remordimientos que se planteaba repitiéndose: “¡Lo amo, lo amo, lo amo!”

Subió temprano a su habitación, para estar sola y pensar. Sentada en un sofá y envuelta en una bata suelta, miraba las estrellas por su ventana que estaba abierta; y en el marco de esa ventana, evocaba en todo instante la imagen de aquél que acababa de conquistarla. Lo veía, bueno, dulce y violento, tan fuerte y tan sumiso ante ella. Ese hombre la había tomado, lo sentía, tomada para siempre. Ya no estaba sola, eran dos cuyos corazones no formarían más que un solo corazón, cuyas almas no formarían más que una sola alma. ¿Dónde estaba ahora él? No lo sabía; pero estaba segura de que él también pensaba como ella pensaba en él. A cada latido de su corazón, ella creía oír otro latido que respondía al suyo en alguna parte. Sentía, a su alrededor, rondar un deseo que



la rozaba como una ala de pájaro; ella lo sentía entrar por esa ventana abierta, ese deseo procedente de él, ese deseo ardiente, que la buscaba, que le imploraba en el silencio de la noche. ¡Qué bueno era, que dulce, que nuevo ser amada! ¡Qué alegría pensar en alguien con ganas de llorar en los ojos, de llorar tiernamente, y también unas ganas de abrir los brazos, incluso sin verlo, para llamarlo, abrir los brazos hacia su imagen aparecida, hacia ese beso que él le arrojaba sin cesar, de lejos o de cerca, en la fiebre de su espera.

Y ella tendía hacia las estrellas sus dos brazos blancos en las mangas de la bata. De pronto emitió un grito. Una gran sombra negra, había aparecido en la ventana y estaba saltando la barandilla.

¡Fuera de sí, se puso en pie! ¡Era él! Y, sin pensar que podían ser vistos, se arrojó contra su pecho.

## VIII

La ausencia de Andermatt se prolongaba. El Sr. Aubry-Paster continuaba con sus prospecciones. Encontró cuatro nuevas fuentes que proporcionaban a la Sociedad dos veces más agua de la que era necesaria. La región entera, asombrada por esas investigaciones, por esos descubrimientos, por las grandes noticias que corrían, por las perspectivas de un futuro brillante, excitada y entusiasmada, no hablaba más que de otra cosa, no pensaba en ninguna otra cuestión. El marqués y Gontran pasaban sus días alrededor de obreros que sondeaban las vetas de granito, y escuchaban con creciente interés las explicaciones y las lecciones del ingeniero sobre la naturaleza geológica de Auvernia. Paul y Christiane se amaban libremente, tranquilamente, en una seguridad absoluta, sin que nadie se ocupase de ellos, sin que nadie adivinase nada, sin que nadie pensase incluso en espiarlos, pues toda la atención, toda la curiosidad, toda la pasión de todo el mundo estaban absorbidas por el futuro balneario.

Christiane se comportaba como un adolescente que se emborracha por primera vez. El primer vaso, el primer baso, la había quemado, aturdido. Había bebido el segundo enseguida, y lo había encontrado mejor, y ahora se embriagaba sin mesura.

Desde la noche en la que Paul había entrado en su habitación, ella ya dejó de saber todo lo que sucedía en el mundo. El tiempo, las cosas, los seres no existían ya para ella; nada existía más que un hombre. Ya no había nada sobre la tierra o el cielo que un hombre, un único hombre, el que amaba. Sus ojos no lo veían más que a él, su espíritu no pensaba más que en él, sus esperanzas no se aferraban más que a él. Vivía, cambiaba de lugar, comía, se vestía, parecía escuchar y respondía, sin comprender y sin saber lo que hacía. No la acosaba ninguna preocupación, pues ninguna desgracia habría podido golpearla, de tal modo se había vuelto insensible a todo. Ningún dolor físico habría mortificado su carne que sólo el amor podía estremecer. Ningún dolor moral habría mortificado su alma paralizada por la felicidad.

Él, por otra parte, amándola con el arrebato que ponía en todas sus pasiones, sobreexcitaba hasta la locura la ternura de la joven mujer. A menudo, hacia el fin del día, cuando sabía que el marqués y Gontran habían partido hacia las fuentes, le decía: “Vamos a ver nuestro cielo!. Llamaba su cielo a un grupo de pinos que habían crecido en la ladera, encima de las gargantas. Subían allí a través de un pequeño bosque, por un sendero rápido, que hacía resoplar a Christiane. Como disponían de poco tiempo iban aprisa; y, para que ella se fatigase menos, él la tomaba por la cintura. Habiendo puesto una mano sobre su hombro ella se dejaba levantar, y a veces posaba su boca sobre sus labios. A medida que subían, el aire era más puro; y cuando alcanzaban el grupo de pinos, el olor de la resina los refrescaba como una brisa marina.

Se sentaban bajo los sombríos árboles, ella sobre un acolchado de hierba, el más abajo, a sus pies, El viento entre los tallos cantaba ese dulce canto de los pinos que se parece un poco a un lamento; y la Limagne inmensa, de invisibles horizontes, ahogada en las brumas, les producía por completo la sensación del Océano. Sí, el mar estaba allí, delante de ellos, allá abajo! No había duda, pues recibían su aliento en la cara!

Él tenía para con ella carantoñas infantiles:

–Déme sus deditos para que los coma, son mis caramelos.

Los tomaba, uno tras otro, en su boca, y parecía degustarlos con placer de sibarita.

–¡Oh! ¡Qué ricos están! Sobre todo el meñique. No he comido nada mejor que el meñique.

Luego se ponía de rodillas, apoyando sus codos sobre las rodillas de Christiane y murmuraba:

– Liana, míreme.

La llamaba Liana porque ella se lanzaba hacia él para abrazarlo, como una planta abraza un árbol.

–Míreme. Voy a entrar en su alma.

Y se miraban con esa mirada inmóvil, obstinada que parece fundir dos seres, el uno en el otro.

–No puede uno quererse bien más que perteneciéndose así –decía–; todas las demás cosas del amor son picardías.

Cara a cara. confundían sus alientos, se buscaban desesperadamente en la transparencia de los ojos.

Él murmuraba:

– La veo, Liana. ¡Vejo su corazón adorado!

Ella respondía:

–Yo también, Paul, ¡yo veo su corazón!

Y se veían, en efecto, el uno y el otro, hasta el fondo del alma y del corazón, pues no tenían en el alma y en el corazón más que un furioso impulso de amor del uno hacia el otro.

El decía:

– ¡Liana, sus ojos son como el cielo! ¡azules con tantos reflejos, con tanta claridad! Me parece que veo golondrinas pasar por ellos! sin duda serán sus pensamientos.

Y cuando permanecían mucho tiempo contemplándose de ese modo, se aproximaban todavía más y se besaban dulcemente, mediante breves contactos, mirándose de nuevo entre beso y beso. Algunas veces él la tomaba en sus brazos y la llevaba corriendo a lo largo del arroyo que fluía hacia las gargantas del Enval antes de precipitarse por ellas. Era un estrecho valle donde bosques y prados alternaban. Paul corría por la hierba y algunos momentos levantaba a la joven mujer a pulso con sus poderosas muñecas, exclamando:

–Liana, volemos.

Y esa necesidad de volar se la infundía, acuciante, incesante, doloroso, ese amor exaltado. Y todo, en torno a ellos, azuzaba ese deseo de su alma, el aire ligero, un pájaro que pasaba y el amplio horizonte azulado en el que les gustaría a ambos arrojarse tomados de la mano, y desaparecer por encima de la infinita llanura cuando la noche se extendiese sobre ella. Habrían partido de ese modo a través del cielo en las brumas de la noche para no regresar jamás. ¿A dónde habrían ido? No lo sabían, pero ¡qué sueño!

Cuando él estaba fatigado de haber corrido transportándola así, la depositaba sobre una roca para arrodillarse ante ella, y besándole los tobillos, la adoraba murmurando palabras infantiles y cariñosas.

Si se hubiesen amado en una ciudad, su pasión, sin duda, habría sido diferente, más prudente, más sensual, menos aérea y menos novelesca. Pero allí, en ese país verde cuyo horizonte acrecentaba los impulsos del alma, solos, sin nada que los distrajese, que atenuase su instinto de amor naciente, se habían abandonado de repente en un romance perdidamente poético, pleno de éxtasis y locura. El paisaje que los rodeaba, el viento cálido, los bosques, el sabroso olor de ese campo era la melodía día noche de la música de su amor; y esa música los había excitado hasta la demencia, como el sonido de los tambores y las agudas flautas empuja a actos de salvaje al derviche que gira preso de una idea fija.

Una noche, cuando regresaban para cenar, el marqués les digo de pronto:

–Andermatt regresa dentro de cuatro días, pues están todos los negocios arreglados. Nosotros nos iremos al día siguiente de su regreso. Hace mucho tiempo que estamos aquí, no debemos prolongar más la estancia en el balneario.

Los cogió de sorpresa como si se les hubiese anunciado el fin del mundo; y no hablaron ni el uno ni el otro durante la cena pensando con asombro en lo que iba a ocurrir. Pues se encontrarían separados durante algunos días y no se verían ya libremente. Esto les parecía tan imposible y tan raro que no lo comprendían.

Andermatt regresó el fin de semana. Había teleografiado para que se le enviasen dos coches a la llegada del primer tren. Christiane, que no había dormido, agobiada por una emoción extraña y nueva, una especie de miedo a su marido, un miedo mezclado con cólera, de inexplicable desprecio y ganas de desafiarlo, se había levantado temprano y lo esperaba. Apareció en el primer coche, acompañado de tres caballeros bien vestidos, pero de porte modesto. El segundo landau llevaba a otros cuatro que parecían de condición un poco inferior a los primeros. El marqués y Gontran se sorprendieron. Éste último preguntó:

—¿Quiénes son esas personas?

Andermatt respondió:

—Mis accionistas. Vamos a constituir la Sociedad hoy mismo y nombrar el consejo de administración.

Beso a su esposa sin hablarle y casi sin verla, de tal modo estaba preocupado, y dirigiéndose a los siete caballeros, respetuosos y mudos, de pie detrás de él, les dijo:

—Desayunen ustedes y dense un paseo. Nos encontraremos aquí a mediodía.

Se fueron en silencio, como soldados obedeciendo una orden, y subiendo de dos en dos los escalones de la entrada, desaparecieron en el hotel.

Gontran, que los miraba partir, preguntó con gran seriedad:

—¿Dónde ha encontrado usted a sus comparsas?

El banquero sonrió:

—Son hombres correctos, hombres de la bolsa, capitalistas.

Y añadió, tras un silencio, con una sonrisa más marcada:

—Que se ocupan de mis negocios.

Luego se dirigió a la notaría para releer los documentos que había enviado para su redacción algunos días antes.

Allí encontró al doctor Latonne, con quien había intercambiado varias cartas, y charlaron bastante tiempo, en voz baja, en un rincón del estudio, mientras que unos pasantes hacían correr las plumas sobre el papel con un ruidillo de insectos.

Quedaron citados a las dos para constituir la Sociedad.

El despacho del notario había sido preparado como para un concierto. Dos filas de sillas esperaban a los accionistas frente a la mesa donde el Sr. Alain debía sentarse al lado de su primer pasante. El Sr. Alain vestía su frac, vista la importancia del negocio. Era un hombre bajito, una bola de carne blanca que tartamudeaba.

Andermatt entró cuando sonaban las dos, acompañado del marqués, de su cuñado y de Brétigny, y seguido de siete caballeros que Gontran llamaba comparsas. Parecía un general. El tío Oriol apareció enseguida con Colosso. Parecían inquietos, desconfiados, como los son siempre los aldeanos que van a firmar. El doctor Latonne llegó el último. Había hecho las paces con Andermatt mediante una completa sumisión precedida de excusas hábilmente presentadas tras las que se había puesto, sin reticencias ni restricciones, a su disposición.

Entonces el banquero, sintiendo que lo tenía, le había prometido el envidiado puesto de médico inspector del nuevo balneario.

Cuando todos hubieron entrado reinó un gran silencio.

El notario tomó la palabra:

—Caballeros, siéntense.

Pronunció aún algunas palabras que nadie entendió debido al movimiento de las sillas.

Andermatt levantó una silla y la colocó frente a su ejército, a fin de tener a la vista a todo el mundo, luego, cuando se hubo sentado, dijo:

– Caballeros, no tengo que explicarles el motivo que nos reúne. Vamos en primer lugar a constituir la nueva Sociedad a la que ustedes desean ser accionistas. Sin embargo debo participarles algunos detalles que nos han causado un pequeño contratiempo. Antes de tomar ninguna decisión he debido asegurarme que obtendríamos las autorizaciones necesarias para la creación de un nuevo balneario de uso público. Esta seguridad ya la tengo. Lo queda por hacer al respecto, lo haré. Tengo la palabra del Ministro. Pero otra cuestión me detenía. Vamos, caballeros, a emprender una lucha con la antigua Sociedad de las aguas de Enval. Saldremos vencedores de esa lucha, vencedores y ricos, pueden estar convencidos; pero del mismo modo que los combatientes de antaño emitían un grito de guerra, nosotros, combatientes en combate moderno, un nombre para nuestro balneario, un nombre sonoro, atractivo, bien dispuesto para la publicidad, que golpee en el oído como una nota de clarín y entre en el ojo como un relámpago. Ahora bien, caballeros, estamos en Enval y no podemos rebautizar la región. Tan solo nos quedaba un recurso. Designar nuestro establecimiento mediante una nueva denominación.

» Propongo lo siguiente:

» Si bien nuestra casa de baños se encuentra al pie del montículo del que es propietario el Sr. Oriol, aquí presente, nuestro futuro casino estará situado en lo alto de esta misma colina. Se puede pues decir que esta colina, ese monte, pues se trata de un monte, un pequeño monte, constituye nuestro establecimiento, puesto que ocupamos la parte de abajo. No es natural entonces llamar a nuestros baños: los Baños de Mont-Oriol, y relacionar esta estación termal, que llegará a ser una de las más importantes del mundo, con el nombre del primer propietario. Demos al César lo que es del César.

» Por otro lado, adviertan caballeros, que ese vocablo es excelente. Si dirá Mont-Oriol como se dice Monte Dorado. Queda en el ojo y en el oído, se ve bien, se entiende bien, queda en nosotros: ¡Monte-Oriol! ¡Mont-Oriol! ¡Los baños de Mont-Oriol...!

Y Andermatt repetía las palabras, las lanzaba como una bala, escuchando su eco. Continuó, simulando diálogos:

–¿Va usted a los baños de Mont-Oriol?

–Si, señora. Dicen que son perfectas las aguas de Mont-Oriol.

–Excelentes, en efecto. Mont-Oriol, además, es una deliciosa región.

Y sonreía, parecía que estaba manteniendo una charla, cambiaba de tono para indicar cuando hablaba la dama, saludaba con la mano simulando ser el caballero.

Luego preguntó con su voz natural:

–¿Alguien tiene algo que objetar?

Los accionistas respondieron en coro:

–No, ninguna.

Tres de las comparsas aplaudieron.

El tío Oriol, emocionado, halagado, conquistado, alcanzado en su orgullo íntimo de aldeano, sonreía girando su sombrero en las manos, y afirmaba con la cabeza, a su pesar, un “sí” que revelaba su alegría y que Andermatt observaba sin parecer mirarlo.

Coloso permanecía impassible, pero también contento como su padre.

Entonces Andermatt dijo al notario:

–¿Quiere leer el acta para la constitución de la Sociedad, maese Alain?

Y se sentó.

El notario dijo a su pasante:

–Vamos, Marinet.

Marinet, un pobre hombre enteco, carraspeó y, con entonación de predicador y pretensiones declamatorias, comenzó a enumerar los estatutos relativos a la constitución de una sociedad anónima, llamada Sociedad del Establecimiento termal de Mont-Oriol, en Enval, con un capital de dos millones.

El tío Oriol lo interrumpió:

–Un momento, un momento – dijo. Y extrajo de su bolsillo un cuaderno de papel grasiento, que arrastraba consigo desde hacía ocho días por las casas de todos los notarios y hombres de negocios de la provincia. Era la copia de los estatutos que su hijo y él, además, empezaban a saberse de memoria.

Puso lentamente sus gafas sobre la nariz, bajó su cabeza, buscó el punto justo en el que distinguía bien las letras y ordenó:

–Empiece, Marinet.

Coloso, habiendo acercado su silla, seguía también el papel del padre.

Y Marinet volvió a comenzar. Entonces el viejo Oriol, desconcertado por la doble tarea de escuchar y leer al mismo tiempo, torturado por el temor de una palabra cambiada, obsesionado también por el deseo de ver si Andermatt no hacía alguna señal al notario, no dejó pasar un línea sin interrumpir diez veces al pasante al que le cortaba los efectos.

Repetía:

–¿Qué has dicho? ¿Qué has dicho ahí? ¡No he oído! ¡No corras tanto!

Luego, volviéndose un poco hacia su hijo:

–¿Está ahí, Coloso?

Coloso, más dueño de sí, contestaba:

–¡Está bien, padre, deja, deja, está bien!

El aldeano desconfiaba. Con la punta de su dedo encorvado seguía sobre su papel susurrando las palabras entre sus labios; pero al no poder fijar su atención simultáneamente a las dos cosas, cuando escuchaba, no leía, y no oía cuando estaba leyendo. Y resoplaba como si hubiera estado subiendo un monte, sudaba como si hubiese cavado su viña a pleno sol, y de vez en cuando pedía un descanso de algunos minutos, para enjugarse la frente y tomar aliento, como un hombre que se bate en duelo.

Andermatt, impaciente, golpeaba el suelo con su pie. Gontran, que había visto encima de una mesa *Le Moniteur du Puy-de-Dôme*, lo había tomado y lo ojeaba; y Paul, sentado a horcajadas en su silla, con la frente baja, el corazón crispado, pensaba que ese hombrecillo sonrosado y ventruado, sentado ante él, iba a llevarse, al día siguiente, a la mujer que amaba con toda su alma.

Christiane, su Christiena, su rubia Christiane que era suya, completamente suya, nada más que suya. Y se preguntaba si no la raptaría esa misma noche.

Los siete caballeros permanecían serios y tranquilos.

Al cabo de una hora finalizaron. Se firmó.

El notario tomó acta de las inversiones. Respondiendo cuando lo llamaron, el cajero, Sr. Abraham Lévy, declaró haber recibido los fondos. Luego la Sociedad, constituida ya legalmente, fue declarada reunida en asamblea general, todos los accionistas estaban presentes para la constitución del consejo de administración y la elección de su presidente.

Todas las voces, menos dos, proclamaron a Andermatt presidente. Las dos voces disidentes, las del aldeano y su hijo, habían designado a Oriol. Brétigny fue nombrado comisario de inspección.

Entonces el consejo, compuesto de los señores Andermatt, el marqués y el conde de Ravenel, Brétigny, Oriol padre e hijo, el doctor Latonne, Abraham Lévy y Simon

Zidler, instó al resto de accionistas a retirarse así como al notario y a su pasante, a fin de que pudiese deliberar acerca de las primeras resoluciones a tomar y fijar los puntos más importantes.

Andermatt se levantó de nuevo:

–Caballeros, entramos en la cuestión vital, la del éxito, que debemos conseguir a cualquier precio.

»Con las aguas minerales pasa como con todo. Necesitamos que se hable mucho de ellas, siempre, para que los enfermos las beban.

» El gran tema del mundo moderno, caballeros, es la publicidad; es la diosa del comercio y de la industria contemporánea. Sin publicidad no hay salvación. El arte de la publicidad, además, es difícil, complicado, y demanda un tacto muy grande. Los primeros que han empleado este procedimiento nuevo lo han hecho de un modo brutal, llamando la atención mediante el ruido, tocando el bombo o disparando cañonazos. Mangin, caballeros, no fue más que un precursor. Hoy, el escándalo es sospechoso, los carteles llamativos dan risa, los nombres gritados por las calles despiertan más desconfianza que curiosidad. Y sin embargo hay que atraer la atención pública y, después de haberla golpeado, hay que convencerla. El arte consiste pues en descubrir el medio, el único medio que pueda tener éxito habida cuenta de lo que queremos vender. Nosotros, caballeros, queremos vender agua. Tenemos que conquistar a los enfermos a través de los médicos.

»Los médicos más famosos, caballeros, son hombres como nosotros, que tienen debilidades como nosotros. No quiero decir que podríamos corromperlos. La reputación de los ilustres doctores que necesitamos los pone al abrigo de toda sospecha de venalidad. ¿Pero qué hombre no se puede ganar, actuando con astucia? ¡También existen mujeres que no se puede pensar en comparar! Y a esas hay que seducirlas.

»Esta es, caballeros, la propuesta que les hago, después de haberlo discutido ampliamente con el doctor Latonne:

»Hemos clasificado en tres grupos principales a las enfermedades susceptibles de ser tratadas con nuestra terapia. Son: 1º el reumatismo bajo todas sus formas, herpes, artritis, gota, etc., etc.; 2º las afecciones de estómago, intestino e hígado; 3º todos los desórdenes derivados de los trastornos circulatorios, pues es indiscutible que nuestros baños acidulados tienen un efecto admirable sobre la circulación.

»Además, caballeros, la curación maravillosa del tío Clovis nos promete milagros.

» Así pues, en vista de las enfermedades tributarias de esas aguas, vamos a proponer a los médicos especialistas en éstas, lo siguiente: «“Caballeros, les diremos, vengan a ver, vengan a ver con sus propios ojos, sigan a sus enfermos, nosotros les ofrecemos la hospitalidad. La región es soberbia y ustedes tienen necesidad de descansar después de su duro trabajo invernal, vengan. Y no vengan a nuestra casa, señores doctores, vengtan a la suya propia, pues les ofrecemos un chalé que, si les agrada, será suyo en condiciones excepcionales”».

Andermatt tomó un descanso, y continuó más tranquilamente:

– He aquí cómo he llegado a esta idea. Hemos escogido seis parcelas de mil metros cada una. En cada una de esas seis parcelas, la Sociedad de Chalets Móviles de Berna se compromete a instalar una de sus construcciones piloto. Pondremos gratuitamente esas residencias tan elegantes como confortables a disposición de nuestros médicos. Si les gustan comprarán solamente la casa de la Sociedad Bernoise; en cuanto al terreno, nosotros se lo damos... y ellos nos lo pagarán... en enfermos. De este modo, caballeros, obtendremos las múltiples ventajas de cubrir nuestros terrenos con unas villas encantadoras que no nos costarán nada, de atraer a los primeros médicos del mundo y a la legión de sus pacientes, y sobre todo de convencer de la eficacia de

nuestras aguas a los eminentes doctores que enseguida serán propietarios en la región. En cuanto a todas las negociaciones que desembocarán en estos resultados me encargo yo, caballeros, y no las llevaré adelante como especulador sino como hombre de mundo.

El tío Oriol le interrumpió. Su avaricia auvernesa se indignaba con esa donación de terronos.

Andermatt en un arranque de elocuencia comparó al gran agricultor que arroja a puñados la simiente en la tierra fecunda, con el campesino rapaz que cuenta los granos y nunca obtiene más que medias cosechas.

Luego, como Oriol, disgustado, se obstinaba, el banquero propuso una votación al consejo y cerró la boca al viejo con seis votos contra dos.

Entonces abrió un gran portafolios de cuero y extendió los planos del nuevo balneario, del hotel y del casino, así como los presupuestos y contratos completamente acordados con los contratistas para ser aprobados y firmados en el acto. Los trabajos debían comenzar a principios de la próxima semana.

Solamente los dos Oriol quisieron mirarlos y discutir. Pero Andermatt irritado les dijo:

–¿Acaso les estoy pidiendo dinero? ¡No! ¡Entonces no den la lata! Y si no están ustedes contentos, votaremos otra vez.

Firmaron como los demás miembros del consejo y se levantó la sesión.

Toda la región los esperaba para verlos salir, tanta era la emoción. Se les saludaba con respeto. Como los dos aldeanos iban a regresar a su casa, Andermatt les dijo:

–No olviden que cenamos juntos en el hotel. Y lleve a sus hijas, les he traído unos pequeños presentes de París.

Quedaron citados a las siete en el salón del Hotel Splendid.

Fue una gran comida en la que el banquera había invitado a los principales bañistas y a las autoridades del pueblo. La presidía Christiane que tenía a su derecha al cura, y al alcalde a su izquierda.

No se habló de otra cosa que del futuro balneario y del futuro de la comarca. Las dos hermanas Oriol habían encontrado bajo sus servilletas sendos estuches conteniendo dos brazaletes con perlas y esmeraldas encastradas, y, locas de alegría, charlaban, como nunca lo habían hecho, con Gontran situado entre ambas. La mayor reía con todo su corazón de las bromas del joven que se animaba con aquella conversación y elaboraba, en su fuero interno, esos juicios masculinos, esos juicios atrevidos y secretos que nacen de la carne y de la mente ante toda mujer deseable.

Paul no comía ni decía nada... Parecía que su vida iba a acabar esa noche. De pronto recordó que hacía un mes justo, día por día, que habían cenado en el lago Tazenat. Sentía en el alma ese sufrimiento inconcreto, formado más por presentimientos que por penas, que sólo conocen los enamorados, ese padecimiento que tanto pesa en el corazón, que hace vibrar los nervios, que el menor ruido sobresalta, y el espíritu tan miserablemente doloroso que todo lo que se oye toma un cariz penoso por relacionarse con una idea fija.

En el momento que se levantaron de la mesa, él se reunió con Christiane en el salón:

–Es preciso que la vea esta noche – le dijo – pronto, de inmediato, puesto que no sé cuando podremos volver a encontrarnos solos. ¿Sabe usted que precisamente hoy hace un mes que...?

Ella respondió:

–Lo sé.

Él repuso:



–Escuche, voy a esperarla en la carretera de La Roche-Pradière, en la entrada del pueblo, junto a los robles. Nadie notará su ausencia en este momento. Venga pronto a despedirse, ya que mañana nos separaremos.

Ella murmuró:

–Estaré allí dentro de un cuarto de hora.

Y él salio para no permanecer ni un minuto más en medio de esa multitud que lo exasperaba.

Siguió, a través de los viñedos, el sendero que había tomado un día, el día en el que juntos habían contemplado la Limagne por vez primera. Y pronto llegó a la carretera principal. Estaba solo, se sentía solo, solo en el mundo. La inmensa llanura invisible aumentaba todavía más esa sensación de soledad. Se detuvo exactamente en el lugar donde se habían sentado, donde él le había recitado los versos de Baudelaire sobre la Belleza. ¡Qué lejos quedaba todo eso ya! Y, hora tras hora, recordó todo lo que había pasado después. Nunca había sido tan feliz, ¡jamás! Nunca había amado a nadie tan perdidamente, y, al mismo tiempo, tan castamente y con tanta devoción. Y recordaba la noche en el *gour* de Tazenat, hacía exactamente un mes, el bosque bresco, bañado por la pálida luz, el pequeño lago plateado y los grandes peces que rozaban sus superficie; y su regreso, cuando él la veía caminar ante él, en la sombra y en la claridad, bajo las gotas del claro de luna que le caían sobre los cabellos, sobre los hombros y sobre los brazos a través de las hojas de los árboles. Eran las horas más dulces que pudo degustar en su vida.

Se volvió para mirar si ella venía. No la vio, pero observó la luna que aparecía sobre el horizonte. La misma luna que se había levantado durante su primera confidencia, se levantaba ahora para su primer adiós.

Un estremecimiento le recorrió la piel, un estremecimiento helado. Se acercaba el otoño, el otoño que precede al invierno. Hasta ese momento no había sentido ese primer atisbo del frío que le penetraba bruscamente como la amenaza de una desgracia.

El camino blanco, polvoriento, se extendía ante él, semejante a un río entre sus orillas. De repente una silueta asomó en una curva del camino. Enseguida la reconoció; y la esperó sin moverse, estremecido por una felicidad misteriosa al sentirla aproximarse, al verla ir hacia él, para él.

Caminaba a pasos cortos, sin atreverse a llamarlo, preocupada por no descubrirlo todavía, pues él permanecía oculto bajo un árbol, y turbado por el gran silencio, por la clara soledad de la tierra y el cielo. La precedía sus sombra, negra y enorme, como si le acercase algo de ella, antes de que llegara.

Christiane se detuvo y la sombra también permaneció inmóvil, tumbada, caída sobre la carretera.

Paul dio rápidamente algunos pasos, hasta el lugar donde la forma de la cabeza se proyectaba en el camino. Entonces, como si no quisiese perderse nada de ella, se arrodilló, y, prosternándose, posó su boca al borde de la sombreada silueta. De la misma manera que bebe un perro sediento, arrastrando el vientre por la fuente, se puso a besar con pasión el polvo que marcaba los contornos de la sombra tan amada. Así iba hacia ella, apoyándose con las manos y las rodillas, colmando de caricias el perfil de su cuerpo como para recoger en sus labios la imagen oscura y querida proyectada en el suelo.

Ella, sorprendida, incluso un poco asustada, esperó a que él llegase a sus pies para atreverse a hablarle; luego, cuando levantó la cabeza, siempre arrodillado, pero estrechándola ahora con sus brazos, ella preguntó:

–¿Qué te ocurre esta noche?

Él respondió:

–¡Liana, voy a perderte!

Ella hundió sus dedos en los frondosos cabellos de su amigo e, inclinándose, le levantó la frente para besarle los ojos.

–¿Perderme, por qué? – dijo ella sonriente y confiada.

– Porque mañana nos separaremos.

–¿Separarnos? Por muy poco tiempo, querido.

–Nunca se sabe. Jamás recuperaremos los días pasados aquí.

–Tendremos otros que serán igualmente hermosos.

Ella lo levantó, lo condujo bajo el árbol donde él la había esperado, lo hizo sentarse a su lado, más bajo, para poder tener siempre la mano en sus cabellos y le habló con gravedad, como mujer reflexiva, ardiente y determinada que ama, que ya ha previsto todo, que sabe instintivamente lo que debe hacerse, que está resuelta a todo.

–Escucha, querido mío, estaré muy libre en París. William jamás se ocupa de mi. Sus negocios le bastan. Así pues, dado que tú no estás casado, iré a verte. Iré a verte todos los días, bien por la mañana antes de desayunar, o por la tarde, a causa de los criados que podrían sospechar si saliese siempre a la misma hora. Podremos encontrarnos tanto como aquí, incluso más que aquí, pues no tendremos que temer a los curiosos.

Pero él repetía, con la cabeza sobre sus rodillas y estrechándole la cintura:

–Liana, Liana, ¡voy a perderte! ¡Siento que voy a perderte!

Ella se impacientaba por ese temor irracional, por ese miedo infantil en ese cuerpo tan vigoroso, ella tan frágil a su lado y sin embargo tan segura, tan segura de que nada podría separarlos.

Él murmuraba:

–Si quisieras, Liana, podríamos escapar juntos, iríamos muy lejos, a un hermoso país lleno de flores donde poder amarnos. Dime, ¿quieres que marchemos esta noche, quieres?

Pero ella alzaba los hombros, un poco nerviosa, un poco descontenta por que él no la escuchaba, pues no era hora de ensoñaciones y tiernas chiquilladas. En ese momento había que mostrarse enérgicos y prudentes, e intentar buscar los medios de amarse siempre sin despertar ninguna sospecha.

Ella repuso:

–Escucha, querido, se trata de ponernos de acuerdo y no cometer imprudencias ni faltas. En primer lugar, ¿confías en tus criados? Lo que más hay que temer es una denuncia, una carta anónima a mi marido. Por su parte nada debemos temer. Conozco muy bien a William...

Ese nombre, dos veces repetido, irritó de pronto el corazón de Paul que, nervioso, dijo:

–¡Oh, no me hables de él esta noche!

Ella se sorprendió:

–¿Por qué? Sin embargo no queda más remedio... ¡Oh!, te aseguro que no tiene ningún interés por mí.

Ella había adivinado su pensamiento.

Unos sombríos celos, aún inconscientes, se despertaban en él. Y de repente, se arrodilló y le tomó las manos:

–¡Escucha, Liana!...– se calló. No se atrevía a manifestarle la preocupación, la odiosa sospecha que tenía en mente, no sabía como expresarla.

– Escucha, Liana... ¿Cómo te llevas con él?

Ella no comprendió.

–Pues...pues...muy bien...

–Sí... ya sé... Pero... escucha... entiéndeme bien... Es... es tu marido...por supuesto... y...y... tú no sabes cuánto pienso en eso desde hace tiempo... Cuánto me atormenta eso.... me tortura...¿Entiendes?

Ella vaciló unos segundos, luego de súbito comprendió por completo su intención, y con un impulso de franqueza indignada replicó:

–¡Oh!, querido mío...¿cómo puedes... cómo puedes pensar eso?... ¡Oh! yo soy por entero tuya... ¿entiendes?... nada más que tuya.... puesto que te amo... ¡Oh! ¡Paul!...

Él dejó caer su cabeza sobre las rodillas de la joven, y, con voz muy suave contestó:

– Pero... vamos... mi pequeña Liana... puesto... puesto que es tu marido... ¿Cómo harás?... ¿Has pensado en ello?... Dime... ¿Qué harás esta noche... o mañana?... No podrás decirle a todas horas que no...

Ella murmuró en voz baja también:

–Le he hecho creer que estoy embarazada, y... y eso le basta... ¡Oh! no tiene mucho interés... No hablemos más de esto, querido mío, no sabes como me molesta, como me lastima. Confía en mí, ya que te amo...

Él no insistió más, respirando y besando su vestido, mientras ella le acariciaba el rostro con dedos amorosos y ligeros.

Pero de pronto, ella dijo:

–Debemos regresar ya que se darán cuenta de que ambos estamos ausentes.

Se besaron largamente, abrazándose como si fueran a partirse los huesos; luego ella marchó en primer lugar, corriendo para regresar rápido, mientras él la miraba alejarse y desaparecer, triste, como si toda su felicidad y toda su esperanza hubiesen huido con ella.

## SEGUNDA PARTE

### I

El primero de julio del año siguiente, apenas podía reconocerse la estación termal de Enval.

Sobre la cima de la colina, erguida entre las dos bocas del valle, se levantaba una contrucción de estilo morisco con un gran cartel en su fachada con la palabra Casino en letras doradas.

Se había utilizado un pequeño bosque para crear un parque sobre la pendiente que miraba a la Limagne. Una terraza sostenida por un muro adornado de un extremo a otro por grandes jarones de marmol de imitación, se extendía delante de esta construcción y dominaba la amplia llanura de Auvernia.

Más abajo, en los viñedos, seis chalets mostraban, de trecho en trecho, sus fachadas de madera barnizada.

En la pendiente que daba al midi, un inmenso edificio completamente blanco llamaba la atención de lejos a los viajeros que lo percibían saliendo de Riom. Era el gran hotel del Mont-Oriol. Y justo debajo, al pie de la colina, una casa cuadrada, más sencilla, pero amplia, rodeada de un jardín que atravesaba el arroyo procedente de las gargantas, ofrecía a los enfermos la curación milagrosa prometida en un folleto del doctor Latonne. En la fachada se leía: “Termas de Mont-Oriol”. Luego, en el ala derecha, en letras más pequeñas: “Hidroterapia.- Lavados de estómago –Piscinas de agua corriente”. Y en el ala izquierda: “Instituto médico de gimnasia automotriz.”

Todo era blanco, de una blancura nivea, brillante y cruda. Todavía trabajaban unos obreros, pintores, fontaneros, alicatadores, aun cuando el balneario ya fuera inaugurado hacía un mes.

Además, desde los primeros días, el éxito había superado las expectativas de los fundadores. Tres grandes médicos, tres celebridades, los profesores Mas-Roussel, Clache y Rémusot habían tomado bajo su tutela la nueva estación y aceptado pasar allí algún tiempo en las villas de la Sociedad de Chalets Móviles de Berna, puestas a su disposición por los administradores de las aguas.

Bajo su influencia, una multitud de enfermos acudía. El gran hotel de Mont-Oriol estaba al completo.

Aunque los baños hubiesen comenzado a funcionar desde los primeros días de junio, la apertura oficial de la estación había sido pospuesta para el 1 de julio, con el objeto de atraer a mucha gente. La fiesta debía comenzar a las tres mediante la bendición de las fuentes. Y por la noche, una gran representación, seguida de fuegos artificiales y un baile, reuniría a todos los bañistas del lugar con los de las estaciones vecinas y los principales habitantes de Clermond-Ferrand y de Riom.

El casino en lo alto del monte, desaparecía bajo las banderas. No se veía más que azul, rojo, blanco, amarillos, una especie de nube densa y palpitante; mientras que en lo alto de los mástiles gigantes emplazados a lo largo de las avenidas del parque, se desplegaban en forma de serpiente unas oriflamas enormes hacia el cielo azul.

El Sr. Petrus Martel, que había obtenido la dirección de ese nuevo casino, se consideraba, bajo esa nube de banderas, el capitán todopoderoso de algún navío fantástico; y daba órdenes a los camareros en trajes blancos, con voz altisonante y

terrible propia de los almirantes para dirigir bajo la metralla. Sus vibrantes palabras, transportadas por el viento, eran oídas incluso en el pueblo.

Andermatt, sin resuello ya, apareció en la terraza. Petrus Martel corrió a su encuentro y lo saludó con un amplio gesto ceremonioso.

–¿Todo va bien? – preguntó el banquero.

– Todo va bien, señor Presidente.

–Si me necesitan, estaré en la consulta del médico inspector. Esta mañana tenemos sesión.

Y bajó la colina. Delante de la puerta del establecimiento termal, el vigilante y el cajero, robados también a la otra Sociedad, convertida en la Sociedad rival, pero condenada sin lucha posible, se abalanzaron para recibir a su jefe. El antiguo carcelero hizo un saludo militar. El otro se inclinó como un pobre que recibe limosna.

Adermatt preguntó:

–¿Está aquí el Sr. Inspector?

El vigilante respondió:

–Sí, señor Presidente, ya han llegado todos esos caballeros.

El banquero entró en el vestíbulo, en medio de bañistas y respetuosos camareros, giró a la derecha, abrió una puerta y encontró reunidos, en una larga estancia de aspecto severo, llena de libros y bustos de científicos, a todos los miembros presentes en Enval del consejo de administración: su suegro el marqués, Gontran, su cuñado, Oriol padre e hijo, casi convertidos en caballeros, vestidos con chalecos tan amplios y ellos tan enormes, que parecían estar haciendo propaganda de unas pompas fúnebres, Paul Brétigny y el doctor Latonne.

Tras unos rápidos apretones de manos, Andermatt se sentó y comenzó a hablar:

–Debemos arreglar una cuestión importante, debido al nombre de las fuentes. Con respecto a este tema soy de una opinión totalmente contraria a la del Sr. Inspector. El doctor propone dar a nuestras tres fuentes principales los nombres de tres eminencias de la medicina que están aquí. Seguramente es un halago que les emocionaría y nos los ganaríamos por adelantado. Pero pueden ustedes estar seguros, caballeros, que nos cerrarían las puertas para siempre a sus más eminentes colegas que no han respondido todavía a nuestra invitación y que debemos convencer, aun a costa de todos nuestros esfuerzos y sacrificios, de la eficacia incuestionable de nuestras aguas. Sí, señores, la naturaleza humana es invariable, hay que conocerla y servirse de ella. Los profesores Plantureau, de Larenard y Pascalis, por no citar más que a tres especialistas de las afecciones estomacales y del intestino, jamás enviarán a sus enfermos, a sus pacientes, a sus mejores clientes, los más ilustres, los príncipes y los archiduques, todas las celebridades de la alta sociedad que son los que hacen al mismo tiempo su fortuna y su reputación, jamás nos los enviarán a curarse con el agua de la fuente Mas-Roussel, de la fuente Cloche o de la fuente Rémusot. Pues esos pacientes y el público en general estarían un poco inclinados a creer que son los señores Rémusot, Cloche y Mas-Roussel los que han descubierto nuestra agua y todas sus propiedades terapéuticas. No es dudoso, caballeros, que el nombre de Gubler, con el que se ha bautizado a la primera fuente de Châte-Guyon no hay indispuerto durante mucho tiempo contra esa estación, hoy próspera, al menos a una parte de grandes médicos que habrían podido apoyarla desde su origen.

»En consecuencia, yo les propongo dar el nombre de mi esposa a la primera fuente descubierta y el nombre de las señoritas Oriol a las otras. De este modo tendremos las fuentes Christiane, Louise y Charlotte. Está muy bien; es muy agradable. ¿Qué dicen ustedes?

Su propuesta fue adoptada incluso por el doctor Latonne, que añadió:

–Se podría no obstante rogar a los doctores Mas-Roussel, Cloche y Rémusot ser padrinos y ofrecerles el brazo de las madrinas.

–Perfecto, perfecto –dijo Andermatt– Voy a proponérselo enseguida y aceptarán. Respondo de ellos. Aceptarán. Así pues, quedamos citados a las tres, en la iglesia donde se formará el cortejo.

Y parió apresuradamente.

El marqués y Gontran lo siguieron casi enseguida. Los dos Oriol, cubiertos con sombreros de copa, se pusieron en marcha codo con codo, serios y de negro sobre el camino blanco; y el doctor Latonne dijo a Paul, que había llegado la víspera para asistir al evento:

– Lo he retenido, mi querido señor, a fin de enseñarle algo que me maravilla. Mi instituto médico de gimnasia automotriz.

Lo tomó por el brazo y lo condujo. Pero apenas estuvieron en el vestíbulo, un monitor de los baños detuvo al médico:

–El Sr. Riquier espera para su lavativa.

El doctor Latonne, el año anterior, realizaba las lavativas de estómago, prescritas y practicadas por el doctor Bonnefille en el balneario del que él era inspector. Pero los tiempos habían modificado su opinión, y la sonda Baraduc se había convertido en el gran instrumento de tortura del nuevo inspector que la hundía en todos los esófagos con un gozo infantil.

Preguntó a Paul Brétigny:

–¿Ha visto realizar alguna vez esta pequeña operación?

El otro respondió:

–No, nunca.

–Venga pues, querido amigo, es muy curioso.

Entraron en la sala de las duchas donde el Sr. Riquier, un hombre de tez rojiza, que asistía este año a las fuentes recientemente descubiertas, como había asistido cada verano a todas las estaciones termales nacientes, esperaba sobre un sillón de madera.

Al igual que algún suplicio de épocas antiguas, el hombre estaba embutido y estrangulado en una especie de camisa de fuerza de tela impermeable que debía preservar sus vestimentas de manchas y salpicaduras; y tenía el aspecto miserable, inquieto y doloroso de los pacientes a los que un cirujano se dispone a operar.

En el momento que apareció el doctor, el ayudante agarró un largo tubo que se dividía en tres hacia la mitad y que parecía una serpiente delgada con doble cola. Luego el hombre fijó una de las puntas a la extremidad de un pequeño grifo que comunicaba con la fuente. Se dejó caer el segundo en un recipiente de vidrio a donde irían a parar los líquidos expulsados por el estómago del enfermo; y el Inspector tomando con mano tranquila el tercer brazo de ese conducto, lo aproximó con amables modales, a la mandíbula del Sr. Riquier, introduciéndoselo en la boca y, dirigiéndolo diestramente, se lo hizo deslizar por la garganta, hundiéndolo cada vez más con el pulgar y el índice, de un modo simpático y benevolente, repitiendo:

–¡Muy bien, muy bien, muy bien! Esto marcha, marcha perfectamente.

El Sr. Riquier, con los ojos saltones, la mejillas violetas y espuma en los labios, jadeaba, se sofocaba, emitía bocanadas de angustia; y, aferrado a los brazos del sillón, hacía terribles esfuerzos para rechazar a esa bestia de caucho que le penetraba en el cuerpo.

Cundo hubo introducido medio metro aproximadamente, el doctor dijo:

–Hemos llegado al fondo. Abra.

El ayudante abrió el grifo; y enseguida el vientre del enfermo se hinchó visiblemente, llenándose poco a poco con la tibia agua de la fuente.

–Tosa –decía el médico– tosa para ayudar a bajarla.

En lugar de toser, al pobre hombre le daban estertores, y sacudido por convulsiones parecía dispuesto sobre todo a perder sus ojos que le salían de las órbitas. Luego de pronto un ligero borboteo se hizo oír por tierra, al lado de su sillón. El sifón del tubo con doble conducto acababa por fin de funcionar; y ahora se estaba vaciando el estómago en el recipiente de vidrio donde el médico buscaba con interés indicios del catarro y las huellas reconocibles de las digestiones incompletas.

–¡No vuelva a comer nunca más guisantes! –decía– ¡ni lechuga! ¡Oh! nada de lechuga! Usted no la digiere en absoluto. Nada de fresas, ni una más. ¡Se lo he dicho más de diez veces, nada de fresas!

El Sr. Riquier parecía furioso. Se agitaba ahora sin poder hablar con ese tubo que le obstruía la garganta. Pero cuando la lavativa terminó, y el doctor le hubo extraído delicadamente esa sonda de las entrañas, el hombre exclamó:

–¿Acaso es culpa mía si como todos los días unas ensaladas que destrozan mi salud? ¿No es más bien que usted debería vigilar los menús de su cocinero? He venido a su nuevo figón porque en el antiguo se me envenenaba con alimentos abominables, y en esta fonda suya de Mont-Oriol que parece un barracón estoy aun peor, ¡palabra!

El médico tuvo que tranquilizarlo y le prometió varias veces hacerse cargo del menú de los enfermos.

Luego volvió a tomar el brazo de Paul Brétigny y conduciéndole, le dijo:

–He aquí los principios extremadamente racionales sobre los que he establecido mi tratamiento especial mediante la gimnástica automotriz que vamos a visitar. Usted conoce mi sistema de medicina organométrica, ¿verdad? Yo soy de la opinión que una gran parte de nuestras enfermedades proviene únicamente del desarrollo excesivo de un órgano que empuja al vecino, altera sus funciones, y destruye en poco tiempo la armonía general del cuerpo, de ahí provienen los más graves trastornos.

»Ahora bien, el ejercicio es, junto con las duchas y el tratamiento termal, uno de los medios más enérgicos para restablecer el equilibrio y volver a sus proporciones normales a las partes invasoras.

»¿Pero cómo decidir al hombre a hacer ejercicio? No hay solamente un esfuerzo físico considerable en el acto de caminar, de montar a caballo o de nadar; también hay en ello un esfuerzo psíquico. Es el espíritu quien decide, conduce y sostiene el cuerpo. Los hombres enérgicos son hombres de movimiento. Ahora bien, la energía está en el alma y no en los músculos. El cuerpo obedece a la voluntad decidida y vigorosa.

» No se trata, querido amigo, de dar valor a los cobardes ni resolución a los pusilánimes. Pero podemos hacer otra cosa, podemos hacer más, podemos suprimir el valor, suprimir la energía mental, suprimir el esfuerzo moral y no dejar subsistir más que el movimiento físico. Este esfuerzo psíquico, yo lo sustituyo de forma ventajosa por una fuerza extraña y puramente mecánica. ¿Comprende? No, creo que no muy bien. Entremos.

Abrió una puerta que daba a una amplia sala donde estaban alineados extraños instrumentos, grandes sillones con patas de madera, toscos caballos de pino, planchas articuladas, barras móviles desplegadas ante unas sillas fijadas al suelo. Y todos esos objetos estaban provistos de complicados engranajes que se hacían mover mediante unas manivelas.

El doctor continuó:

–Fíjese. Tenemos cuatro ejercicios principales a los que llamaré los ejercicios naturales; son: la marcha, la equitación, la natación y el remo. Cada uno de esos ejercicios desarrolla miembros diferentes. Actúan de un modo especial. Uno no tiene más que dejarse hacer, sin pensar en nada, y uno puede correr, montar a caballo, nadar o

remar durante una hora sin que el espíritu tome parte en absoluta en este trabajo completamente muscular.

En ese momento el Sr. Aubry-Pasteur entró seguido de un hombre cuya camisa remangada mostraba unos vigorosos bíceps. El ingeniero había engordado. Caminaba jadeante, con los muslos separados y los brazos alejados del cuerpo.

El doctor dijo:

–Va usted a comprenderlo *de visu*.

Y dirigiéndose a su enfermo:

–Bien, querido señor, ¿qué vamos a hacer hoy? ¿Marcha o equitación?

El Sr. Aubry-Pasteur, que estrechaba las manos de Paul, respondió:

–Deseo un poco de marcha sentado, eso me cansa menos.

El Sr. Latonne dijo:

–En efecto, tenemos la marcha sentado y la marcha de pie. La marcha de pie, más eficaz, es bastante penosa. La obtengo por medio de pedales a los que hay que subirse y que hacen que las piernas se muevan mientras se mantiene el equilibrio agarrándose a unas anillas sujetas a la pared. Pero ahora va a ver la marcha sentada.

El ingeniero se había tumbado en un sillón basculante, y colocó las piernas en unas de madera con articulaciones móviles, que estaban unidas al asiento. Le ataron con correas los muslos, las pantorrillas y los tobillos, de modo que no pudiera realizar ningún movimiento voluntario; luego, el hombre remangado, asiendo la manivela, empezó a darle vueltas con todas sus fuerzas. El sillón se balanceó primero como una hamaca, a continuación se pusieron en movimiento las piernas, estirándose y encogiéndose, yendo y viniendo a gran velocidad.

–Está corriendo –dijo el doctor, quien ordenó–: Despacio, vaya al paso.

El hombre, aminorando la velocidad, le impuso al grueso ingeniero una marcha más moderada, que le descomponía de un modo cómico todos los movimiento de su cuerpo.

Aparecieron entonces otros dos enfermos, enormes ambos, y seguidos también de dos ayudantes con los brazos al aire.

Los subieron a sendos caballos de madera que, puestos en movimiento, se pusieron enseguida a saltar en el sitio, sacudiendo a sus jinetes de un modo abominable.

–¡Al galope! –gritó el doctor. Y los ficticios animales, brincando como olas, zozobrando como navíos, fatigaron de tal modo a los dos pacientes que se pusieron a gritar juntos, con voz ahogada y lamentable:

–¡Basta! ¡Basta! ¡No puedo más! ¡Basta!

El médico ordenó:

– ¡Deténganse!

Luego añadió:

–Descansen un poco. Volverán a repetirlo dentro de cinco minutos.

Paul Brétigny, que reventaba de ganas de reír, le hizo observar que los jinetes no tenían calor, mientras que los que giraban las manivelas estaban completamente sudorosos.

–¿No sería más efectivo –decía– si invirtiese usted los papeles?

El doctor respondió seriamente:

–¡Oh! no del todo, querido. No se debe confundir el ejercicio y la fatiga. El movimiento del hombre que gira la manivela es perjudicial, mientras que el movimiento del caminante o el del que cabalga es excelente.

Paul se fijó en una silla de montar femenina.

–Sí –dijo el médico– por la tarde está reservada a las damas. Lo hombres no son admitidos después de las doce. Venga a ver la natación en seco.



Un sistema de planchas móviles atornilladas entre sí por sus extremos y en sus centros, se estiraban formando rombos y se encogían formando cuadrados, como ese juguete infantil que lleva clavados unos soladitos, permitía encoger y estirar las extremidades de tres nadadores a la vez.

El doctor decía:

– No hace falta que le alabe los beneficios de la natación seca que no moja el cuerpo más que de transpiración y no expone, en consecuencia, nuestro bañista imaginario a ningún accidente reumático.

Pero un ayudante vino a buscarlo con una carta en la mano.

–El duque de Ramas, querido, lo dejó. Discúlpeme.

Paul, ahora solo, se volvió. Los dos jinetes trotaban de nuevo. El Sr. Audry-Pasteur seguía caminando; y los tres auverneses resoplaban, con los brazos rotos, los riñones doloridos de sacudir de ese modo a sus clientes. Daban la impresión de estar moliendo café.

Cuando salió de la sala, Brétigny vio al doctor Honorat mirando con su esposa los preparativos de la fiesta. Se pusieron a charlar, con la mirada alzada hacia las banderas que aureolaban la colina.

–¿El cortejo se formará en la iglesia? – preguntó la esposa del médico.

–En la iglesia.

–¿A las tres?

–A las tres.

–¿Estarán allí los señores profesores?

–Sí. Acompañarán a las madrinas.

Las señoras Paille los detuvieron a continuación. Luego los Monécu padre e hija. Pero como debía almorzar con su amigo Gontran en el café del Casino, subió a pasitos. Paul, que había llegado la víspera, no había visto a solas a su compañero desde hacía un mes y quería contarle muchas historias del bulevar, historias de faldas y de garitos.

Habían quedado conversando hasta las dos y media, cuando Petrus Martel les advirtió de que había que dirigirse a la iglesia.

–Vamos a buscar a Christiane –dijo Gontran.

–Vamos – asintió Paul.

La encontraron de pie sobre la entrada del nuevo hotel. Tenía las mejillas chupadas, el rostro con paño de las mujeres embarazadas, y la cintura muy deformada anunciaba un embarazo de por lo menos seis meses.

–Os esperaba– dijo –William se ha adelantado. Tiene tantas cosas que hacer hoy.

Dirigió a Paul Brétigny una mirada llena de ternura y tomó su brazo.

Se pusieron en camino lentamente, evitando las piedras. Ella repetía:

–¡Qué torpe estoy! ¡Qué torpe estoy! No sé caminar. ¡Tengo tanto miedo a caerme!

Él no respondía y la sostenía con precaución, sin tratar de encontrar sus ojos que ella dirigía sin cesar hacia él.

Una muchedumbre compacta los esperaba delante de la iglesia.

Andermatt gritó:

–¡Por fin! ¡Por fin! ¡Dense prisa! Miren, éste es el orden: dos chiquillos del coro, dos chantres con sobrepelliz, la cruz, el agua bendita, el sacerdote, luego Christiane con el profesor Cloche, la señorita Louise con el profesor Rémusot y la señorita Charlotte con el profesor Mas-Roussel. A continuación va el consejo de administración, el cuerpo médico, luego el público. ¿Ha quedado claro? ¡Adelante!

El personal eclesiástico salido entonces de la iglesia, tomó la cabeza de la procesión. Luego un gran caballero de blancos cabellos peinados hacia atrás, con porte

de sabio clásico, según la moda académica, se aproximó a la Sra. de Andermatt haciendo una profunda reverencia.

Cuando se hubo enderezado se puso a su lado, con la cabeza al aire para mostrar su bella cabellera científica, con el sombrero apoyado en el muslo y aspecto imponente como si hubiese aprendido a caminar en la Comedia Francesa y ha hacer ver al pueblo su condecoración de oficial de la Legión de honor, demasiado grande para un hombre modesto.

Decía:

– Su esposo, señora, me hablaba de usted a todas horas y de su estado que le preocupa. Me ha dicho sus dudas y vacilaciones acerca del momento probable del alumbramiento.

Ella había enrojecido hasta las sienes y murmuró:

–Sí, creía que era madre mucho antes de serlo. Ahora ya no sé... ya no sé...

Balbuceaba confusa.

Una voz decía tras ellos:

–Este balneario tiene un gran porvenir. Yo ya he obtenido efectos sorprendentes.

Era el profesor Rémusot dirigiéndose hacia su pareja Louise Oriol. Era bajito, con cabellos amarillentos, mal peinados, un chaleco mal cortado y con el aspecto desabrido del sabio despistado.

El profesor Mas-Roussel, que ofrecía el brazo a Charlotte Oriol, era un guapo médico, sin barba ni bigote, sonriente, pulcro, con alguna que otra cana, un poco gordo, y cuyo dulce rostro afeitado no parecía ni el de un sacerdote ni el de un actor, como el del doctor Latonne.

El consejo de administración venía a continuación, conducido por Andermatt, y dominado por los gigantescos sombreros de los dos Oriol.

Tras ellos marchaba una compañía de altos sombreros, el cuerpo médico de Enval, donde faltaba el doctor Bonnefille, sustituido por dos nuevos médicos, el doctor Black, un anciano muy bajo, casi un enano, cuya excesiva devoción había sorprendido a la región entera desde el día de su llegada, luego un guapo muchacho, muy coqueto, cubierto con un pequeño sombrero, el doctor Mazelli, un italiano vinculado a la persona del duque de Ramas, aunque otros lo relacionaban con la persona de la duquesa.

Y tras ellos el gentío, una oleada de público, de bañistas, de aldeanos y de habitantes de las ciudades vecinas.

La bendición de las fuentes fue muy breve. El sacerdote Litre las roció una tras otras con el agua bendita, lo que hizo decir al doctor Honorat que iba a tener nuevas propiedades al ser mezclada con el cloruro de sodio. Luego todas las personas, especialmente invitados, entraron en la gran sala de lectura, donde estaba servido un tentempié.

Paul decía a Gontran:

–¡Qué bonitas están las pequeñas Oriol!

–Son encantadoras, querido.

–¿No han visto ustedes al señor presidente? – preguntó de repente a los jóvenes el antiguo carcelero vigilante.

–Sí, allá está, en aquel rincón.

–Es que el tío Clovis ha arremolinado a toda la gente delante de la puerta.

Ocurría que yendo a las fuentes para bendecirlas, toda la procesión había desfilado delante del viejo inválido, curado un año antes, y convertido en la actualidad en más parálítico que nunca. Detenía a los forasteros en los caminos, y preferentemente a los recién venidos para contarles su historia:

– Las aguas estas, saben, no valen para nada; curan, eso sí, pero luego va uno para atrás y se queda peor que antes. Yo las piernas las tenía imposibles; y ahora, con la cura, lo que tengo imposibles son los brazos. Y las piernas, como de hierro, pero de hierro que habría que cortarlos, que de doblarlo, nada.

Andermatt, muy contrariado, había tratado de hacerlo encerrar, persiguiéndolo judicialmente por daños y perjuicios causados a las aguas de Mont-Oriol, así como intento de chantaje. Pero no había podido obtener una condena ni cerrarle la boca.

Tan pronto fue informado de que el viejo andaba dándole a la lengua ante la puerta del balneario, se dirigió de inmediato allí para hacerlo callar.

Al borde de la carretera principal, en medio de un tropel de gente, oyó voces airadas. Todos se apresuraban hacia allí para escuchar y ver. Unas damas preguntaban: “¿Qué sucede?”. Unos hombres respondían: “Es un enfermo que dice que las aguas de aquí son perjudiciales”. Otros creían que acababan de atropellar a un niño. Se hablaba también de un ataque de epilepsia de la que habría estado afectada una pobre mujer.

Andermat se introdujo por entre la multitud, como sabía hacer, desplazando con fuerza por entre las tripas de los demás su propia tripa, pequeña y redonda. “Esto prueba, decía Gontran, la superioridad de las bolas sobre los pinchos”

El tío Clovis, sentado en la cuneta, contaba sus penas, sus sufrimientos lloriqueando, mientras que, de pie delante de él y separados del público, los dos Oriol exasperados lo injuriaban y amenazaban a pleno pulmón.

–Eso no es cierto –gritaba Coloso – eres un mentiroso, un farsante, un holgazán, un furtivo que merodea por el bosque toda la noche.

Pero el viejo, sin inmutarse, repetía con pequeña voz lastimera pero clara a pesar de las vociferaciones de los dos hombres:

–Ellos me han matado, mis buenos señores, me han matado con su agua. Me han bañado a la fuerza el año pasado. ¡Y aquí estoy ahora, miren como estoy, miren!

Andermatt impuso silencio a todo el mundo e inclinándose hacia el impotente le dijo con mirada penetrante:

– Si usted está más enfermo, es por su culpa, ¿lo entiende? Pero si usted me hace caso yo le garantizo que lo curo en quince o veinte baños a lo sumo. Venga a verme dentro de una hora al balneario, cuando todo el mundo se haya marchado, y arreglaremos eso. Mientras tanto, cálese.

El viejo había comprendido. Se calló, luego tras un silencio, respondió:

–Por intentarlo que no quede. Veremos.

Andermatt tomó del brazo a los dos Oriol y se los llevó de allí, mientras el tío Clovis quedaba tumbado en la hierba entre sus dos muletas, al borde de la carretera, guiñando los ojos bajo el sol.

La multitud intrigado se arremolinaba a su alrededor. Unos caballeros lo interrogaban; pero ya no respondía nada, como si no hubiese entendido o comprendido; y esta curiosidad, inútil ya, acababa por irritarlo y se puso a cantar a voz en cuello, con voz tan desafinada como chillona, una interminable e incomprensible canción en el dialecto de la región.

Y el gentío se fue disolviendo poco a poco. Algunos niños permanecieron más tiempo delante de él, con los dedos metidos en la nariz contemplándolo.

Christiane, muy fatigada, había regresado para descansar; Paul y Gontran se paseaban por el nuevo parque en medio de los visitantes. De pronto percibieron a la compañía de actores que también habían desertado del antiguo Casino para buscar la fortuna en el recién nacido.

La señorita Odelin, vestida con mucha elegancia, se paseaba del brazo de su madre que se daba mucha importancia. El Sr. Petitnivelles, del Vaudeville, parecía muy

solícito con esas damas, y seguía al Sr. Lapalme, del gran Teatro de Burdeos, discutiendo con los músicos, siempre los mismos, el maestro Saint-Landri, el pianista Javel, el flautista Noirod y la contrabajo Nicordi.

Al ver a Paul y a Gontran, Saint-Landri se dirigió hacia ellos. Durante el invierno había representado un pequeño acto musical en un teatro muy poco céntrico; pero los periódicos habían hablado de él con buen tino y ahora trataba por encima del hombro a los Sres. Massenet, Reyer y Gounod.

Tendió sus dos manos con un impulso benevolente y de inmediato contó su discusión con esos señores de la orquesta que dirigía.

–Sí, querido, se han acabado, acabado, acabado, los compositores de melopeas de la vieja escuela. Los creadores de melodías han tenido su época. Parece que no quieren comprenderlo.

» La música es un arte nuevo. La melodía no es más que el balbuceo de la música. El oído ignorante siente preferencia por las cantinelas, igual que los niños y los salvajes. Añadiré que a los oídos del pueblo o del público ingenioso, a los oídos simples, siempre les agradarán las cancioncillas, las coplas, vamos. Los divierten, como se divierten los parroquianos de los cafés concierto.

» Voy a hacer una comparación para que se me entienda bien. La mirada del patán disfruta con los colores fuertes y los cuadros chillones, la mirada del burgués culto, pero no artista, disfruta con los matices gratos y pedantes y con los temas que enternecen; pero la mirada del artista, la mirada exquisita, gusta, comprende, distingue las imperceptibles modulaciones de un mismo tono, los acordes misteriosos de los matices que los demás no ven.

» Otro tanto sucede en literatura: a las porteras les gustan las novelas de aventuras, a los burgueses las novelas que los emocionan, y a los genuinos hombres de letras no les gustan más que los libros artísticos incomprensibles para los demás.

» Cuando un burgués me habla de música, tengo ganas de matarlo. Y cuando es en la Opera, le pregunto: “¿Es usted capaz de decirme si el tercer violón ha ejecutado una falsa nota en la abertura del tercer acto? – No – Entonces cálese. No tiene usted oído.” El hombre que, en una orquesta, no oye a la vez el conjunto, y por separado todos los instrumentos, no tiene oído y no es músico. ¡Eso es todo! ¡Adiós, muy buenas!

Giró sobre un talón y siguió diciendo:

– Para un artista toda la música está en un acorde. ¡Ah! querido, algunos acordes me enloquecen, me impregnan el cuerpo entero de una oleada de felicidad indecible! Ahora tengo el oído tan ejercitado, tan acostumbrado, tan maduro, que llego a gustar hasta de determinados acordes desafinados, como un buen conocedor cuya madurez de gusto alcanza la depravación. Estoy empezando a convertirme en un ser corrompido que persigue las sensaciones extremas del oídos. ¡Sí, amigos míos, algunas notas desafinadas proporcionan un placer...! ¡Qué perverso y profundo placer! ¡Cómo turban, cómo fustigan los nervios, cómo rascan el oído, cómo rascan... ¡ ¡Cómo rascan...!

Se frotaba las manos con arrobamiento, y canturreó:

–Ya escucharán mi ópera, mi ópera, mi ópera. Ya escucharán mi ópera.

–¿Está componiendo usted una ópera?

– Sí, estoy a punto de acabarla.

Pero la voz de mando de Petrus Martel resonaba:

–¿Me ha entendido bien? ¡Quedamos en que cuando vea el cohete amarillo, empieza!

Daba ordenes para los fuegos artificiales. Se reunieron con él y les explicó sus disposiciones mostrando con su brazo extendido, como si estuviese amenazando a una

flota enemiga, unas estacas de madera blancas sobre la montaña, encima de las gargantas, del otro lado del valle.

–Allí es donde se dispararán. Yo decía a mi pirotécnico que estuviera dispuesta desde las ocho y media. Tan pronto finalice el espectáculo yo le daré una señal desde aquí mediante un cohete amarillo, y entonces el encenderá la primera traca.

Apareció el marqués:

–Voy a beber un vaso de agua – dijo.

Paul y Gontran lo acompañaron y bajaron la colina. Llegando al balneario observaron al tío Clovis que entraba en él, sostenido por los dos Oriol, seguido por Andermatt y el doctor, haciendo, a cada arrastre de sus piernas por el suelo, contorsiones de sufrimiento.

–Entremos –dijo Gontran – será divertido.

Se sentó el minusválido en un sillón, luego Andermatt le dijo:

– Esta es mi propuesta, viejo granuja. Va usted a curarse inmediatamente tomando baños diariamente. Y le daré doscientos francos en cuanto ande...

El paralítico comenzó a gemir:

– Mis piernas son de hierro, mi buen señor.

Andermatt lo hizo callar y continuó:

– Escúcheme bien... Le daré doscientos francos todos los años, hasta que se muera... ¿entiende?...hasta que se muera, si continúa experimentando el efecto benéfico de nuestras aguas.

El viejo quedó perplejo. La curación permanente iba en contra de todos sus planes de existencia.

Vacilando preguntó:

– Pero, cuando... cuanto esté cerrado el sitio este... si me vuelve a dar... yo... qué le voy a hacer... porque estarán cerradas... estas aguas de usted...

El doctor Latonne lo interrumpió, y volviéndose hacia Andermatt, dijo:

–¡Perfecto...! ¡Perfecto... ¡ Nosotros lo curaremos todos los años... será mejor y demostrará la necesidad del tratamiento anual, la indispensabilidad de regresar. ¡Perfecto, de acuerdo!

Pero el viejo repetía nuevamente:

– Esta vez no va a resultar fácil, caballeros. Tengo la piernas como de hierro, como barras de hierro...

Una idea nueva germinaba en la mente del doctor:

– Si yo le aplicase algunas sesiones de marcha sentado – dijo – se aceleraría mucho el efecto de las aguas. Debemos intentarlo.

–Excelente idea –respondió Andermatt, que añadió:

–Ahora, tío Clovis, váyase y no olvide nuestro acuerdo.

El viejo marchó todavía gimiendo; y, como la tarde languidecía, todos los administradores de Mont-Oriol fueron a cenar, pues la representación teatral estaba anunciada para las siete y media.

Tenía lugar en la gran sala del nuevo Casino que podía contener a mil personas.

Desde las siete, los espectadores que no tenían sitios numerados ya se habían presentado.

A las siete y media la sala estaba abarrotada y el telón se levantó para dar paso a un vodevil en dos actos que precedía a la opereta de Saint-Landri, interpretada por unos cantores de Vichy, venidos para tal ocasión.

Christiane, en primera fila, entre su padre y su marido, estaba muy incómoda por el calor.

No paraba de decir:

– ¡No puedo más! ¡No puedo más!

Tras el vodevil, cuando comenzó la opereta, comenzó a encontrarse mal, y, volviéndose hacia su marido, le dijo:

–Querido Will, tengo necesidad de salir. ¡Me ahogo!

Para el banquero era una contrariedad. Por encima de todo esperaba que la fiesta fuese un éxito, sin un solo desliz. Respondió:

–Haz todo lo que puedas para aguantar. Te lo suplico. Tu marcha llamaría mucho la atención ya que tendrías que atravesar toda la sala.

Pero Gontran, sentado detrás de ella con Paul, lo había oído. Se inclinó hacia su hermana:

–¿Tienes mucho calor? – preguntó.

–Sí, estoy asfixiada.

–Bueno. Espera. Vas a reírte.

Una ventana estaba próxima. Se acercó a ella, subió sobre una silla y saltó fuera sin que casi nadie se diese cuenta.

Luego entró en el café completamente vacío, extendió la mano bajo el cajón donde había visto a Petrus Martel ocultar el cohete de la señal, y, hurtándolo, corrió a ocultarse entre unos arbustos, luego lo encendió.

El raudo cohete amarillo se elevó hacia las nubes describiendo una curva y dejando a través del cielo una prolongada lluvia de gotas de fuego.

Casi de inmediato una formidable detonación se produjo sobre la montaña vecina y un torbellino de estrellas se desplegó en la noche.

Alguien gritó en la sala del espectáculo donde vibraban los acordes de Saint-Landri:

–¡Han comenzados los fuegos artificiales!

Los espectadores más cercanos a las puertas se levantaron bruscamente para asegurarse de ello y salieron a paso ligero. Los demás dirigieron su vista hacia las ventanas pero no vieron nada, pues miraban la Limagne.

Preguntaban:

–¿Es cierto? ¿Es cierto?

Una agitación se produjo entre la impaciente multitud, ávida sobre todo de diversiones sencillas.

Una voz desde el exterior anunció:

–Es verdad. Han comenzado.

Entonces, en un segundo, toda la sala se puso en pie. Se precipitaron hacia las puertas, se empujaban, se increpaba a los que obstruían la salida:

–¡Vamos, dense prisa, dense prisa!

Todo en mundo estuvo enseguida en el parque. Solo Saint-Landri, exasperado continuaba marcando el compás ante una orquesta distraída. Y allá a lo lejos, las girándulas sucedían a las candelas romanas, entre detonaciones.

De pronto, una voz atronadora emitió tres veces este grito furioso:

–¡Deténgase, por el amor de Dios! ¡Deténgase, por el amor de Dios!

Y, como un fuego de Bengala inmenso se encendiese entonces sobre el monto, iluminando en rojo a la derecha y en azul a izquierda, a las enormes rocas y a los árboles, pudo verse, de pie en uno de los jarrones de mármol de imitación que decoraban la terraza del Casino, a Petrus Marel fuera de sí, con la cabeza al aire, agitando los brazos, gesticulando y gritando.

Luego fue apagándose la claridad, no viéndose más que las verdaderas estrellas. Pero de inmediato, otro cohete partió y Petrus Martes, saltando a tierra, exclamó:

–¡Qué desastre! ¡Qué desastre! ¡Dios mío, qué desastre!

Pasaba por entre la multitud con gestos trágicos, puñetazos al vacío, irrupciones de cólera repitiendo siempre:

– ¡Que desastre! ¡Dios mío, qué desastre!

Christiane había tomado el brazo de Paul para ir a sentarse al aire libre, y miraba, radiante, los cohetes que subían al cielo.

Su hermano se unió a ella y dijo:

– ¿Verdad que lo he hecho muy bien? ¿A que tiene gracia?

Ella murmuró:

– ¿Cómo, has sido tú?

– Claro que sí, he sido yo. ¿A qué es buena idea, eh?

Ella se echó a reír, encontrando en efecto la situación divertida. Pero Andermatt llegaba desconsolado. No comprendía de donde había partido aquella gamberrada. Habían robado el cohete para dar la señal convenida. Semejante infamia no podía proceder más que de un emisario de la antigua Sociedad, de un agente del doctor Bonnefille.

Y repetía:

– Es desolador, realmente desolador. Unos fuegos artificiales de dos mil trescientos francos perdidos, completamente perdidos.

Gontran dijo:

– No, no querido, si cuenta bien, la pérdida no se eleva a más del cuarto, pongamos del tercio si quiere; o sea a setecientos sesenta y seis francos. Vuestros invitados habrán disfrutado de mil quinientos treinta y cuatro francos de cohetes. No esta mal ciertamente.

La cólera del banquero se concentró en su cuñado. Lo agarró bruscamente por el brazo:

– A usted, tengo yo que hablarle muy seriamente. Dado que estamos aquí demos una vuelta por los paseos. Solamente serán cilanco minutos.

Luego, volviéndose hacia Christiane:

– Te confío a nuestro amigo Brétigny, querida; pero no estéis mucho tiempo fuera, podrías coger frío. ¡Tened cuidado, tened cuidado!

Ella murmuró:

– Descuide, amigo mío.

Y Andermatt se llevó consigo a Gontran.

Cuando estuvieron solos, un poco alejados de la muchedumbre, el banquero se detuvo.

– Querido, quiero hablarle de su situación financiera.

– ¿De mi situación financiera?

– ¡Sí! ¿Conoce usted su situación financiera?

– No. Pero usted debe conocerla por mí, puesto que es usted quien me presta dinero.

– En efecto, sí, ¡la conozco! y precisamente es por eso por lo que tengo que hablar de ello.

– Me parece que el momento no es el más adecuado... ¡en medio de fuegos artificiales!

– Al contrario, el momento ha sido muy bien elegido. No le hablo en medio de una traca, sino antes del baile...

– ¿Antes del baile?... No comprendo.

– Pues bien, va usted a comprender. Esta es su situación: No tiene usted nada más que deudas; y jamás tendrá otra cosa que deudas...

Gontran dijo con seriedad:

– Me lo dice usted un tanto crudamente.

– Sí, porque hace falta. Escúcheme: Usted ha dilapidado la parte de la fortuna que heredó de su madre. No se hable más.

–No se hable más.

–En cuanto a su padre, posee treinta mil francos de renta, o sea un capital de ochocientos mil francos aproximadamente. Su parte será pues, más adelante, de cuatrocientos mil francos. Ahora bien, me debe usted a mí ciento noventa mil francos. Además debe usted también a usureros...

Gontran murmuró con aire altivo:

–Llámele judíos.

–De acuerdo, a judíos, aunque entre ellos haya un mayordomo de la parroquia de San Sulpicio que se ha servido de un sacerdote como intermediarios entre él y usted... pero no voy a buscarle tres pies al gato por tan poca cosa... Debe usted pues a diversos usureros, judíos o católicos, más o menos otro tanto. Pongamos cincuenta mil, por lo bajo. Eso hace un total de trescientos cuarenta mil francos cuyos intereses paga usted pidiendo más prestado, salvo en lo que a mí respecta, que no se me paga en absoluto.

–Eso es cierto –dijo Gontran

–Entonces ya no le queda nada.

–Nada, en efecto... salvo mi cuñado.

–Su cuñado, que ya está harto de prestarle dinero.

–¿Entonces?

–Entonces, querido, el aldeano más pobre de los que viven en esas chozas es más rico que usted.

–Si señor... ¿y luego?

– Y luego... y luego... Si su padre muriese mañana no le quedaría más remedio, para comer, para comer, ¿entiende? que aceptar una plaza de empleado en mi casa. Y eso sería un medio de disfrazar la pensión que yo iba a pasarle.

Gontran dijo con tono irritado:

–Mi querido William, estas cosas me aburren. Y además las sé tan bien como usted, y, se lo repito, el momento no es el adecuado para recordármelas con... con... con tan poca diplomacia...

–Permítame, déjeme acabar. Usted no puede salir de esta situación más que mediante una boda. Ahora bien, es usted un partido deplorable, a pesar de que su nombre suene bien sin ser ilustre. En fin, no es de esos que una heredera, aunque fuese judía, pague una fortuna. Así pues, es necesario que usted encuentre una mujer aceptable y rica, lo que no es muy fácil...

Gontran lo interrumpió:

–Más vale que me diga sin rodeos de quién se trata.

–De acuerdo. Una de las hijas del tío Oriol, a su elección. Y es por esto por lo que se lo tenía que decir antes del baile.

–Y ahora, explíquese mejor – dijo Gontran con voz fría.

–Es muy sencillo. Puede comprobar el éxito que he obtenido de golpe con este balneario. Ahora bien, si tuviese en mis manos, o, más bien siuviésemos entre manos todas las tierras que posee ese viejo zorro, me haría de oro. Por no hablar más que de los viñedos que van desde el balneario hasta el hotel y del hotel al Casino. Les pagaré mañana mismo un millón. Pero esos viñedos y los demás, alrededor de la colina, serán la dote de las muchachas. El padre me lo ha dicho y tal vez intencionadamente. Pues bien... si usted quiere podríamos hacer ambos un gran negocio...

Gontran murmuró, con aspecto de reflexionar:

–Es posible. Lo pensaré.



–Piénselo, querido, y no olvide que yo siempre hablo de asuntos seguros, después de haber pensado mucho en ellos, y cuando conozco todas las consecuencias posibles y las ventajas garantizadas.

Pero Gontran, levantando un brazo, exclamó como si acabase de olvidar bruscamente todo lo que le había dicho su cuñado:

–¡Mire! ¡Qué bonito!

Resplandecía la traca final que simulaba un palacio de ascuas sobre el que ondeaba una bandera en la que se leía Mont Oriol en letras de fuego rojas, y, frente a él, encima de la llanura, la luna, roja también, parecía que hubiese aparecido para contemplar ese espectáculo. Luego, cuando el palacio, tras haber ardido algunos minutos, estalló como un barco que explotaba, proyectando hacia el cielo unos astros de fantasía que explotaban a su vez, sólo la luna permanecía sola, calma y redonda sobre el horizonte.

El público aplaudía a rabiar, gritando:

–¡Hurra! ¡Bravo! ¡bravo!

De pronto Andermatt dijo:

–Vayamos a abrir el baile, querido. ¿Quiere usted bailar frente a mí la primera contradanza?

–Desde luego, mi querido cuñado.

–¿A quién tiene la intención de invitar? Yo ya me he comprometido con la duquesa de Ramas.

Gontran respondió con indiferencia:

–Yo invitaré a Charlotte Oriol.

Ambos subieron. Pasando por delante del lugar donde Christiane había quedado con Paul Brétigny y no los vieron, William murmuró:

– Ha seguido mi consejo, se ha ido a acostar. Estaba muy cansada hoy.

Y se dirigió hacia la sala de baile que los empleados del servicio habían preparado durante los fuegos artificiales.

Pero Christiane no había ido a su habitación como pensaba su marido.

Desde el instante en que se sintió sola con Paul, le había dicho en voz baja, estrechándole la mano:

– Por fin has venido. Te espero desde hace un mes. Todas las mañanas me preguntaba: “¿Lo veré hoy?... Y todas las noches me decía: “¿Será mañana entonces? ¿Por qué has tardado tanto, amor mío?

El respondió incómodo:

– He tenido asuntos de los que ocuparme.

Ella se inclinó sobre él, murmurando:

–No está bien dejarme aquí sola, con ellos, sobre todo en mi situación.

El apartó un poco su silla:

–Ten cuidado, podrían vernos. Esos cohetes iluminan toda la comarca.

Ella no pensaba demasiado y decía:

–¡Te amo tanto!

Luego añadió con un estremecimiento de alegría:

–¡Oh! que feliz estoy de encontrarnos juntos, aquí. ¿Piensas lo mismo? ¿Paul, qué alegría! ¡Cómo vamos a amarnos!

Suspiró con voz tan débil que parecía un soplo:

–Tengo unas ganas locas de besarte, locas... sí... locas. ¡Hace tanto tiempo que no te veo!

De pronto, con una violenta energía de mujer apasionada, a quién todo debe ceder, dijo:

–Escucha, quiero...quiero ir contigo, ahora mismo, al lugar donde nos despedimos el año pasado. ¿Lo recuerdas? En la carretera de La Roche-Prodière.

El respondió estupefacto:

–Eso es una insensatez, tu no puedes caminar. Has estado de pie todo el día. Es una insensatez, no lo permitiré.

Ella se había levantado e insistía:

–Quiero ir. Si no me acompañas, iré sola.

Y mostrándole la luna que se elevaba, dijo:

– ¡Fíjate, era una noche como esta! ¿Recuerdas como besabas mi sombra?

Él la retenía:

–Christiane... escucha... esto es ridículo... Christiane.

Ella no respondía y caminaba hacia la cuesta que conducía a los viñedos. Él conocía esa voluntad serena que nada podía desviar, la grácil terquedad de aquellos ojos azules, de esa pequeña frente de rubia que ningún obstáculo detenía; y tomo su brazo para sostenerla por el sendero.

–¿Y si nos ven, Christiane?

–No decías eso el año pasado. Y además, todo el mundo está en la fiesta. Volveremos sin que se haya advertido nuestra ausencia.

Tuvieron que subir por el sendero empedrado. Ella resoplaba, apoyándose en él con todas sus fuerzas; y a cada paso decía:

– ¡Es bueno, es bueno, es bueno sufrir así!

Él se detuvo, queriendo dar marcha atrás. Pero ella no lo escuchaba:

–No, no. Soy feliz. ¿Acaso no lo entiendes? Escucha... siento que se mueve... nuestro hijo... tu hijo... ¡qué felicidad!... dame tu mano... Mira... ¿lo sientes?...

Ella no comprendía que ese hombre era de la raza de los amantes, y no de la de los padres. Desde que él la supo embarazada, se alejaba de ella y se irritaba con ella, a su pesar. Antaño, a menudo había repetido que una mujer ya no es digna de amor cuando cumple su función reproductora. Lo que le exaltaba la ternura, era ese echar a volar de dos corazones hacia un ideal inaccesible, ese enlace de dos almas que son inmateriales, todo lo ficticio e irrealizable puesto por los poetas en la pasión. En la mujer física, él adoraba la Venus cuyas curvas sagradas debían siempre conservar la forma pura de la esterilidad. La idea de un pequeño ser nacido de él, larva humana que se movía en ese cuerpo que ya había mancillado y privado de su belleza, le inspiraba una repulsión casi invencible. La maternidad animalizaba a esa mujer. Ya no era la excepcional criatura, adorado y soñada, sino el animal que reproduce su raza. E incluso un asco físico se mezclaba con esas repugnancias del espíritu.

¿Cómo iba ella a sentir o a adivinar eso, que cada movimiento del hijo deseado la unía más a su amante? Ese hombre al que adoraba, al que había amado cada día un poco más, desde el instante de su primer beso, no solamente había penetrado hasta el fondo de su corazón, sino que había entrado también hasta el fondo de su carne, donde había sembrado su propia vida, que iba a salir de aquel cuerpo hecho niño. Sí, lo llevaba allí, bajo sus manos cruzadas, a su buen, a su querido, a su tierno, a su único amigo, renaciendo en sus entrañas mediante el misterio de la naturaleza. Y lo amaba doblemente, ahora que lo tenía dos veces, al mayor y al pequeño todavía desconocido, aquel que ella veía, tocaba, besaba, al que oía hablar, y aquel que todavía no podía más que sentirlo moverse bajo su piel.

Habían llegado a la carretera.

–Tú me esperabas allí, esa noche –dijo ella.

Y ofreció sus labios. Él los besó sin responder con un beso frío.

Ella murmuró, por segunda vez:

—¿Recuerdas como me besabas por el suelo? Estábamos así, mira.

Y con la esperanza de que él volviera a repetirlo, se echó a correr para alejarse de él. Luego de detuvo, jadeante, y esperó, de pie en medio de la carretera. Pero la luna, proyectando su perfil sobre el suelo, dibujaba la curva de su vientre deformado. Y Paul, mirando a sus pies la sombra de su embarazo, permanecía inmóvil frente a ella, ofendido en sus pudores poéticos, exasperado por que ella no se diese cuenta, de que no adivinase su pensamiento, de que no tuviese la suficiente coquetería, tacto y finura femenina para comprender todos los matices que hacen tan diferentes las circunstancias; y le dijo, con voz impaciente:

—Vayámonos, Christiane, estas chiquilladas son ridículas.

Ella se encaminó hacia él, emocionada, con los brazos abiertos, y arrojándose sobre su pecho, dijo:

—¡Oh! tú me amas menos. ¡Lo intuyo! ¡Estoy segura de ello!

Él se apiadó, le tomó la cabeza y depositó en sus ojos dos prolongados besos.

Luego regresaron, silenciosos. Él no sabía que decir; y como ella se apoyase en él, rendida de cansancio, aligeraba el paso para no sentir contra su muslo el roce de aquella cintura abultada.

Al llegar cerca del hotel, se separaron, y ella subió a su habitación.

La orquesta del Casino ejecutaba una danza, y Paul iba a ver el baile. Era un vals, todos bailaban: el doctor Latonne con la Sra. Paille hija, Andermatt con Louise Oriol, el guapo doctor Mazelli con la duquesa de Ramas y Gontran con Charlotte Oriol. Le hablaba al oído con ese aire tierno que indica un cortejo recién comenzado; y ella sonreía detrás de su abanico, enrojecía y parecía radiante.

Paul oyó tras él:

—¡Miren, miren, el Sr. de Ravenel galanteando a mi clienta.

Era el doctor Honorat, de pie cerca de la puerta que se entretenía mirando. Siguió diciendo:

—Sí, sí, ya llevan así una media hora. Todo el mundo lo ha observado. Además no parece disgustar a la pequeña.

Tras un silencio, añadió:

—Es una joya, esa niña, buena, alegre, sencilla, sacrificada, recta, una chica estupenda, sabe usted... Harían falta diez como la mayor para igualar a ésta. Yo las conozco desde la infancia... a esas chiquillas... Y sin embargo el padre prefiere a la mayor, porque es más... más... como él... más aldeana... menos recta... más ahorradora... más taimada... y más... más celosa... ¡Oh! es una buena chica no obstante... no quiero que se me interprete mal... pero aunque no quiera, comparo... y, tras haber comparado... juzgo... eso es todo.

El vals finalizaba; Gontran se acercó a su amigo y, viendo al doctor, dijo:

—¡Ah! dígame, me parece que el cuerpo médico de Enval ha crecido mucho. Tenemos un Mazelli que baila el vals a la perfección y a un viejo y bajito señor Black que parece tener muy buenas relaciones con el cielo.

Pero el doctor Honorat fue discreto. No le gustaba juzgar a sus colegas.

## II

El tema de los médicos era ahora candente en Enval. Éstos, de repente, se habían convertido en lo más importante del pueblo, en el centro de toda la atención, de toda la pasión de los vecinos. Antaño, las fuentes manaban bajo la única autoridad del doctor Bonnefille, entre las inofensivas animosidades del voluble Latonne y del plácido doctor Honorat.

Ahora la cosa era muy diferente.

Desde el momento en que el exitoso proyecto preparado durante el invierno por Andermatt estuvo completamente diseñado, gracias al inefable concurso de los profesores Cloche, Mas-Roussel y Rémusot, que habían aportado cada uno un contingente de dos a trescientos enfermos por lo menos, el doctor Latonne, inspector del nuevo balneario se había convertido en un importante personaje, particularmente apadrinado por el profesor Mas-Roussel, del que había sido alumno y al que imitaba en porte y gestos.

Del doctor Bonnefille, apenas se hablaba ya. Rabioso, exasperado, despotricando contra el Mont-Oriol, el viejo médico permanecía todo el día en el antiguo balneario, con algunos enfermos que todavía le eran fieles.

En el espíritu de algunos clientes, en efecto, él era el único que conocía las propiedades auténticas de las aguas y tenía, por así decirlo, su secreto, puesto que las administraba oficialmente desde el comienzo de la estación termal.

El doctor Honorat ya no conservaba más que la clientela auvernesa. Se conformaba con esta mediocre fortuna, llevándose bien con todo el mundo, y se consolaba dedicándose con creces a las cartas y al vino blanco más que a la medicina.

Pero tampoco llegaba al punto de apreciar a sus colegas.

El doctor Latonne habría seguido siendo en gran augur de Mont-Oriol si no se hubiera presentado una mañana un hombre muy bajito, casi un enano, cuya gruesa cabeza hundida en los hombros, con los ojos saltones y las manos gruesas, hacían de él un ser muy extraño. Ese nuevo médico, el Sr. Black, al que había llevado a la comarca el profesor Rémusot, se había hecho notar enseguida por su excesiva devoción.

Casi todas las mañanas, entre visita y visita, entraba algunos minutos en la iglesia, y casi todos los domingos recibía la comunión. Muy pronto el cura le procuró algunos enfermos, solteronas, pobres a los que curaba gratuitamente, damas piadosas que pedían consejo a su director espiritual antes de llamar a un hombre de ciencia del que ante todo deseaban conocer sentimientos, reserva y pudor profesionales.

Luego un día se anunció la llegada de la princesa de Maldebourg, antigua aristócrata alemana, católica ferviente, que la misma noche de su llegada llamó al doctor Black a consulta bajo recomendación de un cardenal romano.

Desde ese momento se puso de moda. Era de buen gusto, de buen tono, de gran elegancia acudir a su consulta. De él se decía que era el único médico como Dios manda, el único en quién una mujer podía tener plena confianza.

Y se veía ir de un hotel a otro, de la mañana a la noche, a ese hombrecillo de cabeza de *bulldog* que siempre hablaba bajo, en todos los rincones, con todo el mundo. Parecía tener importantes secretos que confiar o recibir sin cesar, pues se le encontraba en los corredores conferenciando con gran misterio con los gerentes de los hoteles, con las damas de compañía de sus clientas o con cualquiera que se relacionase con sus enfermos.

En el momento en que veía a una persona de su confianza por la calle, iba derecho hacia ella con su paso corto y rápido, y enseguida se ponía a susurrarle

recomendaciones nuevas y minuciosas, de igual modo que un sacerdote en un confesionario.

Las ancianas sobre todo lo adoraban. Él escuchaba sus historias hasta el final sin interrumpir, tomaba nota de todas sus observaciones, de todas sus preguntas, de todos sus deseos.

Aumentaba o disminuía cada día la dosis del agua que sus enfermos debían beber, lo que les daba plena confianza en la preocupación que tenía para con ellos.

– Ayer hemos tomado dos vasos tres cuartos –decía – Pues bien... hoy tomaremos solamente dos vasos y medio, y mañana tres vasos... No lo olvide... mañana, tres vasos... ¡Es muy importante, mucho!

Y todos sus enfermos estaban convencidos que en efecto era muy importante.

Para no olvidar esas cifras y esas fracciones, las anotaba en un cuaderno a fin de no equivocarse nunca. Pues el cliente no perdona un error en medio vaso.

Arreglaba y modificaba con la misma minuciosidad la duración de los baños diarios, en virtud de principios que sólo él conocía.

El doctor Latonne, celoso y exasperado, se alzaba de hombros desdeñoso y declaraba:

–Es un farsante.

Su odio hacia el doctor Black incluso lo había llevado algunas veces a hablar mal de las aguas minerales.

– Dado que apenas sabemos como actúan, es imposible prescribir cotidianamente modificaciones en las dosis que ninguna ley terapéutica puede regular. Esos procedimientos hacen mucho daño a la medicina.

El doctor Honorat se conformaba con sonreír. Siempre tenía cuidado de olvidar, cinco minutos después de una consulta, el número de vasos que acababa de prescribir.

–Dos de más o de menos –decía a Gontran en sus horas de desenfado – el único que se entera es el manantial.

La única broma desafiante que se permitía sobre su religioso colega consistía en llamarle “El médico de las aguas de la Santa Sede”. Sus envidias eran prudentes, socarronas y tranquilas.

Algunas veces añadía:

–¡Oh! Ese conoce al enfermo a fondo.... cosa que para los médicos es más útil que conocer la enfermedad.

Pero hete aquí que una mañana llegó al hotel de Mont-Oriol una noble familia española, el duque y la duquesa de Ramas-Aldavarra, que traía con ella a su médico particular, un italiano, el doctor Mazelli, de Milán.

Era un hombre de treinta años, alto, delgado, un guapo mozo luciendo solamente bigote.

Desde el primer día conquistó a los huéspedes del comedor, pues el duque, hombre triste, afectado de una obesidad monstruosa, tenía horror a la soledad y quería comer en la sala común. El doctor Mazelli conocía ya por su nombre a casi todos los asiduos al comedor; tuvo palabras amables para cada hombre, un cumplido para cada mujer, una sonrisa incluso para cada sirviente.

Sentado a la derecha de la duquesa, una hermosa persona que rondaba entre los treinta y cinco y cuarenta años, de tez pálida, ojos negros y cabellos lustrosos, él le decía a cada plato: “Muy poco”, o “No, eso no”, o “Sí, coma de eso” Y le servía la bebida incluso con un gran cuidado, midiendo exactamente las proporciones de vino y de agua que él mismo mezclaba.

También controlaba los alimentos del duque, pero con visible negligencia. Además el paciente no tenía en cuenta ninguna de sus opiniones y devoraba todo con

voracidad bestial, bebía en cada comida dos garrafas de vino puro, luego se dejaba caer sobre una silla, al aire libre, delante de la puerta del hotel, y se dedicaba a quejarse de pena lamentándose de sus digestiones.

Tras la primera cena, el doctor Mazelli, que había juzgado y sopesado a todo el mundo de un vistazo, fue a reunirse en la terraza del Casino con Gontran que fumaba un cigarro, se presentó y se puso a conversar.

Al cabo de una hora ya eran íntimos. Al día siguiente, a la salida del baño, se hizo presentar a Christiane cuya simpatía se ganó en diez minutos de conversación, y ese mismo día se la presentó a la duquesa, a la que no gustaba en absoluto la soledad.

Supervisaba todo en la casa de los españoles, dando al cocinero excelentes consejos culinarios, a la dama de compañía opiniones preciosos sobre higiene de la cabeza para conservar brillantes los cabellos de su jefa, su soberbia lustrosidad y su abundancia, al cochero informaciones muy útiles de medicina y veterinaria, y sabía hacerles a todos las horas cortas y ligeras, inventado distracciones, encontrando en los hoteles amistades de paso siempre escogidas con buen criterio.

La duquesa decía a Christiane hablando de él:

–Es un hombre maravilloso, querida señora, sabe de todo, hace de todo. A él debo mi figura.

–¿Cómo, su figura?

–Sí, yo comenzaba a engordar y él me salvó con su régimen y sus licores.

Además, sabía hacer interesante la medicina ya que hablaba con facilidad, con alegría y con un leve escepticismo que le servía para convencer a sus contertulios de su superioridad.

–Es muy sencillo– decía– no creo en los remedios. O mejor dicho no creo demasiado en ellos. La medicina antigua partía del principio de que hay remedio para todo. Se creía que Dios, en su divina providencia, había creado drogas para todos los males, únicamente había dejado a los hombres, con malicia tal vez, la capacidad para descubrir esas drogas. Ahora bien, los hombres han descubierto un número incalculable de ellos sin saber nunca exactamente a que mal conviene cada uno. Realmente no hay remedios; únicamente existen enfermedades. Cuando se declara una enfermedad hay que interrumpir su curso siguiendo unos, precipitarla, siguiendo otros, mediante cualquier medio. Cada escuela preconiza su procedimiento. En el mismo caso, he visto emplear los métodos más contrarios y las medicaciones más opuestas: hielo por un lado y extremo calor por el otro, dieta pare este y alimentación obligada para aquel. No hablo de los innumerables productos venenosos extraídos de los minerales o vegetales que la química nos proporciona. Todo eso funciona, es cierto, pero nadie sabe como. Alguna vez con éxito y en otras ocasiones te mata.

Y con mucha elocuencia manifestaba la imposibilidad de una certeza absoluta, la ausencia de toda base científica mientras la química orgánica, como la química biológica no se convirtieran en el punto de partida de una nueva medicina. Contaba anécdotas, errores monstruosos de los más grandes médicos, probaba la insalubridad y falsedad de su pretendida ciencia.

– Haces funcionar el cuerpo –decía– haces funcionar la piel, los músculos, todos los órganos y sobre todo el estómago, que es el generador de la máquina entera, su regulador y su almacén de vida.

Afirmaba que a su vez, nada más que por el régimen él podía hacer que las personas se sintiesen alegres o tristes, capaces de trabajos físicos o de trabajos intelectuales, según la naturaleza de la alimentación que les imponía. Incluso podía actuar sobre las facultades cerebrales, sobre la memoria, sobre la imaginación, sobre todas las manifestaciones de la inteligencia. Y acababa, bromeando, con estas palabras:

–Yo, sano mediante el masaje y el curasao.

Hablaba maravillas del masaje y hablaba del holandés Hamstrang como si se tratase de un dios que realizase milagros. Luego, mostrando sus manos finas y blancas, decía:

–Con esto se puede resucitar a los muertos.

Y la duquesa añadía:

–La verdad es que da masajes a la perfección.

También era partidario de los alcoholes, en pequeñas dosis para excitar el estómago en determinados momentos; y hacía mezclas, sabiamente combinadas, que la duquesa debía beber, a horas fijas, bien antes o después de sus comidas.

Cada día se le veía llegar al Café del Casino, hacia las nueve y media, y pedir sus botellas. Se le traían cerradas con unas pequeñas cadenas de planta de las que sólo él tenía la llave. Vertía un poco de una, un poco de otra, lentamente, en un vaso azul muy bonito que sostenía respetuosamente un criado muy correcto.

Luego el doctor ordenaba:

–¡Listo! Lléveselo a la duquesa a su baño, para que lo beba antes de vestirse al salir del agua.

Y cuando se le preguntaba con curiosidad qué era lo que había mezclado, él respondía: “Nada más que anisete fino, curasao muy puro y un *bitter* excelente.”

En pocos días ese guapo médico estuvo en el punto de mira de todos los enfermos. Y todas las estratagemas se dirigían a arrancarle algún consejo.

Cuando pasaba por los senderos del parque, a la hora del paseo, no se oía más que este grito: “¡Doctor!”, en todas las sillas donde estaban sentadas las bellas damas, las jóvenes, que descansaban un poco entre dos vasos de la fuente Christiane. Luego cuando él se detenía, con una sonrisa en los labios, se lo llevaban algunos instantes por el pequeño camino que bordeaba el río.

Se le hablaba primero de unas cosas y de otras, luego discretamente, con astucia, se llegaba a la cuestión de la salud, pero de un modo indiferente como si se tratase de cualquier asunto.

Pues él sí que no le bailaba el agua a la gente. No cobraba, no podían llamarlo a domicilio pues pertenecía a la duquesa, nada más que a la duquesa. Esta situación por otro lado excitaba los esfuerzos e azuzaba los deseos. Y como se rumorease que la duquesa era celosa, muy celosa, se produjo entre todas esas damas una lucha encarnizada para obtener los consejos del guapo doctor italiano.

Él se los daba sin hacerse demasiado de rogar.

Entonces, entre las mujeres que había favorecido con sus consejos, comenzó el juego de las confidencias íntimas para demostrar la solicitud del doctor.

–¡Ay querida, me ha hecho unas preguntas, pero que preguntas...!

–¿Muy indiscretas?

–¡Oh! ¡indiscretas! Digamos espantosas. No sabía en absoluto que responder. Quería saber cosas... pero qué cosas...

–¡Cómo a mí! ¡Me ha interrogado mucho acerca de mi marido!...

– ¡A mí también... con detalles... sí... sí, personales! Resultan un poco embarazosas esas preguntas. Sin embargo parece claro que son necesarias...

–¡Oh! Completamente. La salud depende de esos ínfimos detalles. A mí me ha prometido darme un masaje en París este invierno. Me hace mucha falta para completar el tratamiento de aquí.

–Dígame, querida, ¿qué piensa usted hacer? ¿No podemos pagarle?

–¡Dios mío! Tenía intención de regalarle un pasador de corbata. Deben gustarle, pues tiene dos o tres muy bonitos...

–¡Ay! No sabe en que aprieto me pone. Yo había tenido la misma idea. Entonces le regalaré una sortija.

Y se buscaban argucias para complacerle, regalos ingeniosos para agradarle, amabilidades para seducirle.

Se había convertido en el “rumor del día”, el gran tema de conversación, el único objeto de atención pública, cuando se propagó la noticia de que el conde Gontran de Ravenel hacía la corte a Charlotte Oriol para esposarla. Enseguida fue en Enval un clamor a voces.

Desde la misma noche en la que él había abierto con ella el baile de inauguración del Casino, Gontran se había pegado a las faldas de la muchacha. Manifestaba por ella en público todos los desvelos de los hombres que quieren agradar sin ocultar sus intenciones; y sus relaciones ordinarias tomaban al mismo tiempo un carácter de galantería jovial y espontánea que debía desembocar en afecto.

Se veían casi diariamente, pues las muchachas habían cobrado una gran amistad a Christiane, de la que sin duda formaba parte mucho de vanidad halagada. Gontran, de repente, no abandonaba a su hermana; y se puso a organizar partidas por la mañana y juegos por la tarde, lo que sorprendió mucho a Christiane y Paul. Luego se dieron cuenta de que se ocupaba de Charlotte; la hacía rabiarse en broma, la galanteaba como quien no quiere la cosa, tenía con ella las mil pequeñas atenciones que van atando a dos seres con lazos de ternura. La joven, acostumbrada ya a las maneras libres y familiares de ese pilluelo del mundo parisino, no se daba cuenta de nada al principio, y se dejaba llevar por su naturaleza confiada y recta, riéndose y jugando con él, como si se tratase de un hermano.

Estando así las cosas, regresaba a casa con su hermana mayor, tras una velada en el hotel durante la cual Gontran había intentado varias veces besarla en el transcurso de un juego de prendas, cuando Louise, que parecía preocupada y nerviosa desde hacía algún tiempo, le dijo en tono brusco:

– Deberías vigilar un poco más tu comportamiento. El Sr. Gontran no es correcto contigo.

– ¿No es correcto? ¿Qué ha dicho?

– Lo sabes perfectamente. No te hagas la inocente. ¡Si sigues así no tardarás mucho en comprometerte! Y si no sabes vigilar tu conducta, soy yo quién debe prestar atención.

Charlotte, confusa y avergonzada, balbuceaba:

–Pero yo no sé... te aseguro... no he visto nada...

Su hermana volvió a decir con severidad:

–Escucha, esto no puede continuar así. Si quiere esposarte, es a papá a quién corresponde pensarlo y responder; pero si lo que quiere es únicamente divertirse contigo, debe parar enseguida.

Entonces, bruscamente, Charlotte se enfadó, sin saber por qué, sin saber de qué. Rechazaba que su hermana la controlase y la reprendiese, y con voz temblorosa y lágrimas aflorando a sus ojos, le declaró que dejara de ocuparse de lo que no le importaba. Tartamudeaba, exasperada, prevenida por un instinto vago pero seguro de los celos despertados en el agriado corazón de Louise.

Se dejaron sin besarse y Charlotte lloró en su cama pensando en cosas que nunca había previsto ni adivinado.

Poco a poco sus lágrimas cesaron y pensó.

Tal vez era cierto que los modales de Gontran habían cambiado. Lo había sentido hasta el presente sin comprenderlo. Ahora lo comprendía. Él le decía, con cualquier motivo, cosas amables, delicadas. En una ocasión le había besado la mano. ¿Qué



quería? Ella le gustaba, pero ¿hasta que punto? ¿Acaso, por casualidad, se plantearía en esposarla? Y de inmediato le pareció oír, en el aire, en alguna parte, en la noche vacía donde comenzaban a aflorar sus sueños, una voz que exclamaba: “Condesa de Ravenel.”

La emoción fue tan fuerte que se sentó en su cama; luego buscó con sus pies desnudos, sus zapatillas bajo la silla en la que había depositado su ropa y se dirigió a abrir la ventana, sin saber lo que hacía, para dar espacio a sus esperanzas.

Oyó que se hablaba en la sala del bajo, y la voz de Coloso se elevó:

–Deja, deja. Ya veremos. Eso es cosa de padre. De momento no ha pasado nada de particular. Padre se encargará del asunto.

Ella veía en la casa de enfrente el marco blanco de la ventana iluminada debajo de ella. Se preguntaba: “¿Quién está allí? ¿De qué hablan?”. Pasó una sombra por la pared iluminada. ¡Era su hermana! No se había acostado. ¿Por qué? Pero la luz se apagó, y Charlotte se puso a pensar en cosas nuevas que bullían en su corazón.

No podía dormir. ¿La amaba? ¡Oh, no! ¡Todavía no! Pero podía amarla puesto que le gustaba. Y si llegaba a amarla mucho, perdidamente, como se ama en el mundo, la esposaría sin ningún género de duda.

Nacida en una casa de campesinos, había conservado, aunque educada en el convento de las monjas de Clermont, una modestia y una humildad de aldeana. Pensaba que tendría por marido tal vez un notario o un abogado, o un médico; pero convertirse en una auténtica dama de la alta sociedad, con un título de nobleza precediendo a su nombre, jamás lo hubiese soñado. Apenas acabando de leer una novela de amor había tenido algunos minutos ese bonito deseo, que pronto había desaparecido de su alma, del mismo modo que se desvanecen las quimeras. Ahora bien, de pronto esta cosa imprevista, imposible, evocada repentinamente por algunas palabras de su hermana, le parecía aproximarse a ese sueño al igual que una vela de una embarcación empujada por el viento.

Murmuraba entre dientes, con cada inspiración al respirar: “Condesa de Ravenel” Y el negro de sus párpados cerrados en la noche se llenaba de visiones. Veía hermosos salones iluminados, bellas damas que le sonreían, lujosos coches que la esperaban ante las escalinatas de un castillo y numerosos criados en librea inclinados a su paso.

Tenía calor en su cama; su corazón latía. Se levantó por segunda vez para beber un vaso de agua y permanecer de pie algunos instantes, descalza sobre el frío enlosado de su habitación.

Luego, ya más tranquila, acabó por dormirse. Pero se despertó al alba, de tal modo la agitación de su espíritu había pasado a sus venas.

Tuvo vergüenza de su modesta y pequeña habitación de paredes blancas, encaladas por el vidriero de la comarca, de sus pobres cortinajes y de dos sillas de paja que nunca dejaban su lugar en las dos esquinas de su cómoda.

Se sentía aldeana, en medio de esos muebles rústicos que delataban su origen, se sentía humilde, indigna de ese guapo mozo cuyo rostro rubicundo y risueño flotaba ante sus ojos, se desvanecía, luego regresaba, se apoderaba de ella poco a poco, se iba alojando ya en su corazón.

Entonces saltó de la cama y corrió a buscar su espejo, su pequeño espejo de tocador, grande como el fondo de un plato; luego volvió a acostarse con su espejo en las manos; y miro su rostro en medio de sus cabellos despeinados sobre el fondo blanco de la almohada.

A veces dejaba sobre sus sábanas el ligero trozo de vidrio que le mostraba su imagen, y pensaba lo difícil que sería llevar a término ese matrimonio, tan grandes eran las distancias entre ellos. Entonces un gran temor le provocó un nudo en la garganta.

Pero enseguida se miraba de nuevo sonriendo para gustarse, y como se consideraba bonita, las dificultades desaparecían.

Cuando bajó para desayunar, su hermana, que tenía aspecto irritado, le preguntó:

—¿Qué vas a hacer hoy?

Charlotte respondió sin vacilar:

—¿No vamos a ir en coche a Royat con la señora Andermatt?

Louise dijo:

—Irás sola entonces, pero haría mejor, después de lo que te dije ayer...

La menor le cortó la palabra:

—No te pido consejos... métete en tus asuntos.

Y no se volvieron a hablar.

El tío Oriol y Jacques llegaron y se sentaron a la mesa. El viejo preguntó casi de inmediato:

—¿Qué vais a hacer hoy, pequeñas?

Charlotte no esperó a que su hermana respondiese:

—Yo voy a ir a Royat con la señora Andermatt.

Los dos hombres la miraron con aire satisfecho, y el padre murmuró con esa sonrisa socarrona que ponía cuando trataba un negocio ventajoso:

—Eso está bien, esta bien.

Ella quedó más sorprendida de ese regocijo secreto, adivinado en todo su significado, que de la visible cólera de Louise, y se preguntó, un poco turbada: “¿Acaso habrán hablado de esto entre ellos?”

Cuando acabaron de comer subió a su habitación, se puso el sombrero, tomó su sombrilla, se echó sobre un brazo un ligero mantón y se dirigió al hotel, pues debían partir dentro de hora y media.

Christiane se sorprendió de que Louise no acudiese.

Charlotte se sintió enrojecer cuando respondió:

—Está un poco cansada, creo que le duele la cabeza.

Y subieron al landau, al gran landau de seis plazas que siempre utilizaban. El marqués y su hija iban al fondo, la pequeña Oriol se encontró entonces sentada entre los dos jóvenes, de espaldas a la marcha.

Pasaron por Tournoël, luego siguieron a pie la montaña por una bella ruta serpenteando bajo los nogales y los robles. En varias ocasiones Charlotte, observó que Gontran se estrechaba contra ella, pero con demasiada prudencia para que ella no se ofendiese. Como estaba sentado a su derecha, le hablaba muy cerca de la mejilla; y ella no se atrevía a girarse para responderle, por temor al aliento de su boca que ya sentía sobre sus labios, y por temor también de sus ojos cuya mirada la habría puesto violenta.

El le decía chiquilladas galantes, tonterías divertidas, cumplidos amables y gentiles.

Christiane no hablaba demasiado, pesada, enferma de su embarazo. Y Paul parecía triste, preocupado. Solamente el marqués charlaba sin preocupación, con su cordialidad jovial de viejo hidalgo egoísta.

Bajaron al parque de Royat para escuchar la música, y Gontran, tomando el brazo de Charlotte, partió con ella delante. El ejército de bañistas, sobre las sillas, en torno al kiosco donde el director de orquesta dirigía los compases de los instrumentos de viento y los violines, miraba desfilar a los paseantes. Las mujeres mostraban sus vestidos, sus pies extendidos hasta el barrote de la silla contigua, con sus frescos sombreros de verano que las hacían más encantadoras.

Charlotte y Gontran deambulaban entre las personas sentadas, tratando de buscar figuras cómicas para excitar sus ganas de bromear.

En todo momento oía decir tras él: “¡Fíjate! ¡Qué bonita!” Estaba halagado y se preguntaba si se la tomaría por su hermana, esposa o amante.

Christiane, sentada entre su padre y Paul, los vio pasar varias veces, y observando que tenían “los ademanes un tanto juveniles”, los llamó al orden para calmarlos. Pero la pareja no la escuchaban y continuaban vagabundeando entre la multitud divirtiéndose intensamente.

Christiane dijo en voz baja a Paul Brétigny:

–Acabará por comprometerla. Tendremos que hablar con él esta noche, al regresar.

Paul respondió:

–Yo ya había pensado en ello. Tiene usted toda la razón.

Fueron a cenar a un restaurante de Clermont-Ferrand pues los de Royat no valían nada, según el marqués que era un sibarita, y regresaron ya avanzada la noche.

Charlotte estaba seria. Gontran le había estrechado con fuerza la mano cuando le entregó sus guantes para abandonar la mesa. Su conciencia de jovencita se inquietó de pronto. ¡Era eso una confesión! ¡una declaración! ¡una inconveniencia! ¿Qué debería hacer? ¿Hablarle? ¿Pero qué podría decirle? ¡Enfadarse hubiese resultado ridículo! ¡Se necesitaba tacto en esas circunstancias! Pero no haciendo nada daría la impresión de aceptar su propuesta, de convertirse en su cómplice, de responder “sí” a esa presión de mano.

Sopesaba la situación, reprochándose el haber sido demasiado alegre y familiar en Royat, considerando ahora que su hermana tenía razón, que estaba comprometida, perdida. El coche circulaba por la carretera, Paul y Gontran fumaban en silencio, el marqués dormía, Christiane miraba las estrellas, y Charlotte apenas era capaz de retener sus lágrimas, pues había bebido tres copas de champaña.

Cuando hubieron llegado, Christiane dijo a su padre:

–Como ya es de noche, ve tú a acompañar a la muchacha.

El marqués ofreció su brazo y se alejó enseguida con ella.

Paul tomó a Gontran por los hombros y le murmuró al oído:

–Ven a hablar cinco minutos con tu hermana y conmigo.

Y subieron al saloncito que comunicaba con las habitaciones de Andermatt y de su esposa.

Se sentaron.

–Escucha –dijo Christiane – el Sr. Paul y yo reprobamos tu conducta.

– ¡Mi conducta!... ¿Con respecto a qué? Soy correcto como un santo. Claro que no abundan las ocasiones.

–No bromees. Eres muy imprudente y atrevido, no piensas en las consecuencias. Estás comprometiendo a esa pequeña.

Él pareció muy sorprendido.

–¿A quién?... ¿A Charlotte?

–Sí, a Charlotte!

–¿Qué yo comprometo a Charlotte?... ¿Yo?...

–Sí, la comprometes. Todo el mundo habla aquí de eso, y además en el parque de Royat te has comportado con mucha... mucha ligereza. ¿No es así, Brétigny?

Paul respondió:

–Sí, señora, comparto completamente su sentimiento.

Gontran giró su silla, se sentó a horcajadas, tomó un nuevo cigarro, lo encendió y se echó a reír.

–¡Ah! ¿Así que yo comprometo a Charlotte Oriol?

Esperó algunos segundos para observar el efecto de su respuesta, luego declaró:

–Y bien, ¿Qué es lo que os hace suponer que no quiero casarme con ella?

Christiane tuvo un sobresalto de estupefacción.

– ¿Casarte? ¿Tú?... ¡Estás loco!

– ¿Por qué?

–Esa... esa pequeña... campesina...

–Bla, bla...bla... prejuicios... ¿Es tu marido quién te los enseña?...

Como ella no respondiese nada a ese argumento directo, él continuó haciéndole las mismas preguntas y respuestas:

–¿Es bonita? – ¡Sí! – ¿Está bien educada? –¡Sí! – Y es más inocente, gentil, sencilla y franca que las chicas de la alta sociedad. Sabe tanto como cualquier otra, pues habla inglés y auvernés, lo que son dos lenguas extranjeras. Será rica como cualquier heredera del barrio San-Germán que se debería llamar barrio de Santa Miseria, y finalmente, si es hija de un campesino, será más que sana para darme hermosos hijos...Eso es todo...

Como daba la impresión de estar bromeando, Christiane preguntó dudando:

–Venga ya... ¿Hablas en serio?

–¡Caramba! Es encantadora esa chiquilla. Tiene buen corazón y una bonita figura, es de alegre carácter y tiene buen humor, mejillas sonrosadas, ojos claros, dientes blancos, labios rojos, cabello largo, brillante, denso y ligero; y el vinatero de su padre será rico como un Crespo, gracias a tu marido, mi querida hermana. ¿Qué más quieres? ¡Hija de un campesino! Pues bien, ¿acaso la hija de un campesino no vale más que todas las hijas de los banqueros dudosos que pagan sumas enormes para casarse con duques de título no muy claro, y que todas las muchachas de las busconas con título que nos ha dado el Imperio, y que todas las muchachas de dos padres que se encuentran en sociedad? Pero si yo me casase con esta chica, haría el primer acto sabio y razonable de mi vida.

Christiane reflexionaba, luego, de repente, convencida, conquistada, radiante, exclamó:

–¡Es cierto todo lo que dice! ¡Es completamente cierto, completamente justo!...¿Entonces vas a casarte con ella, mi pequeño Gontran?...

Él tuvo que calmarla.

–No tan aprisa... no tan aprisa... déjame pensar a mi vez. Solamente afirmo que si me casase con ella haría el primer acto sabio y razonable de mi vida, lo cual no quiere decir que la vaya a esposar todavía; pienso en ello, lo estudio, le hago un poco la corte para ver si me gusta por completo. En fin, no te respondo ni sí ni no, pero estoy más próximo al sí que al no.

Christiane se volvió hacia Paul:

–¿Qué piensa usted de todo esto, señor Brétigny?

Ella lo llamaba tanto señor Brétigny como Brétigny a secas.

Éste, siempre seducido por las cosas donde creía ver grandeza, por las uniones desiguales que le parecían desinteresadas, por todo el aparato sentimental en el que se oculta el corazón humano, respondió:

–Considero que tiene razón ahora. Si le gusta que la espose, no podría encontrar nada mejor...

Pero el marqués y Andermatt regresaban y tuvieron que cambiar de tema; y los dos jóvenes fueron al Casino a ver si la sala de juego todavía estaba abierta.

A partir de ese día, Christiane y Paul parecieron favorecer la abierta corte que Gontran hacía a Charlotte.

Se invitaba muy a menudo a la joven, se quedaba a cenar y se la trataba como si formase parte de la familia.

Ella veía con buenos ojos todo eso, lo comprendía y la trastornaba. Su cabecita divagaba y construía fantásticos palacios en España. Gontran, sin embargo, no le había dicho nada; pero su actitud, sus palabras, el tono que le dispensaba, su aire de galantearía más formal, su acariciadora mirada, parecían repetirle cada día: “Yo la he elegido; será usted mi esposa.”

Y el tono de dulce amistad, de discreto abandono, de casta reserva que ella adoptaba ahora con él, parecía responder: “Lo sé, y diré “sí” cuando usted pida mi mano.”

En la familia de la joven se rumoreaba. Louis no le hablaba ya demasiado excepto para irritarla mediante alusiones hirientes, mediante palabras agrias y mordientes. El padre Oriol y Jacques sin embargo parecían contentos.

Sin embargo ella no se había preguntado hasta el momento si amaba a ese guapo pretendiente del quien sin duda sería esposa. Le gustaba, pensaba en él sin cesar, lo encontraba guapo, espiritual y elegante, pero sobre todo pensaba en lo que haría cuando se hubiera casado.

En Enval, a todo el mundo se le habían olvidado las rencorosas rivalidades de los médicos y de los dueños de los manantiales, las suposiciones sobre el afecto que sentía la duquesa de Ramas por su protector, todos los rumores que corren al mismo tiempo que el agua en las estaciones termales, y nadie se ocupaba más que de aquel acontecimiento extraordinario: el conde Gontran de Ravenel iba a casarse con la pequeña de los Oriol.

Entonces Gontran consideró que había llegado el momento, y, una mañana, tomando a Andermatt por el brazo al levantarse de la mesa, le dijo:

—¡Querido, el asunto está a punto de caramelo. La situación es esta: La pequeña espera mi petición sin que yo me haya comprometido, pero no la rechazará, puede estar seguro. Es el padre a quien hay que trajinar para llevar adelante al la vez sus negocios y los míos.

Andermatt respondió:

—¡Puede estar tranquilo. De eso me encargo yo. Voy a sondearlo hoy mismo, sin comprometerlo a usted, y cuando la situación quede clara, hablaré.

—Perfecto.

Luego, tras algunos instantes de silencio, Gontran dijo:

—Mire, tal vez sea mi última jornada de soltero. Voy a Royat donde he hecho el otro día algunas amistades. Regresaré por la noche e iré a llamar a su puerta para saber lo que ha pasado.

Hizo ensillar su caballo y se fue montaña arriba, aspirando el viento puro y ligero, y galopando por momentos para sentir la rápida caricia del aire rozarle la piel lozana de las mejillas y hacerle cosquillas en el bigote.

La velada pasada en Royat fue alegre. Allí se encontró con dos amigos a los que acompañaban unas muchachas. Cenaron tranquilamente; regresó muy tarde. Todos descansaban en el hotel del Mont-Oriol cuando Gontran llamó a la puerta de Andermatt.

Al principio nadie respondió; luego, como los golpes se hiciesen violentos, una voz enronquecida, una voz de durmiente, se hizo oír desde el interior:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, Gontran.

—Espera, ya voy.

Andermatt apareció en pijama, con la cara abotagada y la incipiente barba del mentón erizada, con la cabeza envuelta en un fular. Luego se volvió a meter en la cama, se sentó y, extendiendo las manos sobre las sábanas, dijo:

–Y bien, querido cuñado, la cosa no va bien. La situación es la siguiente: He tanteado a ese viejo zorro de Oriol, sin hablarle de usted, diciendo que uno de mis amigos – tal vez haya dejado subentender que se trataba de Paul Brétigny – podría convenir a una de sus hijas, y he preguntado que dote les dejaría. Él me ha respondido preguntándome a su vez cual era la fortuna del pretendiente; la he fijado en trescientos mil francos con la esperanza de que aceptase.

–Pero yo no tengo nada – repuso Gontran.

–Yo se lo presto, querido cuñado. Si llevamos adelante juntos este asunto, sus terrenos me proporcionarán los suficientes réditos para cobrarme.

Gontran dijo burlonamente:

– Muy bien. Yo me quedo la mujer y usted con el dinero.

Pero Andermatt se enfadó mucho:

–Si me ocupo de usted para que me insulte, se acabó, hasta aquí hemos llegado...

Gontran se disculpó:

–No se enfade, querido cuñado, y perdóneme. Se que es usted un hombre honrado, de una irreprochable lealtad en los negocios. No le pediría ni siquiera propina si fuese su cochero, pero le confiaría mi fortuna si fuese millonario...

William, calmado, prosiguió:

– Ya hablaremos de eso después. Terminemos ahora la cuestión más importante. El viejo no ha caído en mis artimañas y me ha respondido: “Depende de cual de ellas se trate. Si es Louise, la mayor, esta es su dote”. Y me ha enumerado todas las tierras que rodean el balneario, las que unen los baños al hotel y el hotel al Casino, en definitiva todas aquellas que nos son indispensables, las que tiene para mí un inestimable valor. Por el contrario, a la pequeña, le deja el otro lado del monte, que valdrá también mucho dinero pero a largo plazo, sin duda, pero que para mí no vale nada. He tratado, por todos los medios posibles, de hacerle modificar tal reparto y a invertir los lotes. Me he encontrado con una terquedad de mulo. No cambiaría, está decidido. A ver, ¿qué le parece?

Gontran, muy contrariado, muy perplejo, respondió:

–¿En que piensa usted? ¿Cree que él haya pensado en mi realizando ese reparto?

– No me cabe la menor duda. El patán se ha dicho: “Puesto que la pequeña le gusta, guardemos la bolsa.” Ha esperado concederle a usted la mano de su hija conservando sus mejores tierras... Y luego, tal vez, haya querido favorecer a la mayor... Él la prefiere... quién sabe... se le parece más... es más astuta... más hábil... con más sentido práctico... Creo que esa chiquilla es muy lista... yo que usted, apuntaría a este otro blanco...

Gontran, aturdido, murmuraba:

–¡Rayos...rayos... rayos! Y las tierras de Charlotte... ¿no le interesan a usted?...

Adermatt exclamó:

–¡Yo... no... mil veces no!... Solo me hacen falta aquellas que comunican mis baños, mi hotel y mi Casino. Es muy simple. No daré nada por las demás, que no podrán venderse hasta pasado el tiempo y a pequeñas parcelas a particulares...

Gontran continuaba repitiendo:

–Rayos...rayos... vaya asunto enojoso... Así pues, ¿qué me aconseja usted?

– No le aconsejo nada. Pienso que haría bien en reflexionar antes de decidirse entre las dos hermanas.

–Sí... sí... me parece bien... lo pensaré... primero voy a dormir... lo consultaré con la almohada...

Se levantaba, cuando Andermatt lo retuvo:

– Espere, querido cuñado, dos palabras sobre otro asunto. Me hago el despistado, pero comprendo perfectamente las alusiones que usted me hace sin cesar para pincharme, y no me gustan.

»Me reprocha usted que sea judío, es decir ganar dinero, ser avaro, ser especulador hasta rayar en la estafa. Ahora bien, mi querido cuñado, paso mi vida prestándole ese dinero que gano no sin esfuerzo, o mejor dicho dándoselo. ¡Bueno, pase! ¡Pero hay algo que no admito! No, yo no soy un avaro; la prueba de ello es que hago a su hermana regalos de veinte mil francos, que he regalado a su padre un Théodore Rousseau de diez mil francos del que yo tenía ganas, que le he ofrecido a usted, viniendo aquí, el caballo en el que ha ido usted a Royat antes.

»¿En qué soy avaro? ¿En que no me dejo robar? Todos somos así en mi raza, y tenemos razón, caballero. Quiero decírselo de una vez por todas. Se nos considera avaros porque sabemos el valor exacto de las cosas. Para usted un piano es un piano, una silla es una silla, un pantalón es un pantalón. Para nosotros también, pero al mismo tiempo ese objeto representa un valor, un valor mercantil apreciable y preciso que un hombre práctico debe evaluar de un vistazo, no por economía sino para no favorecer el fraude.

»¿Qué diría usted si una estanquera le pidiera cuatro céntimos por un sello o por una caja de cerillas? Iría usted a buscar un sargento municipal, señor, por un céntimo, sí, ¡por un céntimo!, tal sería su indignación. Y eso porque usted, de casualidad, conoce el valor de esos dos objetos. Pues bien, yo sé el valor de todos los objetos susceptibles de venderse; y esa indignación que usted sentiría si le reclamasen cuatro céntimos por un sello, yo la experimento cuando se me piden veinte francos por un paraguas que sólo vale quince. ¿Lo entiende? Protesto contra el robo establecido, incesante, abominable de vendedores, criados, cocheros. Protesto contra la improbidad comercial de toda su raza que nos desprecia. Doy la propina que debo dar en función de un servicio prestado, y no la propina arbitraria que usted concede, sin saber por qué, y que va de cinco a cien céntimos, según su estado de humor. ¿Lo entiende?

Gontran se había levantado, y, sonriendo con esa fina ironía que tan bien sentaba a sus labios:

–Sí, querido cuñado, lo entiendo, y tiene usted toda la razón, tanto más cuanto que mi abuelo, el viejo marqués de Ravenel, no dejó nada a mi pobre padre a consecuencia de la mala costumbre que él tenía de no recoger la vuelta en las tiendas cuando pagaba un objeto cualquiera. Encontraba eso indigno de un hidalgo, y siempre daba la suma redonda y la moneda entera.

Y Gontran salió con aspecto de estar muy satisfecho.

## III

Al día siguiente estaban a punto de servir la cena en el comedor privado de las familias Andermatt y Ravenel, cuando Gontran abrió la puerta anunciando:

– Las señoritas Oriol.

Las dos hermanas entraron, soñadoras, empujadas por él que reía explicándose:

– Aquí están, las he raptado a las dos en plena calle. Menudo escándalo, por cierto. Las he traído a la fuerza, porque tengo que explicarme con la señorita Louise y no podía hacerlo en mitad del pueblo.

Les recogió sus sombreros y sombrillas que ellas todavía llevaban, pues venían de dar un paseo, las hizo sentar, besó a su hermana, estrecho las manos de su padre, de su cuñado y de Paul, y, volviéndose hacia Louise Oriol, dijo:

– A ver, señorita, ¿quiere usted decirme ahora mismo qué es lo que tiene contra nosotros desde un tiempo a esta parte?

Ella parecía asustada como un pajarillo cogido en la red que se lleva el cazador.

– ¡Nada, señor, nada de nada! ¿Qué es lo que le hace a usted creer eso?

– ¡Todo, señorita, absolutamente todo! Ya no viene por aquí, no viene ya en el arca de Noé (así habían bautizado el gran landau). Adopta usted actitudes ariscas cuando me la encuentro y le hablo.

– No, señor, se lo aseguro.

– Claro que sí, señorita, lo mantengo. En cualquier caso no quiero que eso dure y voy a firmar la paz con usted hoy mismo. ¡Oh! usted sabe que soy muy testarudo. No por ponerme mala cara voy a dejar de obligarla a cambiar de comportamiento y a ser tan amable con nosotros como su hermana, que es un ángel de simpatía.

Se anunció que la cena estaba servida y todos pasaron al comedor. Gontran tomó el brazo de Louise.

Estuvo lleno de atenciones hacia ella y su hermana, compartiendo sus cumplidos con un tacto admirable, diciendo a la pequeña:

– A usted que ya es nuestra amiga, voy a dejarla durante algunos días. Como usted sabe siempre se atiende peor a los amigos que a los demás.

Y decía a la mayor:

– A usted quiero conquistarla, señorita, y se lo advierto como enemigo leal que soy. Llegaré incluso a cortejarla. ¡Ah! enrojece usted, esa es buena señal. Verá usted que soy muy amable cuando algo vale la pena. ¿Verdad, señorita Charlotte?

Y las dos enrojecían; y Louise balbuceaba con rostro serio:

– ¡Oh!, caballero, ¡está usted loco!

Él respondía:

– ¡Bah! Lo entenderá más adelante, cuando se case, lo que no tardará en ocurrir. ¡Entonces sí que le dirán galanterías!

Christiane y Paul Brétigny le aprobaban el haber llevado a Louise Oriol; el marqués sonreía, divertido por ese pueril discreto; Andermatt pensaba: “No tiene nada de tonto el mozo.” Y Gontran, irritado con el papel que tenía que representar, llevado por sus sentimientos hacia Charlotte y por su interés hacia Louise, murmuraba entre dientes, mientras sonreía a ésta: “¡Ah! El bribón de tu padre ha creído que se iba a burlar de mí; pero te voy a llevar al huerto, hermosa; y ya verás lo bien que lo hago”.

Y las comparaba mirándolas una y otra vez. Desde luego, la más joven le gustaba más; era más divertida, mas vivaracha, con su nariz un poquito respingona, sus ojos vivos, su frente estrecha y sus hermosos dientes un poco grandes en su boca un poco amplia.



Sin embargo la otra también era bonita, más fría, menos alegre. Nunca tendría ni el espíritu ni encanto en la intimidad, pero cuando se anunciase en la entrada de un baile: “La señora condesa de Ravenel”, podría llevar muy bien su nombre, mejor incluso que la pequeña, con un poco de costumbre y de contacto con personas de pedigrí. De todos modos estaba rabioso, resentido con lada dos, con el padre y con el hermano también, y se prometía hacerles pagar el contratiempo más tarde, cuando tuviese la sartén por el mango.

Cuando volvieron al salón, se hizo echar las cartas por Louise, que sabía predecir el futuro. El marqués, Andermatt y Charlotte escuchaban con atención, atraídos a su pesar por el misterio de lo desconocido, por la posibilidad de lo inverosímil, por esa credulidad invencible hacia lo maravillosos que avergüenza al hombre y a menudo doblega los espíritus más fuertes antas las más ingenuas invenciones de los charlatanes.

Paul y Christiane charlaban ante el hueco de una ventana abierta.

Ella se sentía muy desgraciada desde hacía algún tiempo, no sintiéndose querida del mismo modo; y el malentendido amoroso que había entre ellos se acentuaba cada día por culpa de ambos. Había comenzado a sospechar la desventura por primera vez, la noche de la fiesta, cuando llevó a Paul a la carretera. Pero aun comprendiendo que él no tenía la misma ternura en la mirada, la misma voz acariciadora, el mismo arrebato apasionado de antaño, no había podido adivinar la causa de ese cambio.

Y ese cambio había comenzado hacía tiempo, desde el día en que le había gritado, llena de júbilo, al llegar al lugar de la cita cotidiana: “Me parece que estoy embarazada de verdad”. Él había experimentado, a flor de piel, un pequeño estremecimiento de desagrado.

Luego, en cada uno de sus encuentros, ella le hablaba de ese embarazo que hacía brincar su corazón de alegría; pero esa preocupación por algo que él juzgaba fastidioso, feo, sucio, ofendía su devota exaltación hacia el ídolo que adoraba.

Más tarde, cuando la vio cambiada, más delgada, con las mejillas hundidas, la tez amarillenta, pensó que ella habría debido ahorrarse aquel espectáculo y desaparecer algunos meses, para reaparecer a continuación más fresca y más bonita que nunca, sabiendo hacer olvidar ese accidente, o tal vez, sabiendo unir a su encanto de amante, otro encanto, sabio y discreto, de joven madre, que no deja ver a su hijo más que de lejos, envuelto en cintas rosas.

Además tenía una ocasión de mostrar ese tacto que él esperaba de ella, yendo a pasar el verano a Mont-Oriol y dejándolo en París, para que no la viese ajada y deforme. ¡Esperaba que ella lo comprendiese!

Pero apenas llegó a Auvernia, lo había llamado mediante cartas incesantes y desesperadas, tan numerosas y absorbentes que él había acudido por debilidad y por lástima. Y ahora, ella lo agobiaba con su ternura ridícula y quejumbrosa; y experimentaban un deseo incontrolable de dejarla, de no volverla a ver, de no oír más su cantinela amorosa, irritante e inoportuna. Le gustaría gritarle todo lo que albergaba su corazón, explicarle lo torpe y tonta que se mostraba, pero no podía hacerlo, y no se atrevía a marcharse, pero no podía abstenerse de manifestarle su impaciencia mediante palabras amargas e hirientes.

Ella sufría tanto o más en cuanto que, enferma, aletargada cada día más, consumida por todas las miserias de las embarazadas, tenía más necesidad que nunca de ser consolada, mimada, rodeada de afecto. Ella lo amaba con ese completo abandono del cuerpo, del alma, de su ser entero, que en ocasiones hace del amor un sacrificio sin reservas y sin límites. Ya no se consideraba su amante, sino su esposa, su compañera, su abnegada, su fiel, su esclava prosternada, su objeto. Para ella ya no había entre ellos galantería, coquetería, deseos de gustar a todas horas, de ser amable, puesto que ella le

pertenecía por completo, dado que estaban ligados por esa cadena tan dulce y poderosa: el hijo que pronto nacería. En el instante en que se encontraron solos en la ventana, ella comenzó con su tierno lamento:

–Paul, mi querido Paul, dime, ¿sigues queriéndome?

–¡Claro que sí! Venga ya, me repites eso todos los días y acaba por resultar aburrido.

–¡Perdóname! Es que no puedo creerlo y necesito que me tranquilices, necesito oírte decirme sin cesar esas palabras; y como no me las repites tan a menudo como antes, me veo obligada a pedirte, a implorártelo, a mendigártelo.

– Vale, sí, ¡te quiero! ¡Pero, te lo ruego, hablemos de otra cosa!

–¡Oh! ¡que duro eres!

–No, no, no soy duro. Solamente... solamente ocurre que tu no me entiendes... no me entiendes.

–¡Oh, sí! Veo claramente que no me amas. ¡Si supieses como sufro!

– Vamos, Christiane, te lo suplico, no me pongas nervioso. Si supieses tú que torpe es lo que haces.

–¡Oh! sí me amases no me hablarías de ese modo.

–Pero, santo Dios, si yo no te amase no habría venido.

–Escucha. Me perteneces, ahora eres mío y yo tuya. Entre nosotros existe este vínculo de una vida en ciernes que nada puede romper; pero prométeme que si algún día dejas de amarme, me lo dirás.

–Sí, te lo prometo.

–¿Me lo juras?

–Te lo juro.

–En cuyo caso, seguiremos siendo amigos, ¿no es así?

–Desde luego que continuaremos siendo amigos.

–El día que tu dejes de amarme vendrás a mi encuentro y me dirás: “Mi pequeña Christiane, te quiero pero ya no de la misma manera. Seamos amigos, nada más que amigos”.

–De acuerdo, te lo prometo.

–¿Me lo juras?

–Te lo juro.

–De todos modos me pondré muy triste. ¡Cómo me amabas el año pasado!

Una voz anunció a sus espaldas:

–¡La duquesa de Ramas-Aldavarra!

Venía en calidad de vecina, pues Christiane recibía todas las tardes a los bañistas ilustres, como reciben los príncipes en sus reinos.

El doctor Mazelli seguía a la bella española con rostro sonriente y actitud sumisa. Las dos mujeres se estrecharon la mano, se sentaron y se pusieron a conversar.

Andermatt llamó a Paul:

–Mi querido amigo, venga, la señorita Oriol echa las cartas admirablemente, me ha vaticinado cosas sorprendentes.

Luego añadió:

– ¡Qué agradable que usted esté aquí! En París no nos vemos nunca, ni una vez al mes, a pesar de la insistencia de mi esposa. Aquí, hacen falta quince cartas para hacerlo venir. Y desde que ha llegado se diría que usted pierde un millón diario, tal es su desolado aspecto. Vamos, ¿acaso oculta usted algún asunto que lo disgusta? ¿Tal vez yo pueda ayudarlo? Debe decírmelo.

–Nada en absoluto, querido amigo. Si no voy más a menudo a verlo en París...es que en París... ¿comprende?

–Perfectamente... me hago cargo. Pero aquí, al menos, hay que estar animado. Estoy preparando dos o tres fiestas que espero sean todo un éxito.

Un criado anunció:

–La Señora Barra y el profesor Cloche.

El entró con su hija, una joven viuda, pelirroja y descarada. Luego, casi al mismo tiempo el mismo criado volvió a anunciar:

–El profesor Mas-Roussel.

Lo acompañaba su esposa, pálida, madura, con unas crenchas lisas pegadas a las sienes.

El profesor Rémusor había partido la víspera, tras haber comprado su chalet en condiciones excepcionalmente favorables según se rumoreaba.

Los otros dos médicos habrían querido conocer gustosos esas condiciones, pero Andermatt únicamente respondía: “Oh, hemos negociado unos ventajosos arreglos para todo el mundo. Si usted desea imitarlo, trataríamos de entendernos, ya veríamos... Cuando se haya decidido avíseme y hablaremos.”

El doctor Latonne apareció a su vez, luego el doctor Honorat, sin su esposa que no salía.

Un clamor de voces llenaba el salón, un rumor de conversaciones. Gontran no dejaba a Louise Oriol, le hablaba sobre los hombros, y de vez en cuando decía riendo a quién pasaba cerca de él:

–Es una enemiga a la que estoy conquistando.

Mazelli se había sentado junto a la hija del profesor Cloche. Desde hacía algunos días la seguía sin cesar; y ella recibía sus insinuaciones con una provocadora audacia.

La duquesa no lo perdía de vista, parecía irritada e incómoda. De pronto, se levantó, atravesó el salón, e interrumpiendo la íntima conversación de su médico con la bonita pelirroja, dijo:

–Oiga, Mazelli, vamos a irnos. Me siento un poco indisputa.

Cuando hubieron salido, Christiane, que se había acercado a Paul, le dijo:

– ¡Pobre mujer! ¡Cómo debe sufrir!

Él preguntó despistado:

– ¿Quién?

– ¡La duquesa! ¿No ve usted lo celosa que está?

Él respondió bruscamente:

–Si ahora va a compadecerse de todas las pesadas, se va a pasar la vida llorando.

Ella le dio la espalda, dispuesta a llorar en realidad de lo cruel que lo encontraba, y, sentándose junto a Charlotte Oriol que permanecía sola, sorprendida, no pudiendo comprender la actitud de Gontran, ella le dijo sin que la chiquilla penetrase en el sentido de sus palabras:

–Hay días que lo mejor sería estar muerta.

Andermatt, en medio de los médicos, contaba el extraordinario caso del tío Clovis cuyas piernas comenzaban a reactivarse. Parecía tan convencido que nadie hubiese podido dudar de su buena fe.

Desde que había calado la artimaña de los campesinos y del paralítico, desde que había comprendido que se había dejado engañar y convencer, el año anterior, por el único deseo de creer en la eficacia de las aguas, y, sobre todo, desde que no había podido quitarse de encima sin pagar las temibles denuncias del viejo, había convertido a éste en una poderosa propaganda y lo utilizaba a las mil maravillas.

Mazelli acababa de llegar de nuevo, libre ahora, tras haber acompañado a su paciente a su alojamiento.

Gontran lo tomó por el brazo:

–Dígame, apuesto doctor, ¿le puedo pedir un consejo? ¿Cuál de las dos Oriol prefiere usted?

El guapo médico le susurró al oído:

–Para acostarme con ella, la joven, para casarme, la mayor.

Gontran reía:

–Vaya, tenemos exactamente la misma opinión. ¡Me encanta!

Luego, yendo hacia su hermana que todavía hablaba con Charlotte, le dijo:

–¿Sabes? Acabo de decidir que el jueves iremos al pico de la Nugère... Es el cráter más hermoso de la cadena montañosa. Todo el mundo acepta. Así que no se hable más.

Christiane murmuró con indiferencia:

–Lo que tú quieras.

En ese momento el profesor Cloche, seguido de su hija, venía a despedirse, y Mazelli, ofreciéndose a acompañarlos, salió detrás de la joven viuda.

En algunos minutos todos se fueron, ya que Christiane se acostaba a las once.

El marqués, Paul y Gontran acompañaron a las Oriol. Gontran y Louise iban delante, y Brétigny, algunos pasos atrás, sentía sobre su brazo, temblar un poco el brazo de Charlotte.

Se despidió exclamando:

–Quedamos el jueves, a las once, para almorzar en el hotel.

Cuando regresaban, encontraron a Andermatt que había sido retenido en una esquina del jardín por el profesor Mas-Roussel que le decía:

– Si no le importuno, iré a hablar con usted mañana por la mañana, de ese asuntillo del chalet.

William se reunió con los jóvenes para regresar, y acercándose al oído de su cuñado, dijo:

–Toda mi admiración, querido cuñado, ha estado usted admirable.

Hacía dos años que Gontran estaba acosado por necesidades monetarias que le envenenaban la existencia. Había derrochado de tal modo la fortuna de su madre, había vivido sin preocupaciones, con la indolencia y la indiferencia heredadas de su padre, en ese medio de jóvenes ricos, hastiados y corruptos de los que hablan todas las mañanas los periódicos, jóvenes de la alta sociedad que la frecuentan poco, y adquieren con el trato de las mujeres galantes costumbres y sentimientos de ramera.

Eran una docena del mismo grupo que se encontraba todas las noches en el mismo café, en el bulevar, entre las doce y las tres de la madrugada. Muy elegantes, siempre con traje y chaleco blanco, llevando unos botones de camisa de veinte luises que cambiaban cada mes y comprados en las joyerías más punteras, viviendo con el único anhelo de divertirse, de frecuentar mujeres, de hacerse notar para que se hablase de ellos y de encontrar dinero por todos los medios posibles.

Como sólo sabían de los escándalos de la víspera, de los ecos de las alcobas y de las cuadras, de los duelos y las historias de juego, todo el horizonte de su pensamiento estaba cerrado por esas murallas.

Habían tenido todas las mujeres que se cotizaban en el mercado de la galantería, se las habían pasado, se las habían cedido, se las habían prestado, y hablaban entre ellos de sus méritos amorosos como de las cualidades de un caballo de carreras. También frecuentaban el bullanguero mundo de la nobleza que da que hablar, con cuyas mujeres, casi en su totalidad, mantenían relaciones amorosas notorias, ante los ojos indiferentes, o desviados, o ciegos, o poco clarividentes de los maridos; y tenían de aquellas mujeres la misma opinión que de las otras, les tenían el mismo aprecio, estableciendo, no obstante, una ligera diferencia debida a la cuna y al rango social.

A fuerza de artimañas para encontrar el dinero necesario para su ritmo de vida, de engañar a los usureros, de pedir prestado por todos lados, de dar esquinazo a los proveedores, de reírse en las narices del sastre, que presentaba cada seis meses una factura aumentada en tres mil francos, de oír contar a las mujeres sus marrullerías de hembras ávidas, de ver hacer trampas en los casinos, de saberse y sentirse ellos mismos robados por todo el mundo, por los criados, los comerciantes, los grandes restauradores y otros, de conocer y meter la mano en ciertos asuntos turbios de bolsa o de trapicheos para obtener algunos luises, su sentido moras se había embotado, se había gastado, y su pundonor consistía en batirse en duelo desde el instante en que los consideraban sospechosos de todo aquello de lo que eran capaces o culpables.

Todos, o casi todos, debían acabar, al cabo de algunos años de esta ociosa existencia, con un matrimonio rico, o por un escándalo un suicidio o una desaparición misteriosa, tan completa como la muerte.

Pero ellos contaban con el matrimonio de interés. Unos tenían las esperanzas puestas en su familia para que se lo consiguiera, otros lo buscaban por sus propios medios aunque de forma disimulada, y tenían listas de herederas como quien tiene listas de casas en venta. Sobre todo acechaban a las mujeres exóticas, americanas del norte y del sur, y pensaban deslumbrarlas con su distinción, con su fama de vividores, por el eco de su éxito y la elegancia de su persona.

Y sus acreedores también contaban con esos interesados matrimonios.

Pero esa caza de la muchacha de buena dote podía resultar larga. En cualquier caso, exigía mucha búsqueda, trabajo de seducción, fatigas, visitas, toda una puesta en escena de energía de la que Gontran, indolente por naturaleza, parecía completamente incapaz.

Desde hacia tiempo, se decía, sintiendo cada día más las desventajas de la falta de dinero: “Tengo que tomar una determinación.” Pero no la tomaba, y no encontraba nada.

Estaba reducido a la persecución ingeniosa de la pequeña suma, a todos los procedimientos dudosos de las personas al límite de recursos, y, para acabar, a las largas estancias de la familia, cuando de pronto Andermatt le había sugerido la idea de casarse con una de las hermanas Oriol.

Al principio se había callado, por prudencia, aunque la pequeña le pareció, a primera vista, demasiado por debajo de él para consentir en esa alianza desigual. Pero algunos minutos de reflexión habían bastado para modificar de inmediato su opinión, y se había decidido a hacerle una corte poco seria, una corte de ciudad termal, que no lo comprometería y, llegado el caso, le permitiría echarse atrás.

Conociendo muy bien a su cuñado, sabía que esa proposición había debido ser ampliamente reflexionada, pensada y preparada por él y que en su boca valía una gran suma muy difícil de obtener por otro lado.

No tenía que tomarse además más molestia que la de agacharse y tomar a una linda muchacha, ya que la menor le gustaba mucho y se había dicho a menudo que podría resultar muy agradable coincidir con ella más adelante.

Había pues, elegido a Charlotte Oriol, y, en poco tiempo, la había llevado al punto necesario para que una petición en toda regla pudiera ser efectuada.

Ahora bien, el padre dando a su otra hija la dote ambicionada por Andermatt, había obligado a Gontran a renunciar a ese matrimonio, o volver su asedio hacia la mayor.

Grande había sido su contrariedad, y en los primeros momentos se había planteado mandar a su cuñado al diablo y permanecer siendo soltero hasta una nueva ocasión.

Pero precisamente se encontraba completamente seco, de tal modo sin blanca que había tenido que pedir, para su partida en el casino, veinticinco luises a Paul, después a muchos otros, nunca devueltos. Y además, tendría que buscar a esa mujer, encontrarla, seducirla. Tal vez tendría que luchar contra una familia hostil, mientras que, sin cambiar de lugar, con algunos días de prudencia y galantería, llegaría a la mayor de las Oriol del mismo modo que había conquistado a la pequeña. De ese modo convertía a su cuñado en un banquero de toda confianza a quien siempre le podría echar las culpas, a quien podría hacerle eternos reproches, y cuya caja seguiría teniendo abierta.

En cuanto a su esposa, él la llevaría a Paris, presentándola como la hija del socio de Andermatt. Además ella llevaba el nombre de la ciudad termal a donde no la volvería a llevar jamás! ¡Nunca! ¡nunca! en virtud de ese principio de que los ríos no remontan a su fuente. Era agradable de apariencia y de rostro, lo bastante distinguida para llegar a serlo del todo, lo bastante inteligente para comprender el mundo, para mantenerse en él, hacer un buen papel, incluso honrarlo. Se diría: “Ese bromista se ha casado con una hermosa muchacha que le importa un bledo”, y le importaría un bledo efectivamente, pues tenía la intención de continuar, una vez casado con ella, su vida de soltero, con dinero en el bolsillo.

Había vuelto sus intenciones hacia Louise Oriol, y, aprovechándose, sin saberlo, de los celos despertados en el sombrío corazón de la joven, había excitado en ella una coquetería aún latente, y un vago deseo de robar a su hermana a ese guapo enamorado a quien llamaban “Señor Conde”.

Ella no se decía de momento eso, no había ni reflexionado, ni hecho combinación alguna, sorprendida por el encuentro y el secuestro de ambas. Pero viéndolo tan dispuesto y galante, había sentido, en sus ademanes, en sus miradas, en toda su actitud, que no estaba enamorado de Charlotte, y sin tratar de ver más allá, se sentía feliz, alegre, casi victoriosa al acostarse.

El jueves siguiente, antes de salir para el pico de la Nugère, lo dudaron mucho. El cielo negro y pesado presagiaba lluvia. Pero Gontran insistió tanto que puso en marcha a los indecisos.

El almuerzo había sido triste. Christiane y Paul habían discutido la víspera sin motivo aparente. Andermatt temía que el matrimonio de Gontran no llegase a buen término, pues el tío Oriol había hablado de él en términos ambiguos esa misma mañana. Gontran, prevenido, estaba furioso y resuelto a triunfar. Charlotte, que presentía el triunfo de su hermana, sin comprender en absoluto ese giro en los acontecimientos, quería quedar a toda costa en el pueblo. No sin esfuerzo la decidieron a acompañarlos.

El arca de Noé llevaba a sus pasajeros de siempre al completo, hacia la alta llanura que domina Volvic.

Louise Oriol, que de pronto se había vuelto locuaz, hacía los honores de la ruta. Explicaba como la piedra de Volvic, que no es otra cosa que lava de los picos de los alrededores, sirvió para construir todas las iglesias y casas de la comarca, lo que concede a los pueblos de Auvèrnia ese aspecto sombrío y oscuro que tienen. Mostró las canteras donde se talla esa piedra, indicó la colada que hace las veces de cantera y de la que se extrae la lava bruta, y les hizo admirar, de pie en una cumbre y dominando Volvic, la gigantesca Virgen negra que ampara la ciudad.

Luego subieron hacia la llanura superior, deformada por los antiguos volcanes. Los caballos iban al trote por la larga y penosa carretera. Unos hermosos bosques verdes bordeaban el camino. Y nadie hablaba.

Christiane pensaba en Tazenat. ¡Era el mismo coche! eran las mismas personas, pero ya no eran los mismos corazones! ¡Todo parecía igual... y sin embargo...! ¡sin embargo! ¡Qué había sucedido! ¡Casi nada!... ¡Un poco de amor de más en ella!... ¡un

poco de amor de menos en él!... ¡casi nada!... ¡la diferencia entre el deseo que nace y el deseo que muere!... ¡casi nada!... ¡el invisible desgarró que el cansancio causa en la ternura!... ¡oh! ¡casi nada, casi nada!... y la mirada de los ojos distinta, porque los mismos ojos no ven ya de igual modo el mismo rostro!... ¿Qué supone una mirada?... ¡Casi nada!

El cochero se detuvo y dijo:

—Por aquí es, a la derecha, por ese sendero que penetra en el bosque. No tienen ustedes más que seguirlo para llegar.

Descendieron todos, exceptuando al marqués, que encontraba el tiempo demasiado caluroso. Louise y Gontran partieron delante y Charlotte quedó detrás, con Paul y Christiane, que apenas podía caminar. El camino les pareció largo a través del bosque, luego llegaron a una cresta cubierta de altas hierbas y que conducía, siempre subiendo, a los bordes del antiguo cráter.

Louise y Gontran, detenidos en la cumbre, altos y delgados ambos, parecían estar de pie encima de las nubes.

Cuando se les unieron los demás, el alma exaltada de Paul Brétigny tuvo un arrebató de lirismo.

En torno a ellos, detrás, a derecha y a izquierda, estaban rodeados de conos extraños, decapitados, unos puntiagudos, otros aplastados, pero todos conservando su extraña fisonomía de volcanes apagados. Esos pesados troncos de montañas de cima plana se elevaban de sur a oeste, sobre una inmensa llanura de aspecto desolado que, muy elevada también, a unos mil metros por encima de la Limagne, que dominaba, hasta donde se perdía la vista, por el este y el norte, hasta el invisible horizonte, siempre velado, siempre azulado.

El pico de Dôme, a la derecha, sobrepasaba en altura a todos sus hermanos, unos setenta u ochenta cráteres dormidos en la actualidad. Más lejos, los picos de Gravenoire, de Crouel, de La Pedge, de Sault, de Noschamps, de la Vache. Más cerca, el pico del Pariou, el pico de Côme, los picos de Jumes, de Tressoux, de Louchadière: un enorme cementerio de volcanes.

Los jóvenes miraban el paisaje estupefactos. A sus pies se abría el primer cráter de la Nugère, profunda hondonada de césped en cuyo fondo aún se veían tres enormes bloques de lava parda, que había levantado el último aliento del monstruo y habían caído a continuación en sus expirantes fauces, en las que llevaban siglos y siglos, en las que se habían quedado para siempre.

Gontran gritó:

—Voy a bajar al fondo. Quiero ver como entregan el alma estas fieras. Vamos señoritas, una carrerita cuesta abajo.

Y agarrando el brazo de Louise, la arrastró consigo. Charlotte les siguió, corriendo detrás de ellos; luego de pronto se detuvo, los miró huir, enlazados y dando saltos, y volviéndose bruscamente, volvió a subir hacia Christiane y Paul que estaban sentados sobre el césped en la cumbre de la pendiente. Cuando se hubo reunido con ellos cayó de rodillas y, ocultando su rostro en el vestido de la joven mujer, se puso a sollozar.

Christiane, que había comprendido, y que todas las penas de los demás las afectaban desde hacía algún tiempo como heridas lacerantes de si misma, le rodeó el cuello con sus brazos y, ganada también por las lágrimas, murmuró:

—¡Pobre pequeña, pobre pequeña!

La niña lloraba sin parar, prosternada, con la cabeza oculta y, con sus manos caídas a tierra, arrancaba la hierba con un gesto inconsciente.

Brétigny se había levantado para disimular haber visto, pero la pena de la chiquilla, el desconsuelo de esa inocente lo llenaron bruscamente de indignación contra

Gontran. Él, a quien la profunda angustia de Christiane exasperaba, se vio afectado hasta el fondo de su corazón por el primer desengaño de la niña.

Regresó, y se inclinó a su vez para hablarle:

–Vamos, cálmese, se lo suplico. Van a volver, cálmese. No merece la pena que la vean llorar.

Ella se levantó, espantada por la idea de que su hermana podría encontrarla con lágrimas en los ojos. Su garganta estaba llena de sollozos que intentaba retener, que devoraba, que volvían a entrar en su corazón para agrandar todavía más su pesar. Balbuceaba:

–Sí... sí... ya pasó... no es nada... ya pasó... Miren... no se nota... ¿verdad?... ya no se nota.

Christiane le enjuagaba las mejillas con su pañuelo, luego se lo pasaba también por las sienes. Ella dijo a Paul:

–Vaya a ver que están haciendo. Ya no se les ve. Han desaparecido bajo los bloques de lava. Mientras tanto yo voy a quedarme con esta pequeña y trataré de consolarla.

Brétigny se había levantado y, con voz temblorosa, dijo:

–Ya voy... y enseguida los traigo, pero su hermano tendrá unas palabras conmigo... hoy mismo... y me explicará su incalificable conducta después de lo que nos ha dicho el otro día.

Descendió corriendo hacia el centro del cráter.

Entre tanto Gontran, arrastrando a Louise, la había lanzado con toda su fuerza sobre la rápida vertiente del gran agujero, a fin de retenerla, de sostenerla, de hacerle perder aliento, de aturdira y de asustarla. Ella, llevada por su impulso, trataba de detenerlo y balbuceaba:

–¡Oh! no tan rápido!... ¡voy a caer!... ¡está usted loco... ¡voy a caer!

Fueron a tropezar con los bloques de lava y permanecieron de pie jadeantes ambos. Luego dieron la vuelta, contemplando unas anchas hendiduras que formaban una especie de caverna con dos entradas.

Cuando el volcán, expirando, había arrojado esa última bocanada, no pudiendo lanzarla al cielo como antaño, la había escupido espesa, medio fría, y se le había solidificado en los labios moribundos.

–Tenemos que entrar ahí –dijo Gontran.

Y empujó delante de él a la joven. Luego, cuando estuvieron en la gruta, dijo:

–Bien, señorita, llegó el momento de hacerle una declaración.

Ella quedó estupefacta:

–¡Una declaración!... ¡a mí!

–Claro que sí, en tres palabras: la encuentro adorable.

–Es a mi hermana a quién debería decir eso.

–¡Oh! Usted sabe bien que yo no me he declarado a su hermana.

–Eso lo dirá usted.

–¡Venga, no sería usted mujer si no hubiera comprendido que me he mostrado galante con su hermana para ver qué le parecía a usted!... ¡Y ver que cara me pondría!... Y me ha puesto una cara muy enfadada ¡Ay! ¡Cuánto me he alegrado! ¡Así que he intentado mostrarle, con todos los miramientos posibles, lo que pensaba de usted!...

Jamás nadie le había hablado así. Se sentía confusa y encantada, con el corazón henchido de alegría y orgullo.

El continuó:



—Soy consciente de que he sido un villano con su hermanita. Que le vamos a hacer. Ella no se ha engañado, mire. Fíjese que se ha quedado en la cima, que no ha querido seguirnos... ¡Oh! ¡Ha comprendido, ha comprendido!...

Había tomado una de las manos de Louise Oriol y le besaba las yemas de los dedos dulcemente, galantemente, murmurando:

—¡Qué bonita es usted! ¡Qué bonita es usted!

Ella, apoyada contra el muro de lava, escuchaba latir su corazón de emoción, sin decir nada. El único pensamiento que flotaba en su turbado espíritu era una sensación de triunfo: había vencido a su hermana.

De pronto una sombra apareció en la entrada de la gruta. Paul Brétigny los miraba. Gontran dejó caer de un modo natural la pequeña mano que tenía en los labios, y dijo:

— ¡Vaya, tú aquí!... ¿Estás solo?

—Sí. Nos hemos preocupado al veros desaparecer ahí debajo.

—Bien, ya regresamos, querido. Mirábamos esto. ¿Verdad que es curioso?

Louise, roja hasta las orejas, salió la primera y se puso a subir la pendiente, seguida por los dos jóvenes que hablaban en voz baja detrás de ella.

Christiane y Charlotte los miraban venir y los esperaban, tomadas de la mano.

Volvieron al coche donde había quedado el marqués; y el arca de Noé partió hacia Enval.

De repente, en medio de un bosquecillo de pinos, el landau se detuvo y el cochero comenzó a proferir juramentos; un viejo asno muerto interrumpía la carretera.

Todos quisieron verlo y se apearon. El animal estaba tendido sobre el polvo negruzco y también el era oscuro, y tan flaco que su piel, deformada por los relieves de los huesos, parecía que hubiera sido desgarrada por ellos si este no hubiese expirado. Todo el esqueleto se le marcaba bajo el pelo raído de las costillas, y su cabeza parecía enorme, una pobre cabeza con los ojos cerrados, tranquilo sobre su cama de piedras trituradas, tan tranquilo, tan muerto que parecía feliz y sorprendido de este nuevo reposo. Sus grandes orejas, lacias, yacían como andrajos. Dos llagas en carne viva en sus rodillas, decían que había caído a menudo ese mismo día, antes de abatirse por última vez; y otra herida en el costado indicaba el lugar donde su amo, después de años y años, lo pinchaba con una punta de hierro fijada al extremo de un bastón para azuzar su pesado caminar.

El cochero lo agarró por las patas traseras, lo arrastró hacia la cuneta; y el cuello se extendió como para rebuznar una vez más, para emitir un último lamento. Cuando estuvo sobre la hierba, el hombre, furioso, murmuró:

—¡Qué brutos... mira que dejar esto en medio de la carretera!

Nadie más habló; volvieron a subir al coche.

Christiane, desconsolada, conmovida, veía toda la desventurada vida de aquel animal, que había concluido así al borde de un camino: el alegre borriquillo de cabeza grande en la que brillaban unos grandes ojos, gracioso y bonachón, libre aún, entre las patas de la madre. ¡Y luego la primera carreta, la primera cuesta arriba, los primeros golpes! ¡Y luego, más adelante, la incesante y terrible marcha por las interminables carreteras! ¡Los golpes! ¡Los golpes! ¡Las cargas demasiado pesadas, los soles de justicia, y para comer un poco de paja, un poco de heno, alguna que otra rama, y la tentación de las praderas verdes a lo largo de los fatigosos caminos!

Y más tarde todavía, siendo ya anciano, la punta de hierro sustituyendo a la vara flexible, y el horroroso martirio del animal cansado, sin resuello, rendido, tirando siempre de cargas excesivas, y sufriendo en todos sus miembros, en todo su viejo cuerpo, raído como los harapos de un mendigo. Y luego la muerte, la muerte benefactora a tres

pasos de la hierba de la cuneta, donde lo arrastra, jurando, un hombre que pasa para despejar la carretera.

Por primera vez Christiane comprendió la miseria de las criaturas esclavizadas; y la muerte también se le presentó como algo bueno en ocasiones.

Adelantaron a una pequeña carreta de la que tiraban, extenuados de fatiga, un hombre casi desnudo, una mujer vestida de harapos y un perro esquelético.

Se les veía sudar y jadear. El perro, con la lengua fuera, flaco y sarnoso, iba atado a las ruedas. En esa carreta, llena de leña, sin duda robada, raíces, tocones, ramas rotas que parecían ocultar otras cosas; luego, sobre las ramas, unos andrajos y, sobre esos andrajos, un niño, nada más que una cabeza asomando entre los trapos grises, una bola redonda con dos ojos, una nariz y una boca!

Se trataba de una familia. ¡Esa estampa era una familia humana...! El asno había sucumbido a las fatigas, y el hombre, sin piedad hacia el servidor muerto, sin empujarlo siquiera hasta la cuneta, lo había dejado en mitad del camino, delante de los coches que por allí circulaban. Luego, enganchándose a su vez, con su esposa en los varales vacíos, se habían puesto a tirar como tiraba el animal antes. ¡Allá iban! ¿A dónde? ¿Qué iban a hacer? ¿Tenían algunos centavos? ¿No pudiendo comprar otro animal, seguirían tirando de esa carreta siempre? ¿Dónde se detendrían? Probablemente morirían como había muerto su borrico.

¿Estaban casado aquellos mendigos o sólo emparejados? Y su hijo haría como ellos, ese pequeño bruto aún informe, oculto bajo los sórdidos trapos.

Christiane pensaba en todo eso, y cosas nuevas surgían en el fondo de su espantada alma. Entreveía la miseria de los pobres.

De pronto Gontran dijo:

—No sé por qué, pero encontraría delicioso que cenásemos todos juntos esta noche en el café Inglés. Me daría mucho gusto ver el bulevar.

Y el marqués murmuró:

—¡Bah! Se está bien aquí. El nuevo hotel vale mucho más que el antiguo.

Pasaban por delante de Tournöel. Un recuerdo hizo latir el corazón de Christiane, al reconocer un roble. Miró a Paul quién había cerrado los ojos y no vio su humilde llamada.

Pronto vieron a dos hombres delante del coche, dos vinateros que regresaban del trabajo, llevando el binador al hombro y caminando al paso largo y cansino de los obreros.

Las pequeñas Oriol enrojecieron hasta las orejas. Eran su padre y su hermano, que regresaban a las viñas como antaño, pasaban días sudando sobre la tierra que los había enriquecido, y encorvados, con la grupa al sol, regresaban de la mañana a la noche mientras que los bonitos chalecos, doblados con esmero, reposaban en la cómoda, y los grandes sombreros en un armario.

Los dos campesinos saludaron con una sonrisa amistosa mientras que todas las manos en el landau respondían a su saludo.

Cuando llegaron, como Gontran descendió del arca para subir al Casino, Brétigny lo acompañó, y, deteniéndolo en los primeros escalones le dijo:

—Escucha, querido amigo, lo que estás haciendo no está bien y le he prometido a tu hermana hablarte de ello.

—¿Hablarme de qué?

—De tu modo de actuar desde hace algunos días.

Gontran había tomado una actitud impertinente.

—¿De actuar? ¿Respecto a qué?

—Hacia esa pequeña que has plantado de mala manera.

– ¿Tú crees?

– Sí, eso me parece... y tengo razones para creerlo así.

– ¡Bah! te has vuelto muy escrupuloso con eso de dejar plantado a alguien.

– Venga querido, no se trata de una buscona, sino de una muchacha inocente.

– Lo sé perfectamente, tanto es así que no me he acostado con ella. La diferencia es notable.

Se habían puesto a caminar, codo con codo. La actitud de Gontran exasperaba a Paul que dijo:

– Si no fuese tu amigo te diría cosas muy duras.

– Y yo no te permitiría decirlas.

– Vamos, escucha, querido amigo, esa niña me da lástima. Lloraba tanto.

– ¿Lloraba? ¡Vaya, eso me halaga!

– Venga, no bromees. ¿Qué piensas hacer?

– ¿Yo? Nada.

– Vamos a ver, has llegado lo bastante lejos con ella para comprometerla. El otro día nos decías, a tu hermana y a mí, que pensabas en esposarla...

Gontran se detuvo, y, con un tono burlón en el que se traducían una amenaza, dijo:

– Mi hermana y tú mejor haríais en ocuparos de los amoríos de los demás. Yo os he dicho que esa chica me gustaba bastante y que si me llegaba a casar con ella sería un acto sabio y razonable. Eso es todo. Ahora bien, se da el caso que ahora me gusta más la mayor. He cambiado de opinión. Eso le sucede a todo el mundo.

Luego, mirándolo directamente al rostro, le espetó:

– ¿Qué haces tú cuando una mujer deja de gustarte? ¿Te andas con miramientos?

Sorprendido, Paul Brétigny trataba de penetrar en el sentido profundo, en el sentido oculto de esas palabras. Subiéndole la indignación a la cabeza, contestó violentamente:

– Te repito que no se trata ni de una desvergonzada ni de una mujer casada, sino de una señorita a la que has engañado, sino mediante promesas, al menos por tus actitudes hacia ella. Eso no es propio, entérate, de un caballero... ni de un hombre honrado!...

Gontran, pálido, con la voz tajante, lo interrumpió:

– ¡Cállate!... Has hablado demasiado... lo he entendido muy bien... A mi vez, si yo no fuese tu amigo...te haría ver que no tengo mucho aguante. Una palabra más y todo se acaba entre nosotros, para siempre.

Luego, sopesando sus palabras, lentamente, y arrojándoselas al rostro, dijo:

– No tengo que darte explicaciones... más bien podría pedirte... Lo que no es de caballeros ni de hombres honrados es cierta falta de tacto... que puede adoptar muchas formas... de la que la amistad debería guardar a ciertas personas... y a la que el amor no sirve de disculpa...

De pronto, cambiando de tono, y casi bromeando, dijo:

– En cuanto a esa pequeña Charlotte, si ella te hace caso y si te gusta, tómala, y cástate con ella. A menudo el matrimonio es una solución en los casos difíciles. Es una solución y una plaza fuerte en la que uno se puede pertrechar contra las tenaces desesperaciones... ¡Es bonita y rica!... Algún día tendrá que ocurrirte ese accidente... Sería divertido casarnos aquí, el mismo día, pues yo me casaré con la mayor. Te lo digo en secreto, no lo propagues todavía... Ahora no olvides que eres el menos indicado para arrogarte el derecho de hablarme nunca más de probidad sentimental y de escrúpulos de afecto. Y ahora dedícate a tus asuntos. Yo me dedicaré a los míos. Buenas noches.

Y cambiando bruscamente de dirección descendió hacia el pueblo. Paul Brétigny, con el espíritu vacilante y el corazón turbado, regresó lentamente hacia el hotel del Mont-Oriol.

Trataba de comprender todo, recordar cada palabra para determinar el sentido, y se sorprendía de los giros secretos, inconfesables y vergonzosos que pueden ocultar ciertas almas.

Cuando Christiane le preguntó que le había respondido Gontran, él balbuceó:

–Dios mío, ahora él... él prefiere a la mayor... Incluso me parece que quiere casarse con ella... Y ante mis reproches un poco vehementes, me ha cerrado la boca con alusiones... inquietantes... hacia nosotros.

Christiane cayó sobre una silla murmurando:

–¡Oh! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Pero como precisamente Gontran entraba, pues acababan de anunciar la cena, éste la besó alegremente en la frente preguntando:

–Hola hermanita, ¿cómo estás? ¿No estás demasiado cansada?

Luego estrechó la mano de Paul, y volviéndose hacia Andermatt que llegaba tras él, le dijo:

–Oiga, perla de los cuñados, de los maridos y de los amigos, ¿puede decirme con exactitud cuanto vale un viejo asno muerto sobre una carretera?

## IV

Andermatt y el doctor Latonne paseaban delante del Casino, por la terraza adornada con jarrones de mármol de imitación.

– No me ha vuelto a saludar –decía el médico hablando de su colega Bonnefille – está allí encerrado, en su madriguera como un jabalí. Creo que si pudiese envenenaría nuestras fuentes.

Andermatt, con las manos enlazadas en la espalda, el sombrero de fieltro gris inclinado sobre la nuca dejando adivinar la incipiente calvicie de su frente, pensaba profundamente. Al fin dijo:

–¡Oh!, dentro de tres meses la Sociedad se pondrá de rodillas. Ya sólo discutimos por una diferencia de diez mil francos. Es ese miserable de Bonnefille que los azuza contra mí y que les hace creer que cederé. Pero se equivoca.

El nuevo inspector dijo:

–Usted sabe que han cerrado su Casino desde ayer. No tenían ningún cliente.

–Sí, lo sé, pero nosotros no tenemos suficiente gente aquí. Se permanece demasiado en los hoteles; y en los hoteles uno se aburre, querido. Hay que divertir a los bañistas, distraerlos, hacer que se les pase rápido su estancia. Los de nuestro hotel Mont-Oriol vienen todas las noches, porque están más cerca, pero los demás dudan y quedan en sus alojamientos. Es un problema de carreteras, ni más ni menos. El éxito se debe siempre a causas imperceptibles que deben saberse descubrir. Es necesario que los caminos que conducen a un lugar de recreo sean por sí mismos placenteros, la primera parte de la satisfacción que se va a conseguir al rato.

»Las comunicaciones de aquí son malas, pedregosas, duras, y fatigan. Cuando una carretera conduce a algún sitio donde uno tiene ganas de ir es cómoda, ancha, sombreada de día, fácil y poco empujada por la noche, uno la elige sin duda a las demás. ¡Si supiese usted como el cuerpo conserva el recuerdo de mil detalles que el espíritu apenas se ha tomado la molestia en retener! ¡Creo que la memoria de los animales funciona así! Ha tenido usted demasiado calor dirigiéndose a tal lugar, a dejado la piel de los pies sobre los guijarros mal distribuidos, ha encontrado una subida muy dura, mientras incluso piensa usted en otra cosa, experimentará para regresar a ese lugar una repugnancia física invencible. Charla usted con un amigo y no ha reparado en los pequeños inconvenientes de la caminata, no ha mirado nada, apreciado nada; pero sus piernas, sus músculos, sus pulmones, en definitiva todo su cuerpo no ha olvidado y dice a la mente, cuando ésta quiere volverlo a llevar por la misma carretera: “¡No, no iré, he sufrido demasiado allí!” Y la mente obedece a ese rechazo sin cuestionarlo, sometiéndose a ese lenguaje mudo de los compañeros que la conducen.

»Así pues, necesitamos buenos caminos, lo cual equivale a decir que necesito las tierras de esa mula terca del tío Oriol. Pero paciencia... ¡Ah! a propósito, Mas-Roussel ya es propietario de su chalet en las mismas condiciones que Rémusot. Es un pequeño sacrificio que a la larga nos beneficiará. Trate de saber en este momento las intenciones de Cloche al respecto.

– Hará como los demás –dijo el médico. – Pero aun hay algo en lo que he pensado desde hace algunos días y de lo que nos hemos olvidado por completo; se trata del boletín meteorológico.

–¿Qué boletín meteorológico?

– ¡En los periódicos de más tirada de Paris! ¡Es indispensable! Hace falta que la temperatura de una estación termal sea mejor, menos variable, más regularmente equilibrada que la de las estaciones vecinas y rivales. Abónese usted al boletín meteorológico de los principales órganos de opinión, y yo enviaré todas las tardes, por

telégrafo, la situación atmosférica. Lo haré de tal modo que la media a finales del año sea superior a las mejores medias de los alrededores. Lo primero que nos salta a los ojos, abriendo los grandes periódicos, es la temperatura de Vichy, de Royat, de Mont-Dore, de Châtel-Guyon, etc., etc., durante el verano, y, durante el invierno, la temperatura de Cannes, Menton, Niza, Saint-Raphael. Siempre debe hacer calor y buen tiempo, en esas regiones, querido Director, para que el parisino se diga: “¡Caramba, qué suerte tienen los que van allí!

Andermatt exclamó:

– ¡Rayos! tiene usted razón. ¿Cómo no había pensado en eso? Hoy mismo me ocuparé de eso. Hablando de cosas útiles, ¿ha usted escrito a los profesores Larenard y Pascalis? Ahí tenemos dos a los que quisiera tener aquí.

– Inabordables, mi querido Presidente... a menos... a menos que no se aseguren por ellos mismos, tras muchas experiencias, que nuestras aguas son excelentes... Pero con ellos de nada vale la persuasión... anticipada.

Pasaban por delante de Paul y Gontran, que habían acudido a tomar café después del almuerzo. Llegaban asimismo otros bañistas, sobre todo hombres, pues las mujeres, al levantarse de la mesa, siempre suben una o dos horas a sus habitaciones. Petrus Martel vigilaba a sus camareros gritando: “Un kummel, un fino, un anisete”, con la misma voz cadenciosa y profunda que pondría una hora después para dirigir el ensayo y dar el tono a la primera actriz.

Andermatt se detuvo algunos instantes a charlar con los dos jóvenes, luego retomó su paseo al lado del inspector.

Gontran, con las piernas y brazos cruzados, retrepado en la silla, la nuca apoyada en el respaldo, los ojos y el cigarro mirando al cielo, fumaba, sumido en una felicidad perfecta.

De pronto, preguntó:

– ¿Quieres dar una vuelta, dentro de un rato, al valle de Sans-Souci? Las pequeñas estarán allí.

Paul dudó, luego, tras alguna reflexión, contestó:

– Sí, me apetece.

Luego añadió:

– ¿Y tu asunto, va bien?

– ¡Caramba! ya lo creo: ella no se escapará por el momento.

Gontran había tomado ahora a su amigo por confidente, y le contaba, día tras día, sus progresos y adelantos. Incluso le hacía asistir, como cómplice, a sus citas, pues había obtenido de un modo muy ingenioso, citas de Louise Oriol.

Tras el paseo al Pico de la Nugère, Christiane, poniendo fin a las excursiones, no salía mucho y hacia difíciles los encuentros.

El hermano, contrariado al principio por esta actitud de su hermana, había buscado los medios de solucionar esa situación.

Acostumbrado a los usos de París, donde las mujeres son consideradas por los hombres de su especie, como una presa cuya caza es a menudo difícil, había usado, antaño, varias artimañas para acercarse a aquellas que él deseaba. Había sabido, mejor que nadie, emplear intermediarios, descubrir las complacencias interesadas y juzgar, de un vistazo, aquellos o aquellas que favorecerían sus intenciones.

Ahora, al faltarle la inconsciente ayuda de Christiane, había buscado en su entorno el nexo necesario, el “carácter flexible y comprensivo” como decía él, que sustituyera a su hermana; y su elección había recaído muy pronto en la esposa del doctor Honorat. Muchas razones la designaban. En primer lugar su marido estaba muy bien relacionado con los Oriol, trataba a esa familia desde hacía veinte años. Había visto nacer a los

hijos, cenaba con ellos todos los domingos, y los recibía a su mesa todos los martes. La esposa, una gorda y vieja damisela, pretenciosa, fácil de conquistar mediante halagos, debía prestar sus dos manos a cualquier deseo del conde de Ravenel, cuyo cuñado poseía el balneario de Mont-Oriol.

Por otro lado, Gontran, que era un experto en celestinas, había juzgado a la señora muy bien dotada por la naturaleza, con tan solo verla pasar por la calle. Tiene toda la pinta, pensaba, y cuando se tiene toda la pinta de ser algo, es que ese algo se lleva dentro.

Así pues, un día había entrado en su casa con la excusa de acompañar a su marido hasta la puerta. Se había sentado, había conversado, cumplimentado a la dama, y como se anunciase que la cena estaba servida, él había dicho levantándose:

–Huele muy bien. Hace usted mejor cocina que en el hotel.

La Sra. Honorat, henchida de orgullo, balbuceó:

–Dios mío... si me atreviese... si me atreviese, señor Conde...

– ¿Si se atreviese a qué, querida Señora?

–Rogarle compartir con nosotros nuestra modesta comida.

–Con toda seguridad diría sí.

El doctor, inquieto, murmuró:

–Pero no tenemos nada: el puchero, un poco de vaca, una gallina y nada más.

Gontran reía:

–Eso me basta, acepto.

Y había cenado con el matrimonio Honorat. La gruesa mujer se levantaba, iba a coger los platos de las manos de la criada, para evitar que ésta no derramase salsa sobre el mantel, y a pesar de las impacencias de su marido, servía la mesa ella.

El conde la había felicitado por su cocina, por su casa, su simpatía, y la había dejado inflamada de entusiasmo.

Había vuelto a hacer alguna que otra visita digestiva, se había dejado invitar de nuevo, y ahora entraba sin cesar en casa de la Sra. Honorat, donde las pequeñas Oriol acudían también con mucha frecuencia, desde hacía muchos años, como vecinas y amigas.

Pasaba horas entre las tres mujeres, amable con las dos hermanas, pero acentuando claramente, día tras día, su marcada preferencia por Louise.

Los celos nacidos entre ellas desde que él se había mostrado galante con Charlotte, tomaban cariz de guerra odiosa por parte de la mayor, y de desdén por parte de la menor. Louise, con su aire reservado, manifestaba en sus reticencias y maneras contenidas, ante Gontran, más coqueterías y descaros que no había hecho la otra antes con todo su libre y alegre abandono. Charlotte, herida en su corazón, ocultaba su pena por orgullo, haciendo que no veía nada, que nada comprendía, y continuaba yendo con indiferencia aparente a todos esos encuentros en casa de la Señora Honorat. No quería quedar en su casa, por temor a que se pensase que estaba sufriendo, que lloraba, que cedía el lugar a su hermana.

Gontran, demasiado orgulloso de su malicia para ocultarla, no había podido impedir contárselo a Paul. Y Paul, encontrándolo divertido, se había echado a reír. Además, desde las ambiguas frases de su amigo, se había prometido no inmiscuirse en sus asuntos, y a menudo se preguntaba con inquietud: ¿Sabe algo de lo de Christiane conmigo?

Conocía demasiado a Gontran para no creerlo capaz de cerrar los ojos acerca de una relación de su hermana. Pero entonces, ¿cómo no había dejado comprender antes que la adivinaba o la conocía? Gontran era en efecto de aquellos para quien toda mujer debe tener un amante o varios, de aquellos para quien la familia no es más que una

sociedad de apoyos mutuos, para quien la moral es una actitud indispensable para ocultar los gustos diversos que la naturaleza a puesto en nosotros, y para quien la honorabilidad en la sociedad es la fachada en la que de deben ocultar los amables vicios. Si por otro lado, si había empujado a su hermanita a casarse con Andermatt, no era con dudas, sino con la plena convicción de que ese judío sería explotado, de todos los modos posibles por toda la casa, y tal vez ¿no hubiese despreciado que Christiane se mantuviese fiel a ese marido de conveniencia y utilidad, tanto como se hubiese despreciado a si mismo si no le hubiera sacado el dinero a su cuñado?

Paul pensaba en todo esto, lo que turbaba su alma de Don Quijote moderno, dispuesto por otro lado a las capitulaciones. Ahora se había vuelto muy reservado ante ese enigmático amigo.

De ese modo, cuando Gontran le había contado como utilizada a la Señora Honorat, Brétigny se había echado a reír, e incluso desde hacía algún tiempo, se dejaba conducir a casa de esa dama, y le resultaba muy agradable charlar con Charlotte.

La esposa del médico se prestaba, con la mejor de las simpatías, al papel que se le hacía representar, ofrecía un té, hacia las cinco, como las damas de París, con unos pastelillos de su propia elaboración.

La primera vez que Paul entró en esa casa, ella lo recibió como a un viejo amigo, lo hizo sentar, le tomó el sombrero que depositó sobre la chimenea, al lado del reloj de péndulo. Luego, apresurada, diligente, yendo de un lado a otro, enorme y con el vientre prominente, preguntaba:

–¿Esta dispuesto para la merienda?

Gontran decía chascarrillos, bromeaba, reía con total despreocupación. Se llevó consigo algunos instantes a Louise hacia una ventana, bajo la alterada mirada de Charlotte.

La Señora Honorat, que conversaba con Paul, le dijo en tono maternal:

–Estas criaturas vienen aquí a charlar algunos minutos. Es algo muy inocente, ¿verdad, señor Brétigny?

–¡Oh! muy inocente, señora.

Cuando volvió en otras ocasiones, ella lo llamaba familiarmente “señor Paul”, tratándolo un poco como a un compadre.

Y desde entonces, Gontran contaba con su verbo irónico todas las disposiciones de la señora, a quien le había dicho la víspera:

– ¿Por qué no va usted nunca a pasear con esas señoritas por la carretera de Sans-Souci?

–Iremos, señor Conde, iremos.

–Mañana, hacia las tres, por ejemplo.

–Mañana, hacia las tres, señor Conde.

–Es usted un dechado de amabilidad, señora Honorat.

–A su servicio, señor Conde.

Y Gontran explicaba a Paul:

–Entenderás que en ese salón no puedo decir nada un poco tierno a la mayor en presencia de la menor. Pero en el bosque iré delante o me quedaré retrasado con Louise. ¿Vienes entonces?

–Sí, me apetece.

–Vamos.

Se levantaron y partieron tranquilamente por la carretera principal; luego, habiendo atravesado la Roche-Pradière, giraron a izquierda y bajaron hacia el valle boscoso a través de los tupidos arbustos. Cuando hubieron pasado el riachuelo, se sentaron al borde del sendero para esperar.



Las tres mujeres llegaron enseguida, en fila. Louise delante y la Señora Honorat detrás. Se hicieron los sorprendidos, tanto de una parte como de la otra, al encontrarse.

Gontran exclamó:

—¡Caramba, qué buena idea han tenido ustedes de venir por aquí!

La esposa del médico respondió:

—He sido yo quien la he tenido.

Y continuaron el paseo.

Louise y Gontran apuraban el paso poco a poco, tomando ventaja, alejándose de tal modo que se les perdía de vista en los giros del estrecho camino.

La gruesa mujer que resoplaba murmuró echándoles una indulgente mirada:

—¡Bah! cuando se es joven, se tienen piernas. Yo no puedo seguirlos.

Charlotte dijo:

—Espere, voy a llamarlos.

Se disponía a adelantarse pero la esposa del médico la retuvo:

—¡No los moleste, pequeña, si quieren hablar! No está bien molestarlos, enseguida volverán.

Y se sentó sobre la hierba, a la sombra de un pino, abanicándose con su pañuelo.

Charlotte arrojó sobre Paul una mirada de angustia, una mirada implorante y desolada.

Él comprendió y dijo:

—Bien, señorita, vamos a dejar a la señora que descanse, y nosotros alcanzaremos a su hermana.

Ella respondió impetuosa:

—¡Sí, sí, caballero!

La señora Honorat no puso ninguna objeción:

—Vayan, muchachos, vayan. Yo los espero aquí. No tarden demasiado.

Y se alejaron. Caminaron aprisa al principio, no viendo a los otros dos, y esperando darles alcance; luego, tras algunos minutos, pensaron que Louise y Gontran habían debido desviarse del camino, bien a la izquierda o a la derecha, bosque a través, y Charlotte llamó, con voz temblorosa y contenida. Nadie la respondió. Murmuró:

—¡Oh! Dios mío, ¿dónde están?

Paul se sintió invadido de nuevo por esa piedad profunda, por esa dolorosa ternura que lo había alcanzado ya en el borde del cráter de la Nugère.

No sabía que decir a esa desolada niña. Tenía ganas, unas ganas paternas y violentas de tomarla en sus brazos, de besarla, de encontrar para ella palabras dulces y consoladoras. ¿Cuáles? Ella se volvía hacia todos lados, registrando las ramas con sus asustados ojos, escuchando cualquier mínimo ruido, balbuciendo:

—Creo que están por aquí... No, por allí... ¿No oye usted nada?...

—No, señorita, no oigo nada. Lo mejor es esperarlos aquí.

—¡Oh! Dios mío... No... Tenemos que encontrarlos...

Él dudó algunos segundos, luego dijo, muy bajo:

—¿Tanta pena le da?

Ella levantó la vista hacia él con la mirada perdida, donde las lágrimas pugnaban por salir, cubriendo los ojos con una ligera nube de agua transparente todavía retenida por los párpados rodeados de largas cejas marrones. Quería hablar pero no podía, no se atrevía; y sin embargo su corazón hinchado, cerrado, tan lleno de pesares, tenía tanta necesidad de desahogarse.

El continuó:

—Lo quería usted mucho...Él no merece su amor, ea.

Ella no se pudo contener por más tiempo, y, llevando sus manos a los ojos para ocultar su llanto, dijo:

–No... no... no lo amo... él... se ha portado vilmente conmigo. Se ha burlado de mí... es un sinvergüenza... es demasiado cobarde... pero igualmente me da pena... mucho... porque es duro...sí... Pero lo que más daño me hace, es mi hermana... mi hermana...que no me quiere tampoco... y que se ha portado peor que él... Siento que ya no me quiere... en absoluto... que me detesta... yo no tenía a nadie más que a ella... ahora ya no tengo a nadie... ¡y yo no he hecho nada!....

Él no veía más que su oreja y su nuca de carne joven que se hundía en el escote de su vestido, bajo el liviano tejido, hacia formas más curvilíneas. Y se sentía lleno de compasión, de ternura, lo embargaba aquel deseo impetuoso de sacrificio que se apoderaba de él cada vez que una mujer le llegaba al alma. Y su alma fácilmente dispuesta a los estallidos de entusiasmo, se exaltaba ante ese dolor inocente, turbador, ingenuo, y cruelmente encantador.

Tendió la mano hacia ella, mediante un gesto involuntario, de igual modo que se hace para acariciar, para tranquilizar a los niños, y la posó sobre la espalda junto al hombro. Entonces sintió latir el corazón con ritmo apresurado, como se siente el corazoncito de un pájaro que se coge.

Y esos latidos continuos, precipitados, subían a lo largo de su brazo, hacia su propio corazón cuyo movimiento se aceleraba. Sentía ese toc-toc rápido, que venía de ella e iba invadiéndolo por su carne, sus músculos y sus nervios, como si ambos tuviesen un único corazón sufriendo por la misma pena, agitado por las mismas palpitaciones, viviendo la misma vida, como esos relojes que un hilo une de lejos y hace marchar juntos segundo a segundo.

Entonces ella descubrió bruscamente su rostro enrojecido, siempre hermoso, se enjuagó vivamente y dijo:

–Vamos, no debería haberle hablado de eso. Estoy loca. Volvamos aprisa junto a la señora Honorat, y olvide esta conversación.... ¿me lo promete?

–Se lo prometo.

Ella le tendió la mano.

–Confío en usted. ¡Lo considero muy honrado!

Regresaron. Él la levantó para atravesar el arroyo, como levantaba a Christiane un año antes. ¡Christiane! Cuántas veces había ido con ella por ese camino en los días que la adoraba. Pensó, asombrándose de su cambio: “¡Qué poco ha durado esa pasión!”

Charlotte, apoyando un dedo sobre su brazo, murmuraba:

–La Señora Honorat se ha dormido, sentémonos sin hacer ruido.

La Señora Honorat dormía en efecto, apoyada al pino, con su pañuelo cubriendo el rostro y las manos cruzadas sobre su vientre. Se sentaron a algunos pasos de ella, y no hablaron a fin de no despertarla.

El silencio del bosque se hizo tan profundo que se convertía para ellos penoso como un sufrimiento. No se oía más que el agua corriendo en las piedras, un poco más abajo, luego, esos imperceptibles roces de animales que pasan, esos rumores inapreciables de moscas que vuelan o de grandes insectos negros haciendo bascular las hojas muertas.

¿Dónde estaban Louise y Gontran? ¿Qué hacían? De pronto se les oyó, muy lejos; regresaban. La Señora Honorat se despertó y quedó sorprendida:

–¡Vaya, están aquí! ¡No los he oído acercarse!... Y a los otros, ¿los han encontrado?

Paul respondió:

–Ya están aquí. Ya llegan.

Se podían oír las risas de Gontran. Esa risa alivió a Charlotte de un peso que le agobiaba el espíritu. No hubiese sabido decir por qué.

Se les vio pronto. Gontran casi corría, tirando del brazo de la joven, que estaba completamente sofocada. Y, incluso antes de llegar contó su historia de la prisa que tenía por hacerlo:

—¿A qué no saben a quién hemos pillado?... Me apuesto lo que quieran... Al apuesto doctor Mazelli con la hija del ilustre profesor Cloche, como diría Will, la bonita viuda de cabellos pelirrojos... ¡Oh! allí... pillados... ¿se dan cuenta?... pillados... El la besaba, el muy tunante... ¡Como se lo cuento!... ¡como se lo cuento!...

La Señora Honorat, ante esta inmoderada alegría, tuvo un arranque de dignidad:

—¡Oh! señor Conde... ¡piense en estas señoritas!...

Gontran se inclinó profundamente.

—Tiene usted toda la razón, querida Señora, recordándome las conveniencias. Sus inspiraciones son excelentes.

Luego, a fin de no regresar juntos, los dos jóvenes saludaron a las damas y volvieron a través del bosque.

—¿Y bien? — preguntó Paul.

—Le he declarado que la adoraba y que estaría encantado de casarme con ella.

—¿Y qué dijo ella?

—Con una prudencia encomiable dijo que sería su padre quién respondería a eso.

—¿Qué harás entonces?

—Movilizar enseguida a mi embajador Andermatt para que efectúe la petición oficial. Y si ese viejo paleta no se aviene, comprometo a la hija con un escándalo.

Y como Andermatt todavía seguía hablando con el doctor Latonne en la terraza del Casino, Gontran los separó y a continuación puso a su cuñado al corriente de la situación.

Paul se fue por la carretera de Riom. Tenía necesidad de estar solo, de tal modo se sentía invadido por esa agitación de la mente y de todo el cuerpo que deja en nosotros cada encuentro con una mujer a la que se está comenzando a amar.

Desde hacía algún tiempo ya, se iba sometiendo, sin darse cuenta, al encanto penetrante y fresco de esa chiquilla abandonada. La adivinaba tan gentil, tan buena, tan sencilla, tan recta, tan ingenua, que al principio se había emocionado de compasión, de esa compasión llena de ternura que siempre nos inspira el dolor de las mujeres. Luego, viéndola con más frecuencia, había dejado germinar en su corazón esa semilla, esa pequeña semilla de ternura que crece en nosotros tan aprisa, y que empuja con tanta fuerza. Y ahora, desde hacía una hora sobre todo, comenzaba a sentirse poseído, a sentir en él esa constante presencia de la ausente que constituye el primer atisbo de amor.

Iba por la carretera, obsesionado por el recuerdo de su mirada, por el sonido de su voz, por el rictus de su sonrisa o el de sus lágrimas, por su forma de andar, incluso por el color y el temblor de su vestido.

Y se decía: “Creo que estoy colado. Me conozco. ¡Esto es un fastidio! Tal vez sería mejor que regresase a París. Por Dios, es una señorita. No puedo hacerla mi amante.”

A continuación se ponía a pensar en ella, del mismo modo que pensaba en Christiane el año anterior. Lo diferente que era de todas las mujeres que había conocido, nacidas y formadas en la ciudad, diferente incluso de las señoritas instruidas desde la infancia por la coquetería materna o la que se aprende en la calle. Ella no tenía nada de lo ficticio de la mujer preparada para la seducción, nada de doble sentido en las palabras, nada de impostura en el gesto, nada falso en la mirada.

No solamente era un ser nuevo y puro, sino que descendía de una raza primitiva, era una auténtica hija de la tierra a punto de convertirse en una mujer de ciudad.

Se exaltaba, abogando por ella contra esa vaga resistencia que todavía sentía en él. Personajes de novelas poéticas pasaban ante sus ojos, creaciones de Walter Scott, de

Dickens o de George Sand que excitaban todavía más su imaginación siempre fustigada por las mujeres.

Gontran opinaba de él: “Paul es un caballo desbocado con un amor por jinete. Cuando descabalgas a uno, otro le salta encima.”

Brétigny se dio cuenta que la noche entraba. Había caminado mucho tiempo. Regresó.

Pasando ante los nuevos baños, vio a Andermatt y a los dos Oriol, recorriendo y midiendo los viñedos; y por sus gestos comprendió que discutían con agitación.

Una hora más tarde, Will, entrando en el salón donde la familia al completo estaba reunida, dijo al marqués:

–Querido suegro, le anuncio que su hijo Gontran va a casarse, dentro de seis semanas o dos meses, con la señorita Louise Oriol.

El Señor de Ravenel se quedó pasmado:

–¿Gontran? ¿Dice usted?

–Digo que se casará, dentro de diez semanas o dos meses, con su consentimiento, con la señorita Louise Oriol, que será muy rica.

Entonces el marqués dijo sencillamente:

–Por Dios, si eso es lo que quiere a mí me parece bien.

Y el banquero contó sus gestiones con el viejo aldeano.

En cuanto supo por el conde que la joven aceptaría, quiso arrancarle, sin tardanza, el asentimiento al viticultor sin darle tiempo a preparar sus artimañas.

Corrió a su casa, lo encontró haciendo sus cuentas, con grandes dificultades, sobre una esquina de un papel grasiento, con la ayuda de Coloso que sumaba con sus dedos.

Estaban sentados:

–Bebería con gusto un vaso de su buen vino– dijo Andermatt.

Desde que el gran Jacques trajo los vasos y el jarrón lleno, preguntó si la señorita Louise había regresado; luego rogó que la llamasen. Cuando ella estuvo ante él, se levantó y, saludándola profundamente, dijo:

–Señorita, ¿quiere usted considerarme en este momento como un amigo a quién se le puede confiar todo? ¿Sí, verdad? Pues bien, estoy encargado de una misión muy delicada que la involucra a usted. Mi cuñado, el conde Raoul-Olivier-Gontran de Ravenel se ha prendado de usted, por lo que le alabo el gusto, y me ha pedido que le pregunte, ante su familia, si usted consentiría en ser su esposa.

Cogida por sorpresa, se volvió hacia su padre con una mirada turbada. Y el tío Oriol, estupefacto, miró a su hijo, su habitual consejero; y Coloso miró a Andermatt que siguió diciendo con cierta altanería:

–Comprenda usted, señorita, que yo me he encargado de esta misión con la promesa de una respuesta inmediata a mi cuñado. Él se da perfecta cuenta de que puede no ser de su agrado, en cuyo caso él abandonaría mañana mismo este pueblo para no regresar jamás. Me consta, además, que usted lo conoce lo suficiente para decirme a mí, un simple intermediario: “Quiero” o “No quiero”

Ella bajó la cabeza, y, roja, pero resuelta, balbuceó:

–Quiero, caballero.

Luego huyó tan aprisa que se golpeó con la puerta al pasar.

Entonces Andermatt volvió a sentarse y, sirviéndose un vaso de vino al modo de los campesinos, dijo:

–Ahora vamos a hablar de negocios.

Y sin siquiera admitir la posibilidad de una duda, atacó la cuestión de la dote, basándose en las declaraciones que el viticultor le había hecho, tres semanas antes. Evaluó en trescientos mil francos, más una posible herencia, la fortuna actual de

Gontran y dejó entrever que si un hombre como el conde de Ravenel consentía en pedir la mano de la joven Oriol, una encantadora persona por lo demás, era indudable que la familia de ésta sabría reconocer ese honor con un sacrificio monetario.

El campesino, muy desconcertado, pero halagado, casi desarmado, intentó defender sus bienes. La discusión fue larga. Sin embargo una declaración de Andermatt la había facilitado desde el principio.

“Nosotros no pedimos dinero al contado, ni acciones, tan solo pedimos tierras, las que usted me ha indicado que formaban parte de la dote de la señorita Louise, más algunas otras que voy a señalarle.”

La perspectiva de no desembolsar dinero, ese dinero ahorrado lentamente, entrado en la casa franco a franco, céntimo a céntimo, esa bonita moneda, plateada o dorada, gastada por las manos, las carteras, los bolsillos, las barras de los cafés, los armarios profundo de viejos armarios, esa moneda, historia sonante de tantas penas, de tantas preocupaciones, de tantas fatigas, de trabajos, tan dulce para el corazón, para los ojos, para los dedos del campesino, más querida que la vaca, que la viña, que el campo, que la casa, esa moneda más difícil de sacrificar a veces que la propia vida, la perspectiva de no verla partir con la hija, aportó enseguida una gran calma, un deseo de conciliación, una alegría secreta, pero contenida, en el alma del padre y del hijo.

Sin embargo discutieron para conservar algunas parcelas de terreno. Habían extendido sobre la mesa el plano detallado del monte Oriol; y se marcaba, una a una, con una cruz, las partes dadas a Louise. Fue necesaria una hora a Andermatt para sacarle los dos últimos bancales. Luego, a fin de que no hubiese ninguna sorpresa tanto de uno como del otro lado, fueron con el plano a los terrenos. Allí reconocieron cuidadosamente todas las fincas designadas con las cruces y les hicieron otra señal.

Pero Andermatt estaba preocupado, creyendo a los dos Oriol capaces de negar, en su primera entrevista, una parte de las cesiones consentidas, de querer recuperar trozos de viñedo, rincones útiles para sus proyectos; y buscaba un medio práctico y seguro de elevar a definitivos sus acuerdos.

Una idea atravesó su mente, al principio le hizo sonreír, luego le pareció excelente, aunque un tanto peculiar.

–Si ustedes quieren –dijo– vamos a escribir todo esto para no olvidarlo más tarde.

Y como regresasen al pueblo se detuvo ante el estanco para comprar dos papeles timbrados. Sabía que la lista de los terrenos consignados sobre esas hojas legales tendrían, a los ojos de los aldeanos, un carácter casi inviolable, pues esas hojas representaban la ley, siempre invisible y amenazadora, defendida por los gendarmes, las multas y la prisión.

Así pues, escribió sobre una hoja e hizo una copia sobre la otra:

“A consecuencia de la promesa de matrimonio intercambiada entre el conde Gontran de Ravenel y la señorita Louise Oriol, el Sr. Oriol padre concede como dote a su hija los bienes aquí consignados...”

Y los enumeró minuciosamente, indicando los números del registro catastral del municipio.

Luego, habiendo puesto la fecha y firmándolos, los hizo firmar al tío Oriol, quien a su vez había exigido la mención de la dote del novio, tras lo cual regresó al hotel con el documento en su bolsillo.

Todo el mundo reía con su historia, y Gontran más intensamente que los demás.

Entonces el marqués dijo a su hijo con gran dignidad:

–Esta noche iremos los dos a hacer una visita a esa familia, y yo mismo ratificaré la petición presentada por mi yerno, a fin de que todo sea más regular.

## V

Gontran fue un novio perfecto, tan amable como asiduo. Hizo regalos a todo el mundo con el dinero de Andermatt e iba a todo instante a ver a la novia, bien a su casa, bien a casa de la Señora Honorat. Paul, ahora, lo acompañaba casi siempre, a fin de encontrarse con Charlotte y planteándose, después de cada visita, a no volver a verla.

Ésta se había resignado valientemente al matrimonio de su hermana, e incluso hablaba de ello con naturalidad, sin parecer estar afectada en lo más mínimo. Tan solo su carácter parecía un poco cambiado, más reposado, menos extrovertido. Mientras Gontran susurraba galanterías a Louise, Gontran, a media voz, en un rincón, charlaba seriamente con ella, y se dejaba conquistar lentamente, dejando ahogar su corazón en ese amor nuevo como una marea creciente. Lo sabía y se abandonaba, pensando: “Bueno, cuando llegue el momento, sabré zafarme, eso es todo.” Al abandonarla se dirigía al domicilio de Christiane, tumbada de la mañana a la noche en un diván. Desde la puerta ya se sentía nervioso, irritado, a la defensiva contra todas las menudas disputas que el aburrimiento provoca, su actitud resignada, sus miradas de reproche y súplica le hacían subir a los labios palabras de cólera que reprimía por educación; y mantenía al lado de ella el constante recuerdo, la imagen impresa en él de la joven muchacha que acababa de dejar.

Como Christiane, atormentada por verlo tan poco, lo agobiaba a preguntas acerca de como pasaba el tiempo, él inventaba historias que ella escuchaba con atención tratando de sorprender si él pensaba en algún momento en cualquier otra mujer. La impotencia que sentía para retener a aquel hombre, impotencia para traspasarle un poco de ese amor que la torturaba, impotencia física para gustarle aún, para entregarse, para reconquistarlo con caricias puesto que no podía recobrarlo con ternura, la hacía recelar de todo sin saber dónde fijar sus temores.

Sentía vagamente un peligro planeando sobre ella, un gran peligro desconocido. Y estaba celosa de la vida, celosa de todo, de las mujeres que veía pasar desde su ventana y a las que encontraba encantadoras, sin saber siquiera si Brétigny les había hablado en alguna ocasión.

Le preguntaba:

—¿Se ha usted fijado en una muchacha muy bonita, una morena, bastante alta, que he visto antes y que ha debido llegar estos días?

Cuando el respondía que no la conocía, ella sospechaba enseguida que mentía, palidecía y volvía a preguntar:

—Pero no es posible que usted no la haya visto, me ha parecido muy hermosa.

Él se asombraba de su insistencia.

—Le aseguro que no la he visto. Intentaré encontrarla.

Ella pensaba: “Es ella seguramente”. Estaba persuadida también, ciertos días, que él ocultaba una relación amorosa en la comarca, que había hecho venir a una amante, tal vez su actriz. Interrogaba a todo el mundo, a su padre, a su hermano y a su marido, sobre todas las mujeres jóvenes y deseables que conocían en Enval.

Si al menos pudiese andar, buscar ella misma, seguirle, ella se tranquilizaría un poco, pero la inmovilidad casi absoluta que la obligaba a estar encerrada ahora le procuraba un martirio intolerable. Y cuando hablaba a Paul, el tono de su voz revelaba su dolor y avivaba en él las nerviosas impaciencias de ese amor acabado.

No podía hablar tranquilamente con ella más que de una cosa, del próximo matrimonio de Gontran, lo que le permitía pronunciar el nombre de Charlotte y pensar en voz alta en la muchacha. Y esto incluso suponía para él un placer misterioso, confuso, inexplicable, de oír a Christiane articular esa palabra, alabar la simpatía y todas

las cualidades de esa joven, sentir lástima de ella, lamentar que su hermano la hubiese sacrificado, y desear que un hombre, un corazón valiente, la comprendiese, la amase y la esposase.

Él decía:

—¡Oh! desde luego, Gontran ha hecho una tontería. Esa niña es completamente encantadora.

Christiane sin desconfianza, repetía:

—Completamente encantadora. ¡Es una perla! ¡Una perfección!

Jamás hubiese pensado que un hombre como Paul pudiese amar a una chiquilla y podría casarse algún día. No temía más que a sus amantes.

Y, por un extraño fenómeno del corazón, el elogio a Charlotte, en la boca de Christiane, tomaba para él un valor extremo y excitaba su amor, fustigaba su deseo, envolvía a la muchacha de un irresistible atractivo.

Un día, como Paul entrase con Gontran en casa de la Señora Honorat para encontrarse con las hermanas Oriol, vieron al doctor Mazelli allí instalado como en su casa.

Éste tendió sus dos manos a los hombres, con su sonrisa italiana que parecía poner todo su corazón en cada palabra y cada gesto.

Gontran y él habían forjado una amistad familiar y fútil, hecha de afinidades secretas, de similitudes ocultas, de una especie de complicidad de instintos, más que de afecto verdadero y confianza.

El conde preguntó:

—¿Y su bonita rubia del bosque Sans-Souci?

El italiano sonrió:

—¡Bah! nos hemos enfadado. Es una de esas mujeres que ofrecen todo y no dan nada.

Y se pusieron a hablar. El apuesto médico hacía todo el gasto con las jóvenes, especialmente con Charlotte. Hablando con las mujeres, hacía gala de una perpetua adoración en la voz, el gesto y la mirada. Toda su persona, de los pies a la cabeza, les decía: “¡La amo!” con una elocuencia de actitud que las ganaba infaliblemente.

Tenía dejes de actriz, ligeros atisbos de bailarina, movimientos leves de prestidigitador, toda una ciencia de seducción natural y querida de la que hacía uso de un modo continuo.

Al regresar al hotel con Gontran, Paul dijo, con un tono de mal humor:

—¿Qué es lo que ese charlatán venía a hacer en esa casa?

El conde respondió suavemente:

—¿Acaso se sabe algo con estos aventureros? Son personas que se deslizan por todas partes. Debe estar harto de su vida vagabunda, de obedecer los caprichos de su española de la que es más criado que médico y tal vez algo más aún. Está buscando. La hija del profesor Cloche era una presa interesante; se le ha escapado, a lo que dice. La segunda hija de Oriol le resultaría igual de valiosa. Lo intenta, husmea, tantea. Se convertiría en copropietario de las aguas, trataría de derrocar a ese imbécil de Latonne, y, en cualquier caso, se haría aquí, cada verano, una excelente clientela para el invierno... ¡Caramba! es su estrategia... no cabe la menor duda.

Una cólera sorda, una enemistad celosa se despertaba en el corazón de Paul.

Una voz exclamó:

—¡Eh! ¡eh!

Era Mazelli que se unía a ellos.

Brétigny le dijo con una ironía agresiva:

— ¿A dónde corre tan aprisa, doctor? se diría que está persiguiendo la fortuna.

El italiano sonrió, y sin detenerse, pero dando saltitos mientras retrocedía, hundió con airosa mímica ambas manos en sendos bolsillos,, los volvió del revés rápidamente y los mostró, vacíos ambos, separándolos con dos dedos por el final de las costuras. Luego dijo:

–Todavía no la he alcanzado.

Y girando elegantemente sobre la punta de los pies, se marchó como si tuviese mucha prisa.

Los días que siguieron lo encontraron varias veces en casa del doctor Honorat, donde resultaba útil a las tres mujeres mediante servicios menudos y amables, por las mismas cualidades de las que se había servido, sin duda, al lado de la duquesa. Sabía hacer todo a la perfección, desde los cumplidos hasta los macarrones. Además era un excelente cocinero y, preservado de las manchas con un mandil azul de sirvienta, tocado con un gorro de cocinero de papel, cantando en italiano canciones napolitanas, sin resultar nunca ridículo, divertía y seducía a todo el mundo, hasta a la tonta de la criada, que decía de él: “¡Es un Niño Jesús!”

Sus proyectos pronto fueron aparentes y Paul no dudó de que intentaba enamorar a Charlotte.

Parecía conseguirlo. Era tan halagador, tan decidido, tan hábil para gustar, que a la joven, al verlo, se le pintaba en la cara esa satisfacción que proclama la dicha del alma.

Paul, por otro lado, sin darse cuenta muy bien de su comportamiento, tomó la actitud de un enamorado y se erigió en rival. Desde que veía al doctor cerca de Charlotte, él llegaba, y, del modo más directo, se esforzaba en ganar el afecto de la joven. Se mostraba tierno con brusquedad, fraternal, abnegado, repitiéndole, con una sinceridad familiar, con un tono tan franco que apenas se podía ver en él una confesión amorosa: “¡Yo es que la quiero mucho, de verdad!”

Mazelli, sorprendido de esta rivalidad inesperada, desplegaba todas sus artes, y cuando Brétigny azuzado por los celos, por esos celos ingenuos que invaden al hombre junto a una mujer, aún cuando todavía no la ame todavía, cuando Brétigny, presa de una violencia natural, se volvía agresivo y altanero, el otro, más moderado, dueño de sí mismo siempre, respondía con agudezas, con ironías, con cumplidos hábiles y burlones.

Fue una lucha diaria en la que uno y otro se encarnizaron sin que ni el uno ni el otro, tal vez, tuviesen un plan decidido. No querían ceder, como dos perros agarrados a la misma presa.

Charlotte había recuperado su buen humor, pero con una malicia más penetrante, con algo de inexplicable, menos sincero en la sonrisa y en la mirada. Se hubiese dicho que la desertión de Gontran la había instruido, preparado para posibles decepciones, espabilado y armado. Maniobraba entre sus dos enamorados con soltura y habilidad, diciendo a cada uno lo que tenía que decirle, sin enfrentarlos jamás al uno con el otro, sin dejar nunca suponer a uno que prefería al otro, burlándose un poco de este delante de aquel y de aquel delante de este, dejándolos empatados dando la impresión de no tomarse en serio ni a uno ni al otro. Y todo eso lo hacía con sencillez, como una colegiala y no como coqueta, con ese aire travieso de las jóvenes que las hace en ocasiones tan irresistibles.

Mazelli, sin embargo, pareció sacarle de repente ventaja. Parecía haberse vuelto más íntimo con ella, como si hubiesen establecido un acuerdo secreto entre ellos. Hablándole, él jugaba ligeramente con su sombrilla y con una cinta de su vestido, lo que parecía a Paul una especie de acto de posesión moral, y lo exasperaba al punto de entrarle ganas de abofetear al italiano.

Pero un día, en casa del tío Oriol, mientras Brétigny hablaba con Louise y Gontran, al mismo tiempo que vigilaba a Mazelli que contaba en voz baja a Charlotte



algo que la hacía sonreír, de pronto la vio enrojecer con un aire tan turbado que no pudo dudar ni un segundo que el otro no le hubiese hablado de amor. Ella había bajado los ojos, ya no sonreía, pero seguía escuchando; y Paul, sintiéndose dispuesto a provocar un escándalo, dijo a Gontran:

—¿Serías tan amable de salir cinco minutos conmigo?

El conde se excusó ante su novia y siguió a su amigo.

Cuando estuvieron en la calle, Paul exclamó:

—Querido amigo, hay que impedir a cualquier precio que ese miserable italiano seduzca a esa niña indefensa.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Que la prevengas contra ese aventurero.

—Eh, querido, esas cosas no me incumben.

—Ella será tu cuñada.

—Sí, pero nada me prueba en absoluto que Mazelli tenga intenciones deshonestas hacia ella. Es galante del mismo modo con todas las mujeres, y nunca ha hecho o dicho nada inconveniente.

—Bien, si no quieres encargarte tú, seré yo quién lo haga, aunque seguramente eso me incumba menos que a ti.

—¿Estás enamorado de Charlotte?

—¿Yo?... no... pero veo claro el juego de ese bribón.

—Querido, te estás inmiscuyendo en asuntos delicados... y... ¿a menos que tu no ames a Charlotte...?

—No... no la amo... pero estoy en contra de los aventureros, eso es todo...

—¿Puedo preguntarte que vas a hacer?

—Abofetear a ese sinvergüenza.

—Bueno, es el mejor medio para que ponga los ojos en él. Os batiréis en duelo, y salga él herido o tú, se convertirá para ella en un héroe.

—Entonces, ¿qué harías tú?

—¿En tu lugar?

—En mi lugar.

—Habría con la chica amistosamente. Ella confía mucho en ti. Pues bien, le diría simplemente, en algunas palabras, lo que son esos aventureros de sociedad. Tú sabes expresarte muy bien. Tienes talento. Y le harías comprender: 1° por qué él está aferrado a la española; 2° por qué se ha dedicado a asediar a la hija del profesor Cloche; 3° por qué, no habiendo conseguido ese proyecto, se esfuerza, en último lugar, en conquistar a la señorita Charlotte Oriol

—¿Por qué no haces tú eso, tú, que serás su cuñado?

—Porque... porque... a causa de lo que ha pasado entre nosotros... vamos... no puedo.

—Me parece razonable. Le hablaré yo.

—¿Quieres que te prepare un cara a cara enseguida?

—Caramba, sí.

—Bueno, ve a dar una vuelta durante diez minutos, voy a llevarme a Louise y a Mazelli, y tú te la encontrarás sola cuando regreses.

Paul Brétigny se alejó por la zona de las gargantas de Enval, pensando como iba a comenzar esa difícil conversación.

Encontró a Charlotte Oriol sola, en efecto, en el frío salón, encalado de la morada paterna; y sentándose cerca de ella le dijo:

—He sido yo, señorita, quien ha rogado a Gontran que me preparase esta entrevista con usted.

Ella lo miró con sus ojos claros:

–¿Por qué razón?

–¡Oh! no es para contarle chistes a la italiana, es para hablarle como amigo, un amigo abnegado que la quiere aconsejar.

–Usted dirá.

Él se tomó el asunto con calma, apoyándose en su experiencia y en la inexperiencia de ella para utilizar en todo momento y suavemente frases discretas pero claras sobre los aventureros que buscan fortuna por todas partes, explotando con su habilidad profesional, a todos los seres inocentes y buenos, hombres o mujeres, a las que investigan las rentas y los corazones.

Ella se había vuelto un poco pálida y lo escuchaba, seria, absorbiendo todo lo que él decía.

Preguntó:

–Comprendo y no. ¿Habla usted de alguien, de quién?

–Hablo del doctor Mazelli.

Entonces ella bajó la mirada y permaneció algunos instantes sin responder, luego con voz vacilante, dijo:

– Es usted tan franco... que haré como usted. Desde... desde el ... desde el matrimonio de mi hermana, me he vuelto un poco menos... un poco menos tonta! Pues bien, yo ya sospechaba eso que usted me cuenta... pero solo me divertía viéndolo venir.

Ella había revelado su rostro, y, en su sonrisa, en su mirada inteligente, en su nariz respingona, en el destello húmedo y brillante de sus dientes surgidos entre sus labios, aparecía una gracia tan sincera, una malicia alegre, una picardía tan encantadora que Brétigny se sintió atraído hacia ella por uno de esos impulsos tumultuosos que lo arrojaban, loco de pasión, a los pies de su última amada. Y su corazón estaba exultante de gozo, puesto que Mazelli no era deseado. ¡Había triunfado!

Le preguntó:

–¿Entonces, usted no lo ama?

–¿A quién? ¿A Mazelli?

–Sí.

Ella lo miró con ojos tan contritos que se sintió trastornado, balbuciendo con voz suplicante:

–¿Y ... no ama usted... a nadie?

Ella respondió con la mirada baja:

–No lo sé... Yo amo a las personas que me aman.

Él agarró de repente las dos manos de la chica y, besándolas con frenesí, en uno de esos momentos de arrebato en la que la mente enloquece, en que las palabras que salen de los labios proceden de la carne alterada más que de la mente extraviada, balbuceó:

–¡Yo la amo, mi pequeña Charlotte, yo la amo!

Ella desprendió enseguida una de sus manos y la posó sobre la boca murmurando:

–¡Cállese... Se lo ruego, cállese!... Esto me haría demasiado daño si fuese otra mentira.

Se había erguido; él se levantó, la tomó en sus brazos y la besó con arrebato.

Un ruido súbito los separó; el tío Oriol acababa de entrar y los miraba espantado.

Luego gritó:

–¡Rediós! ¡Rediós!... ¡Rediós! ....¡qué descaró!...

Charlotte había salido huyendo; y los dos hombres quedaron a solas.

Paul, tras algunos instantes de confusión, trató de explicarse.

–Dios mío... Señor... me he comportado... es cierto... como un...

Pero el viejo no escuchaba; la cólera, una cólera furiosa lo dominaba y avanzaba sobre Brétigny, con los puños cerrados, repitiendo:

–¡Rediós, qué descaró!

Luego cuando estuvieron nariz con nariz, lo agarró por el cuello con sus dos manos nudosas de campesino. Pero el otro, tan alto y fuerte con esa fuerza superior que da la práctica de los deportes, se desprendió con un empujón del abrazo del auvernés, y pegándolo a la pared, le dijo:

–Escuche, tío Oriol, no se trata de pelearnos, sino de llegar a un acuerdo. He besado a su hija, es cierto... Le juro que ha sido la primera vez... y también le juro que quiero casarme con ella.

El viejo, cuyo furor físico había decaído bajo la reacción de su adversario, pero cuya cólera no había disminuido, seguía mascullando:

–¿Con qué es eso? ¡Viene a robarme a mi hija, viene por mi dinero! ¡Rediós, qué embustero!

Entonces, todo lo que tenía en el corazón le salió en un aluvión de palabras desesperadas. No se consolaba de la dote prometida a la mayor, de que sus viñas fuesen a para a manos de esos parisinos. Sospechaba ahora la miseria en la que se encontraba Gontran, la astucia de Andermatt, y, olvidando la inesperada fortuna que el banquero le aportaba, arrojaba su bilis y todo su rencor secreto contra esos desgraciados que no le dejaban dormir en paz.

Se hubiese dicho que Andermatt, su familia y sus amigos, venían cada noche a desvalijarlo, a robarle algo, sus tierras, sus fuentes y sus hijas.

Y lanzaba reproches al rostro de Paul, acusándolo también de que quería sus bienes, de ser un sinvergüenza, de seducir a Charlotte para tener sus campos.

El otro no tardó en perder la paciencia y le gritó en sus narices:

–Pero si yo soy más rico que usted, maldita sea. Tengo dinero para dar y tomar...

El viejo se calló, incrédulo pero atento, y con voz apagada, comenzó sus recriminaciones.

Ahora Paul respondía, se explicaba; y, creyéndose comprometido por aquella sorpresa de la que sólo él era culpable, proponía casarse sin reclamar la menor dote.

El tío Oriol sacudía su cabeza y sus orejas, lo hacía repetir, no comprendía. Para él, Paul era otro pobretón, otro muerto de hambre.

Y, como Brétigny exasperado le gritase en sus narices:

–Tengo más de ciento veinte mil francos de rentas, viejo cretino. ¿Lo entiende? ¡...tres millones!

El otro preguntó de pronto:

–¿Escribiría usted eso ya en un papel?

–¡Sí, claro que lo escribiría!

–¿Y lo firmaría?

–Por supuesto que lo firmaría.

–¿En un documento notarial?

–¡Sí, en un acta notarial!

Entonces, levantándose, abrió su armario, extrajo dos hojas en papel oficial del Estado y, buscando el compromiso que Andermatt, algunos días antes, había exigido de él, redactó una peculiar promesa de matrimonio en la que el novio garantizaba tres millones y que Brétigny tuvo que firmar.

Cuando Paul salió a la calle, le pareció que el mundo no giraba en el mismo sentido. Así pues, se había comprometido sin pretenderlo, y sin pretenderlo ella, por una de esas casualidades, por una de esas supercherías de los acontecimientos que cierran a uno toda salida. Murmuraba: “¡Qué locura!” Luego pensó: “¡Bah! no habría podido

encontrar nada mejor en todo el mundo”. Y se sentía alegre en el fondo del corazón, de esa trampa del destino.

## VI

El día siguiente se presentó aciago para Andermatt. Llegando a los baños, supo que el Sr. Aubry-Pasteur había muerto durante la noche de un ataque de apoplejía, en el Hotel Splendid. Aparte de que el ingeniero le era muy útil por sus conocimientos, su celo desinteresado y el cariño que había tomado a la estación termal de Mont-Oriol a la que consideraba un poco como hija suya, también era muy desalentador que un enfermo, que venía a combatir una tendencia congestiva, muriese precisamente de esa manera, en pleno tratamiento, en plena estación, al principio del éxito de la naciente ciudad.

El banquero, muy agitado, iba y venía en el despacho del inspector ausente, buscaba los medios de atribuir otro origen a esa desgracia, imaginaba un accidente, una caída, una imprudencia, la ruptura de un neurisma; y esperaba con impaciencia la llegada del doctor Latonne, a fin de que el deceso fuese hábilmente constatado sin que ninguna sospecha pudiese desvelar la causa inicial del accidente.

El médico inspector entró de repente, con la cara pálida y contrariado, y desde la puerta preguntó:

—¿Conoce usted la deplorable noticia?

—Sí, la muerte del Sr. Aubry-Pasteur.

—No, no, la huida del doctor Mazelli con la hija del profesor Cloche.

Andermatt sintió un estremecimiento correrle por la piel.

—¿Cómo?... dice usted...

—Oh, mi querido Director, ¡es una catástrofe horrorosa, una calamidad...!

Se sentó y se enjugó la frente, luego contó los hechos tal y como los había obtenido de Petrus Martel que acababa de saberlos directamente por el mayordomo del profesor.

El tal Mazelli había cortejado a la hermosa pelirroja, una ruda coqueta, una mujer de armas tomar, cuyo primer marido había sucumbido a una tuberculosis, resultado, según se decía, de su unión demasiado tierna. Pero el profesor Cloche había adivinado los proyectos del médico italiano, y no queriendo por segundo yerno a ese aventurero, lo puso de patitas en la calle enérgicamente, habiéndolo sorprendido a las rodillas de su hija.

Mazelli, salió por la puerta, pero regresó enseguida por la ventana con la escala de seda de los enamorados. Corrían dos versiones. Según la primera, él había vuelto a la hija del doctor loca de amor y de celos; según la segunda, había continuado viéndola secretamente, al mismo tiempo que parecía ocuparse de otra mujer; y, sabiendo finalmente, por su amante, que el profesor se mantenía en sus trece, la había raptado esa misma noche, provocando con ese escándalo un inevitable matrimonio.

El doctor Latonne se levantó y, acercándose a la chimenea mientras Andermatt aterrado continuaba caminando, exclamó:

—Un médico, Señor, que un médico haga semejante cosa!... ¡un doctor en medicina!... ¡qué falta de carácter!...

Andermatt, desolado, consideraba las consecuencias, las clasificaba y las sopesaba como se hace una suma. Eran las siguientes:

1º El rumor se extendería por las ciudades de las estaciones termales vecinas llegando a Paris. Aunque tomándolo por lo positivo, tal vez podría servir como publicidad. Una quincena de noticias bien redactadas en los periódicos de gran tirada atraerían con interés la atención sobre Mont-Oriol.

2º La marcha del profesor Cloche, una pérdida irreparable.

3º La marcha de la duquesa y del duque de Ramas-Aldavarra, segunda pérdida inevitable sin posible compensación.

En suma, el doctor Latonne tenía razón. Era una horrorosa catástrofe.

Entonces el banquero, volviéndose hacia el médico, dijo:

–Debe usted ir enseguida al Hotel Splendid y redactar el acta de defunción de Aubry-Pasteur de modo que no se sepa que se ha tratado de una congestión.

El doctor Latonne recogió su sombrero, luego, en el momento de partir, dijo:

–¡Ah! una noticia más que circula. ¿Es cierto que su amigo Paul Brétigny va a casarse con Charlotte Oriol?

Andermatt dio un respingo de sorpresa:

–¿Brétigny? ¡Venga ya!...¿Quién le ha contado eso?...

–Petrus Martel que lo supo por el propio tío Oriol.

–¿Del tío Oriol?

–Sí, del tío Oriol, que afirmaba que su futuro yerno poseía tres millones de fortuna.

William no sabía que pensar. Murmuró:

–De hecho es posible. Ya llevaba la mar de tiempo tirándole los tejos... ¡Pero, en tal caso... toda la colina es nuestra... toda la colina! ¡Caramba! Tengo que confirmarlo inmediatamente.

Y salió detrás del doctor para encontrarse con Paul antes del almuerzo.

Como entraba en el hotel, se le hizo saber que su esposa lo había llamado varias veces. La encontró todavía en la cama, hablando con su padre y con su hermano que ojeaba los periódicos con mirada rápida y distraída.

Se sentía muy mal, muy mal, preocupada. Tenía miedo, sin saber de qué. Y luego tenía una ida que iba creciendo hacia algunos días en su cerebro de mujer embarazada. Quería consultar con el doctor Black. A fuerza de oír a su alrededor las bromas sobre el doctor Latonne había perdido toda la confianza en él y deseaba otra opinión, la del doctor Black, cuyo éxito crecía cada vez más. Unos temores, todos los temores, las obsesiones de las que están asediadas las mujeres hacia el final de su embarazo, la atenazaban últimamente de la mañana a la noche. Desde la víspera, después de un sueño, ella se imaginaba al niño contrahecho, situado de tal manera que el parto sería imposible y que habría que recurrir a la cesárea. Y asistía en pensamiento a esa operación hecha sobre sí misma. Se veía apoyada sobre la espalda, con el vientre abierto, en una cama llena de sangre, mientras se llevaban algo rojo, que no se movía, que no gritaba, que estaba muerto. Y durante diez minutos ella cerraba los ojos para volver a ver eso, para asistir de nuevo a su horrible y doloroso suplicio. Así pues se había imaginado que solamente el doctor Black podría decirle la verdad, y lo reclamaba de inmediato, exigía que la examinase enseguida, enseguida, enseguida!

Andermatt muy turbado no sabía que responder:

–Pero mi querida niña, eso es muy difícil, dadas mis relaciones con Latonne... es... incluso imposible. Escucha, tengo una idea, voy a buscar al profesor Mas-Roussel que es cien veces más bueno que Black. No se negará a venir.

Pero ella se obstinaba. Quería ver a Black, a nadie más que a él. Tenía necesidad de verlo, de ver su gruesa cabeza de dogo a su lado. Eran unas ansias, un deseo loco y supersticioso; era imprescindible.

Entonces William trató de cambiar el curso de sus ideas:

–¿Sabes que ese intrigante de Mazelli ha raptado, esta noche, a la hija del profesor Cloche. Han partido; han enfilado a no se sabe donde. ¡Menuda historia!

Ella se había levantado sobre su almohada, con los ojos dilatados por la pena y balbuceó:

—¡Oh! la pobre duquesa... pobre mujer, que lástima me da.

Su corazón, desde hacia tiempo, había comprendido a ese corazón herido y apasionado. Ella sufría del mismo mal y lloraba las mismas lágrimas.

Pero continuó insistiendo:

—Escucha, Will, ve a buscar al Doctor Black. ¡Creo que voy a morir si no viene!

Andermatt le tomó la mano y se la besó tiernamente:

—Vamos, mi pequeña Christiane, se razonable... entiéndelo...

Vio lágrimas en sus ojos, y, volviéndose hacia el marqués, dijo:

—Es usted quién debería hacer esto, mi querido suegro. Yo, yo no puedo. Black viene aquí todos los días durante una hora para ver a la princesa de Maldebourg. Deténgalo al paso y hágale entrar en el cuarto de su hija. Puedes esperar una hora, ¿verdad, Christiane?

Ella estuvo de acuerdo en esperar una hora, pero se negó a levantarse para almorzar con los hombres que pasaron solos al comedor.

Paul ya estaba allí. Andermatt, al verlo, exclamó:

—¡Ah! dígame, ¿qué es eso que me han contado antes? ¿Se casa usted con Charlotte Oriol? ¿Eso no es cierto, verdad?

El joven respondió a media voz, arrojando una mirada inquieta a la puerta cerrada:

—¡Pues sí!

Al no saberlo nadie todavía, los tres permanecían atónitos ante él.

William preguntó:

—¿Qué es lo que le ha pasado a usted? Con su fortuna, ¿casarse? ¿aferrarse a una mujer cuando las tiene usted todas? Y además la familia deja mucho que desear en cuanto a elegancia. ¡Es bueno para Gontran que no tiene un céntimo!

Brétigny se echó a reír:

—Mi padre hizo su fortuna con las harinas, era un molinero... al por mayor. Si usted lo hubiese conocido, también habría podido decir de él que le faltaba elegancia. En cuanto a la joven...

Andermatt lo interrumpió:

—¡Oh! perfecto... delicioso... perfecto... y... usted sabe... ella será también rica como usted... sino más... respondo de ello, sí señor, ¡yo respondo de ello!...

Gontran murmuraba:

—Sí, ese matrimonio nada lo impide y cubre las retiradas. Solo que Paul ha hecho mal no avisándonos. ¿Cómo diablos ha sido el asunto, amigo mío?

Entonces Paul contó los hechos modificándolos un poco. Contó sus dudas que exageró, y su súbita decisión cuando una palabra de la muchacha le había permitido creerse amado. Contó la inesperada entrada del tío Oriol, su disputa, amplificándola, las dudas del aldeano sobre su fortuna y el papel timbrado extraído del armario.

Andermatt, riendo hasta el llanto, golpeaba la mesa con el puño:

—¡Ah! ¡lo ha vuelto a hacer, el truco del papel timbrado! Eso es de mi invención.

Pero Paul balbuceaba, enrojando un poco:

—Le ruego que todavía no anuncie esta noticia a su esposa. Dada nuestra buena amistad, es más correcto que se lo comunique yo personalmente...

Gontran miraba a su amigo con una sonrisa extraña y alegre que parecía decir:

—¡Eso está muy bien, todo eso está muy bien! Así es como deben acabar las cosas, sin ruido, sin historias, sin dramas.

Éste propuso:

— Si quieres, querido Paul, iremos juntos después del almuerzo, cuando se levante, y le participarás tu decisión.

Sus ojos se encontraron, fijos, llenos de pensamientos desconocidos, luego se desviaron.

Y Paul respondió con indiferencia:

–Sí, me parece bien, volveremos a hablar de esto más tarde.

Un sirviente del hotel entró para anunciar que el doctor Black acababa de llegar con la princesa; y el marqués salió a fin de pillarlo al paso.

Le expuso al médico la situación, el compromiso de su yerno y el deseo de su hija, y éste se dejó conducir sin resistencia.

Desde el momento que el hombrecillo de gran cabeza entró en el cuarte de Christiane, ésta dijo:

–Papa, déjanos– dijo.

Y el marqués se retiró. Entonces ella enumeró sus preocupaciones, sus terrores, sus pesadillas, con voz baja y dulce, como si se estuviese confesando. Y el médico la escuchaba como un sacerdote, abarcándola a veces con sus grandes ojos redondos, demostrando su atención por un pequeño movimiento de cabeza, murmurando un: “De acuerdo” que parecía decir: “Conozco su caso al dedillo y la curaré cuando yo quiera”.

Cuando la joven acabó de hablar, él se puso a su vez a interrogarla con extrema minuciosidad de detalles sobre su vida, sus costumbres, su régimen, su tratamiento. Tanto parecía aprobar como un gesto, como profería un “¡Oh” lleno de reservas. Cuando ella le hizo partícipe de su gran temor a que el bebé estuviese mal colocado, él se levantó, y, con un pudor eclesiástico, la palpó con sus manos a través de las sábanas, luego declaró: “No, está muy bien.”

Ella tuvo ganas de besarlo. ¡Que gran hombre era ese médico!

Tomó una hoja de papel sobre la mesa y escribió la receta. Fue larga, muy larga. Luego se acercó a la cama y, con un tono distinto, para probar que había acabado su tarea profesional y sagrada, se puso a charlar.

Tenía la voz profunda y grave, una voz potente de enano contrahecho; y en sus frases más triviales se ocultaban preguntas. Habló de todo. El matrimonio de Gontran parecía interesarle mucho. Luego, con su desagradable sonrisa de ser deforme, dijo:

–Y todavía no le digo nada de la boda del señor Brétigny, aunque no sea ya ningún secreto, pues el tío Oriol se lo va contando a todo el mundo.

Tuvo ella una especie de desmayo que le empezó por la punta de los dedos y le fue invadiendo luego todo el cuerpo, los brazos, el pecho, el vientre, las piernas. Y, sin embargo, no acababa de entenderlo, pero un miedo terrible a no enterarse de todo la volvió súbitamente prudente, y balbuceó:

–¡Ah! ¿Y qué es lo que cuenta el tío Oriol a todo el mundo?

–Sí, sí. Me lo ha dicho a mí mismo no hace más de diez minutos. Parece que el señor Brétigny es muy rico, y que ama a la pequeña Charlotte desde hace tiempo. Además fue la señora Honorat la que ha propiciado estas dos uniones. Las jóvenes parejas contaban con ella y con su casa para verse...

Christiane había cerrado los ojos. Había perdido la consciencia.

A la llamada del doctor, una asistenta acudió presta; luego aparecieron el marqués, Andermatt y Gontran que fueron a buscar vinagre, éter, hielo y veinte cosas más diversas e inútiles.

De pronto la joven mujer hizo un movimiento, volvió a abrir los ojos, levantó los brazos y emitió un grito desgarrador retorciéndose en su cama. Trataba de hablar, balbuceaba:

–¡Oh qué dolor... Dios mío... qué dolor... en los riñones... me desgarran... ¡Oh! Dios mío...– Y volvía a gritar.

Enseguida se reconocieron los síntomas de un parto.



Entonces, Andermatt salió corriendo para buscar al doctor Latonne y lo encontró acabando su comida:

–Venga aprisa... a mi esposa le ocurre un percance... rápido...

Luego se le ocurrió una estrategia y contó como el doctor Black se encontraba en el hotel en el momento de los primeros dolores.

El propio doctor Black confirmó esa mentira a su colega:

–Acababa de entrar con la princesa cuando se me avisó que la señora Andermatt se encontraba mal. He acudido. ¡Y menos mal que he llegado a tiempo!

Pero William, muy emocionado, con el corazón desbocado, la mente turbada, fue presa de serias dudas sobre la valía de los dos hombres, y salió de nuevo, sin ni siquiera coger el sombrero, para correr a casa del profesor Mas-Roussel y suplicarle que acudiese. El profesor consintió en ello de inmediato, se abotonó su levita con gesto maquinal de médico que va a hacer sus visitas, y se puso en marcha a pasos apresurados, a grandes pasos de hombre eminente cuya presencia puede salvar una vida.

Cuando entró, los otros dos, llenos de deferencia, le consultaron con humildad, repitiendo juntos o casi al mismo tiempo:

–Esto es lo que ha pasado, querido Maestro... ¿No lo cree así, querido Maestro?...¿No sería conveniente, querido Maestro...?

Andermatt a su vez, angustiado por los alaridos de su esposa, acosaba a preguntas al doctor Mas-Roussel, llamándolo también “querido Maestro”, sin parar.

Christiane, casi desnuda delante de esos hombres, no veía ya nada, no sabía nada, no comprendía nada; sufría de un modo tan atroz que toda idea se había esfumado de su mente. Le parecía que le serraban el costado y la espalda, por la cintura, con una larga sierra de dientes embotados que la destrozaba los huesos y los músculos, despacio, de manera intermitente, a sacudidas, parándose y volviendo a empezar de forma cada vez más terrible.

Cuando esta tortura se mitigaba algunos instantes, cuando los desgarros de su cuerpo dejaban aflorar de nuevo su razón, entonces un pensamiento se alojaba en su alma, más cruel, más agudo, más espantoso que el dolor físico: él amaba a otra mujer y se iba a casar.

Y para que esa mordedura que le roía la mente se apaciguase de nuevo, se esforzaba en despertar el atroz suplicio de su carne; movía el vientre y las caderas; y cuando la crisis volvía a comenzar, por lo menos no pensaba.

Estuvo martirizada de ese modo durante quince horas, tan rendida por el sufrimiento y la desesperación que desearía morirse, esforzándose por morir en esos espasmos que la retorcían. Pero, tras una convulsión más larga y más violenta que las otras, le pareció que todo el interior de su cuerpo salía de ella de golpe! Todo se acabó; sus dolores se calmaron como olas que se apaciguan; y el alivio que experimentó fue tan grande que su pena permaneció unos momentos embotada. Cuando se le hablaba ella respondía con voz muy cansada, muy baja.

De pronto el rostro de Andermatt se inclinó hacia el suyo y le dijo:

–Ella vivirá... es casi de nueve meses... Es una niña...

Christiane sólo pudo susurrar:

–¡Ah! ¡Dios mío!

Así que tenía una hija, una hija viva, que crecería... ¡una hija de Paul! Y tuvo ganas de ponerse a gritar, de tal modo esa nueva desgracia le hería el corazón. ¡Tenía una hija! ¡No la quería!... ¡No la vería!... ¡Nunca la tocaría!

La habían vuelto a acostar, la habían atendido, la habían besado. ¿Quién? Su padre y su marido sin duda. Ella no sabía. Pero él, ¿dónde estaba? ¿Qué hacía? ¿Qué feliz se hubiese sentido en ese momento si él la hubiese amado!

El tiempo pasaba, las horas se sucedían sin que ella pudiese distinguir el día de la noche, pues solamente sentía la quemadura de este pensamiento: él amaba a otra mujer.

De pronto se dijo: “¿Y si no es cierto?... ¿Cómo es posible que yo no me hubiese enterado de ese matrimonio antes que ese médico?”

Luego sospechó que se lo habían ocultado. Paul había tenido mucho cuidado de que ella no lo supiese.

Miró entorno suyo para ver quien estaba allí. Una mujer desconocida velaba cerca de ella, una mujer del pueblo. No se atrevió a interrogarla. ¿A quién podría preguntarle?

De repente alguien empujó la puerta. Su marido entraba de puntillas. Viéndola con los ojos abiertos, se acercó:

–¿Estás mejor?

–Sí, gracias.

–Nos has preocupado mucho desde ayer. Pero el peligro ya ha pasado. Por cierto que tenemos un problema. He telegrafiado a nuestra amiga, la Señora Icardon, que debía venir para tu parto, advirtiéndole la incidencia y suplicándole que venga. Resulta que está cuidando a su sobrino, afectado de escarlatina... Tú sin embargo no puedes quedar sin nadie junto a ti, sin una mujer un poco... un poco... adecuada... Así pues una dama de aquí se ha ofrecido para cuidarte y hacerte compañía todos los días, y a fe mía que he aceptado. Se trata de la Señora Honorat.

¡Christiane recordó de pronto las palabras del doctor Black! La sacudió un sobresalto de miedo; y gimió:

–¡Oh, no... no... ella no... ella no!...

William no comprendía e insistía:

–Escucha, se perfectamente que es muy vulgar, pero tu hermano la aprecia mucho; le ha sido muy útil; y además dicen que es una antigua comadrona que Honorat conoció tratando a una enferma. Si te resulta inaguantable, la despediré al día siguiente. Pero por probar no perdemos nada. Déjala venir una o dos veces.

Ella se callaba, pensando. Una necesidad de saber, de saber todo, entraba en ella tan violentamente que la esperanza de sonsacar a aquellas mujer, sin intermediarios, de arrancarle una por una las palabras que le romperían el corazón, le infundían ahora deseos de contestar: “Ve... ve a buscarla inmediatamente... inmediatamente... ¡Tráela de una vez!”.

Y a ese irresistible deseo de saber, se añadía también una extraña necesidad de sufrir mas intensamente, de revolcarse en su desgracia como se revuelca uno en unas zarzas, una necesidad misteriosa, malsana, exaltada de martirio que exigía dolor.

Entonces balbuceó:

–Sí, de acuerdo, tráeme a la Señora Honorat.

De pronto sintió que no podría esperar por más tiempo sin estar segura, bien segura de esa traición; y preguntó a William con voz débil como un sople:

–¿Es cierto que el señor Brétigny se casa?

Él respondió tranquilamente:

–Sí, es cierto. Te lo habría dicho antes si hubiese podido hablarte.

Ella continuó:

–¿Con Charlotte?

–Con Charlotte.

William también tenía una idea fija que no lo abandonaba: su hija, apenas recién nacida, y que acababa de mirar todo el rato. Se indignó de que las primeras palabras de Christiane no fuesen para reclamar a la niña; y, con tono de dulce reproche, le dijo:

– ¿Y bien, como es eso, todavía no has pedido a la pequeña? ¿Sabes que se porta muy bien?

Ella se sobresaltó como si él hubiese tocado una llaga en carne viva; pero debía pasar por todas las estaciones del calvario.

–Tráemela– dijo.

Él desapareció al pie de la cama, detrás de la cortina, luego regresó, con el rostro iluminado de orgullo y felicidad, trayendo en su regazo, de un modo torpe, un atillo de ropas blancas.

La dejó sobre la almohada bordada, cerca de la cabeza de Christiane que estaba sofocada de emoción, y él dijo:

–¡Aquí tienes, mira que hermosa es!

Ella miró

El apartaba, con dos dedos, los ligeros encajes con los que estaba tapado un pequeño rostro rojo, tan pequeño, tan rojo, con los ojos cerrados, y cuya boca se movía.

Y ella pensaba, inclinada sobre ese comienzo de ser: “Es mi hija... la hija de Paul... Eso es lo que me hace sufrir tanto... Eso.. eso... eso... es mi hija!...”

Su repulsión hacia el bebé cuyo nacimiento había desgarrado tan ferozmente su pobre corazón y su tierno cuerpo de mujer, acababa de desaparecer de repente; ahora lo contemplaba con una curiosidad ardiente y dolorosa, con un asombro profundo, un asombro de animal que ve salir de ella a su primera cría.

Andermatt esperaba a que ella la acariciase con pasión. Quedó sorprendido y afectado, y preguntó:

–¿No le das un beso?

Ella se inclinó dulcemente hacia la carita roja; y a medida que aproximaba sus labios, los sentía atraídos, llamados por ella. Y cuando los hubo posado, cuando la tocó, la notó un poco húmeda, un poco caliente, caliente de su propia vida y le pareció que ya no podría apartar los labios de aquella carne infantil, que los iba a dejar allí para siempre.

Algo rozó su mejilla; era la barba de su marido, que se inclinaba para besarla. y cuando la hubo estrechado un buen rato contra él quiso también besar a su hija, y, estirando los labios, le dio unos golpecitos muy suaves en la nariz.

Christiane, con el corazón crispado por esa caricia, miraba, a su lado, a su hija y a él... ¡y a él!

Él pronto quiso llevar al bebé a su cuna.

–No –dijo ella– déjala algunos minutos más, que la sienta cerca de mi cabeza. No hables mas, no te muevas, déjanos, espera.

Pasó uno de sus brazos por encima del cuerpo tapado por las ropas, puso su frente muy cerca de la carita gesticulante, cerró los ojos, y no se movió, sin pensar en nada.

Pero William, al cabo de algunos minutos, le tocó suavemente en el hombro:

–¡Vamos, querida, hay que ser razonable! No te convienen las emociones, como sabes, ¡nada de emociones!

Entonces se llevó a su hija que la madre siguió con la vista hasta que hubo desaparecido detrás de la cortina de la cama.

Luego él regresó:

–De acuerdo, te enviaré mañana por la mañana a la Señora Honorat para hacerte compañía.

Ella respondió con voz firme:

–Sí, amigo mío, puedes traérmela... mañana por la mañana.

Y se tumbó en la cama, fatigada, rota, un poco menos desgraciada, tal vez.

Su padre y su hermano vinieron a verla en la primera noche y le contaron las historias de la comarca, la precipitada marcha del profesor Cloche a la búsqueda de su hija, y las suposiciones acerca de la duquesa de Ramas, a la que nadie había vuelto a

ver, aunque todo el mundo pensaba que se había marchado también en busca de Mazelli. Gontran reía con esas aventuras, extrayendo una moral cómica de esos acontecimientos.

–Son increíbles estas estaciones termales. ¡Son los únicos reinos de las hadas que quedan en la tierra! En dos meses pasan en ellos más cosas que en el resto del universo durante el resto de año. Se podría decir realmente que las fuentes no están mineralizadas, sino embrujadas. Y siempre es lo mismo, en Aix, Royat, Vichy, Luchon, y en las zonas costeras también, en Dieppe, Étretat, Trouville, Biarritz, Cannes, Niza. Se encuentran allí ejemplares de todos los países, de todo el mundo, aventureros pasmosos, una mezcla de razas y de personas que no se encuentran en ninguna otra parte, y unas aventuras prodigiosas. Las mujeres se liberan con una facilidad y una prontitud exquisitas. En París se resisten, en los balnearios caen, ¡zas! Los hombres encuentran allí fortuna, como Andermatt, otros la muerte como Aubry-Pasteur, otros algo peor que eso... y se casan... como yo... y como Paul. ¡Que cosa más tonta y graciosas! ¿Sabías lo de la boda de Paul, verdad?

Ella murmuró:

–Sí, William me lo ha dicho antes.

Gontran continuó:

–Hace bien, pero que muy bien. Es una mujer del campo... Bueno, ¿y qué?, vale más que una hija de aventureros o que una mujer de la vida sin ir más lejos. Conozco a Paul. Habría acabado por casarse con una buscona que se le hubiese resistido seis semanas. Y para resistírsele hay que ser muy atravesada o muy inocente. El ha caído con la inocente. Mejor para él.

Christiane escuchaba, y cada palabra que entraba en sus oídos le llegaba al corazón, haciéndole daño, un daño horrible.

Cerrando los ojos, dijo:

–Estoy muy cansada. Me gustaría dormir un poco.

Ellos la besaron y salieron de la habitación.

No pudo dormir, en tanto que su pensamiento se había despertado activo y torturante. Esta idea de que él no la amaba ya, se le hacía completamente intolerable, que si no hubiese sido por la presencia de aquella mujer, de aquella enfermera adormilada en un sillón, se habría levantado, habría abierto su ventana, y se habría arrojado a las escalinatas. Un delgado rayo de luna entraba por una abertura de sus cortinas y proyectaba sobre el suelo una pequeña mancha redonda y clara. Ella la vio; todos sus recuerdos la asaltaron juntos: el lago, el bosque, ese primer “La amo”, apenas oído, y la carretera de La Roche-Pradière. De repente vio ese camino iluminado por una noche llena de estrellas, y a él, a Paul, tomando por la cintura a una mujer y besándola en la boca a cada paso que daba. La reconoció. Era Charlotte. Él la estrechaba contra sí, sonreía como sabía sonreír, le murmuraba en el oído palabras tan dulces como él sabía decir, luego se arrojaba a sus rodillas y besaba la tierra que ella pisaba como la había besado ante Christiane. Fue tan duro, tan duro para ella que, volviéndose y ocultando el rostro en la almohada, rompió en sollozos. Emitía casi gritos, tanto su desesperación le martirizaba el alma.

Cada latido de su corazón subía a su garganta, martilleaba sus sienes, le pronunciaba estas palabras: –Paul, - Paul, - Paul – interminablemente repetido. Tapaba sus oídos con sus manos para no oírlo, hundía su cabeza bajo las sábanas; pero él sonaba en el fondo de su pecho, ese nombre, con cada uno de los latidos de su corazón que no podía aplacar.

La enfermera despertó y le preguntó:

–¿Se encuentra mal, señora?

Christiane se volvió, con el rostro bañado en lágrimas, y murmuró:

–No, dormía, soñaba... He tenido miedo.

Luego le pido que encendiese dos velas para no ver el rayo de luna.

Sin embargo al amanecer, se adormiló.

Había dormido algunas horas cuando entró Andermatt, trayendo consigo a la Señora Honorat. La gruesa mujer, muy familiar de inmediato, se sentó cerca de la cama, tomó las manos de la parturienta, le preguntó como un médico, luego, satisfecha por las respuestas, declaró:

–Vamos, vamos, esto va bien – Entonces quitó su sombrero, sus guantes, su chal y dirigiéndose a la enfermera, dijo:

– Puede usted irse, hija mía. Venga usted si se le llama.

Christiane, sublevada ya por el asco, dijo a su marido:

– Dame un poco a mi hija.

Como el día anterior, William trajo al bebé besándolo con ternura, y lo depositó sobre la almohada. Y, como la víspera también, sintiendo contra su mejilla, a través de los tejidos, el calor de ese cuerpo desconocido, prisionero en las ropas, ella fue penetrada de pronto por una calma bienhechora.

De súbito la pequeña comenzó a gritar, lloraba con voz aguda y penetrante.

– Quiere mamar – dijo Andermatt.

Él llamó, y apareció la nodriza, una enorme mujer sonrosada, con una boca de ogresa, llena de dientes grandes y brillantes que casi dieron miedo a Christiane. Y de su camisa abierta extrajo una pesada teta, blanda y cargada de leche como las que penden del vientre de las vacas. Y cuando Christiane vio a su hija beber de esa ubre, tuvo ganas de agarrarla, de retirarla, un poco celosa y disgustada.

La Señora Honorat daba consejos a la nodriza, que se iba llevándose consigo al bebé.

Andermatt salió también. Las dos mujeres quedaron solas.

Christiane no sabía como hablar de lo que torturaba su alma, temía mostrarse demasiado afectada, perder la cabeza, llorar, traicionarse. Pero la Señora Honorat se dispuso a hablar sola, sin que nada se le preguntase. Cuando hubo contado todos los sucesos que ocurrían en la comarca, se puso a hablar de la familia Oriol:

– Son buena gente – decía –, muy buena gente. Si hubiese usted conocido a la madre, ¡qué mujer honrada y valiente! Valía por diez, Señora. Sus hijas, además, tienen mucho de ella.

Luego, como abordase otro tema, Christiane dijo:

– ¿A cuál de las dos prefiere usted, a Louise o a Charlotte?

– ¡Oh! yo, señora, yo quiero más a Louise, a la de su hermano, es más formal, más modosa. Es una mujer de orden. Pero mi marido prefiere a la otra. Los hombres, como usted sabe, tienen sus gustos que no son como los nuestros.

Se cayó. Christiane, cuya valor se debilitaba, balbuceó:

– Mi hermano veía a menudo a su novia en casa de usted.

– ¡Oh! sí, Señora, ya lo creo, todos los días. ¡Todo se fraguó en mi casa, todo! Yo los dejaba hablar, a esos jóvenes, comprendiendo bien el asunto. Pero lo que me ha producido realmente más placer, fue ver al Sr. Paul bebía los vientos por la pequeña.

Entonces Christiane, con voz casi inaudible, dijo:

– ¿La ama mucho?

– ¿Qué si la ama? Estaba realmente loco por ella estos últimos tiempos. Y además como el italiano, ese que se ha llevado a la hija del doctor Cloche, rondaba un poco alrededor de la pequeña, tendría usted que haberlo visto, ¡he llegado a creer que iban a

batirse!... ¡Ah! si hubiese visto usted la mirada del Sr. Paul! Miraba a la niña como a la Santísima Virgen!... ¡Da gusto ver a alguien tan enamorado!

Entonces Christiane la interrogó sobre todo lo que había pasado ante ella, sobre lo que habían dicho, lo que habían hecho, sobre sus paseos por los valles de Sans-Souci, donde tantas veces él le había hablado de su amor. Planteaba preguntas inesperadas que sorprendían a la gruesa mujer, sobre cosas en las cuales nadie hubiese pensado, pues comparaba sin cesar, acordándose de mil detalles vividos por ella el año pasado, todas las delicadas galanterías de Paul, sus recomendaciones, sus ingeniosas invenciones para agradarla, todo el despliegue de atenciones encantadoras y cariñosos cuidados que demuestran en un hombre el imperioso deseo de seducir; y quería saber si él había hecho todo eso con la otra, si había vuelto a comenzar ese asedio de un alma con el mismo ardor, con idéntico arrebató, con igual irresistible pasión.

Y cada vez que reconocía un pequeño hecho, un mínimo detalle, una de esas deliciosas naderías, unas de turbadoras sorpresas que provocan una aceleración en los latidos del corazón, y del cual Paul era pródigo cuando amaba, Christiane, tumbada en su cama, emitía un pequeño “¡Ah!” de sufrimiento.

Asombrada por ese extraño grito, la Señora Honorat afirmaba con más energía:

–Claro que sí. Es como se le cuento, todo como se lo cuento. Jamás he visto a un hombre tan enamorado como él.

–¿Le recitaba poemas?

–Ya lo creo, Señora, y de bella factura.

Y cuando se calaban las dos, no se oía más que el canto monótono y suave de la nodriza, durmiendo al bebé en el cuarto contiguo.

Se oyeron pasos aproximándose por el corredor. Los señores Mas-Roussel y Latonne venían a visitar a su enferma. La encontraron agitada, un poco peor que la víspera.

Cuando hubieron partido, Andermatt abrió la puerta, y, sin entrar, dijo:

–Es el doctor Black que desea verte. ¿Estás dispuesta?

Ella gritó, levantándose en su cama:

–No... no... no quiero... ¡no!

William se acercó estupefacto:

–Pero sin embargo, escucha... deberías... se le debe... deberías...

Tenía los ojos tan desencajados y la boca le temblaba de tal manera que parecía haber enloquecido Repitió, con voz aguda, tan fuerte que debía atravesar todas las paredes:

–¡No... no... jamás!... ¡qué no vuelva nunca más!...¿entiendes?... ¡nunca!...

Y luego, sin saber lo que decía, y señalando con su brazo extendido a la Señora Honorat de pie en medio de la habitación, dijo:

–A ella también... ¡échala!... ¡no quiero verla!... ¡échala!...

Él se arrojó hacia su esposa, la tomó en sus brazos, le besó la frente:

–Mi pequeña Christiane, cálmate... ¿Qué te ocurre?... ¡cálmate!

Ella ya no podía hablar. Las lágrimas le corrían:

–Que se vayan todos – dijo – y quédate sólo conmigo.

Él se dirigió, confundido, hacia la mujer del médico y acompañándola suavemente hasta la puerta, le dijo:

–Déjenos algunos instantes, se lo ruego, es la fiebre, la fiebre posparto. Voy a tranquilizarla. Volveré a llamarla más tarde.

Cuando volvió a la cama, Christiane estaba acostada y lloraba de un modo continuo, sin sacudidas, abatida. Y por primera vez en su vida, él rompió a llorar también.

En efecto, la fiebre posparto se declaró durante la noche, y sobrevino el delirio.

Después de algunas horas de extrema agitación, la parturienta se puso de pronto a hablar.

El marqués y Andermatt, que habían querido permanecer a su lado, y jugaban a las cartas, contando las puntuaciones en voz baja, se creyeron llamados, se levantaron y se dirigieron a la cama.

Ella no los vio, o no los reconoció. Completamente pálida sobre su blanca almohada, con sus cabellos rubios despeinados sobre los hombros, miraba con sus ojos azules, el mundo desconocido, misterioso y fantástico donde viven los locos.

Sus manos, extendidas sobre las sábanas, se movían a veces, agitadas por un movimiento convulso e involuntario, con estremecimientos y sobresaltos.

No parecía estar hablando con nadie, sino viendo y contando. Y las cosas que decía parecían sin sentido, incomprensibles. Encontró una roca demasiado alta para saltar. Tenía miedo de torcerse un tobillo, y luego no conocía lo bastante al hombre que le tendía los brazos. Después habló de perfumes. Daba la impresión de estar buscando frases olvidadas: ¿Hay algo más dulce?... Embriaga como el vino... El vino embriaga el pensamiento, pero el perfume embriaga los sentidos... Con el perfume se degusta la esencia misma, la esencia pura de las cosas y del mundo... de aprecian las flores... los árboles... la hierba de los campos... se distingue hasta el alma de las residencias antiguas latente en los muebles, las viejas alfombras y las ajadas cortinas...

Luego su rostro se contrajo, como si hubiese estado sometida a una prolongada fatiga. Subía una pendiente lentamente, pesadamente, y decía a alguien:

—¡Oh! llévame en brazos, te lo ruego, voy a morir aquí! No puedo caminar más. Llévame como lo hacías por encima de las gargantas. ¿Te acuerdas?... ¡Cómo me amabas!

Luego emitió un grito de angustia; algo horroroso sucedía ante sus ojos. Veía un animal muerto delante de ella y suplicaba que lo retiraran de allí sin hacerle daño.

El marqués dijo en voz baja a su yerno:

—Piensa en un asno que hemos encontrado regresando de la Nugère.

Ahora le hablaba a ese animal muerto, lo consolaba, le contaba que ella también era muy desgraciada, mucho más desgraciada porque la habían abandonado.

Luego, de pronto, rechazó algo que le exigían. Gritaba:

—¡Oh! no, eso no! ¡Oh! ¡eres tú... tú... que quieres hacerme tirar de ese carro!...

Entonces empezó a jadear, como si, efectivamente, hubiera ido tirando de un carro. Lloraba, se quejaba, emitía gritos, y durante más de media hora, subió esa pendiente, tirando con esfuerzos terribles de la carreta del asno, sin duda.

Alguien la golpeaba duramente, pues ella decía:

—¡Oh! ¡qué daño me haces! Al menos no me pegues, caminaré... pero no me pegues más, te lo suplico... ¡Haré lo que quieras, pero no me pegues más!...

Luego su angustia se fue calmando poco a poco y no hizo más que divagar suavemente hasta el amanecer. Se entumeció y acabó por dormirse. Cuando despertó, hacia las dos de la tarde, la fiebre la quemaba todavía, pero había recuperado la razón.

Sin embargo su pensamiento permaneció embotado, un poco indeciso, huidizo, hasta el día siguiente. No encontraba de un modo natural las palabras que quería decir y se cansaba horrorosamente intentando buscarlas.

Pero tras una noche de reposo, recuperó completamente el control de sí misma.

Sin embargo se sentía cambiada, como si esta crisis hubiese modificado su alma. Sufría menos y pensaba más. Los terribles sucesos, tan cercanos, le parecían ocurridos en un pasado ya lejano, y los miraba con una claridad de ideas que jamás había experimentado su mente. Esta luz, que la había invadido de súbito, y que ilumina a

algunos seres en ciertas horas de mucho sufrimiento, le mostraba la vida, los hombres, las cosas, todo lo que hay en la tierra con todo lo que lleva como nunca lo había visto.

Entonces, más incluso que la noche en la que se había sentido completamente sola en el mundo en su habitación regresando del lago de Tazenat, ella se consideró totalmente abandonada en la existencia. Comprendió que todos los hombres caminan, unos junto a otros, cruzando por los acontecimientos, sin que jamás nada una verdaderamente a dos seres juntos. Sintió, por la traición de aquél en quien ella había depositado toda su confianza, que los demás, todos los demás no serían ya para ella otra cosa que vecinos indiferentes en ese viaje corto o largo, triste o alegre, continuando los días venideros, imposibles de adivinar. Comprendió que, incluso entre los brazos de ese hombre, cuando se había creído fundida con él, penetrada en él, cuando había creído que sus carnes y sus almas no constituían más que una sola carne y alma, solamente se habían acercado un poco hasta hacer tocar los impenetrables envoltorios donde la misteriosa naturaleza ha aislado y encerrado a los humanos. Vio con toda claridad que nadie jamás ha podido ni podrá franquear esa invisible barrera que pone a los seres en la vida tan lejos el uno del otro como las estrellas del cielo.

Presintió el impotente esfuerzo, incesante desde los primeros días del mundo, el esfuerzo infatigable de los hombres para romper la cáscara en la que forcejea su alma siempre prisionera, siempre solitaria, esforzándose con los brazos, los labios, los ojos, las bocas, con la carne estremecida y desnuda, esfuerzo del amor que se derrama en besos, para llegar solamente a dar la vida a algún otro abandonado-

Entonces la invadió un deseo irresistible de volver a ver a su hija. Solicitó que se la trajeran y cuando la hubieron llevado, rogó que la desvistiesen, pues no había visto más que su rostro.

La nodriza fue retirándole la ropa y descubrió un pobre cuerpo de recién nacido, agitado por esos movimientos que la vida pone en esos esbozos de criaturas. Christiane la tocó con mano tímida, temblorosa, luego quiso besarle el vientre, los costados, las piernas, los pies, luego la miró, llena de extraños pensamientos.

¡Dos seres se habían conocido, se habían amado con deliciosa exaltación; y de su abrazo había nacido eso! Eso era él y ella, unidos hasta la muerte por esa pequeña niña, era él y ella, volviendo a vivir juntos, era un poco de él y un poco de ella con algo desconocido que la hacía diferente de ellos. El bebé los reproduciría al uno y al otro, en la forma de su cuerpo y en la de su espíritu, en sus rasgos, sus gestos, sus ojos, sus movimientos, sus gustos, sus pasiones, hasta en el sonido de su voz y la forma de caminar, ¡y sin embargo sería un nuevo ser!

Ahora estaban separados, ¡para siempre! Ya nunca más sus miradas se confundirían en uno de esos impulsos de ternura que hacen indestructible a la raza humana.

Y estrechando al bebé contra su corazón, murmuró:

—¡Adiós, adiós!

Era a él a quien decía “adiós” en el oído de su hija, la despedida valiente y desolada de un alma orgullosa, el adiós de una mujer que todavía sufrirá mucho tiempo, quizás para siempre, pero que al menos sabrá ocultar a todos sus lágrimas.

—¡Ajajá! —exclamó William por la puerta entreabierta.—¡Te he pillado! ¡Hazme el favor de devolverme a mi hija!

Corriendo hacia la cama, tomó a la pequeña en sus manos ya más expertas, y levantándola por encima de su cabeza, repetía:

—Hola, señorita Andermatt... hola, señorita Andermatt...

Christiane pensaba: “Este es mi marido”. Y lo contemplaba con mirada sorprendida, como si lo hubiese mirado por primera vez. Era él, el hombre a quién la ley



la había unido, ¡la había dado...! el hombre que debía ser, según las ideas humanas, religiosas y sociales, su media naranja, más que eso, su dueño, el dueño de sus días y de sus noches, de su corazón y su cuerpo. Casi le entraron ganas de sonreír, de tal modo todo eso le parecía extraño en ese momento, pues entre ella y él no existiría jamás ningún vínculo, ninguno de esos lazos tan rápidamente rotos, desgraciadamente... pero que parecen eternos, inefablemente dulces, casi divinos.

No tenía ningún remordimiento por haberlo engañado, por haberlo traicionado. Se asombró tratando de buscar la razón... Eran demasiado distintos sin duda, estaban demasiado lejos el uno del otro, descendían de razas disímiles. Él no comprendía nada de ella; ella no comprendía nada de él. Sin embargo era bueno, abnegado, complaciente.

Pero tal vez solamente los seres de la misma talla, de la misma naturaleza, de la misma esencia moral pueden sentirse atados el uno al otro por la sagrada cadena del deber voluntario.

Vestían al bebé. William estaba sentado:

–Escucha, querida – decía – ya no me atrevo a anunciarte visita alguna después de tu acogida al doctor Black. Sin embargo me harías un gran favor si dejases que te viera el doctor Bonnefille.

Entonces ella se ríe, por primera vez, con una risa pálida, que quedó en sus labios, sin llegar al alma; y preguntó:

–¿Al doctor Bonnefille? ¡Qué milagro! ¿Os habéis reconciliado?

–Sí. Escucha, voy a revelarte un gran secreto, una gran noticia. Acabo de comprar el antiguo balneario. Ahora tengo toda la región. ¡Qué triunfo! Ese pobre doctor Bonnefille ha sido el primero en saberlo, por supuesto. Así que ha sido litso; ha venido a diario a interesarse por ti, dejaba su tarjeta con unas palabras atentas. Yo he contestado a sus insinuaciones haciéndole una visita; y ahora estamos en muy buenas relaciones.

–Que venga cuando quiera – dijo Christiane– Me gustará recibirlo.

–Bueno, te lo agradezco. Te lo traeré mañana por la mañana. No he de decirte que Paul me envía, sin cesar, mil saludos para ti, y se informa mucha acerca de la pequeña. Tiene muchas ganas de verla.

A pesar de sus resoluciones, ella se sentía acongojada. Sin embargo pudo decir:

–Agradéceselo en mi nombre.

Andermat continuó:

–Estaba muy preocupado por saber si te habían informado de su boda. Le he respondido que sí; entonces me ha preguntado varias veces lo que pensabas.

Ella hizo un gran esfuerzo y murmuró:

–Dile que la apruebo completamente.

William, con una tenacidad cruel, insistió:

–Quería saber a toda costa que nombre ibas a poner a tu hija. Yo le dije que dudábamos entre Marguerite y Geneviève.

–He cambiado de opinión. La llamaré Arlette.

Al principio, durante los primeros días de su embarazo, había discutido con Paul el nombre que debían elegir tanto para un niño como para una niña; y para una niña habían quedado indecisos entre Geneviève y Marguerite. Ella ya no quería ningunos de esos dos nombres.

William repetía:

–Arlette... Arlette... Es muy elegante... tienes razón. A mi me gustaría llamarla Christiane, como tú. ¡Me encanta... Christiane!

Ella emitió un profundo suspiro:

–¡Oh! se atisban demasiados sufrimientos al llevar el nombre del Crucificado.

Él enrojeció, no habiendo pensado en esa relación, y levantándose, dijo:

–Además, Arlette es muy elegante. Hasta ahora, querida.

Cuando él hubo partido, Christiane llamó a la nodriza y ordenó que la cuna fuese colocada a partir de ese momento al lado de su cama.

En cuanto arrimaron a la cama grande la liviana cuna en forma de barquilla, que se balanceaba constantemente, con su cortina blanca como una vela en el mástil de cobre retorcido, Christiane alargó la mano hacia la niña dormida, y le dijo muy bajito:

–Duérmete, pequeña mía. Jamás encontrarás a nadie que te quiera tanto como yo.

Los días que siguieron los pasó sumida en una tranquila melancolía, pensando mucho, endureciendo el alma, forjándose un corazón enérgico, para retomar la vida dentro de algunas semanas. Su principal ocupación ahora consistía en contemplar los ojos de su hija, tratando de sorprender una primera mirada, pero no viendo más que dos agujeros azulados invariablemente dirigidos hacia la gran claridad de la ventana.

Y sentía una profunda tristeza pensando que esos ojos, todavía adormilados, mirarían el mundo como ella lo había mirado, a través de la ilusión del sueño interior que hace feliz, confiada y alegre el alma de las jovencitas. Amarían todo lo que ella había amado, los hermosos días soleados, las flores, los bosques y también a los seres, por desgracia. ¡Sin duda amarían a un hombre! ¡Amarían a un hombre! Llevarían en ellos su imagen querida, lo volverían a ver cuando él estuviese lejos y se inflamarían al verlo... Y después... y después... ¡aprenderían a llorar! Las lágrimas, las horribles lágrimas correrían por esas pequeñas mejillas. Y el espantoso sufrimiento de los amores traicionados los volvería desconocidos, agobiados de angustia y desesperación, esos pobres ojos que serían azules. Y besaba con locura a la niña diciéndole: “¡No ames a nadie más que a mí, hija mía!”

Por fin, un día, el doctor Mas-Roussel, que iba a verla cada mañana, declaró:

–Señora, ya puede usted levantarse un poquito.

Cuando el médico salió, Andermatt dijo a su esposa:

–Es un fastidio que no estés completamente restablecida, pues hoy vamos a tener una interesante experiencia en el balneario. El doctor Latonne ha hecho un verdadero milagro con el tío Clovis, sometiéndolo a su tratamiento de gimnasia automotriz. Imagínate que ese viejo vagabundo camina casi como todo el mundo ahora. Los progresos de la curación, además, son evidentes después de cada sesión.

Ella preguntó, para agradecerle:

–¿Vais a hacer una sesión pública?

–Sí y no, haremos una exposición ante los médicos y algunos amigos.

–¿A qué hora?

–A las tres.

–¿Estará allí el Sr. Brétigny?

–Sí, sí. Me ha prometido ir. Todo el consejo estará allí. Desde el punto de vista médico es muy curioso.

–Pues bien – dijo ella – como estaré precisamente levantada en ese momento, rogarás al señor Brétigny que venga a verme. Me hará compañía mientras vosotros veis la experiencia.

–De acuerdo, querida.

–¿No te olvidarás?

–No, no, queda tranquila.

Y se marchó a la búsqueda de espectadores.

Tras haber sido engañado por los Oriol, con motivo del primer tratamiento del paralítico, él había a su vez jugado con la credulidad de los enfermos, tan fácil de engañar cuando se trata de su curación, y ahora se engañaba a sí mismo con la comedia

de esta cura, hablando de ello tan a menudo, con tanta vehemencia y convicción, que le hubiese sido difícil discernir si creía en ella o no.

Hacia las tres, todo el mundo que había sido convocado se encontraba reunido ante la puerta del balneario, esperando la llegada del tío Clovis. Éste llegó, apoyado sobre dos bastones, arrastrando las piernas y saludando con cortesía a todas las personas allí congregadas, a su paso.

Los dos Oriol lo seguían con las dos muchachas. Paul y Gontran acompañaban a sus novias.

En la gran sala donde estaban instaladas los instrumentos articulados, el doctor Latonne esperaba, conversando con Andermatt y con el doctor Honorat.

Cuando vio al tío Clovis, una sonrisa de alegría recorrió sus labios. Preguntó:

–¿Cómo nos encontramos hoy?

–¡Oh! bien, bien!

Petrus Martel y Saint-Landri llegaron. Querían saber. El primero creía, el segundo dudaba. Detrás de ellos se podía ver, con estupor, entrar al doctor Bonnefille, que fue a saludar a su rival y tendió la mano a Andermatt. El doctor Black fue el último en llegar.

–Bien, Damas y Caballeros – anunció el doctor Latonne inclinándose hacia Louise y Charlotte Oriol – van ustedes a asistir a algo muy curioso. Comprueben en primer lugar que antes de la sesión este hombre caminaba un poco, pero muy poco. ¿Puede usted andar sin sus bastones, tío Clovis?

–¡Oh! no Señor.

–Bueno, vamos a comenzar.

Subieron al viejo a un sillón, le sujetaron con unas correas las piernas a los pies móviles del asiento, y luego, cuando el señor inspector ordenó: “¡Vaya despacio!”, el fornido muchacho de servicio, con los brazos al aire, giró la manivela.

Se pudo ver entonces como se elevaba la rodilla derecha del vagabundo, como se extendía y recogía, extenderse de nuevo, luego la rodilla izquierda hizo otro tanto, y el tío Clovis, tomado de una súbita alegría, se echó a reír repitiendo con su cabeza y su larga barba todos los movimientos a los que sus piernas se sometían.

Los cuatro médicos y Andermatt, inclinados sobre él, lo examinaban con una seriedad de augures, mientras que Coloso intercambiaba miraditas maliciosas con el viejo.

Como habían dejado las puertas abiertas, entraban sin cesar otras personas, se agolpaban para ver, bañistas convencidos y ansiosos.

–Más aprisa– ordenó el doctor Latonne. El hombre giró la manivela con más fuerza. Las piernas del viejo se pusieron a correr, y él, tomado de una irresistible alegría, como un niño al que se hace cosquillas, reía con todas sus fuerzas, moviendo su cabeza desordenadamente. Y repetía, en medio de sus crisis de risa:

– ¡Che rigolo! ¡Che rigolo! – habiendo aprendido esa frase sin duda en boca de algún extranjero.

Coloso rompió a reír, a su vez, y dando patadas en el suelo y pegándose palmadas en los muslos, gritaba:

–¡Ay! Rediós con Clovis... rediós con Clovis...

–¡Basta!–ordenó el inspector.

Desataron al vagabundo y los médicos se dispusieron a comprobar el resultado.

Entonces vieron al tío Clovis descender solo de su sillón; y caminó. Daba pequeños pasos ciertamente, muy encorvado y gesticulando por la fatiga a cada esfuerzo, pero caminaba.

El doctor Bonnefille fue el primer en declarar:

–Es un caso especialmente notable.

El doctor Black pronto compartió la opinión de su colega. Únicamente el doctor Honorat no dijo nada.

Gontran murmuraba al oído de Paul:

–No entiendo nada. Mira sus cabezas. ¿Se lo creen o hacen que se lo creen?

Pero Andermatt hablaba. Contaba esa curación desde el primer día, la recaída y por último la curación que se anunciaba definitiva, absoluta. Añadió alegremente:

–Y si nuestro enfermo se viene un poco abajo cada invierno, nosotros lo volveremos a curar cada verano.

Luego hizo un elogio pomposo de las aguas de Mont-Oriol, celebró sus propiedades, todas sus propiedades:

–Yo mismo –decía –he podido experimentar su poder en una persona que me es muy querida, y si mi familia sigue indemne, es a Mont-Oriol a quien se lo deberé.

Pero súbitamente lo asaltó un recuerdo: había prometido a su esposa la vista de Paul Brétigny. Su remordimiento fue intenso, pues estaba dispuesto a ser muy solícito con ella. Miro a su alrededor, vio a Paul y acercándosele, le dijo:

–Mi querido amigo, he olvidado completamente decirle que Christiane lo espera en este momento.

Brétigny balbuceaba:

–¿A mí?... ¿Ahora?

–Sí, se ha levantado hoy y desea verlo antes que a los demás. Dese prisa, y discúlpeme.

Paul fue hacia el hotel con el corazón palpitando de emoción.

En camino se encontró con el marqués de Ravenel que le dijo:

–Mi hija está a pie y se extraña de no haberlo visto aún.

Sin embargo se detuvo en los primeros escalones para pensar en lo que le diría. ¿Cómo lo iba a recibir? ¿Estaría ella sola? ¿Si hablaba de su boda, qué le respondería?

Desde que sabía que había dado a luz no podía pensar en ella sin estremecerse de inquietud; y la idea de su primer encuentro, cada vez que ella a floraba en su mente, lo hacía enrojecer bruscamente o palidecer de angustia. También pensaba, con profunda turbación, en aquella criatura desconocida de la que era el padre, y seguía acosándolo el deseo y el miedo de verla. Se sentía sumido en una de esas vilezas morales que mancillan, hasta su muerte, la conciencia de un hombre. Pero sobre todo temía la mirada de esa mujer a la que había amado tanto y tan poco tiempo.

¿Tendría para él reproches, lágrimas o desdén? ¿Acaso no le recibía más que para castigarlo?

¿Cuál debía ser su actitud hacia él? ¿Humilde, desolada, suplicante o fría? ¿Se explicaría él o escucharía sin responder? ¿Debía sentarse o permanecer de pie?

Y cuando le mostrara al bebé, ¿qué haría? ¿Qué diría? ¿De qué sentimiento aparente debería hacer gala?

Se detuvo ante la puerta de nuevo, y, en el momento de tocar el timbre, pudo observar como le temblaba la mano.

Sin embargo apoyó su dedo sobre el pequeño botón de márfil y oyó el sonido del timbre eléctrico en el interior del apartamento.

Un criado fue a abrir, lo hizo entrar. Y, desde la puerta del salón, vio al fondo de la segunda habitación, a Christiane que lo miraba, tumbada en un diván.

Las dos habitaciones que tuvo que atravesar le parecieron interminables. Se sentía desfallecer, temía chocar con los asientos y no se atrevía a mirar al suelo para no bajar los ojos. Ella no hizo ni un solo gesto, no dijo ni una palabra, tan solo esperaba que se acercase a ella. Su mano derecha estaba extendida sobre su vestido y su mano izquierda apoyada en el borde de la cuna completamente tapada por las cortinas.

Cuando estuvo a tres pasos, se detuvo, sin saber lo que debía hacer. Una sirvienta había cerrado la puerta detrás de él. Estaban solos.

En ese momento él tuvo ganas de caer arrodillado y pedir perdón. Pero ella levantó con lentitud la mano que estaba apoyada en su vestido y, tendiéndola un poco, le dijo con voz grave:

—¡Hola!

Él no se atrevía a tocar sus dedos, que sin embargo rozó levemente con sus labios, inclinándose.

Ella volvió a decir:

—Siéntese.

Se sentó en una silla baja, cerca de sus pies.

Sentía que debía hablar, pero no encontraba ni una palabra, ni una idea, e incluso no se atrevía a mirarla. Sin embargo acabó por balbucear:

—Su marido había olvidado decirme que usted me esperaba, si no habría venido antes.

Ella respondió:

—¡Oh! ¡qué más da! Ya que teníamos que volver a vernos... más tarde o más temprano...

Como ella no añadiese nada más, él se apresuró a preguntar:

—Espero que ya esté bien

—Gracias. Tan bien como se puede después de semejantes congojas.

Estaba muy pálida, delgada, pero más bonita que antes de su parto. Sobre todo sus ojos habían adquirido una profundidad de expresión que no le conocía. Parecían oscurecidos, de un azul menos claro, menos transparente, más intenso. Sus manos estaban tan blancas que parecían las manos de un cadáver.

Ella continuó:

—Estas son horas duras de pasar. Pero, cuando se ha sufrido de este modo, una se siente fuerte para llegar al final de sus días.

Él murmuró, muy emocionado:

—Sí, son unas pruebas terribles.

Ella repitió como un eco:

—Terribles.

Desde hacía unos segundos, se notaban en la cuna unos leves movimientos, esos ruidos imperceptibles del sueño de una criatura dormida. Brétigny no le quitaba la vista, presa de un malestar doloroso y creciente, torturado por las ganas de ver lo que se movía allí dentro.

Entonces se dio cuenta de que las cortinas del pequeño lecho estaban cerradas de arriba abajo con alfileres de oro que Christiane llevaba de ordinario en su camisa. Él se divertía con frecuencia, antaño, quitándoselos y prendiéndolos de nuevo en los hombros de su amada, esos finos alfileres cuya cabeza tenía forma de media luna. Comprendió la intención que ella tenía y una emoción poderosa lo invadió, que lo crispó ante la barrera de puntos dorados que los separaban, para siempre, de aquella criatura.

Un llanto leve, una queja débil se dejó oír en esa prisión blanca. Christiane balanceó enseguida la cuna y, con voz un poco brusca, dijo:

— Le pido a usted perdón por concederle tan poco tiempo; pero debo ocuparme de mi hija.

Él se levantó, besó de nuevo la mano que ella le tendía, y, cuando se iba, ella le dijo:

— Le deseo que sea muy feliz.

*Antibes, Villa Mutterse, 1886*